

Joyce Cary



Mister Johnson



Lectulandia

Joyce Cary nació en Londonderry en el año 1888. Es descendiente de una aristocrática familia angloirlandesa que se arruinó a finales de siglo pasado. Ha pasado muchos años en África donde sitúa la acción de algunas de sus mejores novelas. Abandonó su cargo colonial en el distrito de Borgu de Nigeria, con la salud deshecha por el asma, el insomnio y la malaria. Su vocación literaria fue tardía y no publicó nada hasta los cuarenta y tres años. Quizá se deba a su vida y a la abierta sensibilidad por el espectáculo humano, la enorme riqueza en caracteres y acciones que singulariza sus obras. Se ha señalado que Joyce Cary a diferencia de los más grandes novelistas contemporáneos, no se limita a describirnos un solo personaje que se repite obsesivamente en todas las novelas. Un crítico le ha llamado incluso el «camaleón» de los novelistas contemporáneos para señalar su gran capacidad para descubrirnos tipos y ambientes distintos.

Míster Johnson, es la primera novela de Cary que se traduce en castellano. Nos cuenta las cómicas peripecias y el trágico fin de un joven negro en su vida de empleado colonial. Una obra en la que el humor más auténtico y un patetismo contenido, brotan de la observación directa, inteligente y certera de unos hechos ciertos que significan para el lector un precioso documento sobre los indígenas del Continente negro.

Joyce Cary

Mister Johnson

Áncora & Delfín - 84

ePub r1.0

Titivillus 29.06.2023

Título original: *MISTER JOHNSON*

Joyce Cary, 1939

Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

r1.0 Muchas gracias a Koriel por el original

ePub base r2.1



LAS muchachas de Fada, en Nigeria, son famosas por su belleza. Sus facciones son pequeñas y bien dibujadas, y no ahuecan demasiado la espalda.

Un día tomó el transbordador que cruza el río Fada un joven empleado llamado Johnson. La hija del barquero, Bamú, era la belleza local, de piel tan clara y brillante como una pastilla de chocolate con leche, de pechos altos y firmes y de brazos fuertes y bien torneados. Podía manejar una pértiga de siete metros con la perfecta gracia de movimientos necesaria para que el palo no la arrastrase a ella. Johnson, sentado en la barca, admiraba a la joven con un gesto placentero y la piropeó:

—¡Qué muchacha tan bonita eres!

Bamú no respondió. Vio que Johnson era forastero. Los forasteros escasean todavía en la selva de Fada y los reciben con prevención. Esto nada tiene de sorprendente, porque en la historia de Fada toda la gente de fuera ha causado trastornos: guerra, enfermedades o perversa magia. Johnson no es sólo forastero por su manera de hablar, sino por el color. Es negro como un tizón, casi negro puro, con nariz muy chata y labios muy gruesos y suaves. Es joven —quizá no pase de los diecisiete años— y da la impresión de no estar desarrollado del todo. Tiene el cuello, las piernas y los brazos demasiado largos y delgados para su pequeño cuerpo. Sus articulaciones están aún flojas, como las de un niño. Ahora, sentado en la cubierta del transbordador con las rodillas a la altura de su nariz, le sonríe a Bamú por encima del blanco algodón de sus pantalones. Le sonríe con la encantada expresión de un niño que mira una mesa llena de dulces, y le dice:

—¡Oh, eres demasiado bonita! ¡Lo que se dice una hermosa muchacha!

Bamú no le hace caso. Lanza hasta el fondo del río la pértiga, se coloca el extremo superior entre los pechos apoyando en el palo las palmas cruzadas de sus manos y recorre despacio la alargada barca.

—¡Qué bonitos pechos! ¡Dios te los bendiga!

Bamú saca la pértiga del agua y vuelve al otro extremo del transbordador para arrojarla de nuevo. Cuando Johnson desembarca, se aleja lentamente por la orilla, andando de espaldas y sin dejar de sonreírle a la joven. Pero ella ni siquiera le mira. Al día siguiente, vuelve Johnson. Bamú no trabaja ese día en el transbordador. Pero el muchacho la espera en los campos de ñame y la sigue cuando pasa, camino de su casa, con una carga de esas batatas. Admirándola, le dice:

—Eres la muchacha más hermosa de Fada.

De nuevo viene Johnson al campo de ñame y le pide a Bamu que se case con él. Le explica que es empleado del Gobierno, un joven rico y poderoso. La convertirá en una gran dama. Irá bien provista de brazaletes; llevará vestidos de mujer blanca y se sentará con él a la mesa, en una silla; y comerá con platos.

—¡Oh, Bamu, aquí eres sólo una salvaje! No sabes lo feliz que te haré. Te enseñaré a ser una dama civilizada y no tendrás que trabajar nada.

Bamu no responde. Le fastidia un poco que la siga este muchacho, pero no presta oídos a sus palabras. Sigue su marcha, como si tal cosa, balanceando su carga de ñame. Dos días después, la encuentra Johnson en el transbordador. Un basto paño le envuelve las caderas y los fuertes muslos. En vez del penique que cuesta el pasaje, le da Johnson una moneda de tres peniques y ella se la pone cuidadosamente en la boca antes de coger la pértiga.

—¡Oh, Bamu, eres una ignorante! No sabes cómo viven los cristianos. No sabes lo bueno que resulta ser una dama del Gobierno.

La barca toca la orilla y Bamu clava la pértiga en el fango para fijar la embarcación. Johnson se levanta y se esfuerza en conservar el equilibrio. Bamu le tiende su mano pequeña y dura y lo sujeta por los dedos para ayudarlo a desembarcar. Pero, en cuanto él siente que aquello no se mueve, se detiene, ríe y la besa:

—Eres tan hermosa que me das risa.

Bamu sigue sin hacerle caso. No entiende lo del beso y supone que se trata de alguna broma de los extranjeros. Pero cuando Johnson intenta abrazarla, salta con agilidad a la orilla y deja a Johnson en el transbordador, que se aleja río abajo sacudido violentamente por el salto de ella. Johnson, espantado, se sienta y se agarra donde puede, gritando:

—¡¡Socorro, socorro, que me ahogo!!

Bamu lanza un potente y vibrante grito que cruza el río. Dos hombres salen de una choza, miran a Johnson alejarse y con toda calma desamarran otra barca. Persiguen al transbordador y consiguen alcanzarlo y traerlo a tierra. Bamu, oculta entre los matorrales, explica lo ocurrido con una serie de penetrantes gritos. Uno de los barqueros, un individuo alto y vigoroso de unos treinta años, se planta ante Johnson y le dice:

—¿Qué quieres de mi hermana, forastero?

—Quiero casarme con ella, claro está. Soy el empleado Johnson. Soy un hombre importante y rico. Pagaré una gran cantidad. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Aliu.

Y el hombre se rasca la oreja y medita profundamente, mirando a Johnson a hurtadillas mientras frunce el entrecejo. No puede decidir si este muchacho está loco o es sólo un forastero de costumbres raras.

—Hoy no podría ser —dice por fin.

—¿Por qué?

Aliu no responde.

—¿Cuándo debo volver? ¿Cuánto dinero he de traer?

—¿Dinero? Hum... Mi hermana es una buena muchacha. Vale mucho.

—Doy lo que quieras: diez libras, doce libras...

Los dos hombres, el que ha hablado y el que salió con él, están asombrados. Levantan las cejas y miran a Johnson con profunda sospecha. Esos precios son demasiado altos para las jóvenes de Fada.

—¡Quince libras! —exclama Johnson—. Las merece. Nunca he visto una mujer como ésta.

Los dos hombres, movidos por un mismo impulso, regresan a su barca. Cuando la están empujando, Bamú sale disparada de entre las matas y salta a bordo. Ninguno de los dos la mira. Se sienta entre ellos y mira a Johnson como sin verlo. Aliu dice por encima del hombro:

—Otro día será, empleado.

Bamú sigue mirando. Los dos hombres dan un fuerte e impaciente empujón a la pértiga y la barca se aleja rápidamente.

Johnson sigue chillando algún tiempo pero no se entiende lo que dice. Los chicos de la aldea se han acercado para verlo y lo rodean. La opinión general es que este hombre está loco. Finalmente, emprende la retirada por la selva.

Johnson, llevando bajo el brazo la cartera de tafilete con las cartas y en la mano sus zapatos de cuero, marcha a gran velocidad, casi trotando. Con sus movimientos descoyuntados, parece ir bailando. Salta sobre las raíces y los hoyos como un danzarín de *ballet*, como si le gustase ese ejercicio. Pero la verdad es que sólo va pensando en el matrimonio y en la joven del transbordador. Se la imagina con blusa y falda, zapatos y medias de seda, con un sombrerito de fieltro lleno de plumas... Y todo esto le causa tanta alegría que da un salto de dos metros. Pasan por su imaginación todos los anuncios de corsés, camisas, camisones y demás ropa interior que vienen en los catálogos recibidos en el almacén de Fada y se figura a Bamú vestida con una prenda, luego con otra... Después se ve a sí mismo presentándola a sus amistades: —La señora Johnson... El señor Ajali.

Todo esto le hace reír y salta como un gamo sobre un tronco de árbol tendido en el camino. ¡Cuánto le envidiarán una mujer tan hermosa! Pero no

sólo hará de ella una esposa civilizada sino que la amará mucho. Le enseñará a tratar a la gente y la llevará con él a las reuniones; le dirá cómo tiene que recibir a los invitados y le enseñará cómo debe una mujer acostarse con su marido, besar y amar. La idea que tiene Johnson de un matrimonio civilizado, basada en los catálogos de los almacenes, en las noticias de modas publicadas en ellos, en lo que dicen los misioneros de la escuela donde él ha estudiado y en unas cuantas novelas aprobadas por el S.P.C.K.^[1] es una mezcla de sentimientos románticos y de ropa interior bordada.

Bamu ha hablado del forastero loco una o dos veces con las demás mujeres. Su hermano Aliu le ha contado a su madre que un empleado ha ofrecido una gran cantidad por Bamu. La madre no hace ni el menor comentario. Está muy ocupada. Pero al día siguiente habla de ello con un hermano suyo y poco a poco se va enterando toda la familia y se saben más detalles. Hasta que todos empiezan a hablar a la vez del asunto y se comprende ya que ha ocurrido algo muy importante. Un día, hacia las cuatro de la tarde, exclama la vieja:

—¿De manera que un hombre muy rico quiere a Bamu?

Todos los de la familia reflexionan un rato sobre esto y, por fin, dice Aliu:

—Sí, eso es.

Una hora más tarde llegan al acuerdo de que Aliu debe ir a Fada y preguntar si hay de verdad un empleado del gobierno llamado Johnson.

Aliu pregunta primero en el mercado, donde se entera de que, desde luego, ha llegado un nuevo empleado. Pero nadie sabe su nombre. Se le llama, sencillamente, «el nuevo empleado».

—Ve a la *fisina* —dice una vieja vendedora. (*Fisina*, es la traducción de «oficina» en la lengua de Fada.)

Aliu va a la estación. Lleva treinta años viviendo a diez kilómetros de este lugar y nunca lo había visto hasta ahora. Los nativos de Fada rehúyen el puesto colonial lo mismo que los campesinos ingleses evitan acercarse a una mansión habitada por fantasmas. Les parece un sitio sobrenatural, lleno de extraños espíritus, probablemente muy peligrosos.

El puesto de Fada lleva veinte años en su instalación provisional porque nadie ha tenido tiempo ni interés de edificar otra. Se encuentra en la zona cubierta de boscajes poco densos que cubre dos terceras partes del emirato; es decir, toda esa región menos los valles de los ríos y los pantanos donde la selva y la mosca *tse-tsé* impiden todo progreso.

El puesto no tiene *bungalows*. Se compone de seis viejas cabañas con tejados de paja ennegrecida que llegan casi al suelo, un fuerte y los cuarteles

de la policía esparcidos a bastante distancia unos de otros, aprovechando los claros del arbolado.

Es como si algún gigante hubiera echado un poco de heno podrido sobre una piel de león. El fuerte, situado sobre un pequeño promontorio que representa la aplastada cabeza de la piel del león, es un cuadrado de murallas de tierra que el tiempo se ha encargado de dejar casi al nivel del suelo, de modo que la sala de guardia, una barraca de barro con un porche de hierro acanalado, se eleva pegada a un lado de la cabeza del león, con el cómico aspecto de un sombrero ladeado. El porche está un poco torcido ante la puerta, como un pico de ave que cayese sobre un ojo vacío. La entrada al fuerte no es más que un agujero donde duermen los perros.

Los cuarteles, frente al fuerte, son cuatro filas de cabañas. La bandera inglesa, a la entrada de la sala de guardia, pende de un palo torcido. La oficina buscada por Aliu, el centro del gobierno de Fada, está en un claro más allá del terreno que, frente a los cuarteles, sirve para los desfiles. Es una casucha de barro con dos habitaciones y medio techo nuevo. Delante de la casa hay una terracilla descubierta. En ella, entre los dos boquetes que dan paso a las habitaciones, duermen un recadero y un ordenanza. El fez azul del ordenanza se ha caído al suelo.

Aliu, vigoroso y valiente individuo de un metro ochenta de estatura, acostumbrado a cazar leones con lanza, mira fijamente la oficina y también la oficina lo contempla a él por debajo de su alero como si le inspirara sospechas.

Aliu mira en torno suyo las cabañas salpicadas por entre el matorral, cada una aislada y sin protección —como sombrías y peligrosas bestias—, a la sala de guardia con sus torcidas pestañas, al trapo rojo y azul colgado sobre ella, a la misteriosa forma de los cuartelillos, y le tiembla la carne. Huye de aquel sitio incomprensible para él y que le espanta porque le parece poblado de demonios. Por eso, va a parar al camino central y al almacén.

El almacén de la Compañía de Fada, una cabaña de madera y hojalata, que tiene en su parte trasera la huerta habitual, está a la orilla del río cerca de la entrada al poblado. Como casi forma parte de éste, los indígenas no lo temen como al puesto inglés con sus demonios. Por otra parte, como la tienda pertenece a un hombre blanco, y su dependiente, aunque negro, habla inglés y viste un traje de algodón, la consideran como parte del gobierno.

Sin embargo, Aliu se acerca con mucho cuidado y mira receloso por la puerta. A pesar de que le ha tranquilizado el olor familiar de pieles a medio curtir mezclado con el olor amargo del algodón barato, tarda cinco minutos en

serenarse. Por último, entra de costado, moviendo el cuello a cada paso como una gallina.

Ajali, el dependiente del almacén, está solo detrás del ancho mostrador. Es un negro claro del Sur, con una larga mandíbula, boca fina, ojos pequeños y redondos y achatado cráneo amarillento. Cortado por la cintura por el mostrador, en el que apoya los dedos, parece husmear en la ardiente y apestosa penumbra del cobertizo como un escorpión en una grieta, dispuesto a saltar sobre la primera presa. Pero Ajali no se mueve y su cara de insecto tiene una expresión, muy humana, de aburrimiento.

Evidentemente, está todo lo aburrido que puede hallarse una persona sensata; no hasta el punto de desesperarse pero sí hasta el máximo fastidio. Vuelve la mirada hacia Aliu con repugnancia y, haciendo un gran esfuerzo, dice lentamente:

—¿Qué quieres?

Aliu alarga el cuello y se lanza a hablar heroicamente.

—Amo, señor...

—Date prisa, patán.

—Perdón, se trata de Johnson.

—¡Ah, Johnson!

—Es rico, ¿verdad? Es uno de los grandes de aquí, ¿no?

—¿Rico? ¿Grande? ¿Quién te ha dicho eso?

—Él mismo.

Aliu le explica que Johnson le ha ofrecido mucho dinero por su hermana. Ajali rompe a reír estrepitosamente. Está encantado; aquello le ha hecho una gracia grandísima. Johnson es sólo un empleado temporero, a prueba, a quien hubo que llamar urgentemente por pura necesidad. Estaba en una escuela de las misiones. Lleva en Fada seis meses y está muy entrampado. Casi todas las noches da fiestas y parece creer que un hombre en su importante posición, un empleado de tercera clase, está obligado a recibir en gran plan, es decir, con tambores y ginebra de contrabando.

Para Ajali, que se muere de aburrimiento, las locuras del nuevo empleado son tan excitantes como los escándalos para cualquier aldea del mundo. Llenan de ideas su mente vacía, y le dan un sentido a su tiempo también vacío.

—¡Oh, qué bueno! —grita—. ¿Rico y grande ese niño tonto, ese Johnson?

Animado súbitamente, su cuerpo se precipita a la puerta y le chilla a una vieja que pasa por el camino:

—¿Te ha pagado Johnson lo que te debía?

—No, amo.

—Pues tiene gracia, porque ahora es rico. Va a tomar una esposa que le cuesta quince libras.

—Pero, ¿si nos debe dinero a todos desde hace mucho tiempo! ¡Qué sinvergüenza! Y, ¿es verdad que tiene dinero?

La vieja corre indignada a contarlo. Ajali, sacudido por tremendas carcajadas, la sigue un poco, gritándole:

—¡Dilo, dilo a todo el mercado: Johnson se ha hecho rico!

Aliu, acercándose a él, le pregunta:

—¿Qué debo hacer?

—¿Qué debes hacer, sucio y pagano? Pues irte a casa. Apestas.

Aliu le saluda y se aleja de él con grave dignidad y expresión pensativa. En realidad, no está pensando en nada. Nunca sabe qué pensar. Pero no le asombra la dificultad con que tropieza en este poblado para pensar. Su experiencia le ha enseñado ya lo difícil que es obtener consejos sensatos ni explicaciones aceptables en ninguna parte.

La autoridad —lo sabe muy bien Aliu— es siempre peligrosa, egoísta e inexplicable. Se ocupa de sus misteriosos asuntos en un tenebroso aislamiento y nunca explica nada. Sus servidores, incluso los más asequibles, como los dependientes de las tiendas, no toleran que se les pidan explicaciones. Y cuando las dan, suelen ser falsas.

Pero Aliu no se siente ofendido, pues comprende perfectamente que las cosas y las gentes son así. Todas las cosas son tercas y peligrosas; todos los hombres, excepto los de la familia de uno, tienen por principal diversión atormentar al indefenso forastero. Después de todo, ¿qué va uno a hacer con un forastero sino esquilmarlo?

Ajali pasa una buena noche y cuando se despierta encuentra el mundo lleno de interés. Se pone su traje amarillo y va al terreno donde viven los empleados del gobierno.

El recinto reservado a Johnson encierra, con una empalizada casi deshecha, tres chozas en estado casi ruinoso. Una no tiene techo; la segunda ha perdido medio «muro», reemplazado por una enorme tinaja; la tercera, que es la mayor, tiene un inmenso boquete en el tejado de paja y su puerta y sus ventanas están protegidas por una especie de barricada.

Ajali, sonriendo con gozosa anticipación en cuanto llega al claro, grita:

—¡Oh, míster Johnson!

Le da al título *míster* un énfasis muy marcado, como ocurre siempre en la costa, donde *míster* es todavía un título.

Una vieja, temblorosa de frío, se asoma por una esquina de la cabaña para ver al visitante. Pero conforme éste avanza, la vieja se va asustando y vuelve a esconderse detrás de una tinaja. Ajali llega a la cabaña cerrada, mete la cabeza por un agujero que hay en la empalizada y mira adentro. Se le ponen más pequeños sus ojillos prominentes, con un asombro dramático. Aunque, en verdad, ha visto esto mismo centenares de veces: la sucia cabaña principal, o sea, la ocupada por Johnson, que contiene una caja de lata, una mesa de tres patas sostenida en un cajón de madera en lugar de la cuarta pata, un sillón, una silla de tijera con el asiento roto y una cama indígena de bambú cubierta de un mosquitero de muselina sucia. Para tapar los rotos de esta muselina se han empleado unos andrajos de algodón. Un orinal de hojalata y una lata de nafta en medio del suelo sucio. El boquete de la ventana está tapado con una estera, pero la cabaña está brillantemente iluminada por el gran agujero del tejado. Huele muy mal y hace mucho frío allí dentro.

Ajali gira los ojos hasta parecer ojos de langosta y grita en inglés:

—¡Míster Johnson, míster Johnson! ¡Las siete! ¡Oh, por Dios, otra vez retrasado, seguro que sí!

Los ronquidos han cesado. Míster Johnson ha oído la llamada, pero no se levanta. Se siente embriagado de vida, de una inmensa felicidad y una excitación interna que le impulsan a hacer cualquier cosa extraordinaria: dar un gran salto o un alarido. Esa felicidad tiene una forma muy concreta: su amor por Bamu. Va a casarse con Bamu, esa muchacha tan hermosa e inteligente. Se siente con alas de tanta alegría, y el duro lecho parece haberle desaparecido de debajo de su cuerpo. Es como si estuviera flotando en el aire. En este momento podría salir disparado a través del techo y flotar a la luz del sol. Yace inmóvil, sin embargo, disfrutando de tan estupenda sensación y preparado para saltar en la primera ocasión.

—Míster Johnson, espero no tenga hoy disgustos. Oigo a éstos del mercado muy furiosos contra usted. Dicen si usted tan rico para casarse, ¿por qué no pagarles?

Johnson decide, por puro capricho, no saltar de la cama dando alaridos sino frenar sus energías. Aparta con lentos movimientos el mosquitero, pone despacio sus pies en el suelo, bosteza y dice con indiferencia:

—¿Usted ahí, míster Ajali?

El otro ríe mirando al techo.

—Creo míster Blore va molestar a usted por las deudas.

Johnson, que está ya vestido por completo aunque descalzo, se levanta con un aire lánguido, se alisa su arrugado traje, escupe en el orinal y dice:

—No me importa ese viejo Blore. —Y grita—: ¡Sozy!

Este grito pone en movimiento a la vieja. Sale de su rincón y corre hacia la cabaña; y entonces, al ver a Ajali, retrocede y se pega a la pared.

La vieja Sozy es una de esas mujeres —frecuentes incluso en los poblados africanos— que han perdido sus hogares. Últimamente se ha ligado a Johnson. Pero todavía está aterrada de su propio atrevimiento al meterse en una casa tan magnífica y pierde la cabeza en cuanto la necesita su amo.

—Sozy, ¿dónde estás? —le grita Johnson. Sozy desaparece otra vez. Convencida de que este asunto es muy superior a sus facultades, espera que nadie se fijará en ella. Johnson levanta de pronto una pierna a la altura de su cabeza y gira lentamente sobre el talón.

—Hoy también tarde. Creo usted va tener gran disgusto —dice Ajali, entre risas—. Perderá empleo.

—No me importa ese viejo gobierno. —Johnson lanza al aire sus dos brazos y, bajando la pierna, gira sobre ella y levanta la otra.

Se oyen unas campanadas en el fuerte. Ajali cuenta: «Una, dos, tres», hasta siete. Al final exclama, fingiendo gran susto, pero encantado:

—¡Las siete! ¡Oh, usted, míster Johnson, usted ya demasiado tarde!

Johnson le grita:

—¿Por qué no avisarme, perro?

—Le aviso, míster Johnson.

—Miente usted...

—¿Cómo mentir yo si usted oye campanadas?

—Usted no las cree, usted no cree las siete campanadas.

Johnson se calza sus zapatos sobre los pies desnudos, intenta de nuevo plancharse con los dedos su traje y luego, maldiciéndose y maldiciendo a Ajali, corre hacia la oficina.

Ajali, sin dejar de reírse, girando los ojos con entusiasmo, grita:

—¡Vaya, vaya, pobre Johnson, lo que le va a ocurrir ahora!

Y se marcha al almacén, sonriente y moviendo la cabeza. La vieja sale por fin de su refugio, enciende la lumbre y busca ramas secas para alimentarla. No le ha dado a Johnson el desayuno pero comprende que debe hacer algo. Por eso, enciende el fuego y pone a calentar un cacharro con agua. Ahora que Johnson se ha marchado, la vieja no sabe qué hacer con aquello pero algo ha de hacer mientras viva, y ver hervir el agua le produce la sensación de estar realizando una tarea útil.

Johnson siente más pánico a medida que se acerca a la oficina. Pero sus piernas, traduciendo el pánico en saltos y zapatetas, lo exageran aún más.

Estas piernas rebosan energía y se ejercitan en toda clase de cabriolas hasta que Johnson, sintiendo su exuberancia, empieza a disfrutar de ella y a mejorarla. Realiza varios saltos nuevos y originales, verdaderamente extraordinarios. Salta sobre raíces y hoyos con un estilo que a él le satisface mucho. Tararea una canción local que él modifica a su gusto:

*Tengo una chiquita redondita como el mundo;
Es suave como el agua y brilla como el cielo.
Llena como fruta madura, huele como hierba nueva,
Se cimbrea como el árbol fino, y tiembla como las hojas.
Es caliente como la tierra y honda como la selva.
¿Cómo estás, chiquita? Ahí te veo, ahí te veo.
¿Cómo estás, chiquita? ¿Por qué te asusto, di? ¿Por qué te asusto?
Si no tengo nada para herirte,
Ni tengo palo ni cuchillo...*

De pronto, se lanza desde el matorral verde y fresco, donde se ha escondido un momento, al espacio pelado donde da el sol de lleno. Mira angustiado a la oficina y ve que el ordenanza no se halla en el grupo de recaderos que esperan a la puerta del jefe del distrito. Esto significa que el señor Blore no ha llegado todavía. Johnson sonríe aliviado; arranca un pedazo de muselina vieja y sucia de su casco y se limpia los zapatos. Luego vuelve a ponerse ese andrajo sobre el sombrero, se ladea éste sobre el ojo izquierdo y se acerca a la oficina con paso solemne. Pero sigue tarareando muy bajito: «Tengo una chiquita...»

La sombra alargada de la oficina, azulada y brillante en el polvo blanco, da ya en los relucientes zapatos de Johnson. Éste saluda a los mensajeros:

—Buenos días, mensajeros. Que Dios os dé salud.

Al instante media docena de personas corren hacia él. Vienen gritando a la vez:

—Estoy arruinado...

—Se me acabó la paciencia —grita una vieja.

—Veré al juez.

Johnson, cogido por sorpresa, parece un niño sorprendido en el momento de robar la mermelada. Se le abren la boca y los ojos y está a punto de echarse a llorar. Balbucea:

—Pero..., pero..., pero...

Blore, el jefe del distrito, acompañado del ordenanza, se dirige desde su casa al puesto. Es un individuo bajo y gordo, chato, con lentes de montura dorada. Anda apresuradamente pero sin adelantar mucho, como si se abriera paso entre el fango.

—¡Me pagarás ahora! —grita la mujer—. Veré al juez ahora mismo.

—Pero..., pero..., pero...

—¡Ladrón, embustero! Le diré al juez cómo me has robado.

Johnson agacha la cabeza y, apartando a la mujer, entra en su despacho donde se deja caer en una silla. Levanta la mirada al techo y murmura:

—¡Oh, Dios mío, oh, Jesús, estoy destrozado...! Esto se ha acabado... Míster Johnson se ha acabado... No sirves para nada... Míster Johnson es insensato muy grande... Él, niño tonto... ¡Oh, Dios mío! —Y se golpea en la frente con el puño—. ¿Por qué eres tan imbécil, tan maldito idiota, Johnson? Tú, feliz en Fada... Te dan una colocación del gobierno..., buena paga..., consigues muchacha bonita... y buenos caballeros amigos..., te compras zapatos nuevos... Eres un hombre grande, muy importante..., y ahora haces el idiota y lo estropeas todo... ¡Oh, Dios! Lo que tienes que hacer es darle a este loco unos buenos latigazos..., y no te pares aunque chille... Lo despellejas, lo haces pedacitos con un látigo muy grande... Sí; hazme caso y mata a este inútil, a este hijo de tal, que es un imbécil y no hay por dónde cogerlo. Ese Johnson, que es un perro...

Blore da los buenos días a los mensajeros; Johnson, al oírlo, para en seco la alocución que se está dirigiendo en inglés a sí mismo y contiene la respiración. El funcionario inglés entra en la oficina y celebra la primera audiencia, sobre la propiedad de un macho cabrío.

Johnson, aliviado, ve sobre la mesa a la que está sentado la copia a medio terminar de un informe. Como de costumbre, la máquina de escribir de Fada está descompuesta; una mezcla de arenilla y grasa endurecida le impide funcionar. Johnson tiene que hacer todas las copias a mano, pero prefiere hacerlo así que a máquina, porque es un mal mecanógrafo y, en cambio, tiene buena letra. Se pone a la tarea. La copia del informe termina a la mitad de una palabra, así: «Este distrito, donde ocurrió la desesperada batalla entre la retaguardia del Emir y las fuerzas británicas en 1906, sigue teniendo fama de fanati...» Johnson mira el informe y lee: «... fanatismo. Por lo cual se han hecho planes para...». Al ver la mayúscula P (la P es su mayúscula favorita), sonríe, coge la pluma y después de completar la palabra «fanatismo», seca el plumín, vuelve a mojarlo cuidadosamente en la tinta, ensaya la punta en un trocito de papel limpio, planta los codos sobre la mesa, saca la lengua y se dedica a realizar su obra de arte. Su ambición es dibujar una P perfecta de un solo movimiento. A veces se pasa media hora ensayándose. Contempla ahora el resultado y sonríe satisfecho. Le ha salido una hermosura de letra. Siente en su interior como un brinco de alegría. Da un salto en la silla, se ríe, inclina la

cabeza a un lado y chasquea la lengua como si estuviera probando un delicioso manjar.

Pero después nota que hay una pequeña manchita en la parte de arriba de la letra. ¿Será una deficiencia de su pulso o una imperfección del papel? Se inclina sobre el escrito y comprueba que es un araño de la pluma. Esto le desespera y le produce una rabia inmensa.

Se maldice a sí mismo:

—¡Animal, estúpida criatura! ¿Por qué no mueves tu mano con pulso? ¿Nunca aprenderás nada en toda tu vida? —Arroja la copia al cesto de los papeles—. ¡Maldito inútil, tonto perdido, eres una basura!

Un mensajero asoma la cabeza y grita: «¡*Akow!*», es decir, «empleado».

Johnson se levanta de un brinco y pasa a la otra habitación. Allí están todos sus acreedores, reconoce caras que había olvidado hacía mucho tiempo, acreedores cuyas deudas procuraba él no recordar nunca.

Blore, calvo y meditabundo como un Buda, está sentado a la mesa y contempla a Johnson a través de sus pequeños lentes de montura dorada. Su expresión es tranquila y benigna, pero la verdad es que le molestan todos los empleados negros y especialmente Johnson. Es un hombre muy sentimental y de carácter conservador. Le gustan todas las cosas antiguas en su sitio de siempre. Le molesta todo cambio, toda innovación. Para él, un simple recadero vestido con bata blanca, aunque hable y escriba inglés, es un caballero; pero un empleado negro con pantalones, aunque apenas lo hable, es un ser peligroso para el orden establecido.

Blore permanece callado porque se respeta demasiado a sí mismo para exteriorizar su repugnancia. Por eso, Johnson puede hablar primero.

—¡Oh, señó! Yo voy a pedirle si amablemente me adelanta una porción pequeña, pequeña, de mi paga siguiente. —Johnson habla un inglés bastante bueno dentro de las circunstancias pero con mucho acento.

—Siento no poder hacerlo. Nunca doy anticipos —dice Blore—. Además, de nada le iba a servir. Lo único que ocurriría es que volvería usted a pedir dinero a fin de mes.

—Oh, señó; sólo un poco, poquito...

—Míster Johnson, creo haberle dicho ya antes que estas continuas quejas contra usted deben terminar. Hace tres meses se comprometió usted a arreglar sus cuentas y pagarles a todos sus acreedores. Pero resulta que desde entonces tiene usted el doble de deudas.

—Oh, señó. Yo explico a usted, señó.

—Me alegraría mucho que pudiera explicármelo, pero de lo que se trata es de pagar, no de explicar. Ya sabe usted lo que le ocurrirá si continúan estas cosas.

—Oh, sí, señó.

—Le doy a usted de plazo hasta mañana.

—Grasia, señó, gracia.

Johnson sale del despacho del jefe como un sonámbulo. Su cerebro ha dejado de funcionar. Se marcha a casa, se sienta en la cama, se levanta, pasea por la cabaña y vuelve a sentarse. Sigue con la cabeza vacía. Al día siguiente pide que le den otro día de plazo, pues entonces va a explicarlo todo y a pagar todas sus deudas.

Se le concede ese día, y al siguiente se presenta a Blore en su despacho para pedirle un anticipo. Blore, perdiendo ya la calma, dice que o paga o lo despide. Johnson mueve los labios, para decir: «Grasia, señó, gracia», pero es un movimiento inconsciente.

La hostilidad de Blore, de la que él se ha dado cuenta, le ha idiotizado. Sale del despacho y en la terraza se encuentra con un blanco bajo y fuerte, pelirrojo: Rudbeck, el ayudante del jefe del distrito. Ha sido catorce meses atrás jefe de Johnson durante una ausencia de Blore, en que también tuvo que actuar de empleado temporero.

Rudbeck, nuevo en el servicio, ha tratado a su primer empleado Johnson —en aquella ocasión— con la cortesía normal que se concede a un criado en casa. Le ha dado los buenos días, lo ha felicitado en su cumpleaños, le ha enviado una botella de ginebra por Año Nuevo y lo ha felicitado un par de veces con motivo de algún trabajo bien hecho. Por eso, Johnson lo adora y sería capaz de morir por él. Lo considera como el más sabio, noble y hermoso de los seres. Al verlo ahora, le produce tal impresión de alegría y alivio que rompe a llorar. Después de todo, Johnson no tiene más que diecisiete años y está completamente solo en el mundo. Balbucea:

—¡Oh, míster Rudbeck! ¡Que Dios le bendiga! Rezo por usted siempre.

Rudbeck, que no es buen fisonomista para las caras de los negros, mira al muchacho y le dice:

—¡Hola, hola! ¿Qué ocurre? ¿Tú eres...? ¿Cómo te llamas?

—Míster Johnson, señó.

—Es verdad, caramba, Johnson. Pero, ¿qué Johnson? Perdóname, ahora caigo... Claro, eres Johnson. Muy buenas, señor... —Esto último lo dice contestando a Blore, que lo llama desde la oficina. Entra en ella y Blore lo recibe tendiéndole ambas manos. Blore es el más hospitalario y amable de los

hombres. Sobre todo, trata con gran amabilidad a los funcionarios más jóvenes.

—Bueno, bueno. ¡Qué alegría! Y he de felicitarlo, ¿verdad? ¿Cuándo fue? ¿En agosto? Siento que haya sido una luna de miel tan corta. —Esta alegría por la boda de Rudbeck es sincera en Blore. Como hombre casado, le gustaría ver casado a todo el mundo—. Espero que podrá venir su esposa a reunirse con usted.

—Ya lo he solicitado —le dice Rudbeck, sombrío. Como recién casado no le gusta que le feliciten por su matrimonio. Está todavía tan excitado por la experiencia nupcial que toda referencia a ella le parece una indecencia.

—Espero que lo consiga usted... Es un plan excelente, porque aquí en la selva es donde un hombre necesita más tener esposa. Ojalá la mía pudiera estar conmigo. Ahora tiene usted que desayunar.

Se lleva a Rudbeck a tomar el desayuno, y a cada cinco minutos le sonríe y le dice:

—Bueno, bueno... No sabía que venía usted a encargarse de esto. Mejor dicho, no lo supe hasta ayer. Es estupendo.

Le cuenta todo el chismorreó local.

—El Emir está otra vez haciendo de las suyas. Habría que destituirlo. Además, creo que se quedará usted muy pronto sin empleado. Mientras antes se libre usted de él, mejor. Es un tipo de la peor clase y quizá sea peligroso. Es un imbécil total, pero muy capaz de robar la caja.

Blore enrojece de tanto odio como siente por Johnson. Los gritos y canciones procedentes de la cabaña del empleado le han sacado de quicio durante varias noches. En realidad, le han causado miedo. Cualquier exuberancia alarma a Blore como si sintiera en ella una amenaza de la naturaleza, un serio peligro para el orden establecido.

En cuanto me pidió el primer anticipo comprendí lo que iba a ocurrir. Terminará en la cárcel con toda seguridad. Yo nunca doy anticipos de sueldo. Con esta gente, adelantarles dinero es arruinarlos.

Rudbeck escucha respetuosamente. Es un joven modesto y siempre dispuesto a aprender de sus mayores. Esa enseñanza le impregna inconscientemente y se le han pegado incluso gestos y peculiaridades de los varios jefes que ha tenido. Todavía suele avanzar la cabeza para lanzar fuertes exclamaciones, como su primer jefe, Sturdee; y ahora está sentado a la mesa del despacho con la barbilla en el aire y las párpados caídos, lo mismo que Blore.

Entre tanto, Johnson ha visitado a Ajali en el almacén. Charlan, como siempre, en inglés.

—Todo está arreglado, míster Ajali. Mi amigo míster Rudbeck ha hecho su llegada.

Johnson se ríe.

—Él mi amigo... En cuanto me ve, sonríe y dice: «¡Cómo! ¿Es usted míster Johnson? ¿Todavía aquí usted?» Luego estrecha mi mano y dice: «Dios le bendiga, míster Johnson... Yo siempre de acuerdo con usted... Rezo por usted.»

Ajali está asombrado. Levanta las cejas casi hasta la raíz del cabello, y exclama:

—¿Así habla él, míster Johnson?

—Así habla, míster Ajali. ¡Oh, míster Rudbeck es el hombre más formidable del mundo!

—Sí; pero, ¿quién pagar a esos? ¿Usted cree que míster Rudbeck le presta a usted dinero?

—Por supuesto, él hace todo por mí. Él mi amigo. Él, el mejor hombre del mundo.

—Sí, sí, pero el viejo Blore no marcha todavía... Está una semana, dos semanas y mañana juzga la causa de usted... Quiere terminar pronto.

—No, no, él no termina... Míster Rudbeck mi amigo. Él me salva. ¡Oh, Jesús, qué hombre bueno y querido!... Tiene un corazón grande, grande como el cordero de Dios... ¡Ay, Jesús, me entra risa de verlo tan amigo!... Míster Ajali, ¿qué piensa usted de que voy a tener esa mujercita, esa Bamu?

—Caramba, míster Johnson, es demasiado rápido. ¿Cómo paga usted quince libras por mujer nativa cuando no paga cuenta de la tienda?

Johnson se ríe.

—Mi amigo míster Rudbeck me presta cinco libras para empezar. Luego yo pago poco poquito cada mes.

El día siguiente es domingo. Johnson se pone su mejor traje y va a visitar a su Bamu. El fresco de la mañana y su traje blanco y limpio le impulsan a correr. Lleva los zapatos en una mano, su casco blanco en la otra, su nueva sombrilla bajo el brazo y, con gran habilidad, evita que las hojas o las espinas puedan tocarle a sus impecables pantalones. Se siente feliz con su hermoso traje, sus zapatos nuevos, la ayuda de su amigo Rudbeck, y la proximidad de Bamu. Por todo el camino improvisa canciones y las tararea o salmodia.

Cuando llega a la vista del poblado del transbordador, llamado Jirige, se pone los zapatos y el casco blanco y avanza con el paso digno de un

gobernador general vestido de gala, cuidando de no pisar ninguna porquería. Jirige es una aldea nueva, creada tres años antes para servir al transbordador y ya se ha formado en torno suyo un pequeño desierto. Todos los árboles han sido cortados o quemados y la vegetación, arrasada. No hay más que polvo. Junto a las paredes de las cabañas, formadas por esteras y ramas, se amontonan las basuras, que arrojan un insoportable olor a pescado podrido. Estos basureros sirven también de letrina para la aldea. Nadie se ha preocupado de plantar árboles que den sombra, ni mucho menos árboles frutales, pero los palos que soportan las paredes han arraigado de modo que dentro de la aldea, y gracias sólo a la Naturaleza, hay trozos de verdor y de azulada sombra.

A las ocho de la mañana se está despertando la aldea. Las mujeres machacan el grano y cogen agua; un niño sucio con una gran llaga en la barbilla, está sentado sobre el montón de basura de mayor tamaño y sujeta un macho cabrío. Dos hombres marchan balanceándose hacia la orilla del río sosteniéndose mutuamente con languidez como si acabaran de salir del hospital. En su marcha pesada, de tullidos, se refleja un infinito aburrimiento y una resignación lograda a fuerza de asco.

Johnson, saliendo de entre los montones de basura, los llama. Ambos se detienen, vuelven lentamente la cabeza hacia él y lo miran estúpidamente con los ojos inyectados de sangre. Uno de ellos, el más alto y de más edad, frunce el entrecejo, como si le costara gran trabajo enfocar a Johnson.

—¿Dónde está Brimah? —grita Johnson en lengua *hausa*.

—¿Brimah? —dice uno de ellos mirando al otro, que a su vez repite:

—¿Brimah?

—Brimah —vuelve a gritar Johnson.

—¿Brimah?

—Sí, ¿dónde está?

Lo miran y por fin pregunta el más alto:

—¿Qué quieres?

—Brimah.

—Brimah —y mueven la cabeza a compás, afirmando.

De pronto, Aliu sale de una cabaña cercana y dice:

—Buenos días, empleado.

Johnson está encantado. Estrecha efusivamente la mano de Aliu.

—He venido por lo de Bamu. ¿Dónde está tu padre?

Aliu, sin dejar de mirar a Johnson, señala con la barbilla al hombre alto que espera inmóvil en la orilla con el otro. Johnson exclama:

—¡Ah!, ¿de modo que Brimah eres tú? —y se apresura a estrecharle la mano.

El viejo deja que le sacudan la mano izquierda y luego, pensativo, se rasca la axila izquierda con la mano derecha. Permanece en equilibrio sobre un solo pie y tiene la mirada perdida en el río.

—Quiero casarme con Bamú —dice Johnson—. ¿Habéis decidido el precio?

—Dijiste quince libras.

—Muy bien, y ¿cuánto hay que pagar al contado?

La voz de una vieja sale de detrás de una estera y grita:

—Cinco libras ahora mismo.

—Cinco libras —dice Brimah.

—Y diez chelines al mes —chilla la vieja.

—Muy bien —dice Johnson—. Cinco libras ahora y diez chelines al mes.

Hay un largo silencio. Luego, el viejo Brimah lanza una rápida ojeada a la sombrilla de Johnson y murmura algo en el mismo momento de volverse para alejarse. Lo deja en el aire, como si dijéramos, lo mismo que se tira una lata vacía a una zanja.

—Y la sombrilla —dice Aliu.

—No, no, hemos convenido cinco libras.

Otro largo silencio. Luego Brimah murmura algo en dirección al río y Aliu dice con firmeza:

—Seis libras ahora y la sombrilla.

—¡Pero si habéis dicho cinco! —grita Johnson—. Eran cinco libras.

Aliu se marcha hacia la cabaña y el viejo sigue hacia el río. Johnson, disgustado, se dice entre dientes.

—Estos salvajes me han tomado por tonto.

Y emprende la marcha hacia la selva. El viejo Brimah no le presta atención pero Aliu sale corriendo de la casa gritándole:

—Oye, espera.

Alcanza a Johnson y le coge la mano sonriendo.

—Ven a casa, amigo; trataremos de esto despacio. Después de todo, Bamú te quiere.

—¿De verdad me quiere?

—Sí, sí, mucho.

Johnson está entusiasmado.

—Vaya, vaya, ¿de modo que me ama?

—Muchísimo y, además, es una buena muchacha.

Johnson, riendo, es conducido a la cabaña; la familia le rodea observándole atentamente. Uno le coge la sombrilla, otro le acerca una silla. Él lanza «gracias» en todas direcciones.

—¡Oh, gracias, gracias!, sois muy amables. ¿De manera que Bamu me quiere, verdad? ¡Qué muchacha tan buena, hermosa y lista! ¿No lo creen ustedes así? Yo me he dado cuenta en seguida.

—¿Qué estábamos diciendo? —comienza Aliu—. ¡Ah!, sí, era a propósito de la sombrilla.

—Bah, no se preocupen de la sombrilla... Ah, ah, la sombrilla... ¿Qué puede importar una sombrilla?

—Claro, no importa nada. De modo que hemos fijado seis libras ahora, y...

—No, no, eran cinco —grita Johnson.

Aliu le dice algo a una chiquilla sucia, que sale disparada. A los dos minutos, aparece Bamu en la choza. Viene como por casualidad. Sus hermanos la miran atentamente como si fueran a vender un caballo y Johnson la contempla con ojos brillantes y labios entreabiertos y ansiosos.

Bamu se pavonea rítmicamente de un lado a otro de la casucha, moviendo cada pierna sólo cuando la otra está en reposo. Aliu sigue hablando.

—Hemos oído decir que el Juez Blore se marcha.

—Sí, se marcha.

—Y que el juez Rudbeck ha venido.

—Sí, ha venido.

—¿Qué clase de hombre es?

Pero Johnson no puede aguantar más y exclama:

—Bamu, Bamu, ¿no me conoces?

A Bamu le indigna esta falta de etiqueta. Mira de reojo al joven y le gruñe.

—¿Te casarás conmigo, Bamu?

Ella lo mira de frente, con expresión de sorpresa y horror. Sus hermanos la miran con simpatía como dándole a entender que debe perdonar ese desconocimiento del protocolo, y uno de ellos dice, como si le presentara a Johnson.

—Es el empleado.

—¿Y qué desea? —pregunta Bamu en tono severo.

—Quiere casarse contigo.

Bamu mira a Johnson un momento y luego dice.

—¿Pero qué es este hombre?

—Está empleado en el Gobierno.

—Ah —es evidente que para la muchacha esto no significa nada.

—Es un hombre muy importante.

—Pero, ¿qué clase de hombre es?

—Te lo estoy diciendo, un hombre que vale mucho.

—Pero ¿por qué es así? —Y mira a Johnson de arriba abajo.

—Es forastero; ya sabes, un hombre del Sur.

—Ah...

—Te quiere muchísimo.

—¡Oh!

Johnson se levanta de un brinco.

—Eres la muchacha más hermosa y mejor de Fada.

Bamu frunce el entrecejo y se vuelve hacia sus hermanos.

—¿Es del Sur?

—Sí.

Mira a Johnson con aire sorprendido. Johnson da otro paso hacia ella.

—Todo el mundo sabe lo buena y lista que eres.

Bamu se vuelve otra vez hacia sus hermanos.

—¿Por qué sigue diciendo esas cosas?

—Tienes que comprender que es un forastero... Mejor dicho, un extranjero.

—¡Oh!

Vuelve a observar detenidamente a Johnson, que se le acerca más aún.

—Bamu, si te casas conmigo...

Pero la joven desaparece de pronto por entre las esteras que hacen de cortinas y pasa a la choza de las mujeres.

Aliu insiste entonces.

—Siete libras fue lo acordado, ¿verdad? Y ocho más a plazos.

—No, cinco.

Un momento después se oye un penetrante chillido y una vieja muy arrugada y encorvada llega, cojeando, de la otra choza. Parece una pelota. Toda su cara no es más que nariz y barbilla. Recuerda a los fetos. Se mueve por la estancia con verdadero frenesí, acerca su horrible cara a la muñeca de Johnson, da otro chillido y sale de allí renqueando.

—Seis libras y esa máquina que llevas en la muñeca —dice Aliu.

—No, no.

—Eso es lo que dice madre y ya sabes que sólo ella puede darle permiso a Bamú.

Johnson se pone en pie de un salto.

—¡Cómo! ¿Creéis que soy tonto? ¿Sabéis quién soy? Pues bien, soy el amigo de míster Rudbeck. ¿Y creéis que un hombre tan importante como yo, míster Johnson, va a dejarse engañar por un hatajo de salvajes? —Johnson está enfadadísimo y se pasa diez minutos maldiciendo y gruñendo. A la vez, la vieja no deja de gemir detrás de las cortinas como si se estuviera muriendo. Pero todos los demás están completamente tranquilos y hasta parecen aburridos. El viejo Brimah se pasea de un lado a otro sacándole punta a un palo; Aliu parte una nuez y habla otra vez a la chiquilla asquerosa.

Bamu hace una nueva aparición y mira a Johnson perpleja. Johnson está fascinado. Nunca ha visto una belleza semejante. ¡Qué nariz, recta y brillante como el aceite! ¡Que boca tan estupenda! Son unos labios tranquilos y vigorosos; parecen cortados en madera blanda pero resistente. Esta muchacha debe de ser muy seria y con un gran sentido de la responsabilidad.

Johnson se sonríe de pura delicia. En medio de este trance, se da cuenta de pronto que su casco ha desaparecido. Va a lanzarse contra el viejo Brimah en el momento en que éste se lo coloca sobre la cabeza con la parte de detrás hacia adelante. Brimah sale de la cabaña y pasa a la vecina, donde se le oye murmurar algo detrás de las esteras. La anciana lanza otro chillido. Aliu dice:

—Seis libras, la máquina y la ropa.

—¿La ropa? ¿Qué ropa?

—Sí, en vez de comprarle un vestido a la madre, o de dar diez chelines, si lo prefieres. Y de los zapatos, ¿qué?

Johnson da una patada en el aire.

—¡Los zapatos! ¿Cómo os atrevéis? Mis zapatos son ingleses... los mejores zapatos que hay... no son para los salvajes, para ladrones como vosotros...

Aliu hace como si fuera a marcharse y Johnson le sigue gritando.

—Bueno, no vamos a pelear por un reloj de pulsera.

El regateo dura todo el día. Por fin, se acuerda que Johnson pagará seis libras por adelantado, y diez libras más en plazos de diez chelines al mes y dará la sombrilla, el reloj de pulsera y la chaqueta que lleva puesta.

En cuanto se cierra el trato, se hace un gran descubrimiento: Johnson no tiene más que tres chelines y cinco peniques. Para compensar esta deficiencia promete pagar otra libra más al contado. La vieja, para comentar adecuadamente lo ocurrido, se pasa veinte minutos chillando desesperadamente. Brimah desaparece con el reloj de pulsera. Aliu, impasible, empieza de nuevo el regateo.

En realidad, aunque nadie sabe con exactitud cuánto puede sacarse de este extranjero, a nadie le sorprende que no le sea posible pagar seis libras al contado. Por eso, al cabo de tres horas más, se acuerda que Johnson pedirá prestadas —valiéndose del prestigio que le da su rango oficial— dos libras al cacique de la aldea, el cual las sacará de los derechos del transbordador, con la promesa de devolverle tres libras a fin de mes. Después pagará Johnson a plazos el resto de la cantidad convenida a la familia de Bamu a razón de una libra al mes. Además, entregará ahora mismo sus pantalones a la anciana madre con destino al tío materno de Bamu, que vive en el extranjero, y la camisa, que será para la vieja. El trato está definitivamente cerrado. En el último instante, el vejestorio empieza de nuevo a chillar y Brimah se presenta con un largo palo y el guardia indígena de la aldea. El anciano toca los zapatos de Johnson con el palo, le dice algo al oído al guardia y se marcha con paso lánguido a la selva. La vieja le ha dado a su gritería un ritmo especial, intensificándola y luego parando en seco, para empezar otra vez, como la sirena de un barco en la niebla. El guardia reclama los zapatos. Johnson vocifera diciendo que traerá a su amigo Rudbeck con la policía del Gobierno y detendrá a toda la aldea. Aliu le acusa de mala fe, de faltar a lo convenido; Johnson maldice, pone a Dios por testigo, llora y al cabo de tres horas de regateo, concede su sombrero.

A las cinco, sin más vestido que un taparrabos, regresa alegre y feliz para arreglar su boda. Al entrar triunfal en el puesto inglés, se desvía un poco para saludar a Ajali y al empleado de Correos, Benjamín, que da su paseo de la tarde.

—Escuchan ustede, míster Benjamín, y míster Ajali... Ya tengo esa Bamu.

—¿Por qué va usted sin vestidos de usted, míster Johnson?

Johnson les pasa por delante los zapatos que lleva en la mano y se ríe:

—Ellos paganos creen robarme mis zapatos, pero yo demasiado para ellos. Digo os conozco, salvajes, manada de ladrones. A mí tonterías no... Se lo digo a mi amigo míster Rudbeck y todos a la cárcel.

—Entonse, ¿dan a usted Bamu?

—¡Ah!, esa Bamu está por mí, me quiere demasiado, hemos la mejor boda conocida en Fada. Usted viene, míster Benjamín, a mi boda. Usted viene, míster Ajali.

Ambos aceptan la invitación. Sin embargo, Benjamín, un muchacho alto y serio, bien educado —que siempre viste cuidadosamente de negro— dice con su voz agradable y en su inglés muy superior al de sus amigos:

—Yo creo a veces que tomo esposa, pero creo que estas muchachas de la selva son tan ignorantes y sucias... No es buen asunto hasta que tienen educación.

—Pero, míster Benjamín, mi Bamu es la muchacha más hermosa y más lista que usted puede pensar. Primera vez que me ve, me dise: «Míster Johnson, estoy de acuerdo con usted, no me gustan estos salvajes. Yo siempre, el hombre civilizado». «Míster Johnson», me dise, «usted importante hombre del Gobierno, yo dama del Gobierno. Lo amo a usted con todo mi corazón... Vivimos felises, pareja felís y amante a todas horas.»

Ajali se inclina y mira suspicaz al entusiasta Johnson.

—¿Así habla ella, míster Johnson?

—Sí, míster Ajali, y dise me ama tanto cuando me ve que siente el espíritu suyo salir de su pecho y venir a meterse en mi corasón caliente y aquí se me queda como el pájaro en el nido.

—Ya veo que está por usted.

—¡Oh!, me quiere más que el sol brilla en el agua; piensa en mí mucho, mucho.

—¿Y cuánto paga usted esta Bamu, míster Johnson?

—Seis libras ahora y una libra al mes. Dies plazos... muy barata. Es una muchacha que está bien para casarse con el rey de Kano.

—Pero, míster Johnson, ¿puede usted pagar seis libras?

—Sí, pago, míster Benjamín. Míster Rudbeck mi amigo... él adelanta dinero para mí. El mes próximo sube mi sueldo.

—Tiene usted que darse prisa en tener anticipo —dice Ajali—. Hablan que el jefe Moma presenta demanda.

Johnson se enfurece. La verdad es que su deuda con Moma, algo así como el alcalde del puesto, es de una clase muy peculiar. Es obligación de Johnson pagar cada semana los jornales de los labradores y jardineros empleados oficialmente; Blore le da para esto treinta y seis chelines cada semana y él los distribuye: seis chelines a Moma y cinco a cada uno de los trabajadores. Pero durante las semanas pasadas, sólo le ha pagado cinco chelines a Moma y cuatro a cada jornalero, prometiendo darles el resto a la semana siguiente con un interés de seis peniques. Esta deuda no le preocupa mucho ya que puede ser borrada con un solo anticipo; pero crece en él la sospecha de que pueda haber infringido alguna ley o reglamento al obligar a los jornaleros a prestarle esas pequeñas cantidades. Por eso le desazona pensar en Moma y hace un gesto enérgico como para hacerlo desaparecer en el aire.

—¿De qué hablan ustedes? Ya no me preocupa ese pobre Moma. Míster Rudbeck mi amigo. Usté viene esta noche, míster Benjamin, para beber salud *missus* Johnson, y usté, míster Ajali. Una noche de alegría. Todos felises.

—Gracias, míster Johnson, por amable invitación —dice Benjamín—. Grasia, míster Johnson; tengo ganas de reír.

El chico del Waziri, Saleh, se acerca. Es un muchacho lánguido, de unos catorce años, que viste una bata azul perfumada bordada en blanco. Mueve su cabeza, asentada en un largo cuello, con gracia arrogante y perezosa. Tiene los ojos hinchados de abusar de la *kola*. Calza unas botas de tafiote rojo y se desliza con ellas sigilosamente como un ladrón. Se cruza la amplia bata sobre un hombro con un gesto afectado y dice con el acento arrastrado de la lengua *hausa*:

—El Waziri saluda al empleado Johnson, empleado de Fada.

—Yo saludo a Waziri.^[2]

—Te envía este mensaje: ¿Quiere el empleado Johnson ir a hablar con Waziri? Es sobre ese Moma.

—No, no. Él no puede hablar sobre ese pillo. Díselo a Waziri.

El lánguido muchacho se queda mirando a Johnson sin decir una palabra.

—¿Qué pasa?

—Creo que me das un chelín.

Johnson se indigna con la frescura del chico pero Benjamín le dice en inglés:

—Le aconsejo a usted darle algunas monedas pequeñas... es muy gran amigo de Waziri.

—No tengo dinero aquí. Si usté prestarme un chelín, míster Benjamín...

Benjamín le entrega en seguida el chelín. Es desprendido con el dinero. Saleh lo toma sin decir una palabra y se aleja contoneándose.

Pero a las ocho de aquella noche, vuelve con Waziri. Míster Johnson está en plena fiesta privada. Improvisa un baile con la música del gramófono, mientras Ajali, Benjamín y media docena de servidores del puesto colonial, incluyendo a Tom —el cocinero de Rudbeck— marcan el compás. Sus rostros reflejan una gran seriedad y una atención intensa. Sólo Johnson se ríe y se excita.

Así debe ocurrir en todos los bailes indígenas: el artista se halla poseído por el espíritu creador mientras los espectadores observan con sentido crítico la producción.

Waziri es un negro pequeño, fibroso, de unos cincuenta años. Sus facciones, bien dibujadas, son distinguidas; su nariz, larga, tiene finas aletas.

Lleva un bigote fino y gris y una barbita de chivo. Sus ojos pequeños e inyectados de sangre están rodeados por unos párpados enrojecidos y brillantes. Parecen mirar como las ventanas de una casa recién quemada cuyos marcos están todavía incandescentes. Estos ojos fluctúan en su rojez como tizones encendidos cuando los mueve rápidamente.

Viste una sucia bata y lleva la cabeza envuelta en un turbante azul descolorido, muy estropeado. No sería prudente para un ministro oriental parecer rico.

Waziri es recibido con indiferencia por el personal del puesto. Ajali le dice en inglés.

—Buenas noches, Waziri.

Y el ordenanza de Blore también lo saluda Pero Waziri no se desconcierta. Tiene la expresión afable del noble que viaja en un país democrático, dispuesto a soportar con buen humor todas las faltas de respeto. Se recoge la bata, se sienta y aplaude el baile con gritos de «¡Oh, muy bien! ¡Oh, excelente; por Alá, qué bien bailas!»

Terminado el disco, se detiene Johnson jadeante y sudoroso. Waziri hace una señal con la mano y un esclavo le trae una botella de ginebra que él ofrece a Johnson.

—Un regalo —dice Waziri.

—Tengo que pagar —le replica Johnson hablando en *hausa*.

—Yo te doy un regalo a cambio.

—Un gran funcionario nunca acepta presentes sin corresponder a su vez.

Waziri agita en el aire sus manos de palmas grises y exclama:

—¡Oh, no, no! No es necesario. En todo caso un penique, una nuez de *kola*, o algo así.

Johnson se ríe y dice.

—¿Cómo un penique? Eso es un regalo pequeño.

—A ti no puedo pedirte más.

Johnson se divierte con esta escena. Le pide prestado un penique a Ajali y se lo da a Waziri. Todos ríen. Abren la botella de ginebra y beben. Waziri le pide a Johnson que se siente junto a él para celebrar una conferencia privada y le dice.

—Eres un hombre listo, míster Johnson, un hombre muy importante en Fada. Además, me dicen que el nuevo juez, Rudbeck, es tu amigo.

—Completamente cierto, Waziri, soy el amigo de míster Rudbeck.

—¿Sabes todo lo que ocurre en la oficina?

—Claro, Waziri. En el gobierno estamos enterados de todo.

—Entonces, ¿lees todas las cartas, todos los telegramas... lees todas las cartas del juez viejo y también las del joven?

—Naturalmente, es mi tarea.

—Míster Bauli, que ocupaba tu cargo antes de llegar tú, era un buen amigo mío.

—Sí, ya sé. Y te enseñaba todas las cartas del Gobierno.

Míster Johnson se ríe alegremente y también ríe el Waziri.

—Sí, claro; me enseñaba todas las cartas. A veces, si llegaba alguna donde se trataba de la paga del Emir o de alguna deuda, o de los nuevos impuestos, me lo comunicaba incluso antes de saberlo el juez.

—Y tú le dabas diez chelines al mes.

—Mucho más que eso, empleado Johnson, mucho más. Además, le enviaba muchos presentes.

Los invitados de la fiesta se han reunido en torno a ellos y son todo oídos, lo cual no desconcierta ni al Waziri ni a Johnson. El convenio de las autoridades indígenas con el empleado Bauli es cosa bien sabida y, además, muy corriente en aquellas tierras. Todos los empleados, incluso el dependiente Ajali, reciben regalos de varios ministros indígenas.

—Míster Bauli tenía muchos regalos.

A Johnson le hace mucha gracia todo esto.

—Sí, y también para su esposa.

—Una esposa sale muy cara —dice Johnson—. Sobre todo, si es una esposa bonita.

—Sí, es verdad, los maridos necesitan dinero para tener contentas a sus mujeres. Supón, míster Johnson, que te hace falta dinero para pagar alguna pequeña deuda... En tal caso, ya sabes que soy tan amigo tuyo como míster Rudbeck.

—¿Me puedes hacer tantos regalos como a míster Bauli?

—Por supuesto... por supuesto. Y si por casualidad se presentara alguna queja contra ti, ya me cuidaría de eso. Cuando hubo quejas contra míster Bauli, como sabes, me parece que a propósito de los impuestos sobre el ganado, ¿no fui yo quién habló con los testigos que iban a declarar contra él y les pagué para que lo olvidaran todo?

—¿Harías eso por mí, Waziri?

—Desde luego... desde luego.

—¿Por nada?

Waziri extiende sus manos en un típico gesto oriental:

—Por pura amistad.

—¿No por conocer las cartas?

—¿Qué cartas?

—Las cartas de la oficina. ¿No quieres que yo te lleve alguna carta?

—¡Ah, bueno! —Waziri se mece suavemente y mira al techo—. Como míster Bauli nos ha dado siempre información, estoy seguro de que tú no tendrías inconveniente.

—Eso de recibir regalos es estupendo —dice Johnson, que sonríe y mira a todos los del grupo. Todavía no sabe lo que va a hacer. En este momento es el centro del interés general. Tiene un público. La situación se le ha venido a las manos, como madera para ser labrada o como el tema de una canción.

—¿Quieres que te enseñe todas las cartas del Gobierno, Waziri?

El ministro indígena está muy contento; Saleh, en cambio, acentúa su aire despectivo.

Johnson, para producir mayor efecto, habla en inglés.

—Usted me dise: míster Johnson, usted hombre del Gobierno, usted es cosa del Rey, usted conose los pensamientos del Rey y usted me dise los pensamientos del Rey y yo le doy a usted mucho, mucho dinero.

Waziri lanza al aire sus manos y exclama en *hausa*:

—¡Es la costumbre! Sabes que míster Bauli...

Johnson da un brinco y a la vez pone cara de indignación. Benjamín, Ajali y media docena de muchachos sentados en el suelo miran hacia arriba con intenso interés. Los blancos de sus ojos por debajo de las pupilas parecen finas lunas en cuarto creciente, horizontales. Contienen la respiración, emocionados.

Johnson extiende un brazo dramáticamente y levanta la barbilla...

—Yo no míster Bauli, Waziri, yo míster Johnson. Yo pertenecer al Gobierno. Yo dependo del Rey. Yo amigo de míster Rudbeck... No acepto dinero por cartas del Rey. No soy hombre para esas cosas.

Waziri se levanta y hace una profunda reverencia. Saleh cierra los ojos como si no pudiera soportar estas vulgaridades.

—Me sorprendes, Waziri.

Éste sonríe, vuelve a inclinarse y se levanta con una expresión de simple aburrimiento. También tiene los ojos medio cerrados y su expresión es la del visitante de los suburbios que ha terminado sus visitas de caridad y ha soportado los peores olores pero, de pronto, se ve obligado a un olor peor que todos los anteriores y que, para colmo, está fuera de su distrito.

—Creo que usted olvida yo hombre del Gobierno.

Waziri le responde en *hausa*, con voz apagada.

—Perdón, me dijeron que tú eras como los demás, como míster Bauli, que era un hombre muy comprensivo... Buenas noches, míster Johnson, que Dios te prolongue.

—Bauli era un redomado pillo, Waziri... lo mismo que tú.

Waziri rompe a reír con una risita cascada y luego, aún más aburrido, emprende la retirada. Saleh le sigue. Su bata despide un fuerte olor a almizcle. El muchacho, en su calidad de favorito actual de Waziri, tiene cuenta abierta en el almacén para comprarse perfumes, jabones, trajes, té, mermelada, azúcar y cigarrillos en la cantidad que se le antoje.

En cuanto se marcha la pareja, se vuelve Johnson hacia sus amigos.

—Ese viejo granuja, cree yo hombre ladrón.

Sus amigos lo felicitan y todos se beben la ginebra de Waziri.

—Cree que yo le enseño cartas del Gobierno.

Johnson se pasea por la habitación y a cada momento se va haciendo más solemne su paso; es como la marcha de la guardia real, pero de una guardia formada por poetas embargados por un inmenso sentimiento de lealtad. Johnson se golpea en el pecho.

—Yo dependo del Rey. Estoy de acuerdo con el Rey. Yo, el amigo de míster Rudbeck.

Circula la cerveza en grandes calabazas. Todos los empleados y servidores del puesto hablan a voz en grito y se oye en confusa mezcla las palabras: «Rey, patria, Inglaterra, real...» Todos están excitados por el patriotismo. De vez en cuando, Johnson marca unos pasos de baile y tararea: «Inglaterra es mi país, ese rey de Inglaterra es mi rey.»

Ajali le acompaña con voz de bajo.

—¡Oh!, Inglaterra es mi patria, más allá de las grandes aguas.

A la una de la madrugada se han marchado todos los invitados que trabajan en el puesto menos un muchacho pequeño. Pero media docena de vecinos del pueblo murmuran en la sombra. Johnson anda inquieto de un lado para otro. Se ha quitado toda la ropa. Sólo lleva sus brillantes zapatos. Una débil luna se refleja en el betún de éstos, en la botella de ginebra ya vacía y en los charquitos de cerveza... Johnson canta suavemente cambiando rápidamente de volumen y de tono:

*Inglaterra es mi patria,
Oh, Inglaterra, mi patria en las grandes aguas.
Ese rey de Inglaterra es mi rey,
El mejor hombre del mundo,
Su corazón es demasiado grande,
Oh, Inglaterra, mi patria en las grandes aguas.*

Dos de los tipos que cuchichean por los rincones baten palmas tenuemente mientras hablan de sus asuntos. Un viejo *yoruba*, un mercader con una gorra inglesa torcida en la cabeza, está tumbado en un rincón, muy borracho y acompaña a Johnson lanzando de vez en cuando tremendos sollozos. Sabe Dios lo que significará para él la palabra «Inglaterra», pero es probable que este viejo haya aprendido el inglés en alguna misión.

*Oh, Inglaterra, patria mía, allá lejos en el agua,
Inglaterra es mi país, ese rey de Inglaterra es mi rey.
Gran corazón tiene para sus niños,
Y tiene sitio para todos.*

Johnson canta con voz de falsete bailando con esa peculiar flojedad de miembros como si todo él se hubiera convertido en un puñado de macarrones.

*Y yo le digo ¡hola!, me hago el loco,
Escupo en la alfombra de su gran corazón.*

—Inglaterra, mi patria —canturrea el *yoruba* entre sollozos— lejos, lejos, sobre las grandes aguas.

—Oiga usted, general, tráigame la cerveza fría.

—Yo míster Johnson de Fada, al servicio del Rey.

—Oiga, juez de la peluca arrugada, métame en esa cama y póngame el mosquitero real.

Las palmas suenan más fuertes, sincopadas. Cuatro o cinco voces canturrean nasalmente y gimen la melodía produciendo unas veces el efecto del clarinete y otras el de *kazús*. Johnson baila cada vez más descoyuntado. Sus piernas parecen doblarse por todas partes mientras se cimbrea y canta con voz clara y en tono bajo:

*¡Eh, tú!, el del sombrero de picos,
Trae ese orinal de oro para hacer mi agua,
Yo, míster Johnson de Fada, el hombre grande.
El rey está cansado, que trabaja el día entero.
Tiene cartas, cartas; es mucho trabajo para el rey,
No quiere dormir, se cansa y le duele el pecho
Y dice: ese niño loco lo tengo en el pecho
Y me duele porque está borracho.
El primer ministro viene corriendo de la oficina
Y le grita al Rey: Majestad, esa cosa negrita,
Esa cosa que parece un bichito, está borracho,
Está haciendo el loco y no le importa nadie.
Es un chico sucio que escupe en la alfombra
De vuestro gran corazón.
Muy bien, Majestad, ahora voy a cogerlo
Y lo voy a tirar al río Támesis
Desde lo alto del Parlamento, plach, plach.*

*Y el Rey dice, ¡Oh, no!, míster primer ministro, eso no.
Sé que Johnson de Fada es mi fiel empleado de Fada;
Está borracho por mí, por amor a su real rey,
Está borracho porque viene a mi lado
Y no puede resistir tanta felicidad;
No está acostumbrado a tanta felicidad.
Mire, mire lo que hace ahora, se está riendo.
¡Bah!, ¿de qué sirve reírse tanto? Y baila, baila.
¡Bah!, ¿de qué sirve bailar tanto?
Y ahora se pone a bailar con las manos.*

Johnson intenta efectivamente andar sobre las manos y se cae de rodillas.

*¿De qué sirve andar sobre las manos?
¡Ay!, míster primer ministro, es que está borracho
por eso está haciendo el loco y el idiota;
escupió en mi alfombra porque da su vida por mí
y...*

En este momento una voz furiosa ruge por entre los árboles.

—¿Quién alborota así? ¿Qué diablos estáis haciendo ahí?

Johnson se queda como en trance, espantado, con ojos de liebre. Se pasa la lengua por los labios y grita con voz temblorosa.

—Soy Johnson, señó... Canto bajo, bajito, señó.

—Johnson, ¿quién es Johnson? ¡Ah!, ¿quiere usted decir Johnson? ¿Está usted borracho, Johnson?

—¡Oh!, no señó, yo nunca...

—Bueno, váyase a la cama, Johnson.

—Sí, míster Rudbeck. Buenas noches, míster Rudbeck.

—¡Maldita sea! Buenas noches, váyase al diablo.

Los invitados que quedaban se han marchado en seguida. Johnson se acuesta sin haberse quitado de encima la impresión recibida. ¿Cómo es posible que míster Rudbeck haya podido oírlo a las dos de la madrugada? ¿Cómo puede estar despierto a esa hora?

La boda de Johnson ha sido fijada para el domingo por no haber trabajo ese día en la oficina. Cuando se sabe la noticia en el pueblo, los tambores y los bailarines ofrecen en seguida sus servicios. Las mujeres que fabrican cerveza van a las orillas del río para humedecer el grano. La importancia de las «despedida de soltero» que da Johnson hace pensar en toda Fada que la fiesta que celebre para su boda ha de ser sensacional. Pero Johnson despide a los tambores y danzarines y no encarga cerveza. Le dice a Ajali:

—Estos salvajes piensan yo hago boda salvaje como gente de la selva. Nunca entienden matrimonio cristiano.

—Bamu no cristiana.

—No, pero yo le hago matrimonio propio para dama del Gobierno.

En vista de que no hay sacerdote y que Bamu no puede ser bautizada, le ruega Johnson a su amigo Benjamín que lea el servicio matrimonial en la oficina de Correos.

—Debemos tener oficina del Gobierno para la boda.

—Pero usted no cree un libro de boda conveniente para esta muchacha de la selva, ¿verdad, míster Johnson?

—Ella muy lista, míster Benjamín. Yo le digo ahora eres esposa del Gobierno; debes ser sivilisada desde el principio. Y ella dise: Sí, hago todo lo que quiere mi esposo. Y yo quiero empear con matrimonio cristiano, lleno de las palabras más hermosas y verdadero amor cristiano.

Benjamín, sentado a la mesa de su pequeña oficina de hojalata, cuenta los sellos. Cada vez que vuelve una hoja de sellos rojos de un penique, mira suspicaz el reverso, como si temiera encontrar allí algún secreto defecto.

—Desde luego, es muy buen servicio matrimonial —dice con su voz agradable—. Produce los más nobles pensamientos para el matrimonio, pero ese libro de la boda no sirve para ignorantes. Creerán que es juguete del Gobierno. Temo, míster Johnson, que estos salvajes no entienden nada. Es imposible que esa gente entienda hasta mucho tiempo después, cuando todos estaremos muertos.

—No, no, Bamu comprende. Yo se lo explico a ella. Así ¿usté quiere hacer la boda para mí?

—Me sentiré ridículo.

—¡Oh!, no, míster Benjamín.

—Pero es mi deber hacerlo por la amistad. Es poca cosa hacer el ridículo por usted.

Johnson estrecha efusivamente la mano de Benjamín y exclama:

—¡Dios bendiga a usté, mi querido amigo! Ahora veo usté es verdaderamente un amigo.

La ceremonia se celebra por la mañana, pero tiene que retrasarse porque el vestido de boda de Bamu no ha llegado aún de la tienda de Dorua, un pueblo cercano. Desde allí han telegrafiado negándose a entregarlo al mensajero enviado por Johnson hasta que se pague su precio y Johnson ha mandado por giro telegráfico el dinero. Pero el recadero se retrasa.

A las dos de la tarde pierde Johnson la paciencia y marcha con Ajali y Tom, el cocinero de Rudbeck, para recoger a la novia. Ésta espera con toda su familia, que lanza agudos chillidos y terribles lamentos cuando Johnson y

Ajali avanzan para reclamarla. Eso es lo ritual; con ello se da a entender que la joven es arrancada de su hogar a la fuerza. Pero es sólo una ceremonia. Bamu, que tiene preparada ya su caja con todas sus cosas, se coloca entre Johnson y Ajali y los tres emprenden solemnemente la marcha hacia Fada. La familia los sigue charlando sin cesar y haciendo los chistes más universales, de los que Bamu se ríe tanto como los demás.

Johnson también se ríe, pero a ratos recuerda que el vestido no ha llegado aún y se golpea en la frente y se da a sí mismo patadas en las espinillas.

—Tonto tú, Johnson. ¿Por qué no enviaste dinero una semana antes? Ahora se estropea todo.

Benjamin espera en la oficina de Correos junto a los aparatos de transmisión. Johnson y Bamu se colocan ante él. Ajali, Tom, veinte o treinta familiares de Bamu y los servidores del puesto inglés llenan el resto de la habitación y se apiñan por fuera. Se arraciman por todas partes, incluso por detrás de Benjamín, encerrando a la pareja de novios en un pequeño círculo. Los paganos contemplan todo aquello divertidos y asombrados. Sobre todo, al aparato telegráfico y al serio Benjamín. De vez en cuando hacen muecas y algunas de las mujeres se ríen nerviosas. Y al momento siguiente se asustan, muestran el blanco de sus ojos, murmuran e incluso quieren marcharse todos a la vez pero vuelven a quedarse tranquilos inmediatamente.

Johnson, teniendo a Bamu por la mano, ha olvidado su disgusto por el vestido de boda. Él lleva un traje blanco tan almidonado que parece de madera; una corbata azul, calcetines azules de seda y unos zapatos nuevos. Su expresión es grave al comienzo pero al pronunciar Benjamín las palabras «que es un estado honorable instituido por Dios en tiempos de la inocencia del hombre», sonríe y parpadea como un niño a quien ponen de pronto ante un árbol de Navidad iluminado. Benjamín lee bien y disfrutando con las palabras. Cuando llega a frases que le gustan mucho, levanta la ceja como sorprendido, sorpresa que se refleja en su voz. Es como si dijera «¡Pero si esto es mejor de lo que yo creía!»

Cuando le pregunta a Johnson si quiere a Bamu por esposa, contesta éste en voz muy alta y decidida y mira a todos los presentes para ver si se han fijado bien en su energía al decidirse.

Bamu no responde hasta que Johnson, después Benjamín y luego su hermano, le explican que debe expresar su consentimiento. Entonces dice en tono despectivo y asombrado:

—¡Qué tontería; ya sabéis que consiento!

Se niega a repetir las palabras rituales y se limita a decir.

—No seáis tontos. Sé de sobra cómo me tengo que casar.

Johnson discute con ella unos momentos y está a punto de enfurecerse cuando Benjamín le riñe y le dice:

—Dele usted el anillo, míster Johnson.

Bamu acepta un anillo de plata y da las gracias. Durante todo el resto del servicio nupcial, está absorta en la contemplación del anillo y de vez en cuando murmura.

—Gracias, marido.

Pero Johnson, que le tiene cogida una mano, le sonríe con la vista fija en un rollo de alambre colgado en la pared. Parece hallarse en trance.

—«La esposa será como una viña fructífera sobre los muros de su casa... Tus hijos serán como las ramas de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre...»

Imaginativamente, Johnson está viviendo en una especie de paraíso; o más bien, en una serie de extraños y deliciosos reinos que se suceden rápidamente el uno al otro. Es el esposo feliz que adora y es adorado en una dignidad perpetua y bastante solemne como la que se aprecia en la litografía de la Familia Real; es el amante triunfador que engendra muchos niños; es el consolador de una desgraciada Bamu que sufre horribles enfermedades; le asoman las lágrimas a los ojos cuando piensa en los sufrimientos de su pobre mujer y en su propia bondad. Y por debajo de todo ello fluye la triunfal sensación de haber logrado esta hermosa y espléndida boda.

Bamu, tranquilizada al asegurarle su familia que todo esto es una boda al estilo extranjero, y por el anillo, soporta el resto de la ceremonia con paciencia. Espera obediente mientras Johnson, una vez terminado el servicio, va saludando a todos y les dice en *hausa*:

—Ahora, adiós y gracias. Me voy privadamente con *missus* Johnson y deseamos estar solos. Esto es lo que debe hacerse. Pero Ajali y míster Benjamín tienen cerveza para todos ustedes.

Bamu sigue a Johnson, que la coge del brazo y la conduce por entre la multitud. A ella no le gusta esto. Quiere ir detrás de su marido, pero se resigna a que la lleve junto a él y sólo dice:

—Qué cosas tan raras haces.

Johnson no oye su protesta. Es demasiado feliz. No deja de sonreírle.

—Ahora eres *missus* Johnson... eres una dama del Gobierno. Creo que eres una esposa muy bonita. Te quiero más que grande es el cielo. Voy a hacerte tan feliz que te pasarás el día riendo y te asombrarás de ser tan feliz. No sabes lo bueno que es para las mujeres dejar de ser muchachas y

convertirse en esposas civilizadas con amorosos maridos cristianos que nunca les dan palizas y que son para ella amables amigos, tan buenos como hermanos.

En cuanto se pierden de vista, los invitados quieren ir al encuentro de la pareja. A Benjamín le es imposible explicarles que la fiesta de la boda puede celebrarse en cualquier otro sitio con tal de que no se hallen presentes los novios. Especialmente, la familia de Bamu no está dispuesta a separarse de la joven en tan dichosa ocasión. Tienen que vigilar para que el matrimonio empiece su vida de casados con arreglo al método establecido.

Entre tanto, Johnson y Bamu llegan a la choza de él, que ha sido barrida para esta gran ocasión. Se han añadido nuevas esteras en forma de cortinas para incluir en un solo recinto femenino la vieja choza de Sozy y la pequeña choza dedicada a cocina.

En la cabaña de Johnson han puesto una mesa con mantel, platos, cuchillos y tenedores, un pollo frío, jamón frito y dos velas. El almacén les ha prestado dos sillas. Sobre una de ellas reposa un gran paquete.

Johnson, con gritos de alegría, rompe el envoltorio y saca un vestido de muselina blanca con lunares rojos, plisados en el cuello y mangas cortas, las prendas de ropa interior habituales de las mujeres blancas, medias blancas y zapatos de lona también blancos.

—Tu ropa, Bamu. Ahora te convertirás enseguida en una dama del Gobierno. Ten, esto es lo primero que te pondrás.

Sostiene entre los dedos unas bragas anticuadas.

—Pero esto es lo que llevan los hombres blancos.

—No no, es para las señoras... para las damas blancas. Ahora eres una dama del Gobierno y tienes que llevarlo puesto.

—Pero esto me va a hacer mucho daño.

—¡Qué disparate! No puede lastimarte nada. Estarás orgullosa de llevar ropa de señora blanca.

—Yo no necesito nada de esto. Tengo una tela completamente nueva para envolverme.

—Pero, Bamu, no seas tonta, debes comprender que esto es un gran honor para ti. Ven, te ayudaré. En cuanto lo tengas puesto, te sentirás cambiada.

Johnson obliga a Bamu a sentarse en la silla, le coge la pierna izquierda y trata de meterla por una pernera. Bamu da de pronto un penetrante grito y, al instante dos hermanos, un tío y la madre se precipitan al interior de la cabaña con grandes carcajadas. Pero se quedan estupefactos, como de piedra, al ver aquella escena.

—¿Eso qué es, Bamu?

—No sé, no puedo hacerle comprender nada.

Johnson se vuelve hacia ellos chillando furioso.

—Tiene que vestirse así. Ya no es una chica de la selva... Decidle que no sea tonta. Quiero darle una gran felicidad.

Bamu se libra por fin de las bragas que le traban las piernas, coge su trapo y se envuelve en él. Dice:

—No, no quiero estar casada con él.

La madre avanza repentinamente con grandes alaridos.

—Siempre dije que era malo. Lleváosla de aquí, lejos de él, ahora mismo. Pero no le devolveremos ni un penique. Sí, bruto, es inútil que nos pidas nada. Has tenido tú la culpa.

Johnson se dispara, indignado, y grita que todos ellos son un hatajo de granujas y ladrones; que llamará a Rudbeck y a la policía. Todos los presentes chillan durante media hora y de pronto notan que Bamu ha desaparecido. Johnson corre fuera de la cabaña presa de pánico gritando:

—¡Bamu! ¡Bamu! Vuelve aquí.

La familia está consternada. No quieren devolver el precio de la novia, del cual se han gastado ya el anticipo recibido. Por eso se lanzan todos en persecución de Bamu y en cuanto la alcanzan, la obligan a volver.

—Es que no quiero ponerme esa ropa tan mala. Son prendas indecentes para mujer.

—No, no —la tranquiliza Johnson—. No pienses ahora en la ropa. Quédate conmigo, eso es lo único que importa.

—Muy bien, me quedaré.

—Ahora vamos a comer.

—Muy bien, como quieras. Tú eres el marido.

—Tú te sientas aquí y comes.

Bamu mira la silla.

—No me puedo sentar mientras tú comes.

—Sí, sí, sí, eso es lo que debe ser, lo que corresponde a una esposa.

—No; yo debo cuidarte como buena esposa.

—Te digo que te sientes. —Y la empuja en la silla. Bamu se levanta de un brinco y da un grito. Inmediatamente toda la familia penetra otra vez en la cabaña con gran alborozo. Y al ver lo que ocurre, estalla otra discusión. Johnson llora desconsolado y le dice a Ajali entre sollozos.

—¿Qué puede uno haber con estos salvajes? Yo demasiado cansado... Yo morir ahora. —Y se tumba en la cama.

La vieja Sozy acude a quitarle los zapatos. La familia entre tanto se reúne en conciliábulo sin hacer el menor caso de Johnson y decide que Bamu tiene pleno derecho de servir a su marido y que sería indecente que una mujer casada estuviera sentada comiendo a la vez que un hombre.

Bamu le trae a Johnson, que yace abatido, una calabaza de caldo y se la entrega con una profunda reverencia, volviendo la cabeza cortésmente a un lado para no echarle su aliento.

El marido llora inconsolable.

—Me estoy muriendo... Se ha estropeado una boda tan bonita...

Bamu quiere animarlo.

—Amo, tienes que comer. Recuerda que ahora tendrás que estar fuerte, porque todos van a estar mirando. No quiero que me avengüences.

—¡Oh!, Bamu, eres una muchacha buenísima. Creo que quizás te pueda enseñar a ser civilizada.

—Éste es un caldo muy bueno, con mucha pimienta... Es lo mejor para que te pongas ardiente.

—Eres tan bonita... Sí, creo que te podré enseñar. Pero ahora estoy muy triste.

Echa abajo del camastro las piernas y acepta la sopa, que come con melancólica expresión.

—Tengo hambre, pero estoy muy triste. Me has causado mucha pena. Has estropeado mi matrimonio.

—Pero todavía no estamos casados.

—¡Qué muchacha tan salvaje eres! No piensas más que en esas cosas. Eres demasiado ignorante. Pero te enseñaré, porque también eres lista.

—Guiso muy bien; esa sopa te gusta.

—Sí, está buena para ser alimento salvaje.

—Pues hay más.

—Muy bien, querida, tomaré un poco más. Tengo tanta hambre..., pero no voy a creer por eso que no estoy triste.

Mientras tanto han llegado los *tam-tam* traídos por los amigos de Bamu. Están fuera ensayando una canción y probando cada uno el ritmo de los otros. Los demás baten palmas y de vez en cuando una voz canta unos versos de una canción nupcial o simplemente una frase.

La serpiente levanta la cabeza.

La tortuga se retira modesta.

—Sí, está buena y bien sazonada con la pimienta —suspira Johnson—. Pero no tengo apetito.

Los tambores van poniéndose de acuerdo en el ritmo: *pum-pum-perumpi-pumeti-pum*.

Voces de mujer cantan:

*¡Oh, serpiente! ¿Por qué me miras con tu ojo?
¿Qué deseas de nosotras las doncellas?*

Un *tam-tam* pequeño tamborilea un comentario que suena como un entrechocar de dientes o el corretear de unos pies, y el tambor bajo responde con su *pumpi-pum*.

A Johnson le baila el pie derecho antes de que él se dé cuenta. Balancea la cabeza al compás de la música, por lo cual se detiene un momento con la cuchara en el aire.

—Tengo que comer, pero mi corazón está hecho pedazos.

Las muchachas cantan a coro cerca de la cabaña:

*¡Qué miedo esta serpiente, qué peligrosa!
Golpea como una flecha en las tinieblas.
Muerde como el fuego. Que no venga...*

Los tambores dicen:

*Pum-pum-perumti-pupeti-pum.
Tarati, tatarari, tati, tatararati, pum.*

Johnson está de pie moviendo espasmódicamente las rodillas y los muslos.

*¿Dónde te escondes, tortuguita?
Bajo las hojas tan oscuras...*

Bamu rompe a reír y corre a mezclarse con las muchachas que cantan. Coge con ambas manos el trapo que la envuelve, y abriéndolo y cerrándolo con rapidez, baila y canta:

*¡Qué extraña criatura he visto en el bosque!
¡Un ciempiés tan grande como mi brazo!*

Johnson se asoma a la puerta de la cabaña y empieza a bailar rígidamente con pequeños brincos espasmódicos, levantando la rodilla como un semental. Los hombres lanzan alaridos y se alinean a su lado. Avanzan con acompasados movimientos repentinos y envarados, mientras cantan:

*¡Oh, doncellas! Os buscamos en el campo de trigo.
Al principio sólo era la sombra de una nube.
Os vimos muy lejos sumergidas en la blanca agua.
Pero cuando os sujetamos, ¡era agua tan sólo!*

*Oímos vuestras voces en el aire, saltando por las ramas,
Pero el pájaro brillante se escapó de nuestras manos.*

Las muchachas, con Bamu en medio y los brazos enlazados en la espalda, se balancean sin mover los pies, de modo que el baile es sólo una ondulación de toda la fila, y cantan:

*¿Qué oigo? Un león rugiendo tras su presa.
¿Qué siento? Un elefante que hace temblar el suelo.
¿Qué temo? Un cocodrilo mirándome desde el agua.*

Luego, todas juntas con un ritmo más rápido:

*Me espanta la serpiente, peligrosa para las mujeres.
Mira, ya le picó a mi pobre hermana.
Está toda hinchada por la mordedura, y grita ¡ay!, ¡ay!*

A media noche, Johnson, vestido sólo con su taparrabos de algodón, está representando la danza del novio entre tal estruendo de *tam-tam*, alaridos y palmas, que su canción apenas puede oírse:

*¡Oh, Bamu! Te veo allá en la selva.
¿Por qué me temes, chiquita?
¿Por qué te escondes entre las hojas?
No voy a hacerte daño, Bamu.
¿Ves? No tengo palo ni cuchillo.*

Johnson se despierta a la mañana siguiente de la boda con un terrible dolor de cabeza que le hace titubear cuando intenta dar unos pasos. Ve puntitos negros bailando ante sus ojos y le zumban los oídos. Pero sonríe lleno de satisfacción mientras se apresura camino del puesto inglés. Para evitar el encuentro con sus acreedores y pedirle un anticipo a Rudbeck, se ha levantado al amanecer.

Llega en el momento en que Rudbeck está montando en su *pony*. Está con un pie en el estribo hablando con un funcionario indígena, secretario del ministro de Caminos. Johnson ha olvidado que la pasión de Rudbeck es la construcción de caminos.

Así como Blore se preocupa de la cuestión de impuestos y está siempre haciendo estadísticas sobre ellos, Rudbeck, en cuanto llega a un puesto colonial, manda buscar al jefe y se queja del estado de los caminos. Se pasa las tardes recorriendo a caballo o en auto la región inspeccionando los puentes, y le encanta trazar mapas y dibujar en ellos, con líneas de puntos, en tinta roja, nuevas rutas comerciales.

Blore no comprende este entusiasmo caminero de su colega pues considera que las carreteras para tráfico motorizado serán la ruina de África al

dar paso a los maleantes y a las enfermedades, al facilitarles las comunicaciones a los ladrones y a las prostitutas, al vicio y a la corrupción, llevando las ambiciones y mezquindades de la vida moderna a las tribus primitivas y decentes. Dice que lo mismo ocurrió con los ferrocarriles cuando él empezaba en su carrera. Lo estropeaban todo en Nigeria por donde quiera que se extendían.

Rudbeck y él han tenido ya una pequeña pelea a propósito de la carretera de Dorua, que Rudbeck se dispone a inspeccionar. Cuando Rudbeck ha sugerido la noche anterior que se fortalezca una cierta curva de ese camino, Blore ha sonreído, diciendo:

—¿Todavía anda usted con la manía de las carreteras?

Rudbeck ha recibido esta puya con rígida indiferencia, como un niño al que se le censuran sus aficiones. Aunque es modesto y respetuoso, tiene una voluntad enérgica. No cambia de decisión fácilmente. Y por eso ha respondido a Blore fríamente y en tono de desafío:

—¿No cree usted que ya va siendo tiempo de que los automóviles tengan por donde ir en estas regiones?

—Me parece estar oyendo al viejo Sturdee... Le oí decir...

Rudbeck enrojece y se obstina aún más. Dice con sequedad:

—No he tomado esa idea de Sturdee, desde luego.

Sturdee es un Residente General muy conocido por su entusiasmo en la construcción de caminos y a Blore le gusta decir que Rudbeck se ha dejado influir por aquello, por haber trabajado a sus órdenes seis meses. Y es la verdad. Rudbeck, como otros funcionarios coloniales en sus comienzos, no tenía idea de lo que debía hacer. Si hubiera estado primero a las órdenes de Blore, se habría limitado sin duda a la rutina del oficio, a las bebidas y a dar un paseo por la tarde, y habría considerado el censo y las estadísticas como el deber más importante de un funcionario colonial con mando. Pero Sturdee le había imbuido la afición a construir caminos, cualquier clase de caminos, y donde quiera que fuese, llevándole a la convicción de que ésa es la tarea más noble a que puede entregarse un hombre. Además, Rudbeck se divierte con ello. Y recuerda que Sturdee acostumbra decir:

—Cuando hacemos una carretera, sabemos que hemos hecho algo. Podemos verla realizada; es un hecho.

Pero ahora, dos años después de su último contacto con ese jefe, Rudbeck cree honradamente que este convencimiento lo tiene desde siempre. Reconoce que admira la obra de Sturdee, pero no confiesa que su propia labor en Fada debe su existencia a la inspiración ajena.

—Desde luego, es un asunto muy vistoso —dice Blore con cierta malicia. Le molestan los innovadores y la gente que altera el orden cómodo de las cosas.

Rudbeck no le contesta, pero se levanta temprano a la mañana siguiente para inspeccionar un puente que se ha roto. Se siente a la vez buen cumplidor —por levantarse tan temprano para realizar un servicio— y obstinado, porque volverá tarde a la oficina, y esto le sentará mal a Blore. Por supuesto, no se propone ser desleal para con Blore, pero la verdad es que sigue su impulso sin preocuparse de su superior. Por eso, cuando se ve agasajado con profundas reverencias y grandes alabanzas por un joven empleado indígena, idéntico para él a todos los demás, no le presta la menor atención y le responde entre dientes con unos «buenos días», mientras apresura el paso.

Johnson sigue admirando a su héroe mientras éste se aleja, y lo mira con su ancha sonrisa abstraída cuando el ordenanza de Blore le da unos golpecitos en la espalda y le dice que el jefe quiere verlo en seguida en su casa. Esta noticia deja alelado a Johnson. Se le doblan las piernas y el cerebro parece derretírsele. Pero se dirige a la habitación oscura y fría que ocupa Blore en la Residencia. Lo encuentra acostado.

La cama de Blore es una ruina. Los palos que sostienen el mosquitero están atados con cuerdas; el mosquitero tiene más remiendos, y aún más bastos, que el del propio Johnson. Pero la razón de tal descuido es diferente. A Blore le encanta su mosquitero porque lo tiene desde hace veinte años; no puede hacerse a la idea de renovarlo. Johnson, en cambio, no se preocupa en absoluto de que su mosquitero esté nuevo o viejo. Cuando se le cae materialmente a pedazos compra otro muy barato —y de segunda mano— porque prefiere gastarse el dinero en cerveza y fiestas.

Blore yace entre sábanas remendadas y viejas mantas. Al pie de la cama, contra la pared, está un hombrecillo cubierto de andrajos y con una gorra en la mano. Blore, con voz animada, pero sin irritación, le dice a Johnson:

—Míster Johnson, le he mandado venir para comunicarle una seria queja que me envían del tribunal indígena. Este hombre, Moma, me dice que no les ha pagado usted sus jornales completos a los trabajadores del puesto.

Johnson, al ver a Moma, se desespera.

—Le di a usted treinta y un chelines para esos hombres, míster Johnson. Moma asegura que sólo han recibido veinticinco.

—¡Oh, señó...! ¡Oh, señó...! Yo explico a usted...

—Más le vale explicármelo. Espero que entenderá usted lo que es la malversación de fondos públicos...

La voz de Blore no revela el menor enfado contra Johnson. Y es que, verdaderamente, no está enfadado. Tiene la absoluta seguridad de que Johnson está perdido. Sabe que la ley está de su lado y su posición es tan fuerte que no merece la pena tomarse un disgusto.

—¡Oh, sí, señó...! Yo esplico... mañana, señó.

—¿Y por qué no ahora, míster Johnson? ¿Se da usted cuenta de que éste es un asunto muy serio? No he firmado orden de detención, pero he de dictar sentencia. No puedo evitar que esto se decida judicialmente. Si encuentro que hay causa suficiente para incoar contra usted acción penal, tendré que ordenar su arresto.

—¡Oh, señó... señó...! ¡Pero si yo esplico todo!

—Ahora es preferible que se marche usted y lo piense detenidamente. No le necesitaré en la oficina. En realidad, creo que, después de esta revelación, es mejor no verle a usted por allí. Mañana por la mañana me ocuparé oficialmente de este asunto como juez.

Johnson se va a su casa lloriqueando. Bamu, que ha empezado sus tareas domésticas con un gran fregado de todas las calabazas y demás cacharros viejos de Johnson, se le queda mirando un momento, murmura «¿Cómo estás?», y echa otro puñado de arena y guijarros en una olla.

Johnson entra en su propia cabaña, se sienta en un cajón y solloza. La vieja Sozy se acerca sigilosa a la choza y le da varias vueltas aterrada. Por último, entra, le quita los zapatos a Johnson, le frota los pies y murmura: *Ojey-ojey-ojey*.

Quisiera consolarlo en voz alta, pero no se atreve. Ajali y Benjamín aparecen en la puerta. Ajali mira a Johnson y le dice:

—Buenos días. ¿Está usted en casa, míster Johnson?

—Sí, estoy.

Entran y dice Ajali:

—Oigo que míster Blore va y procesa a usted por malversación.

Johnson está descalzo y en mangas de camisa. Se lamenta con voz quebrada:

—¡Estoy acabado!

Ajali mira al techo con sus ojos de cangrejo y ríe como sorprendido.

—Usted pierde su colocación ahora, míster Johnson.

—Si pierdo mi trabajo, voy y muero.

Benjamín dice pensativo:

—¿Por qué piensa usted morir, míster Johnson?

—Yo soy hombre del gobierno. No puedo trabajar como hombres corrientes.

—Es verdad. Los trabajadores son demasiado ignorantes y no saben lo que son los trabajos finos. Es muy duro para la gente retroceder cuando están civilizados.

—Y, ¿qué dice usted a míster Blore en proceso? —pregunta Ajali.

—Sí; el jornalero indígena come mal en este país y un empleado enferma si come ese alimento —dice Benjamín, siguiendo con su idea—. La civilización de la gente es muy desigual en este pueblo. Por eso tenemos que seguir en las colocaciones del gobierno.

Ajali mira a Johnson con curiosidad intentando sacar de su desesperación alguna idea concreta.

—¿Usted piensa ir a la cárcel, míster Johnson?

—Yo no voy a la cárcel. Muero antes —responde Johnson casi chillando—. No estoy preparado para ensierro. No estoy preparado.

—Quizá un hombre puede aprender buenas cosas en la cárcel —murmura Benjamín—. Después de todo, no sentiría perder su colocación.

—No puedo... no puedo enserrarme.

—Tiene usted razón —dice Benjamín con una simpatía dirigida también hacia sí mismo—. Fada es mal sitio para gente civilizada y la prisión demasiado atrasada. Sólo buena para salvajes. —Y suspira profundamente.

Mientras hablan, oyen a Bamú que emite un continuo zumbido, como una abeja en una caja; a veces es un ruido fuerte y decidido, cuando ataca un nuevo cacharro para fregar, y otras veces se hace suave e incluso agradable, mientras se detiene a reposar, abstraída y satisfecha.

A la mañana siguiente, Johnson está muy enfermo. Gime y dice que se está muriendo.

—No puedo ir *fisina*... Muero.

Bamú lo mira. Se acerca a Sozy y le dice sorprendida:

—El hombre está malo.

Sozy acude corriendo junto a su amo tan querido y le frota los pies. Johnson llora y vuelve la cara. Está abatidísimo, con la dejadez característica del que ha padecido una larga enfermedad.

—Muero... muero seguro —dice—. No pueden meterme en cársel. Voy y muero primero.

—¿Está de verdad malo? —pregunta Bamú.

Sozy afirma con la cabeza, desolada.

Bamú frunce el entrecejo muy preocupada y dice:

—Pero, ¿qué podemos hacer si es un extranjero?

Sozy empieza a llorar. No tiene lágrimas, pero su rostro se contorsiona y la vieja sufre más que los que disponen de lágrimas. Exclama:

—¡Ojey, se está muriendo!

—Mejor sería llamar al hombre blanco, por si es una enfermedad de extranjeros —sugiere Bamú.

—Sí, sí; yo iré.

Sozy trota lo más rápidamente que puede hasta el puesto inglés, pero no encuentra a nadie en la oficina. Los mensajeros se hallan todos reunidos en la casa del jefe del distrito. Es que Blore está enfermo.

Nadie le hace el menor caso a Sozy. Benjamín envía telegramas urgentes para que venga un médico; y los criados de Blore hacen el equipaje de su amo.

La vieja vuelve a la casa desesperada; entra dando traspiés y dice:

—Juez también está enfermo. Se lo llevan en seguida. No pude conseguir ninguna medicina. Ojey, mi amo morirá.

Johnson se sienta como movido por un resorte y exclama:

—¿Está enfermo el juez Blore?

—Muy enfermo. Se lo llevan en seguida.

Johnson salta de la cama y pide sus pantalones. Le sale la risa a borbotones. La vieja Sozy, asombrada y aliviada de su gran pena, lo viste. Bamú le trae una bebida y le dice:

—¿Estás bien de nuevo, marido?

—Sí. —Johnson piensa un momento, se pasa la mano por la frente, por el estómago y por las costillas: tose y escupe—. Sí, me siento casi bien del todo. ¿Verdad que es una buena cosa?

—¡Oh, buenísima! —asiente Sozy, usando la expresión *hausa da dadi*. (Muy bien, estupendo.) Es la única frase que conoce para expresar satisfacción y contento. Las demás las ha olvidado.

—¿Te encuentras lo bastante bien para ir a la *fisina*? —pregunta Bamú.

—Sí; creo que sí... Sí; míster Rudbeck estará allí esta mañana. Desde luego. —Vuelve a tocarse otra vez por todas partes y se ríe—. Estoy otra vez completamente bien. Iré.

Mientras camina por el sendero va cantando:

*Inglaterra es mi patria, el rey de Inglaterra es mi rey,
el mejor hombre del mundo... ¡qué corazón más grande!*

Pero cuando llega cerca de la oficina, le fallan las piernas. Ve en la puerta a Moma, el capataz, y a todos sus acreedores. Se encuentra otra vez muy mal;

le duele muchísimo el estómago. Está a punto de volverse pero, de pronto, el mensajero principal, Adamu, lo descubre y le grita:

—¡Akow!

Se resigna Johnson a entrar en la oficina y avanza con paso de borracho. Los acreedores y Moma, formando un grupito a la puerta, le miran con la agria y vengativa cara de los traicionados. Johnson no puede soportar la proximidad de tanta amargura y trata de escabullirse. Pero de pronto se le ocurre una gran idea. Se dirige a Moma y le dice en voz baja:

—Mi querido amigo. Míster Rudbeck me va a dar un anticipo de mi sueldo y con eso les pagaré a todos. Pero si os quejáis, no podré conseguirlo.

—Dese prisa, Johnson —grita Rudbeck—. ¿Dónde ha estado usted?

Rudbeck, sentado a la mesa de Blore, fuma un cigarro y hojea los papeles con aire disgustado. Un saco pequeño y sucio, cuidadosamente atado y sellado en la boca, se encuentra junto a él. Rudbeck está muy impaciente y le fastidia la perspectiva de toda una mañana de trabajo en la oficina.

—¿Qué ha estado usted haciendo, Johnson? Llega usted con un retraso de dos mil demonios.

Blore, en iguales circunstancias, habría dicho cortésmente: «Estoy seguro, míster Johnson, de que podrá usted explicar esta falta de puntualidad.» Pero Johnson prefiere las palabras rudas de Rudbeck porque son impremeditadas e impersonales. No es el lenguaje de un funcionario blanco que habla a un negro a quien desprecia, sino solamente un exabrupto.

—¡Caray! ¿Está usted muerto o qué le pasa? ¿No sabe que es día de correo?

—¡Oh, sí señó! Mi reloj está mal.

—Cuando llegó usted tarde ayer, dijo que no tenía reloj.

—No, señó; pero la semana pasada sí lo tenía.

—Ya comprendo, hoy llega usted tarde porque su reloj no funcionaba la semana pasada. ¡Ale, venga! —dice acercándole el saco—. A ver si despachamos este maldito correo.

Y, levantando el saco por la boca sobre una bandeja de alambre, le da una sacudida y las cartas salen de golpe por un gran agujero que hay en el fondo. Las sacas de correos de Fada son muy viejas, pero nadie quiere renovarlas porque sería un gran trabajo tenerlas que atar y sellar cada vez y luego volverlas a desatar y a quitarles el sello a la llegada. Todo el mundo está conforme en que esto sería una lamentable pérdida de tiempo y por eso se utiliza el práctico sistema del boquete en el fondo. Nunca ha habido un robo

de correspondencia ni lo habrá hasta que la civilización y las empresas privadas estén mucho más perfeccionadas en este territorio.

Hay tres cartas particulares para Rudbeck y un paquete sin sellos. Las cartas son de su esposa y el paquete del Residente. Contiene una nueva aguja acimutal (una brújula con prisma) alquilada en los almacenes provinciales. Rudbeck se guarda las cartas en el bolsillo de su chaqueta y abre el paquete. Contempla el metal brillante con la expresión de un carpintero que recibe una nueva herramienta. Señala el resto de la correspondencia con un gesto impaciente de la mano.

—Llévese todo esto, Johnson, por amor de Dios. Tengo un horror de trabajo.

Y a Adamu, que le hace señas, le dice en *hausa*.

—¿Qué pasa ahora, Adamu?

El viejo mensajero saluda con una reverencia de majestuosa gracia y dice:

—Un juicio, señor.

Johnson coge rápidamente la bandeja por las patas y se recluye en su despacho, que es la única otra habitación de la casucha.

—¿Qué juicio?

—Unos que dicen que míster Johnson les debe dinero.

—Pues que se vayan todos al infierno, Adamu. ¿No ve usted que míster Johnson y yo estamos muy atareados? Mi gente me espera en la carretera. Tenemos que trabajar.

—Pero, señor...

—Sí, sí; ya los oiré a todos, pero no hoy. No tengo tiempo ahora para ocuparme de minucias.

—Sí, señor; pero...

—Mañana, Adamu, mañana. Los juicios, mañana.

Uno de los reclamantes asoma la cabeza imprudentemente en el despacho y dice:

—*Lord...*

Rudbeck da un brinco, pero antes de que pueda enterarse de quién es el intruso, Adamu lo echa con violentos empujones mientras vocifera:

—¡Vete, cerdo! ¡Vete de aquí!

Todos los recaderos y el ordenanza se levantan y se dedican a arrojar de allí a los acreedores, cuyos rostros pasan súbitamente de una virtuosa indignación y una clara esperanza de triunfar a una expresión de asombro y culpabilidad. Se preguntan qué habrán hecho que esté mal, pero antes de

haber podido reaccionar, ya están a pleno sol. Intentan quedarse allí fuera, pero el personal indígena de la oficina da otra carga contra ellos chillando:

—¡Fuera de aquí, basura! ¿Queréis que os echen a palos, perros ineducados?

Todos se retiran a gran velocidad. Moma, el capataz, le dice a una vieja, a la cual debe Johnson siete chelines desde hace cinco meses:

—Es que el juez viejo ha enfermado de pronto.

—Sí, eso es. Se hará la voluntad de Dios.

Como la pared de barro que divide el despacho del empleado del de su jefe no llega al techo, se oye en cada uno de estos cubículos todo lo que se habla en el otro. Johnson ha escuchado con gran alarma todo lo que sucedía en el otro despacho y, ante la derrota de sus acreedores, rompe a sudar por el susto pasado, da gracias a Dios y a Rudbeck y empieza a abrir la correspondencia con gran prisa y mucho ruido.

Está lealmente dispuesto a realizar su tarea de archivo con la mayor eficacia y rapidez. Además, disfruta extraordinariamente abriendo el correo, metiendo el cortapapeles por los picos de aquellos sobres largos y caros que luego tira al suelo. Esto le da pleno sentido de la riqueza y gloria del Imperio y la convicción de que él forma parte de esa grandeza. La lectura de las cartas oficiales constituye para él un gran placer, pues le hace sentirse parte del Gobierno de Su Majestad e incluso disfruta archivando las cartas, siempre que éstas deban ser guardadas en carpetas ya abiertas, es decir, cartas encabezadas, por ejemplo, así: «En respuesta a su 174.19.32», porque entonces sólo tiene que meterlas en la carpeta 19. Como llevan su número, Johnson puede sentirse persona importante y, a la vez, no temer que su trabajo resulte mal.

Lo que le preocupa terriblemente son las cartas que se refieren a dos asuntos diferentes o a asuntos nuevos. Por ejemplo, aquí hay una cuyo primer párrafo se refiere al nuevo cuartel de la policía; y el segundo a una vaca reclamada por el sargento mayor de la compañía de servicio en la capital de la provincia, Dorua, a un policía de Fada. Johnson mira esta carta alelado mientras que los cuarteles, las vacas y los sargentos mayores ejecutan en su cerebro una especie de danza embrujada. Se siente alarmado y deprimido y su confusión aumenta a cada instante. En vista de ello, deja a un lado esta carta y mira otra, que se refiere al tabaco indígena. Otro desconcierto; Johnson no ha visto nunca referencia oficial alguna al tabaco indígena. ¿Qué hará? ¿Por qué han de ocurrirle a él estas cosas? Tiene la sensación de que el mundo está lleno de injusticia y le parece que le falta suelo en que apoyarse. «No se puede uno ya fiar de nada», piensa Johnson. «Desde luego, la inteligencia está fallando en el mundo.» Vuelve a coger la carta sobre el sargento mayor y le parece aún más incomprensible. Por último, se lanza al montón de archivadores, los revuelve, lee títulos al azar y espera a que la inspiración descienda sobre él. Y por fin, con gran alivio, descubre dos conceptos que pueden salvarlo. Pone los dos archivadores abajo del todo y lleva todo el archivo al otro despacho en una gran pila. Rudbeck no está en la oficina. Se halla al sol, inclinado sobre una mesa de dibujo que le han instalado a la

entrada de la oficina. Está probando la aguja acimutal. Todos los mensajeros y algunos litigantes lo rodean respetuosamente, lo mismo que se ponían un mes antes, con idénticas caras respetuosas, en torno a Blore. Para ellos todo lo que hace un funcionario blanco tiene la misma importancia.

—El correo, señó. Yo archivo todas las cartas —dice Johnson.

Adamu le previene indignado:

—¡Cállate, empleado! El señor está ocupado.

Rudbeck murmura:

—Espere un instante.

En realidad, sólo está tomando algunas medidas en aquel terreno porque le gusta hacerlo.

Johnson vuelve a su despacho y se dedica, feliz, a su trabajo. Le parece que ya no tiene nada de qué preocuparse en el mundo. Míster Rudbeck es su amigo. Los acreedores han sido puestos en fuga, Moma está aplacado y él tiene la esposa más bonita y más envidiable de Fada. Le concederán un anticipo, le subirán el sueldo, se convertirá en un hombre aún más importante, el más importante después de Rudbeck en el gobierno.

Se sonríe a sí mismo. Se quita los zapatos con los mismos pies y los tira lejos de sí, hace girar los dedos gordos y luego se concentra en restar las cantidades gastadas de las concedidas. Él tiene su procedimiento especial matemático y casi todas sus restas y sumas giran en torno al cinco, porque es una cifra media y porque a él le gusta escribir cincos. Está trazando uno de ellos con gran cuidado, asomando la punta de la lengua entre los labios, cuando Rudbeck grita, airado:

—¡Johnson!

Johnson entra en el otro despacho. No tiene la menor idea de lo que puede ocurrir ahora. Rudbeck, desesperado otra vez de verse recluso en su despacho, mira como un toro furioso.

—Oiga, Johnson, ¿qué diablos tiene que ver la vaca del sargento mayor con las exportaciones locales?

—No sé, señó. —Johnson, sinceramente, está tan asombrado como su jefe.

—¿Por qué puso usted la carta en la carpeta de exportaciones?

Johnson descubre de repente el motivo:

—Yo pienso, señó, que quizá la piel...

—Pero es que la puñemera vaca no se ha muerto.

—Oh, señó, es que yo creo va morir pronto.

Rudbeck mira a su empleado, estupefacto, y luego dice:

—¿Me está tomando usted el pelo, míster Johnson? Mire usted, esto pasa de castaño oscuro. Estoy ya harto. Y ahora, ¡mire esto, caray, mire esto!

Y agita furioso otra carpeta.

—¿Está usted hoy loco o borracho, Johnson? ¡En el nombre de Nelson! ¿Quiere usted decirme qué tiene que ver el tabaco local con los cazadores furtivos de elefantes?

Johnson mira como un lunático, y se esfuerza en descubrir la relación que pueda haber entre ambas cosas. Y de pronto cae en ello. Encantado, lo explica:

—Yo pienso, señó, usté dijo una vez que el tabaco indígena...

—¿Qué diantre dije yo de eso?

—Creo que usté lo compara con el excremento de elefante. Dise usté, es de un verde como eso que echan los elefantes.

Rudbeck vuelve a colocar la carpeta lentamente en la mesa y mira a Johnson con los ojos muy abiertos. Durante unos instantes siguen los dos mirándose con asombro hasta que Rudbeck dice lentamente y con la mayor suavidad:

—Míster Johnson, o usted o yo tenemos reblandecido el cerebro. ¿Quiere usted hacer el favor de decirme si mi cerebro se ha convertido en unas gachas, o está usted diciendo una cierta cantidad de estupideces? Por el amor de Dios, acláreme esto.

—Mire usté, señó. Creo mejor poner cartas tabaco en archivo insendio de bosque.

—¡Ah, claro! Pues ya está, en la carpeta de incendios de bosques; una idea estupenda, míster Johnson. Y... ¿qué tienen que ver el tabaco y los incendios de la selva?

—Usté sabe, señó, que un tabacal se quemó el año pasado.

Rudbeck coge de pronto los dos archivadores, se levanta violentamente, extiende los brazos y tira los archivadores al suelo. Luego vuelve a sentarse y, tapándose los ojos con las manos, dice con voz débil:

—Váyase, váyase, míster Johnson, antes de que lo mate. Y llévese eso si no quiere que lo estrangule.

Johnson recoge los archivadores y luego, desesperado, murmura:

—Pero, señó, yo leo antes todo el archivo y no veo nada que dise tabaco.

—¡Claro, claro! Usted no ve nada que se refiera al tabaco porque da la casualidad que esta carta se refiere por primera vez a un asunto nuevo.

—Sí, señó. Eso es.

Rudbeck se levanta despacio y, apoyándose en la mesa, mira fijamente a Johnson.

—Entonces, Johnson, abra usted una nueva carpeta. ¿Sabe usted escribir «tabaco»? ¿Sabe usted copiar la palabra «tabaco»? ¿Tiene usted un poco de tinta? ¿Tiene usted una pizca de inteligencia? ¿Tiene usted algo dentro de ese cráneo? ¿Es usted un empleado que tiene a su cargo el archivo, míster Johnson, o ha venido usted aquí a sacarle brillo a su puñemera silla con ese trasero, y de camino, llevarme a mí al manicomio?

Johnson vuelve a su despacho, y Rudbeck, mascullando palabrotas, se va a comer.

Pero media hora después, cuando Johnson vuelve a entrar en el despacho de su jefe y dice orgulloso, enseñando la nueva carpeta: «Archivador nuevo, señó», Rudbeck, atiborrado de tocino, huevos y pollo asado, está de excelente humor y le dice:

—De todos modos, son estupideces. El tabaco indígena es para la exportación. Es preferible que ponga usted la carta en la otra bandeja y la deje usted madurar allí durante un par de semanas.

Dedica media hora a contestar la correspondencia y deja a Johnson que la copie; se cuelga del hombro el nuevo prismático, monta en su *pony* y se dirige silbando a la tarea que más le divierte y en la que trabaja como un condenado. Rudbeck es incapaz de silbar ninguna melodía, pero disfruta silbando notas sueltas. A los demás les resulta lúgubre, pero a él le divierte mucho.

Johnson, solo en los dos despachos, se dedica un buen rato a pasar del uno al otro dándose una gran importancia. Llama a los muchachos y les manda colocar en su sitio las bandejas de los archivadores. Adamu y sus chicos no sólo ponen cada cosa en su sitio, sino que saludan a Johnson con corteses reverencias.

Johnson se sienta con aire de persona importante a copiar las cartas. Los tres recaderos vuelven a sentarse a la puerta y dormitan al sol como lagartos. Sólo la mandíbula de Adamu se mueve un poco mientras mastica una nuez de *kola*. Johnson canturrea entre dientes y de pronto rompe a reír a carcajadas. Se le ha olvidado mantener el aspecto solemne. Acaba de copiar las cartas y llama a Adamu. Instantáneamente vuelve a darse importancia.

—Toma las cartas, Adamu, y cuando las llevéis, podéis iros a casa y estaros allí toda la mañana. Míster Rudbeck os da permiso.

El personal lo saluda con profundas reverencias y todos se marchan. Saben perfectamente que Rudbeck no ha autorizado estas vacaciones; entienden los complicados motivos de buena voluntad y de autoglorificación

que impulsan a Johnson a decirles que se vayan a casa; pero si llega la ocasión, todos ellos fingirán inocencia y dirán que se marcharon por creer que la orden venía efectivamente de míster Rudbeck. Johnson, al quedarse solo, ejecuta una pequeña danza en torno a la mesa, tararea una canción y en cuanto los recaderos se han alejado bastante, penetra en el despacho de su jefe, trata de abrir la caja fuerte, que está cerrada con llave, examina cuidadosamente los cajones de la mesa de Rudbeck, da unas chupadas en una pipa vieja que encuentra en uno de ellos y registra los bolsillos del uniforme colgado de un pico de la caja fuerte.

Como otros devotos, Johnson no se satisface nunca con lo que sabe de su ídolo. Todo lo de él le interesa. Así, examina cariñosamente un paquete de cigarrillos vacío, un pedacito de cuerda, un cartucho y un lápiz roto que ha encontrado en los bolsillos, y, naturalmente, lee las dos últimas cartas de la señora Rudbeck, que está en Inglaterra. Descubre que se llama Celia y que desea reunirse con su marido en África. Esta noticia le proporciona a Johnson una gran alegría. Convencido de que la dama inglesa admirará muchísimo a Bamú, se imagina a sí mismo presentándole a su mujer y explicándole que él es un marido civilizado y que Bamú está muy orgullosa de ser una dama del gobierno, lo mismo que ella.

De pronto aparece Benjamín en la puerta. Viene a llevarse la saca vacía. Dice sorprendido:

—¡Cómo! ¿Está usted aquí, míster Johnson? ¿Ocupa usted el puesto de míster Rudbeck?

Johnson, sorprendido por su amigo mientras lee las cartas particulares del jefe sentado en el sillón de éste, responde con el tono grave de hombre responsable que siempre usa con Benjamín:

—Míster Rudbeck me deja encargado del despacho político esta mañana, míster Benjamín. Él trabaja en caminos.

—Perdóneme; creo, por su propio bien, usted vuelve a poner esas cartas en el mismo bolsillo donde las encontré. Sólo deseo evitarle molestias, míster Johnson, como amigo mío.

—Estas cartas son muy interesantes, míster Benjamín. *Missus* Rudbeck viene pronto.

—¡Oh, querido! ¡Qué malísima noticia!

—¿Cómo? Creo damas del gobierno sivilisan los lugares salvajes —dice Johnson, repitiendo un tópico de toda conversación en África occidental—. Me alegro de esto por mi amigo míster Rudbeck.

—Mi experiencia es que las señoras traen grandes trastornos en todas las colonias.

—¿Cómo es posible, míster Benjamín?

—Sólo tienen eso que hacer.

—Creo usted demasiado amargo, míster Benjamín. Yo disfruto de este nuevo acontecimiento.

—No, no estoy amargado. Es que llevo cuatro años en este repugnante lugar sin nadie para hablar y lo resisto bastante bien. Y ve usted, llevo camisas limpias todos los días. Pero me pone triste oír hablar de una dama del gobierno. Una verdadera desgracia, mi querido amigo, porque este sitio no es propio para ellas. Perdóneme, voy a llevarme la saca de correos.

Benjamín coge la saca y se aleja con su calma habitual y su dignidad resignada. Johnson se marcha a casa a comer, y le describe a Bamú, con todo lujo de detalles imaginativos, la próxima llegada de la señora Rudbeck al puesto.

—Sus cabellos son como el sol que da en el río y sus ojos son como el cielo más allá del sol, y sus mejillas son tan blancas como tus dientes, y sus pechos son tan grandes como calabazas. Es la mujer más hermosa de Inglaterra y hasta el mismo Rey quería casarse con ella. Pero prefirió a mi amigo el juez Rudbeck. Será tu amiga, mi querida Bamú, y debes estudiarla cuidadosamente para aprender sus modales. Es una dama del gobierno y tú ahora también eres otra dama del gobierno, y debes conducirte como una civilizada.

A lo cual contesta Bamú:

—Mi hermano Aliu tiene un dedo malo.

—Pues que vaya a ver a mi amigo míster Rudbeck y le dará una medicina. Se lo diré yo. Tiene todas las medicinas del mundo.

—Pero, ¿cómo van a servirle a Aliu?

—¿Por qué no?

Bamú no responde. Cree una idiotez por parte de Johnson preguntar semejante cosa. Para ella es evidente que las medicinas de los hombres blancos no pueden curar el dedo de un negro.

Después de almorzar, vuelve Johnson a la oficina. Le fastidia estar solo, sobre todo cuando podría estar con Rudbeck. De pronto, tiene una inspiración. Se guarda las cartas de Rudbeck en el bolsillo y sale en busca de él.

Lo encuentra a cuatro millas, en el lecho seco del río Fada. Una cuadrilla de obreros instalan los cimientos de un nuevo puente. Rudbeck, con su atavío

de selva, cubierto de barro y sudor, da instrucciones a los trabajadores en *hausa*, *yoruba* e inglés, pero ellos no entienden ninguno de estos idiomas. Por lo cual tiene Rudbeck que hacer él mismo casi todo el trabajo y esto es precisamente lo que a él le gusta. Trabajar es una ocupación para la mente y para el cuerpo y Rudbeck, que no es aficionado a la lectura ni se distrae meditando, ya que las reflexiones acaban haciéndolo un lío, prefiere estar siempre trabajando. En efecto, prefiere planear y construir una casa en la selva, un puente, o un mercado, a escribir un informe.

Ve a Johnson en lo alto del talud que será orilla cuando el río venga lleno, a seis metros por encima de él. Cree que la oficina no tiene derecho a perseguirle hasta la selva. Exclama:

—¿No será otro telegrama del demonio?

—Su correo, señó, su correo particular.

—Pero si ya lo he leído.

Rudbeck gatea hasta arriba. Parece sorprendido al ver las cartas. Johnson le dice:

—Las encontré en el suelo, señó.

—Es usted muy amable.

Rudbeck habla en tono distraído, como si estuviera pensando en otra cosa, lo cual le sucede siempre que está trabajando en la selva.

—Creo usted no quiere que se pierden las cartas de *missus*.

—No, no...

—Espero que ella está completamente bien, señó.

—Sí, sí, desde luego, gracias.

A Rudbeck no se le ocurre pensar por qué sabe Johnson que las cartas son de su mujer.

—Creo que *missus* Rudbeck tiene preciosa letra.

—Sí, tiene buen pulso... ¡Helleman!... ¡Tasuki!...

Tasuki, el capataz, parece un viejo mono, con su barba a lo Krueger que le rodea y enmarca su astuta y arrugada cara. Rudbeck le habla en *hausa*.

—Ven, Tasuki. Procura que los postes estén bien clavados; ya sabes la fuerza que traerá la corriente cuando el río esté lleno.

Tasuki se planta con las piernas separadas. Hace una mueca y dice:

—Estarán así de firmes.

—Eso es, Tasuki; lo mismo que un hombre que resista la corriente.

Rudbeck se retira a su choza de hierba, pide que le lleven el té y vuelve a leer las cartas. Después de tomar el té, sale, con la pipa encendida, y se sorprende de ver a Johnson.

—Hola, míster Johnson, ¿qué pasa? ¿Otro telegrama? Vaya, menos mal que no hay ninguno. Ya me acuerdo que vino usted con las cartas... Tome una taza de té. Es mejor que se siente usted en mi silla, ya que no hay otra.

—Grasia, señó.

Johnson se sienta y toma el té. Rudbeck sigue trabajando y al cabo de un rato se le acerca Johnson para darle las gracias:

—Oh, señó, yo tan agradecidísimo... ¡Admiro tanto la hermosa carretera de usted!

—¡Uf!, no es una carretera que digamos y el puente es una birria.

—¿No dinero, señó, para buena carretera y buenos puentes?

—No, y es lástima; porque cada penique gastado en un camino o en un puente produciría veinte por el negocio que reportaría al aumentar el tráfico. Pero es inútil tratar de convencerlos.

—Oh, sí, señó, necesitamos una buena carretera en Fada, una carretera de motores por todo el Norte para favorecé los pueblos salvajes de la selva y entonces pueden tener mantequilla.

A Rudbeck le sorprende y encanta el interés de Johnson por los caminos.

—Eso es, míster Johnson, pero no tenemos ni la menor esperanza.

—Oh, señó. Yo creo usted lo hace ahora todo derecho, sesenta kilómetros.
[3]

—Sesenta kilómetros... ¿y de dónde saco el dinero? No debe usted olvidar que hacer carreteras cuesta mucho dinero. ¿No se le ha ocurrido a usted pensar lo que van a costarnos estas reparaciones que estamos haciendo aquí cerca?

A Johnson no le interesan ni poco ni mucho las carreteras pero tiene la aguda intuición de un niño para saber lo que le agrada a Rudbeck. Por eso, su repentino entusiasmo lanza nuevas ideas a cada segundo.

—Escuche usted, señó, lo hasemos muy bien. Usted dise a la gente «nueva carretera hacer ricos a todos», y trabajan de balde.

—Trate usted de conquistarlos, yo ya lo he intentado.

—Pero, señó, yo creo que usted debe presentar la cosa como una fiesta. Muchos tambores, mucha servesa. A estos paganos gusta la juerga y se matan trabajando si no se dan cuenta de que trabajan.

—¿Qué quiere usted decir, míster Johnson? —Rudbeck mira a Johnson por debajo de su largo mechón—. ¿Qué propone usted exactamente? —Las ideas de Johnson lo dejan estupefacto.

El empleado, viendo la impresión que ha hecho, se pone lírico:

—Ah, señó, usted hase gran carretera al Norte... sesenta... Sien kilómetros para unirse con la carretera del P. W. D.

—¿Qué carretera?

—La de hormigón que hace el Gobernador para los camiones... derecha hasta Kano.

Las cejas de Rudbeck suben aún más en su asombro:

—¿Se refiere usted a la carretera principal que está a ciento cincuenta kilómetros lejos de aquí en su punto más cercano?

—Sí, señó... usted hace carretera de motores hasta unir con carretera de Kano... gran carretera del Norte para Fada... camiones, muchos camiones, todos por la carretera.

Esta visión es demasiado grandiosa para Rudbeck. Su expresión deja de ser de curiosidad y sorpresa para convertirse en divertida.

—Mi querido míster Johnson. Ciento cincuenta kilómetros de carretera y catorce ríos por medio... —de pronto rompe a reír a carcajadas. Todo esto es muy gracioso, pero él no tiene tiempo para bromas.

—Insisto, señó... yo creo que usted hace gran carretera real... la carretera más importante.

Rudbeck se echa hacia atrás el mechón rebelde:

—Míster Johnson, déjese usted de bromas. Es mejor que vaya a la oficina a copiar algo... ¡Ciento cincuenta kilómetros! Me hace usted reír. Por favor, vuelva a sus deberes oficiales en el asqueroso departamento.

Johnson se marcha muy animado. Entra en el almacén para comunicarle a Ajali la trascendental conversación que ha tenido con el jefe. Aunque sabe perfectamente que Ajali no le tiene especial cariño y que es un hombre resentido y peligroso, lo prefiere con mucho como confidente al educado, serio y honrado Benjamín, que le tiene verdadero afecto. La razón es que Ajali manifiesta sin reservas la admiración que le causan las proezas de Johnson y éste necesita un admirador mucho más que un verdadero amigo. Es una de esas personas que apenas notan si tienen amigos o no. Johnson da su amistad pero no le queda tiempo para saber si la recibe a cambio o no. Está demasiado ocupado.

Encuentra a Ajali sumido en el más horrible aburrimiento mientras les compra unas pieles a unos ganaderos de Fula. Todo en Ajali —sus ojos, su boca, el movimiento de sus manos y sus pies, la voz arrastrada— revela una absoluta falta de interés por las cosas y las personas con las que se relaciona en aquellos momentos.

Johnson entra pavoneándose y le grita:

—¿No sabe usted, míster Ajali, de dónde vengo?... He estado en la carretera con míster Rudbeck.

—¿En la carretera? —Los ojos de Ajali se abren como platos. No está aún verdaderamente interesado, pero espera estarlo y su rostro se dispone a expresar el asombro.

—Sí, y ¿sabe usted lo que me dise? Díos mío —me dise— *Missa Johnson*... ¿Qué le pasa a usted hoy? Yo creo que usted maldito loco hoy, *Missa Johnson*. Voy tirarlo a usted al río.

Johnson ríe ruidosamente, y repite:

—Creo usted puñemero y maldito tonto y loco hoy, *Missa Johnson*.

Ajali, que lo mira fijamente, mueve las aletas tan anchas de su nariz y emite un extraño ruido que expresa su perplejidad:

—¿Por qué ríe usted de esas palabras del jefe, míster Johnson?

—¡Tonto y loco está hoy míster Johnson! —grita el empleado mientras se retira. Ahora va a contarle la historia a Benjamín.

Ajali piensa asombrado en la extraña conducta de Johnson y llega a la conclusión de que está más loco de lo que él había supuesto. Esta idea le tiene ocupado y distraído toda la tarde. Espera impaciente a que llegue el momento de poder cambiar impresiones sobre este asunto con Benjamín cuando se quede libre de su trabajo en el almacén. Le dirá: «¿Se ha enterado usted de lo de Johnson? Me parece que está loco de verdad.»

Sabe que Benjamín estará informado de todo ello pero necesita comunicarse con alguien, tener un público ante el cual exponer su nueva idea sobre Johnson. Y Ajali es una especie de poeta, cuando exclama para sí mismo por décima vez en aquella tarde: —«¡Qué criatura tan insensata es el pobre Johnson! ¿Qué hará ahora?» Se trata de una historia interesante y le apasiona la continuación.

Al día siguiente, Johnson y Moma llegan juntos a la oficina. El capataz espera en la puerta a que le den su dinero; Johnson entra a pedirlo. Rudbeck está ya en su despacho escribiendo el informe anual. Mira a Johnson distraído y murmura:

—Buenos días, míster Johnson. ¿Qué tenía yo que decirle a usted?

—No sé, señó.

—¡Ah, sí! Su casa... ¿No está en muy malas condiciones su casa? Veo que el año pasado la condenaron porque amenazaba ruina.

—Mi casa está muy bien, señó. Sólo un agujero pequeño en el tejado.

—Pues debe usted tener un buen tejado. Y es muy probable que su grupo de chozas se le venga abajo. Iré a verlas. Recuérdemelo.

—Oh, grasia, señó. Usted demasiado bueno conmigo. Por favor, señó...

—Muy bien, Johnson, váyase ahora...

—Por favor, señó. Iba a pedirle que fuera usted bueno y me diera un anticipo de mi sueldo.

Rudbeck mira a Johnson como si hubiera cometido un crimen y dice con sequedad:

—¿Un anticipo? —En realidad, Rudbeck no ha pensado en lo que se trata sino que toma una actitud a la defensiva porque sigue los consejos de Blore, aunque tampoco se da cuenta de que los está siguiendo.

—Sí, señó, por favor. Un pequeño pequeño anticipo.

—No puedo darle anticipos, míster Johnson. Ya sabe usted lo que ocurriría. Al día siguiente, se lo habría gastado usted todo y aumentaría sus deudas.

—Oh, señó. Yo creo que usted me lo da.

—Lo siento, pero las reglas son implacables... No, Adamu, no puedo ver a nadie hoy. Estoy ocupado.

Johnson abre la boca de nuevo pero, al sorprender la mirada de Rudbeck, sale con rapidez. Rudbeck da unas chupadas a su pipa y mira irritado al papel en blanco que tiene frente a él. Gruñe: «¿Qué diablos voy a decir en el informe sobre ese burro, el viejo Adamu, y sobre Johnson, que es un desesperante embustero y, además, probablemente, un pillo? Blore lo ha sorprendido en toda clase de martingalas.»

Por fin, se lanza a escribir sobre Adamu: «Bien intencionado y honrado, pero lento de comprensión y en el trabajo». Y de Johnson: «Tiene buena voluntad, pero es muy descuidado. Tiene muy poca idea de cómo se archiva.»

Tres días más tarde, la petición de anticipo que ha cursado Johnson oficialmente se la rechazan basándose en los malos informes recibidos sobre él. Esto lleva al extremo las dificultades financieras del empleado. Moma acude al tribunal indígena y acusa a Johnson de malversación de fondos. Los demás acreedores se unen a él para reclamar siete libras y catorce chelines. Afortunadamente, Johnson trabaja en la carretera, pero Johnson está desesperado. No le cuenta a Adamu sus dificultades porque debe a su familia un plazo del precio fijado por la joven. Se sienta en su choza sobre un mortero puesto al revés. Tiene el sombrero echado sobre los ojos y los brazos cruzados, mientras la vieja Sozy le frota los pies.

Johnson está desesperado hasta un extremo sorprendente. Siente la desesperación con más intensidad que los mayores placeres, porque cuando es feliz se limita a disfrutar y se olvida de sí mismo, pero cuando es desgraciado, se odia a sí mismo y se reconcome pensando en sus propias faltas. Piensa mirando al vacío: —Eres un idiota, Johnson, no sirves para nada. Piensa en lo

estúpido y cretino que eres. Míster Rudbeck es tu amigo... el mejor hombre del mundo... no tienes más que cumplir con tu deber y te pones a dificultarle la vida a cada momento. Me alegro de que no te den un anticipo. Me alegro de que no te suban el sueldo... Así quizá aprendas... ahora vas y te tiras a los cocodrilos para que te coman. —Mientras, la vieja exclama ¡*Ojey, ojey!* con una voz patética y procura consolarlo frotándole los pies con gran ternura. Su mayor deseo es tranquilizar al muchacho; sus sarmentosos dedos trabajan como pistones. Y, en *hausa*, dice Johnson: —Soy un maldito imbécil. Cogeré un cuchillo y me abriré en canal... Voy a empapar mi traje inglés con nafta y le prenderé fuego... Estoy cansado de mí mismo.

—*Ojey, ojey* —gime la anciana.

—Y, ¿cómo voy a pagar el plazo de Bamú, cómo voy a pagar la cuenta del almacén? Es que estoy hecho polvo, todo se ha terminado... Tengo que ahorcarme.

Fuera suena la voz del viejo Brimah, el padre de Bamú, que viene a reclamar el dinero. Johnson lanza un grito desgarrador: —Ya está ahí. Alguien le ha dicho que no me han subido el sueldo ni me han dado el anticipo. ¿Cómo se habrá enterado? Es cosa de magia. Seguramente, alguna bruja. Oh, Dios, maldíceme... Pero, ¿qué estás haciendo con mis pies? ¿Es que me vas a despellejar? —Le da un violento empujón a Sozy y la pobre mujer se cae de espaldas. Johnson sale descalzo de la choza.

Brimah está de pie, inmóvil, sosteniéndose en una sola pierna, la izquierda, como una cigüeña, con el pie derecho apoyado en el tobillo izquierdo. Su huesudo hombro derecho lo tiene encogido hasta rozar con la oreja. Mira al vacío, por encima de Johnson y dice:

—¿Cómo estás, amo?

—Hola, padre.

Sigue una larga pausa. Luego dice Johnson:

—¿Qué quieres?

—Nada.

Johnson entra en la casa y le grita a Sozy:

—¿Dónde están mis zapatos, vieja imbécil?

Sozy le pone los zapatos acariciándolos con gran cariño. Hacerle caricias a los zapatos le resulta menos embarazoso que a los pies. Johnson, sintiéndose más fuerte al estar calzado, sale y encuentra al viejo en la misma postura, pero ahora mira al suelo.

—¿Qué quieres, padre?

—Nada.

—¿Quieres los diez chelines del plazo?

El viejo levanta despacio la mano izquierda y se rasca la axila derecha; al mismo tiempo levanta la barbilla y mira de reojo hacia la selva.

—Pues no tengo dinero ni lo tendré hasta fin de mes.

Brimah, sin responder ni una palabra, sigue rascándose la axila.

Una hora después, se halla en el mismo sitio pero apoyándose en el pie derecho. Johnson se precipita hacia él y le chilla:

—¿Qué quieres?

El viejo se sobresalta y su rostro delgado expresa un leve reproche.

—Nada.

—Pues entonces, márchate.

Johnson va a la tienda y bebe una botella de cerveza con Ajali. Le explica que si el Gobierno no le sube el sueldo, enviará un ultimátum: o le aumentan diez chelines al mes o presenta la dimisión. Después va al pueblo con Benjamín y bebe cerveza indígena. Vuelve a casa borracho a las dos de la mañana y se encuentra a su suegro sentado en el suelo frente a su choza.

—¿Qué quieres? —le grita.

—Nada.

—Te digo que no tengo dinero. No tengo nada de nada.

Entra en la choza de Bamu. Pero Bamu no está allí. Sale de nuevo y agitando el puño ante la cara del viejo, le grita:

—¿Dónde está Bamu?

—Se fue a casa con su hermano.

—No se puede ir a tu casa, es mi esposa.

El viejo se rasca de nuevo y mira a la luna.

A la mañana siguiente, se entera Johnson de que el tribunal indígena ha estudiado la demanda de Moma y que el primer ministro del Emir, Waziri, comunicará el informe a Rudbeck. Johnson se siente muy enfermo y ni siquiera puede levantarse.

Ajali y Benjamín, que lo encuentran en la cama, le insisten para que no deje de ir a la oficina. Ajali, que viene muy animado, le dice:

—Oh, míster Johnson, ¿qué gana usted si no va a la ofisina? Así todo es peor para usted.

Ajali contempla a Johnson con la alegría de los que miran cómo llevan a ejecutar a un asesino. Benjamín, en cambio, está triste y se muestra muy sensato:

—Comprendo que está en bancarrota, míster Johnson, pero si permanece usted lejos de la oficina, míster Rudbeck estará seguro usted se cree culpable.

Johnson llega a la oficina con media hora de retraso y se disculpa diciendo que está enfermo. Efectivamente, parece estar muy mal. Rudbeck se preocupa:

—Caray, Johnson, parece que se está usted pudriendo.

—Sí, señó, tengo fiebre.

Rudbeck manda que le traigan su botiquín de urgencia y mientras, le pregunta con simpatía a su empleado:

—¿Cómo está su casa? ¿Necesita alguna reparación? Es mejor que vaya a verla yo mismo.

—Oh, no, señó. Muy buena casa, señó. Sólo el tejado...

—¿Ve usted, Johnson? Ya le decía yo que le ocurría algo a su casa.

Le toma la temperatura y el pulso, le da cinco granos de calomelano, diez granos de quinina y una dosis de sales y lo manda a su casa para que se acueste. Una hora después se encuentra Johnson de verdad malo; la cabeza le zumba como una olla de agua hirviendo, se le ha hinchado el estómago y tiene una violenta diarrea. Se pasa todo el tiempo sentado en los retorcidos palos que sirven de asiento en su letrina, con la cabeza entre las manos y gimiendo:

—Me muero, me muero, me muero... Oh Dios, haz que muera pronto.

Waziri y su chico se acercan por el camino del pueblo. Sozy se asoma a la puerta de su cuchitril, se le abren los ojos de pánico y vuelve a esconderse en seguida. Cuando Waziri y Saleh llegan al grupo de chozas donde vive Johnson, sale la vieja y corre de un lado a otro como una gallina, con el cuello muy estirado. Por último, acercándose a la pared de esteras que oculta la letrina, murmura:

—Ahí viene Waziri.

—Oh, oh, dile que se vaya... no puedo verlo... me estoy muriendo... Míster Rudbeck me ha dado la mejor medicina pero demasiado tarde... para una enfermedad tan terrible como ésta no puede servir ninguna medicina, es horroroso... me voy a morir dentro de unos minutos.

Waziri se coloca delante de las esteras y hace una profunda reverencia. Saleh, después de mirarlo despectivamente, se sienta a cierta distancia y admira su mano derecha recién pintada de rojo vivo con *henna*. Su mano izquierda y el antebrazo los tiene ocultos por un recipiente cilíndrico de madera que contiene el tinte.

—Dios te ayude en tu indisposición —dice Waziri.

—Oh, oh... Waziri, estoy muy malo. Vete.

—Esperaba poder hacerte algún bien.

—¿Acaso tienes alguna medicina para esta enfermedad?

—He venido a causa de esa demanda de Moma y porque he sabido que no andaban bien las cosas entre tú y Brimah, el del transbordador.

—Ese pillo me ha sacado cuatro libras y ahora quiere otras tres. Me quejaré a mi amigo míster Rudbeck.

—Y también he sabido que tu mujer se ha ido con su familia.

—Oh, no, Waziri, ésa es una gran mentira. Nunca me abandonaría. He tenido que suplicarle que se marche. Es tan buena, tan cariñosa, es la mejor de las esposas... Me quiere tantísimo...

—Pero supón que Brimah presenta una demanda ante la justicia indígena.

—Que lo haga si se atreve, ese sinvergüenza. Le partiré la cara, y a Moma también.

—Le debes a Moma doce chelines, a Brimah, dos libras, y a la vieja Marimi...

—Les pagaré a todos.

—Muy bien, muy bien... porque si les pagas a todos ahora mismo puedo parar esas demandas, ir por Bamu y traértela. Incluso le podría dar una pequeña paliza para enseñarle a portarse como es debido con su marido.

—No, no; en Inglaterra, Waziri, no les pegamos a nuestras mujeres. Ésa es una costumbre muy baja y salvaje.

—De todos modos, puedo traértela.

—Sí, tráela, Waziri. No le hagas daño, pero tráemela. Sería mejor que lo hicieras tú porque ya comprenderás que no está bien que un empleado del rey vaya corriendo por la región persiguiendo a las chicas. Un funcionario del Gobierno tiene que cuidar de su dignidad.

Míster Johnson rompe unos trozos de papel de periódico con gestos muy dignos y lentos. Hasta el sonido resulta digno.

—Exactamente, míster Johnson. Eso es lo que yo pensaba. Entonces, si me das tres libras...

—¿Pero de dónde voy a sacar tres libras, Waziri?

—Claro, claro, no me acordaba. ¡Qué tonto soy! Pero es una lástima porque bastaría con tres libras para que míster Rudbeck no volviera a oír ninguna queja contra ti.

Johnson lanza una mezcla de gemido y maldición y luego grita:

—¿Pero qué puedo hacer si no tengo ni un penique?

—Supón que te presto las tres libras para pagar a esos granujas que quieren ponerte a mal con míster Rudbeck.

—¡Oh, Waziri, te daría las gracias diez mil veces! Que Dios te bendiga.

Súbitamente animado, Johnson se pone en pie de un salto, se aprieta la correa con una mano y, saliendo por entre las esteras, le tiende la otra a Waziri.

—Eres mi verdadero amigo.

—Sí, siempre he sido un gran amigo tuyo. Por eso voy a pagar las tres libras a tus acreedores y haré volver a Bamu.

—Gracias mil veces. Dios te bendiga, mi querido amigo.

—Aquí hay un papel para ti.

—¿Qué papel?

—Un documento por las tres libras. El tesorero me lo hizo para ti.

Johnson mira los caracteres arábigos garrapateados allí y dice:

—Pero, ¿qué necesidad hay de esto?

—Sólo tienes que poner tu nombre. Ahí dice que has recibido tres libras.

—Pero no hace ninguna falta.

Waziri agita las manos:

—Para mí no, claro..., pero el tesorero insiste en esta formalidad. Es que las tres libras ¿sabes? proceden de nuestra Tesorería.

—Bueno, pero ¿aquí qué dice exactamente?

—Esto: Míster Johnson ha recibido tres libras para devolverlas cuando quiera.

—Cuando yo quiera...

—Y si no quieres, no pagas en absoluto.

—Es verdad, quizá lo haga así —dice Johnson riéndose.

Waziri le acompaña en la risa y exclama:

—Por supuesto, quizá no pagues nunca esta deuda pero, ¿qué diría entonces el tesorero?

—No puede decir nada porque no está autorizado a prestar dinero de la Caja nativa.

—¡Ah, Johnson, qué listo eres y qué astuto!

—Pero si no dice nada, por mí no le va a ocurrir nada malo. Tres libras. Bah, eso no es nada, se quita un chelín de aquí, otro de allí, unas monedas de seis peniques de otro saquito... y ya está.

—Sí, sí, ¡ah, qué bien sabes cómo se hacen estas cosas!

—También hay otra manera. Se pone uno un poco de cera en las yemas de los dedos cuando se cuentan los billetes de los impuestos.

—Eso es, exactamente. Es admirable cómo conoces todos los trucos. ¿Quieres una pluma para firmar? Saleh, trae una pluma.

El lánguido muchacho finge no haber oído y no se mueve. Aprovechándose del capricho de Waziri, el chico adopta todo el aire de una belleza consentida. No tiene nada que hacer y además, ha descubierto que su aburrimiento e indiferencia aumenta en gran medida la pasión de Waziri.

—¡Saleh, querido! —le grita Waziri.

Saleh quita cuidadosamente, con el dedo meñique que le queda libre del cilindro del tinte, un poco de pintura que le sobra en la uña del dedo pulgar de la otra mano.

Waziri espera pacientemente y luego, acercándose a él, le descuelga el servicio de escribir que lleva el muchacho en bandolera. Saleh ni siquiera lo mira.

Waziri le trae la pluma a Johnson, el cual firma el documento y rubrica con un vigoroso arabesco. Dice riéndose:

—Ese cajero entiende bien su oficio. Sabe llevar los libros.

Waziri se aleja seguido por Saleh, que cuida su brazo derecho con el aire absorto de quien ha tenido un accidente. La misma tarde, Aliu y Brimah vienen con Bamu, la cual, inmediatamente y sin pronunciar una palabra, empieza de nuevo sus labores caseras.

Johnson manda traer cerveza fuerte y una botella de ginebra. Celebra el regreso de Bamu con tambores y un baile. A la una de la madrugada todos están borrachos y el ruido se oye a cinco millas de distancia.

A la mañana siguiente, Rudbeck manda buscar a Johnson. El inglés está muy tranquilo, cortés y serio. Peligrosos síntomas. Incluso su voz es como la de Blore, cuando le pregunta:

—Míster Johnson, ¿ha pedido usted dinero prestado a la Caja indígena?

—¡Oh, no, señó! Nunca hago eso.

—¿Ha intentado usted hacerlo?

—No, no, señó.

—¿Sabe usted lo que le ocurriría si lo hiciera?

—Oh, sí, señó; pero nunca me atrevo a una cosa tan mala.

—Espero que me estará usted diciendo la verdad. Porque ya sabe usted que esta misma semana voy a inspeccionar las cuentas del Tesoro indígena.

Johnson está asombrado y abatidísimo. Le pide consejo a todo el que se encuentra, informando de este modo a todo el pueblo de que, efectivamente, ha pedido prestado dinero al Tesoro indígena. El asunto se discute, pues, en el mercado, en el almacén, en el cuartel y en el Consejo nativo. Todos están de acuerdo en que Waziri ha dado un gran golpe, digno de su astucia, pues no sólo ha comprometido a Johnson sino al tesorero. Éste se verá obligado,

probablemente, a pagar algunas de las deudas de Waziri —a quien Saleh le cuesta mucho— si quiere verse libre de complicaciones.

Sin duda, Johnson será despedido y quizá encarcelado a no ser que logre hacerse con quince o veinte libras para pagar sus deudas y ganarse a Waziri. Ajali y Benjamín, todas las mujeres del mercado, todos los guardias, excepto el sargento, y todos los servidores del puesto le aconsejan a Johnson que visite a Waziri. Le dicen: «Waziri es muy listo. Nunca da nada por nada. Nunca pierde los estribos ni se venga por el placer de vengarse. Debes tener confianza en él y hacer lo que te diga.»

Johnson va a casa de Waziri, el cual se sorprende al enterarse de las tribulaciones del empleado. Cree que al tesorero deben faltarle unas veinte o treinta libras y, naturalmente, tendrá que enseñar el papel firmado por Johnson para justificar por lo menos esas treinta libras. También pudiera suceder que el tesorero pretendiera que Johnson había recibido toda la cantidad que a él le falta. A Waziri no se le ocurre más que una solución. El Emir tiene grandes deseos de enterarse del contenido de los informes de míster Blore sobre las autoridades locales. Como en esas fichas se describe, desde el punto de vista inglés, la personalidad y las costumbres del Emir y de los principales jefes dependientes de él, son muy confidenciales. Si el Emir pudiera tener una copia de ellos, podría obligar al tesorero a devolverle a Johnson su recibo.

Johnson llega a su choza tan desesperado que ni siquiera permite a Sozy que entre en ella. La vieja, al oír sus lamentos, se sienta en el suelo a la puerta de la cabaña y acaricia la pared.

A las seis, Ajali y Benjamín llegan al grupo de chozas. Johnson sale en seguida para saludarlos y les cuenta su entrevista con Waziri.

De cuando en cuando, salpica su relato con este comentario:

—Es un granuja tan grande que da risa. Creo que yo también soy gran granuja. Voy a copiar fichas confidenciales para el Emir... Las llevo y digo: «Aquí el informe, Waziri ¿me das ahora ese papel?»

Ajali mueve la cabeza dubitativo:

—Waziri demasiado listo para engañarlo. Sabe letra de míster Blore.

—Pero yo puedo tomar un pequeñito informe de dos, tres años antes y se lo doy a Waziri.

—No puede usted encontrarlo, míster Johnson. Informes viven en la caja fuerte. La llave de la caja está en el cinturón de míster Rudbeck.

—¿Cómo duda usted, míster Ajali? Yo tengo informes en un minuto... ahora mismo los tengo.

—¿Cómo es posible, míster Johnson?

Johnson se ríe a carcajadas:

—Los saco de la caja debajo de su nariz.

—Usted no puede, míster Johnson. Él coge a usted, y... a la cárcel.

—¿Usted cree soy cobarde? —dice Johnson y ladeándose el sombrero, se marcha a la oficina.

Rudbeck está escribiéndole una carta a su mujer. Le escribe todos los días pero esta vez se ha retrasado tres días. Acaba de escribir estas palabras: «Hoy ha sucedido una cosa muy divertida», y se está esforzando por recordar qué puede haber pasado el viernes anterior. Cuatro pedigüeños miran impacientes por la puerta. Una cuadrilla de trabajadores en fila, al sol, con su capataz al frente, esperan pacientemente a que les paguen.

Rudbeck le pregunta a Johnson:

—¿Qué hice yo el viernes?

—Fue usted a la selva, señó, y estuvo todo el día en la carretera.

—Ah, es verdad.

—La cuadrilla de obreros espera su dinero, señó.

—Ah, sí, es verdad. Será mejor que les pague usted, Johnson. Seis días a nueve peniques son dos libras, nueve chelines y seis peniques. Saque el dinero del cajón de la moneda pequeña.

La puerta de la caja fuerte está entreabierta, como suele ocurrir durante las horas de oficina. Johnson la abre del todo. Ha hecho esto mismo docenas de veces desde que Rudbeck ocupó el puesto de Blore y conoce perfectamente su interior: Los dos cajones de abajo, la bandeja de hierro situada sobre éstos y colocados en ella, media docena de ficheros secretos. Tres saquitos de dinero, atados con cinta roja y llevando prendidos unos cartones donde se especifica el dinero que se ha sacado de ellos, están alineados sobre los ficheros. Y, en la parte del fondo hay una caja de cartón llena de «dólares María Teresa», dos manojos de llaves y un reloj de pulsera roto.

Johnson tira del cajón, mira a Rudbeck, que se halla abstraído con su carta, y, con toda calma, coge el fichero que está encima después de quitar los sacos colocados sobre él. Está abriendo el fichero amparado por la puerta de la caja fuerte cuando Rudbeck le dice desde la mesa:

—¿Qué hace usted, míster Johnson?

Éste dá un brinco y vuelve a colocar los saquitos sobre el fichero.

—El dinero no está en el cajón, señó; no está.

—¿Cómo? —Rudbeck abre del todo el cajón y le enseña un montón de monedas con un valor aproximado de cinco libras. Cuenta dos libras, nueve

chelines y seis peniques, vuelve a cerrar el cajón y la caja de caudales y va a pagarles a los obreros él mismo.

Cuando vuelve, trae un aire pensativo y le dice a Johnson:

—¿Qué le hizo a usted pensar que no había bastante dinero en el cajón?

—Es que miré en el otro cajón y en ése no había.

Rudbeck vuelve a abrir la caja de caudales, tira del otro cajón y le muestra a Johnson los fajos de billetes que hay allí. Cierra de nuevo y le dice secamente a su empleado:

—Bueno, ya puede usted marcharse.

Johnson se va, temblándole las rodillas. Masculla en inglés: «Qué imbécil eres, Johnson, ¿por qué dices mentiras tan estúpidas? ¿Por qué no dices que tú crees que él te manda sacar dinero de la bolsa, y por eso tardas?»

Después de almorzar, vuelve muy pronto a la oficina. Pero la caja está cerrada con llave. El personal tiene orden de comprobar que está cerrada antes de que Rudbeck salga de la oficina. Ésta era una costumbre de Blore, cuya conveniencia ha reconocido Rudbeck.

Johnson está asombrado de haberse atrevido a intentar el robo de los informes confidenciales. Comprende que es imposible y que siempre ha sido imposible. Se marcha a su casa maravillado de su propia insensatez. Piensa: «Niño estúpido, Johnson. El idiota más grande del mundo entero... Quiero darte una patada para mandarte al infierno. Creo que te voy a dar una buena tunda de palos... Te está muy bien empleado si todo lo tienes en contra. Te digo, ¿me oyes?, que te mereces lo peor por bruto, por tonto y por infeliz, pues tienes una cabeza de mermelada.»

Cruza el mercado para evitar el encuentro con Ajali y Benjamín, sigue por el río y llega a casa ya anochecido. Allí le esperan sus amigos. Todo el pueblo sabe que Rudbeck ha sorprendido a Johnson cuando intentaba robar la caja de caudales.

Este rumor, como muchos otros en los poblados indígenas, se basa en una penetración inteligente o intuitiva de los pensamientos del hombre blanco por sus servidores. Los conocen a él y a sus pensamientos mucho mejor, quizá, que su propia familia. Dedicán mucha mayor concentración al estudio de los blancos y tienen menos en qué distraerse.

En cuanto Johnson entra en el grupo de chozas, sale Ajali a recibirlo.

—¿Te cogieron robando la caja?

Benjamín, acercándose a su amigo con paso lento y digno, le dijo:

—Oigo, míster Johnson, que casi le han cogido. ¿No teme usted la cárcel?

—Mira a Johnson con una especie de curiosidad maravillada.

Johnson se ríe y le arroja el sombrero a Sozy, que da vueltas a su alrededor como de costumbre sin osar acercarse pero sin quitarle los ojos de encima.

—Él no me coge... Yo hago como quiero... yo veo todo en la caja.

—Y, ¿qué importa, si no coge usted nada?

—Yo tengo cuidado; sé el momento... ¿Cree usted yo loco?

—¿Qué hace usted entonces, míster Johnson?

No tiene idea de lo que va a hacer. Pero abre la boca para decir cualquier cosa y al instante su imaginación le proporciona un plan impresionante y glorioso.

—Yo cojo papeles cuando míster Rudbeck no está allí.

—No puede usted. Caja cerrada con llave —dice Ajali.

—Yo abro caja con llave.

—¿La llave, míster Johnson? Míster Rudbeck tiene llave en su cadena. Llave siempre en la cadena de míster Rudbeck.

—Sí, míster Ajali. Y yo cojo llave —Johnson adopta una actitud engallada y mira despectivo a Ajali.

Éste, con una mueca que le llega de oreja a oreja dice:

—Ah, usted la coge... ¿quizá usted la roba?

—Sí, la robo.

—¿Usted roba el manojo entero? —dijo Benjamín mirando a Johnson con soñoliento asombro. ¿Cómo lo hace usted?

—Fácil, míster Benjamín... Creo voy esta noche. Luna sale muy tarde.

—Pero míster Rudbeck pone llavero bajo almohada.

—Sí, ¡y su pistola! —exclama Ajali—. Un revólver todo cargado con balas en cada agujero del tambor.

—Usted cree yo cobarde, míster Ajali.

—Creo mejor para usted si tiene miedo.

—Quizá va usted a la cárcel por mucho tiempo... muchos años —dice Benjamín.

—Yo digo que tengo llaves esta noche. Ustedes esperan aquí y yo las traigo.

Ajali empieza a ser menos incrédulo y Benjamín se asombra cada vez más sin perder su característica calma.

—No lo hace usted; no debe —grita Ajali.

—Es un plan muy peligroso —dice Benjamín.

Esta admiración envalentona a Johnson y lo hace más confiado en el buen éxito de su plan. Se ríe de todos los consejos y aumenta sus promesas:

—Ustedes quedan aquí. Yo traigo esa llave... Mañana llevo cartas a Waziri. Si quieren, ustedes van y disen a Waziri: «Mañana viene míster Johnson con fichas secretas copiadas.»

Se halla tan excitado por sus propias palabras y por la idea de la gloria que va a obtener con esta hazaña, que le produciría una enorme decepción si un terremoto abriera la caja y un tornado trajera volando hasta sus manos los codiciados papeles. Describe con todo detalle cómo robará el llavero:

—Yo me arrastro por el tomatal...

Y, para darles a sus amigos una impresión más viva, recorre el recinto con el cuerpo doblado como una alcayata, levanta la mano y dice:

—La noche está llena de oscuridad —salta un escalón imaginario—. Entro en la casa. —Vuelve a ponerse en cuclillas y mira hacia un lado—: Allí veo a míster Rudbeck; reposa con mejilla izquierda en almohada. —Y, torciendo a la izquierda su propia cabeza, cierra los ojos e imita a un durmiente—. En sueño, frunse el entrecejo... respira fuerte por la narís... sueña que está enfadado con capatás porque hase mal puente... Yo meto la mano debajo almohada, despasio... despasio...

—Y, ¿qué hase usted si cosinero entra y grita: «¡Ladrón, ladrón!»? —dice Ajali.

Johnson se pone de pie de un salto, como si en vez de piernas tuviera unos muelles:

—Cosinero no se atreve... Yo miro cosinero así... y tiene mucho miedo.

—¿Por qué tiene miedo?

—Le enseño mi gran cuchillo.

Ajali y Benjamín se sobresaltan al oír esto.

—¡Cómo! Míster Johnson, usted bromea.

—Si quieren agarrarme, yo los mato —dice Johnson andando con pasos felinos, como en una danza—. Los mato, los mato.

Y, agachándose de pronto, agarrota la mano como si en ella tuviera efectivamente un gran cuchillo; luego, dando un salto de tigre, apuñala el aire:

—Así los mato. —Da unos pasos en zig-zag, como evitando los cadáveres que «hay» en el suelo. Luego se detiene y mirando por encima del hombro derecho, mueve la cabeza compasivamente: «Lo siento por ti, pobre muchacho atontado. Pero, ¿por qué tan insensato que intentas coger a Johnson?»

Ajali y Benjamín no están dispuestos a dejarlo. Se quedan a cenar con él y se le comen casi toda la comida. Después se sientan fuera y beben cerveza

aguada. De vez en cuando Ajali, mirando por entre los arbustos que rodean al recinto, dice:

—Ya se acuesta.

Y Johnson, fijándose en la linterna colgada a la entrada de la casa de Rudbeck, donde él suele fumar y leer el periódico antes de acostarse, dice:

—No, todavía no está en la cama.

A las diez y media desaparece la luz. Rudbeck se la ha llevado a su cuarto. Unos pocos minutos después de las once, insiste Ajali:

—Ahora, seguro duerme.

Johnson comprueba que, en efecto, hay la mayor oscuridad en la casa de su jefe y siente un gran vacío interior, como si le hubieran vaciado el estómago y éste se le hubiera caído al suelo.

Ajali se ríe nervioso, dando a entender con su insistencia en decir que Rudbeck duerme, las dudas que tiene sobre la decisión de Johnson. Y éste comprende que debe actuar inmediatamente. Se levanta muy digno y dice:

—Sí, es la hora.

Entra en su cabaña, se quita toda la ropa menos un pequeño taparrabos y se unta el cuerpo cuidadosamente con aceite de nuez. Sozy, que ha aparecido como por arte de magia, le ayuda y le extiende el aceite por todos los resquicios, detrás de las orejas, por la cara interior de los muslos... Luego, Johnson se mete el cuchillo de cocina de Sozy en el taparrabos, un cuchillo francés de mango negro con una punta muy aguda. Coge también una pequeña lámpara eléctrica de bolsillo recién comprada en el almacén. Cuando entra donde están Ajali y Benjamín, éstos dan un salto atrás, horrorizados. Ajali tartamudea de puro miedo.

—¿Có... có... mo... mo?

—¡Johnson, está usted loco! —chilla Benjamín— lo cogerán, es seguro. —Y añade con asombro—: ¿A usted le gusta vivir en la cárcel, míster Johnson?

Johnson comprende en aquel momento toda la grandeza de su persona. De golpe, se ha convertido en un ser aparte, en el terror del mundo. Siente, como un placer, esta grandiosa heroicidad. Saca el cuchillo y comprueba el filo. Ajali sale corriendo presa de pánico; Benjamín se retira poco a poco andando de espaldas y, de pronto, desaparece.

Johnson está asombrado. Mira hacia donde se han marchado sus amigos. Tiene la boca abierta, estupefacto, y la frente se le llena de arrugas. Apenas puede creer que él, Johnson, pueda producir tan extraordinario efecto en la gente.

Paulatinamente va acostumbrándose a su nuevo poder y al poco tiempo está ya tan habituado que le parece lo más natural del mundo. Ahueca la espalda, lanza una breve carcajada, de hombre importante, y le dice a Sozy.

—Están asustados.

Sozy sonríe y mueve la cabeza. Luego se le acerca y le fricciona el costado con sus manos aún aceitosas. Lo único que ella entiende de lo que está sucediendo es el masaje, el cuidado de la carne de Johnson. Le saca brillo como a un mueble. Johnson, con la lámpara en la mano izquierda y el cuchillo en la derecha, se encamina por el sendero hasta el bosquecillo que hay delante de la Residencia. La luna no se ha levantado todavía pero las estrellas alumbran lo suficiente para que pueda apreciarse la diferencia entre el terreno abierto y el cubierto por los árboles. Incluso proyectan su pálido brillo sobre el pulido cuerpo de Johnson, de modo que un débil resplandor, como el de los pedazos de carbón entre el polvillo que los rodea, pone en relieve los músculos suaves de sus muslos y caderas. Avanza tan ágilmente por el claro, que parece la sombra de una nube arrastrada por un fuerte viento. Por fin, le protege un poco la mayor oscuridad que hay bajo los aleros de la casa. La oscuridad es lo que hace tan tranquila a esta noche. Los leopardos, las hienas y todas las fieras que cazan de noche están esperando a que salga la luna. Además, esta noche no hay fiestas en el poblado y no se oyen *tam-tams*. A un kilómetro de distancia, suena con toda claridad el paso del centinela en el fuerte y se oye el golpe que da con la carabina en el suelo al llegar a cada extremo. De las dependencias donde duermen los criados de Rudbeck, llegan diferentes clases de ronquidos y el ruido que produce el *pony* al comer el mijo en una calabaza.

Johnson tiembla con todo su cuerpo pero no sabe por qué ni se lo pregunta. Siente como si cada músculo de su cuerpo tuviera vida propia y todos sus nervios parece que suenan como alambres entrechocándose. Sin embargo, están perfectamente disciplinados, y esperan, como un ejército, la voz de mando. Johnson no piensa nada, pero hay algo en su cerebro que funciona fríamente. Sus pies buscan el escalón y lo suben. Su mano toca la puerta y lo conduce hasta el dormitorio.

La linterna de Rudbeck, colgada en lo alto del mosquitero, conserva un hilo de luz y le da a toda la cama un aire fantasmal. Parece un barco de cristal.

Junto a la cama hay un cajón y sobre él una lámpara de bolsillo, una caja de fósforos, una pipa y una lata de tabaco, una botella de agua y un rollo de papel higiénico. Rudbeck está de cara hacia donde entra Johnson. Se halla acurrucado bajo la fina manta de lana, con un pie fuera de ella y el brazo

izquierdo cruzado sobre el rostro, como un niño que se hubiera quedado dormido de pronto en medio de un gesto impaciente.

Johnson da la vuelta en torno a la cama, con extraordinario sigilo y rapidez. Se pone en cuclillas en el suelo y levanta un pico del mosquitero. No necesita la linterna eléctrica. A la luz del candil de Rudbeck ve brillar la cadenita del llavero con su lengüeta de cuero en un extremo, colgando por debajo de la almohada inferior. Coge la cadena y muy despacio la va atrayendo hacia él. El llavero le cae en la mano sin ruido. A los tres minutos, está en la oficina. No hay guardias de noche; y de día se encuentra abierta. Las puertas no son más que huecos y no hay postigos en las ventanas. Los pájaros pasan a menudo la noche sobre los archivadores y más de una vez ha estado allí alguna hiena comiéndose un pollo. De lo único que se preocupa Johnson es de no dirigir la lámpara hacia el lado del cuartel, para que no la vea el centinela. La deja en el suelo y, a la luz reflejada en la pared, abre la caja de caudales. Saca todos los ficheros y se sienta en el suelo para examinarlos. El primero tiene una indicación que dice «Administración indígena». Allí se encuentran los informes —escritos con letra clara, parecida a la de una mujer—, sobre el Emir, el primer juez indígena, el tesorero, Waziri y los cinco jefes feudales más importantes de Fada. Johnson copia este informe sobre una hoja de papel oficial que lleva la corona.

Esconde esta copia en uno de los archivadores de su propio despacho, vuelve a encerrar en la caja el fichero, la cierra y vuelve rápidamente a casa de Rudbeck. La luna está ya a punto de asomar por el horizonte y el cielo parece verdoso por aquella parte. Johnson ve que algo se mueve a su lado mientras avanza, algo que todavía no es una sombra sino una fantasmal transparencia. Es el anticipo de su propia sombra. Sabe que dentro de unos minutos la luna se hará visible e iluminará todo aquel terreno. Entra como una flecha en la residencia, se acerca a la cama sin tomar precaución alguna y mete las llaves bajo la almohada con un movimiento brusco. Rudbeck gruñe entre sueños, se vuelve del otro lado, abre los ojos y mira hacia arriba. Pero Johnson anda a cuatro patas pegado a la pared a la que Rudbeck le está volviendo la espalda.

Rudbeck grita dirigiendo su voz al hueco de la ventana:

—¡Chico! ¡Jamesu!

Johnson, en cuclillas, dispuesto a saltar fuera del cuarto, escucha con todos sus sentidos. Rudbeck vuelve a gritar y, de una de las chozas de la dependencia llega una voz débil y sorprendida. La luna ha salido ya y todo el recinto está iluminado y brilla como una hoja de cuchillo. Johnson se lanza

fuera, veloz, en el mismo instante en que Jamesu, un muchacho *yoruba*, sale adormilado de su choza. Ve a Johnson y lo mira estupefacto, con la boca abierta. Parece que los ojos van a salirse de las órbitas. Johnson blande su cuchillo con la mano derecha y extiende la izquierda con la palma hacia arriba, como un orador que protesta contra una interrupción.

—¡Chico! —grita Rudbeck. Jamesu entra en la casa a toda prisa; Johnson se interna en la arboleda y regresa a su casa. A los cinco minutos, todavía jadeante, finge estar dormido, pero la cabeza le da vueltas y se le agita el pecho como el de un pájaro. Siente deseos de reírse a carcajadas. Está embriagado de triunfo y de excitación. Luego, recordando el terror de Jamesu, piensa: «—¿Por qué no lo mataste, idiota? Ahora se lo contará todo a su amo.» Pero después se consuela y murmura en inglés: «Que hable. Yo digo que él loco... Yo nunca salgo de la cama. Yo juro que nunca voy. Lo juro por Dios.» Johnson se imagina a sí mismo asegurándole a Rudbeck que él no es un ladrón; incluso puede oír, en su imaginación, los sollozos y la indignación de su propia voz cuando demuestra su inocencia. Todo esto le produce una idea tan elevada de sí mismo que se siente feliz. Casi desea que Jamesu lo denuncie.

A las seis de la mañana siguiente se pone un traje limpio y sus flamantes zapatos ingleses, para celebrar su triunfo. Saca la copia que dejó la noche anterior en el archivador y corre cantando a casa de Waziri. Éste vive en la parte oriental del palacio del Emir. Su recinto es exactamente igual que el de cualquier pobre labrador de Fada, un confuso amontonamiento de chozas esparcidas por aquí y por allá, sin orden alguno, unas nuevas y otras en ruinas. La única diferencia es que en el recinto de Waziri hay más cantidad de viviendas, mayor confusión y más suciedad. Ahora se encuentra en la nueva cabaña, que pertenece a Saleh. Está sentado, temblando de frío, sobre un lecho de bambú y envuelto en sucias mantas. Su cabeza afeitada, que ahora no lleva el turbante, parece pequeña y estrecha como la de un perro. La piel le cuelga en bolsillos surcados de profundas arrugas, como una bota vieja, y tiene los ojos hundidos e inyectados en sangre. Su negra piel es ya gris y su expresión refleja la desesperación y el terror. Saleh anda por la cabaña desnudo. Lleva todavía el cilindro del tinte en su brazo derecho. Su piel clara brilla con el ungüento; y la luz de la mañana, que parece agua del mar al atravesar los polvorientos huecos de las ventanas, le produce reflejos azulados en los hombros y en los músculos de sus esbeltas piernas. Saleh se admira a sí mismo. Se mueve por la habitación para sentir la belleza de sus movimientos y lo deliciosa que es su vida. Su cara sólo expresa desprecio por todo lo que

no sea él mismo. No presta ni la menor atención a Johnson ni a Waziri. Fuera, las voces de las mujeres chillan como loros.

—¿Qué haces con esos cántaros?

—¿Dónde está mi almirez?

—¿Te han contado lo que hizo anoche Oba? Pues se fue a... —se produce un gran alboroto de risas.

—¿Por qué os reís?

—No te acerques. Vas a hacer que se me caiga. —Ésta es la voz violenta de una mujer que lleva un pesado cántaro en equilibrio sobre su cráneo.

Estas voces también entran en la choza como rayos de vida limpia y laboriosa mezclados con los del sol y con el aire fresco. Waziri contempla a Johnson con los labios colgantes y ojos estúpidos, inexpresivos, que parecen uvas de las que se ha sacado toda la pulpa.

—Aquí está tu papel —le dice Johnson.

—¿Papel? ¿Qué papel?

—El informe del jefe. Te leeré lo que dice.

Johnson se sube cuidadosamente los pantalones y se sienta en un pico de la cama de Saleh.

Traduce con voz cantarina:

—«El Emir ha sido siempre un inútil y ahora es peligroso. Tiene grandes deudas y cada vez que puede saca dinero exigiendo impuestos ilegales. Sus mujeres y criados roban libremente en el mercado. No puede confiarse en él ni siquiera para que cuide sus propios intereses ya que se deja llevar con frecuencia por violentos ataques de cólera. Recientemente ha hecho apalear a dos de sus principales ministros, el Waziri y el maestro de los caballos, por delitos imaginarios. El primero ha recibido ya numerosas palizas.»

Waziri escucha con un gesto de espanto. Murmura:

—No, no... no comprendo... es imposible.

—Es cierto. Aquí está escrito —dice Johnson—. Enséñaselo a tu escribano y él te lo confirmará. El otro informe es sobre ti. ¿Te lo leo?

—¡Oh, Dios, oh, Dios, no puedo creerlo!

Saleh, parado junto a la ventana, se saca cuidadosamente el cilindro del tinte, que sale del brazo con un ruido parecido al del tapón de una botella. Examina su mano derecha, que gotea aún el tinte rojo y le presta una atención tan cariñosa como la de una madre cuando procura darse cuenta del exacto estado en que se encuentra un hijo suyo enfermo.

Johnson ahueca la espalda y lee con voz triunfal:

—«El Waziri es el único miembro inteligente del Consejo indígena. Siempre está conspirando y es un embustero muy hábil. No hay que fiarse ni de una palabra de lo que diga. Su posición es difícil, porque está rodeado de enemigos que procurarían acabar con él si el Emir le retirase su protección. Y, desde luego, se librará de él en cuanto se produzca el primer cambio en el emirato. Él se da cuenta perfectamente de lo desesperado de su posición, y esto hace que resulte un hombre muy peligroso.»

—¿Cómo?, ¿cómo?

—Un hombre muy peligroso.

—No. Antes.

—Está rodeado de enemigos.

—Sí, ya sé, pero antes, ¿qué dice antes?

—No puede uno fiarse ni de una palabra de lo que diga.

—¡Oh!, querido amigo, eso es terrible, terrible. ¿Es posible que diga eso? ¡Si se enterase el Emir!

—¿Quieres que lea el resto?

—No, no, dame el papel y no le digas nada a nadie. Oye Saleh, de esto no debe enterarse nadie.

Saleh que ha terminado la inspección de su mano, está ocupado en volverla a meter en el tubo de *henna*. Y dice con despectivo semblante.

—De modo que te van a dar otra paliza, ¿eh, viejo?

Waziri lanza un gemido y mueve la cabeza.

—No, no, que no me peguen más. Esta vez me moriría.

—La vez pasada tuviste que estarte boca abajo una semana entera.

Waziri dice con un hilo de voz:

—Que sea lo que mi señor quiera.

—Es posible que esta vez, para variar, te den cien latigazos —sugiere Saleh relamiéndose de satisfacción.

—No hay remedio —dice Waziri. Ha recobrado sus modales dignos y su dominio sobre sí mismo.

Johnson alisa la tela de sus pantalones y dice alegremente.

—¿De modo que no volveré a ser molestado por Moma ni Brimah ni ninguno de ellos?

Waziri se levanta:

—No, claro que no. Muchas gracias, míster Johnson.

Levanta la cortina de la puerta para que pase su visitante y lo despide con una elegante reverencia:

—Que Dios te acompañe, amigo mío.

Johnson, que sigue entusiasmado y sorprendido por su inesperada capacidad como ladrón, saluda a Rudbeck con alegría explosiva.

—¡Oh, buenos días, señó! Que Dios le acompañe, señó.

—Buenos días, míster Johnson —Rudbeck está abatido. Casi ha agotado el dinero de la consignación para caminos. Desde hace tres semanas se veía que el dinero no duraría mucho más, pero Rudbeck, lo mismo que Johnson, posee la facultad de rechazar todas las cosas desagradables hasta que se ve forzado a verlas porque se le vienen encima. Esto le produce mucha felicidad y abundantes depresiones repentinas. Y ahora se halla en uno de sus momentos de mayor depresión.

Le dice a Johnson con voz agria:

—Podía usted traerme el libro de cuentas.

Está contestando los telegramas que acaban de llegarle del departamento central del Tesoro.

«176. Pagado el 4 de octubre. Reparaciones en el tejado de la oficina. Mano de obra y materiales. Dos chelines. El recibo justifica dos chelines de mano de obra. Falta explicar materiales.»

Rudbeck escribe en la columna de enfrente: «Cuerdas y grasa, 000.»

«177. 33. Cuadrilla de peones en el puente de Marima. Tres libras y cuatro chelines. Esto supone exceso de pago de una libra, un chelín y tres peniques sobre lo asignado. Explique o devuelva el sobrante.»

Rudbeck, que ha recibido esta queja, está furioso. Grita:

—¡Dese prisa en traer el libro!

Johnson ha intentado poner al día las cuentas en esos momentos. Su obligación es anotar en él todos los pagos y restarlos, en la página de enfrente, de las sumas asignadas a la región de Fada al comienzo del año fiscal. Está orgulloso del libro por la palabra «Tesoro» impresa en la cubierta. También admira las limpias columnas de números. Borra la última anotación y entra muy digno en el despacho de su jefe. Rudbeck vuelve las páginas rápidamente hasta la sección titulada «Obras principales», con el subtítulo «Caminos y puentes». La suma total no gastada aún, que aparece bajo la última resta hecha por Johnson en el lado derecho, es de cuatro peniques.

—¡Cuatro peniques! —grita Rudbeck—. ¿Es todo lo que me queda? ¿Por qué diablos no me lo advirtió usted?

—Yo pienso decírselo cuando todo termine, señó.

—Pero, por amor de Dios, míster Johnson, mañana tenía que mandar un centenar de hombres a talar árboles y eso representa cinco libras al día. ¿Se dá usted cuenta de que yo no tengo más asignación que la indicada en este libro?

¿No comprende usted que si en este mismo momento y por pura casualidad no hubiera visto yo las cuentas, habría tenido que pagar a la cuadrilla de mi propio bolsillo?

—Ah, no, señó —dice Johnson, lleno de los mejores deseos—. No, señó.

—¿Qué diablos quiere usted decir con no señor? Ya me ha costado una libra.

—No, señó. Usted saca dinero de los otros apartados.

—¿Sacar dinero? ¿Está usted loco?

—Ahora lo ve usted, señó —Johnson pasa las páginas del libro—. Uniformes, señó... mucho dinero para uniformes... Aquí, servicios extraordinarios: cuatro libras y sinco chelines. Yo creo que usted lo coge.

Esto divierte a Rudbeck. Es una costumbre bastante extendida en las colonias gastar el dinero destinado a una cosa en otra distinta. A ningún funcionario laborioso le gusta ver que el dinero vuelve a manos del Tesoro al fin del año fiscal. Le molesta extraordinariamente que el tesorero se alegre de recoger dinero no empleado. El buen funcionario prefiere tirar el dinero por la ventana o enterrarlo.

El mismo Rudbeck, la semana anterior, le ha enseñado al tesorero indígena cómo debe hacer para emplear el dinero destinado a uniformes *dogarai* (es decir, uniformes nuevos para la oficina del Emir) en una mezquita. Él mismo ha anotado muchas veces:

«Para Suli, veinte días de investigación especial sobre los impuestos del ganado. Servicios extra, una libra y tres chelines», dibujando debajo una cruz y escribiendo al lado. «Ésta es la marca de Suli. Testigo, H. G. Rudbeck.»

Y de forma aún más corriente: «A Suli y su cuadrilla, veinte días en el camino de Yoca, cinco libras», con la misma cruz e igual testimonio.

—Voy a escribir los nuevos gastos, señó —dice Johnson, encantado con la mueca de complicidad que le dirige Rudbeck.

—¡Caray!, Johnson, no sabía que era usted un consumado ladrón.

—Sí, señó, yo ladrón —exclama Johnson retorciéndose de risa.

—Pero ya sabe usted que de todos modos no queda dinero.

—Sí, señó; en los servicios extra hay mucho dinero sobrante.

—No, no puedo, eso sería robar.

—¿Por qué, señó, si dinero todo está ahí?

—Sí, pero ya lo he gastado, Johnson.

—Lo ha gastado usted en la carretera, señó... en la carretera del Gobierno.

—Bueno, puede usted pasar estos jornales a los servicios extra y tendremos a la cuadrilla trabajando otro par de días. Pero no lo anote todo en

el mismo capítulo pues aunque los del Tesoro son unos pesados, no tienen nada de imbéciles. Haga dos anotaciones separadas con fechas diferentes y déjeles una demasía de un chelín y seis peniques... no... un chelín y cuatro peniques y medio. Un chelín y seis peniques parecería demasiado evidente.

—Sí, señó... un chelín y cuatro peniques y medio.

—No, no, ¿para qué voy a darle al tesoro un chelín? Ponga cuatro peniques y medio.

Johnson se dedica a arreglar el libro. Le halagan los cumplidos de Rudbeck. Su imaginación trabaja. Cuando vuelve, viene con una ancha sonrisa.

—¿Se está usted burlando de mí o qué, señor Johnson?

—No, no, señó. Sólo pienso en algo.

—Creo que será mejor no preguntarle qué está pensando.

—Verá usted, señó. Pienso cómo tiene usted mucho, mucho dinero y termina la carretera.

—¿Qué nueva pillería se te ha ocurrido?

—Muy sencillo. ¿Usted saca otras ciento cincuenta libras del presupuesto de Fada para el año próximo?

—Pues sí, siempre asciende a ciento cincuenta libras.

—¿Y cuánto dinero recauda usted de impuestos para el Tesoro del Rey?

—Tres mil libras.

—Usted coge ahora ciento cincuenta para pagar todos los hombres de carretera que usted quiere. Cuando dinero viene en abril, usted hace los apuntes y ya está.

—Ya veo, ya veo... Malversación de fondos públicos. Creo comprender lo que usted me propone: que me expulsen del Servicio y que me pase siete años en la cárcel. ¿No es ésa su idea?

—¡Oh!, no, señó.

—Yo puedo ser un ladrón, míster Johnson, pero no soy un malversador de los fondos del Estado. Vamos a ver cómo ha anotado usted estos jornales... ¡Dios mío! ¿No puede tener un poco de sentido común? Se lo ha cargado usted todo a Suli.

—Sí, señó. Siempre se lo ponemos a Suli.

—Pero no en el mismo mes. Y yo que creí que tenía usted alguna experiencia en los latrocinios. Ande, vaya a arreglar eso.

—¿A quién se lo cargo, señó?

—Hombre, a quién primero se le ocurra. A Napoleón o al emperador de Turquía. A cualquiera con tal de que no sea Suli.

Johnson vuelve a su despacho y escribe en el libro: «A Turki y su cuadrilla, doce días de servicios especiales». Rudbeck lo firma sin mirarlo siquiera. Está otra vez preocupado con las reclamaciones de la Tesorería, a que ha de contestar.

—Pero, mire usted, Johnson, ¿cómo dice el tesorero que yo tenía la semana pasada dos libras, dos chelines y nueve peniques? Creo que se han equivocado, míster Johnson. Esta vez, los hemos cogido. Vamos a ver — Rudbeck está tan encantado de que el tesoro se haya equivocado, que empieza a hacer muecas. Suma las cantidades de gastos anotadas en el libro y cuando tiene el total dice.

—O sea, que los gastos han sido de una libra, un chelín y tres peniques. Pero, ¡si es precisamente lo que ellos han dicho! ¡Maldita sea!, míster Johnson, ¿qué ha hecho usted ahora? Mire, mire lo que ha puesto usted aquí. ¡Váyase, váyase en seguida a su casa, míster Johnson y métase en una caldera hirviendo!

Y escribe furioso en la columna de enfrente: —«Lamento error del empleado. Repongo una libra, un chelín y tres peniques.»

Rudbeck está tan indignado que ni siquiera tiene ganas de fumar. Los recaderos, al oírle gritar, se han puesto de pie y en fila en vez de dormir como de costumbre y se sobresaltan cada vez que el jefe gruñe, pronuncia palabrotas, arroja el secante al suelo o tira un lápiz roto por la ventana. Se marcha a almorzar, excitadísimo, con la espalda encorvada y el cuello estirado. Cuando los recaderos lo saludan del modo más sumiso posible, como niñeras que desean calmar a un bebé, no les contesta. Al acercársele el chico encargado de cuidarle el caballo, pasa junto a él sin decirle una palabra. Y el *pony*, que le sigue con el chico, parece también asustado.

Almuerza como si cada bocado fuera un insulto de un enemigo y después de comer, a la hora de más calor del día, se va de caza con su ordenanza. Quiere matar.

Sin dejar de gruñir y de lanzar maldiciones, mata un puercoespín pero se cae inmediatamente después en un agujero lleno de fango. Esta pequeña aventura le sorprende tanto que se le olvida su enfado y mientras el criado lo está sacando del fangal, repite varias veces.

—La verdad es que esto no me lo esperaba.

De regreso a su casa, mientras dos guardias le traen el puercoespín, rompe a silbar una de sus extrañas melodías. Ve a míster Johnson que vuelve a su casa de la oficina con un aire melancólico y preocupado porque teme que Rudbeck se haya enfadado con él en serio y, de pronto, empieza a reír.

«Robarme a mí mismo, a mi propia caja oficial. Pues es una idea. Después de todo, ¿para qué sirve ese dinero?» Rudbeck se sorprende del nuevo aspecto que presentan las cosas. «Pues es una buena idea. Desde luego, es imposible... pero no deja de ser una buena idea.»

La cuadrilla de trabajadores ha sabido ya que no habrá dinero para pagarles más allá del jueves. Ese día lo pasa Rudbeck trabajando con ellos y agotándolos. El viernes descansa; y el sábado va a dispersarse la cuadrilla cuando llega el capataz y les avisa que el juez los necesita para el lunes. Van a continuar las obras.

—¿Y qué hay del dinero? —pregunta uno de los obreros.

—El juez sigue pagando lo mismo.

En realidad, la carretera avanza a triple velocidad. Rudbeck se pasa los días enteros con los trabajadores. Hay un nuevo «Estado Mayor» de capataces, exploradores, especialistas en la construcción de puentes, etc... independientes del ministro indígena de caminos. Incluso hay un cajero especial para la construcción de la carretera, Mallam Audu, que ha sido ascendido a ese cargo del de secretario del juzgado indígena. Lleva su libro de cuentas con una cantidad inicial de ciento cincuenta libras y una Caja también especial que no es más que una simple caja de lata que guarda dentro del cofre del Tesoro indígena.

Todo este nuevo personal, desde Tasuki, jefe de los que trabajan en la construcción de puentes —que seis meses antes era un salvaje de la selva encarcelado por caza ilegal de elefantes—, hasta Audu, está compuesto de gente joven y llena de la mejor voluntad. Hacen todo lo posible por ser útiles. Tasuki, que trabaja como sólo un negro puede trabajar cuando llega a darse cuenta de la utilidad de lo que hace, se levanta todos los días antes de amanecer, y a media noche está aún seleccionando madera a la luz de una linterna. Audu, encargado no sólo del material sino de las provisiones, se pasa casi todas las noches pedaleando en la vieja bicicleta del puesto entre Fada y el punto más avanzado de la carretera. Y varias docenas de indígenas que trabajan a sus órdenes, creen, evidentemente, que están aportando su grano de arena a un esfuerzo gigantesco, a una obra nunca vista. Cuando Rudbeck les dice que la carretera traerá gran riqueza a Fada, gritan: «Sí, amo, desde luego... mucha riqueza», y su imaginación se figura esta «riqueza» como una especie de paraíso en el que ellos han de disfrutar, no sólo succulentos y abundantes manjares, sino la gloria misma.

Por supuesto, Rudbeck ha escogido a estos hombres precisamente por su capacidad de optimismo, por su ambición y potencia imaginativa. Lo hace

inconscientemente, lo mismo que el capitán del equipo de fútbol de un colegio elige al pequeño Smith en vez del forzudo Jones porque Smith tiene la «chispa» necesaria para contribuir al triunfo colectivo.

El propio Rudbeck tiene también esa «chispa» aunque sólo en un aspecto, la única idea que le impulsa a actuar: La carretera al norte de Fada. Sueña con ella y cuando de noche contempla la cinta abierta ya entre la espesura de la selva, experimenta una sensación tan intensa y excitante, una emoción tan insólita en su experiencia, que no sabe qué hacer con ella, y los negros soñolientos le oyen reír solo y saben que en esos momentos es inútil hablarle al amo porque no comprenderá nada.

Pero Rudbeck pierde mucho tiempo debajo de los puentes contemplando con Tasuki la sólida e ingeniosa armazón de madera ya realizada, convencido de que está haciendo una labor importantísima e imprescindible. Muchas de las horas que se pasa en la carretera no hace más que disfrutar de lo que ve y de lo que se imagina ya hecho. No puede evitarlo. Es como centenares de ingleses a quienes, cada año, se les ocurre la idea de plantar un jardín o construir una casita de campo y trabajan noche y día en su proyecto descuidando sus tareas normales y a sus amistades, exponiéndose a coger una pulmonía doble. Y cuando se les dice: «Va a estallar la guerra», os contestan, «Imposible», sencillamente porque acaban de plantar unos tulipanes o unas enredaderas.

Rudbeck ha odiado siempre el trabajo de oficinas porque alguien — probablemente su padre— cuando él era un niño, ha dicho unas frases despectivas sobre esa clase de trabajo. Y ahora lo está descuidando casi por completo. Cuando, por casualidad, permanece un poco de tiempo en su despacho, maldice y se desespera, les grita a todos o se dedica a hablar de caminos con Johnson.

Johnson está encargado, no sólo de la oficina de Fada sino de lo que es mucho más importante para Rudbeck y para él: la construcción de la gran posada, a la entrada de la carretera, detrás del mercado de Fada.

Fada, como la mayoría de los poblados africanos, carece de posadas y fondas. Los viajeros y mercaderes han de encontrar algún particular que les alquile una habitación o resignarse a dormir bajo las estrellas. Como no pueden acostarse en la selva, donde se exponen al peligro de ser devorados, han de elegir entre un recinto de chozas particular o el mercado local. Los más pobres duermen siempre en el mercado. Millares de forasteros pernoctan en los poblados de la región de Fada y en la «capital» misma, tumbados en el duro suelo y con la cabeza apoyada en sus preciadas cargas.

El plan de Rudbeck, que le obsesiona desde hace mucho tiempo, es construir posadas o, como allí les llaman, *zungos*, en lugares convenientemente escogidos a lo largo de la carretera y en el pueblo de Fada, para esos viajeros.

Un *zungo* es como un pequeño fuerte. Consiste en un cuadrilátero rodeado por un elevado muro de barro. De la parte interior de este muro sale un amplio tejado de paja y ramas, que cubre una fila de cubículos. Pasar la noche en uno de estos «reservados» cuesta un penique para los hombres y medio penique para las mujeres. Un portero se halla en la única entrada del *zungo*, para cobrar el alquiler e impedir la entrada a los ladrones.

En Fada se está construyendo el mayor *zungo* de la región, con un centenar de compartimientos. Sus muros tienen una longitud total de unos sesenta metros. Johnson dirige estas obras a la vez que la oficina. Por la mañana, después del desayuno, se dedica al despacho de los asuntos oficiales. Los recaderos esperan sus órdenes y los litigantes y pedigüños lo siguen por todas partes clamando: «Míster Johnson, amo, señor, escúchanos». Benjamín transmite los telegramas oficiales redactados por Johnson y éste es quién decide sobre la verdadera urgencia de los despachos que se reciben para Rudbeck. Por eso, aunque un telegrama vaya con la indicación «Urgente», le dice a su amigo: «Creo que dejo esto para más tarde, míster Benjamín. No es muy importante. Hoy tengo mucho trabajo en el *zungo*.» O, si le viene bien y aunque el telegrama sea de puro trámite, decide que es urgentísimo ir en busca de Rudbeck a la selva.

Por las tardes trabaja en el *zungo* y mira cómo construyen los albañiles el muro con ladrillos redondos de barro o cómo techan los primeros compartimientos. De vez en cuando, toca unos ladrillos, se queja de que son demasiado pequeños o demasiado grandes y les explica a los capataces cómo deben construirse los muros. Sin embargo, si estos hombres le replican: «No, así no se puede hacer porque se vendría abajo», él rectifica en seguida alegremente: «Claro, claro; eso no puede negarse».

Después, visita algunas veces a Waziri, le da un chelín de propina a Saleh para que le permita ver a su amo, le pide prestados cinco chelines a Waziri para atender a algún gasto urgente y le cuenta las últimas novedades políticas.

—El Residente no nos dará más dinero para el *zungo*.

—¡Cómo! Entonces, ¿tendrán ustedes que dejarlo?

Tanto el Emir como Waziri detestan al *zungo* casi tanto como a la carretera. Dicen que ésta traerá a Fada multitudes de ladrones y granujas y

que el *zungo* los animará a quedarse en Fada. Además será un refugio para los maleantes y una fortaleza contra la autoridad indígena en el pueblo.

—¡Qué disparate, Waziri! Míster Rudbeck y yo no interrumpiremos de ninguna manera las obras. Tenemos dinero abundante. Además, el *zungo* producirá pronto mucho dinero. Estará terminado mucho antes que la carretera.

—Esa carretera... ¡qué desgracia!

—¿Una desgracia? —dice Johnson riéndose—. Pero si es la obra más importante de Fada. Traerá riqueza para todo el país. Los autos acudirán a Fada en gran cantidad.

Waziri mueve la cabeza.

—Eso es lo malo. El Emir está muy disgustado con esta carretera.

—El Emir es un viejo salvaje, un tonto que no tiene idea de lo que es la civilización. Las carreteras son lo más civilizado que hay en el mundo. Cuando la nuestra esté terminada, Waziri, te quedarás sorprendido. —Y Johnson agita los brazos con entusiasmo—. Los mercados estarán llenos todos los días de toda clase de productos. Habrá montones de dinero para todos nosotros. Todos los de Fada os enriqueceréis.

—No me sorprenderé como dices —replica Waziri—. Sé muy bien lo que hará tu carretera. Ya lo he visto en otros sitios: un gran trastorno que no merece la pena.

Johnson se ríe de este pesimismo.

—No estás civilizado, Waziri. ¿No comprendes que la gente debe tener carreteras para los autos?

—¿Por qué, *lord* Johnson?

—Porque eso es lo civilizado. Pronto el mundo entero estará civilizado.

—¿Por qué motivo, *lord* Johnson?

—Pues porque debe estarlo y porque la gente quiere ser civilizada. Ya verás cómo les gusta. Todos los hombres prefieren estar civilizados.

Johnson vuelve luego junto a Bamú y le cuenta sus gloriosas proezas y las cosas magníficas que le esperan a ella cuando la carretera esté terminada y en Fada sobre el dinero.

—Daremos fiestas todos los días y yo compraré un auto para ti como el de la mujer del Gobernador.

Bamú escucha en silencio y de pronto lanza un grito como el de un loro.

—¡Sozy, la pimienta!

La vieja sale corriendo de detrás de una tinaja y busca en la cocina lo que le piden, pero Bamú tiene que ir a encontrar la pimienta. Bamú nunca mira a

Sozy ni habla con ella. Como la vieja procede de otro poblado y además es bastante tonta, le parece a Bamu que es de otra raza que ella. Es la misma actitud que adoptaría con un perro perdido. Es amable con ella, soporta cortésmente sus despistes y la alimenta, pero no le deja ni una cama ni una manta. Sozy pasa las noches temblando de frío, con fuertes dolores reumáticos, en el estrecho espacio que hay entre la tinaja y la pared, pero esto se debe a que a nadie se le ha ocurrido pensar que la vieja pueda estar sufriendo. Y ni siquiera ella se compadece a sí misma. Por el contrario, se alegra tanto de ser un miembro de esta familia y de creerse útil en el mundo, que se pasa el día en un continuo agradecimiento. Si tuviera idea de lo que puede ser un dios y se lo imaginara tomándose algún interés por ella, le daría las gracias con toda su alma por la extraordinaria bondad que había tenido al conducirla al hogar de Johnson.

Desde luego, Johnson tiene enemigos en su prosperidad. Los que, cuando estaba a punto de hundirse, sentían una alegría normal ante la idea de su insensatez y de su inevitable humillación, están ahora fastidiados con su triunfo. Les parece injusto que un pillo semejante pueda escapar al castigo. El criado de Rudbeck, Jamesu, está tan furioso que muchas veces, cuando mira a Johnson, entorna los ojos como si fuera a fulminarlo con la mirada. El cocinero Tom, también se indigna. Jamesu le ha contado lo del robo. Johnson se ríe de ambos y, en una ocasión, le dice a Jamesu.

—Jamesu, ten cuidado, no te vaya a cortar el pescuezo algún ladrón cualquier día.

A Ajali también le disgusta el buen éxito de Johnson. Ya no puede pasar el rato pensando en la última locura del empleado. Ha caído de nuevo en ese estado de exasperación y resentimiento que era habitual en él antes de la llegada de Johnson. No sólo detesta la presencia del empleado sino incluso el nombre de éste, pero lo cierto es que no puede apartarse de él. Jamesu, Tom y Ajali acuden todos los días al recinto de Johnson porque no tienen otro sitio adonde ir ni otra cosa en qué pasar los ratos libres. Jamesu y Tom se sientan en un rincón, silenciosos, se beben la cerveza de Johnson y lo contemplan, unas veces con rabia y otras con admiración. Ajali sigue riéndose de él como antes y le grita.

—Usted, hombre grande ahora, míster Johnson.

—Sí, Ajali, yo creo ahora soy bastante grande hombre. Míster Rudbeck me dise hoy: «Míster Johnson, espero usted se cuida bien, porque es usted muy, muy indispensable para mí y para el servicio de Su Majestad. Yo reso por usted, míster Johnson.»

—¿Cuánto le paga a usted Waziri ahora?

Johnson se ríe. Comprende perfectamente la malicia de Ajali y ésta le produce el mismo efecto que la resentida mirada de Jamesu. Esa inquina le da distinción y grandeza, estimulándole a ser aún más disparatado. Es como un desafío.

—Me paga todo lo que yo pido, Ajali. Waziri y yo, nos entendemos... Los dos, grandes hombres de Fada.

Ajali sonríe aún más y repite.

—Sí, muy grande hombre. —Como si se estuviera apretando un diente picado.

Rudbeck se ha instalado en el sitio más avanzado de la carretera en construcción, a unos cuarenta y cinco kilómetros del pueblo.

Allí ha acampado con su «Estado Mayor» y sólo visita la oficina un día sí y otro no. Una mañana llega inesperadamente, da unas vueltas por los dos despachos con expresión preocupada y, por último, se detiene ante Johnson.

—Johnson, me marcho mañana. Tengo que salirle al encuentro a la señora Rudbeck en la estación del ferrocarril. Estaré unos cuatro días fuera. ¿Podrá usted vigilar las obras de la carretera y ver lo que hacen Tasuki y Audu? —Le da largas y detalladas instrucciones sobre el trabajo en marcha y Johnson contesta a todo: «Si, señó, yo lo hago, señó.»

—Espero que puedo confiar en usted, Johnson.

—Oh, señó, usted puede confiar en mí siempre. Espero que *missus* Rudbeck guste este país de África.

—Tiene muchos deseos de venir aquí. ¿Por qué no va a gustarle esto?

Johnson no puede hablarle de las cartas en que él ha descubierto que la señora Rudbeck está deseando venir a África, mientras que Rudbeck teme que pueda aburrirse. Por eso, se limita a decir.

—Estoy seguro de que le gusta muchísimo. Quisá yo construirle una nueva casa de hierba allá al final de la carretera.

—Sí, eso estaría bien.

—Con un retrete bonito y chiquito para señora.

—¿Qué quiere usted decir con «un retrete para señora»?

—Sí, esas letrinas para dama blanca que puede enserrarse ella sola y nadie la ve.

—Muy buena idea.

—Yo hago una, señó, y está lista cuando llega *missus* Rudbeck.

—Sí, Johnson, tendrás que ocuparte un poco de la señora Rudbeck porque yo estaré muy atareado en la carretera. Quiero que este trozo malo esté

terminado antes de las lluvias.

—Oh, sí, señó. Eso me gusta mucho. Quiero haser a *missus* Rudbeck demasiado felis en África.

—Tiene usted que llevarla a ver las cosas por ahí; ya me comprende.

—Yo la llevo a ver todo: la cársel, el mercado, todas las cosas que gustan a las señoras... Yo la tendré demasiado felis para usted, señó.

—Gracias, y a propósito, ¿qué hay de ese tejado de su casa, lo han reparado ya?

Al tejado no le han hecho absolutamente nada pero a Johnson le parece poco delicado hablar de eso y elude el tema.

—Muy buen tejado, señó. Sólo un agujero pequeño, pequeñito —como si el agujero se fuera haciendo cada vez más pequeño por su propio esfuerzo.

—Tengo que ir yo personalmente a ocuparme de eso. Sé que las cabañas de los empleados fueron declaradas en estado ruinoso hace ya tres años. Ya es hora de que lo derribemos.

Johnson va por todo el pueblo anunciando que Rudbeck le ha encargado de cuidar a su esposa. Naturalmente, esto contribuye mucho a aumentar su prestigio en Fada ya que el Emir ni siquiera se fía de su principal eunuco para confiarle a sus esposas. Sólo Ajali y Benjamín, que entienden la psicología de los blancos, no se extrañan del encargo. Benjamín mueve la cabeza y prevé futuros incidentes; Ajali visita a Johnson y exclama:

—¡Me disen que *missus* Rudbeck viene pronto!

—Sólo faltan dos días.

—Creo dará a usted mucho trabajo, míster Johnson.

—¡Oh!, no, Ajali. Ella muy amable dama... Ella, mi amiga.

—¿Cómo? ¿Amiga de usted ya? ¿Cómo ve ella a usted?

—No me ve, pero piensa en mí. Dise muchas veces a su marido: «Míster Rudbeck, yo siento muy amable para ese míster Johnson. Yo le felisito a usted por él. Espero verlo muchísimo».

—¿Es posible, míster Johnson? ¿Cuándo dise ella eso?

Ajali estira el cuello y abre mucho sus ojillos, que brillan como carbones encendidos.

—Pues dise mucho, mucho más, Ajali.

La imaginación de Johnson está ya en plena ebullición.

—Dice que le agrado más que nadie. Ella muy contenta que yo haga su nueva casa... y sobre todo, cuando sabe que yo hago retrete de dama especialmente para ella. Dise: «Nadie piensa nunca en esto para mí, nadie tiene nunca tan buena idea como míster Johnson». ¿Sabe usted, míster

Benjamín, que *missus* Rudbeck es la mujer más hermosa de Inglaterra?; baila con el príncipe. Creo que estos salvajes de Fada se van a entusiasmar. Nunca ven una dama del Gobierno tan hermosa. Tiene el cabello como el trigo, sus ojos son tan azules que le queman a uno con su azul de cielo. Casi dos metros de alta, más alta que Rudbeck, y su brazo tan blanco como colmillo de elefante y más gordo que mi pierna. Es tan grande como dos hombres juntos y sus dientes blancos como la luna. Tiene boca roja como *henna* y canta y ríe todo el día. Le gusta muchísimo este país de África.

Al día siguiente, llega Rudbeck en su viejo y renqueante Bentley al extremo en construcción de la carretera y le acompaña una mujercita pálida y morena con ojos muy negros. Se apea del coche frente a la nueva choza que le ha construido Johnson y exclama:

—¡Qué encanto de casita!

Rudbeck le presenta a Johnson.

—Celia, éste es míster Johnson.

Ella le estrecha la mano cordialmente y luego mira a Rudbeck como diciendo: «¿Lo he hecho bien, verdad?»

—Míster Johnson es mi hombre de confianza en la oficina.

—Estoy segura de que es el verdadero jefe.

Johnson, aplastado por tanta amabilidad, se inclina, gesticula, se retuerce y exclama:

—¡Oh, señora, usted hace diversión conmigo!

Celia vuelve a estrecharle la mano aparatadamente y dice.

—Tengo que darle a usted muchísimas gracias por haberle cuidado hasta mi llegada, míster Johnson. Mi marido necesita que lo cuiden mucho, ¿verdad?

—¡Oh!, señora, él cuida de mí... ni demasiado bueno.

La señora Rudbeck suelta por fin la mano del empleado y mira en torno suyo con la misma afectuosa curiosidad, sonriendo a los trabajadores, que la miran con la boca abierta; a los tambores, que se inclinan de lado; a Audu, que hace reverencias hasta el suelo; e incluso a los árboles del fondo.

—¡Qué maravilla! —exclama—. ¿Verdad que cuesta trabajo creerlo? ¡Oh, Harry!, me llevarás a verlo todo, ¿verdad?

Rudbeck, con su aire de mayor indiferencia, se saca la pipa de la boca y gruñe.

—No hay mucho que ver.

—¡Oh, señora!, ya le enseñaré a usted —interviene Johnson.

—Gracias. Tiene usted que llevarme por ahí.

—¡Oh, sí, señora! ¿Qué le gusta a usted ver?
—Todo. No le molestará acompañarme, ¿verdad?
—¡Oh, no, señora!
—¿Adónde iremos primero?

Johnson mira alrededor y ve la casa.

—Le enseño casa de usted, señora; casa nueva.

Rudbeck vuelve a sacarse de la boca la pipa.

—Johnson la hizo especialmente para ti.

Y su tono quiere decir: «De modo que no dejes de expresar tu admiración.»

—¡Por Dios! Te dije que no quería que se hiciera nada especial para mí. ¡Pero si esto es un palacio...!

Están en el gran *rumfa*, una habitación cuadrada hecha con esteras tejidas de unos veinte pies a cada lado. Las nuevas esteras brillan como el oro. Los rayos de sol que penetran por entre los huecos de las ramas y la hojarasca esparcen por la paja centenares de pequeños soles.

—¡Qué casa tan maravillosa! ¿Y esta puerta?

—Ésa es su letrina particular, señora... su propia letrina de dama.

Celia rompe a reír y dice entre carcajadas:

—¡Oh, gracias, míster Johnson! Ya veo que es un hermoso aparato.

Johnson también se ríe. No ve la parte cómica del asunto. Se ha tomado mucho trabajo con el retrete, sobre todo para lograr que la percha esté firme y suave. Como todos los nigerianos, ha sufrido infinitos arañazos en estas perchas, aparte de las caídas cuando el dispositivo se derrumba en el peor momento. Los palos que sostienen a la persona suelen martirizar la piel como papel de lija, dejando en ella astillas como agujas y pinchándola con picos agudos como cinceles. Johnson se ha propuesto conseguir una obra maestra de ingeniería sanitaria y se halla orgulloso del resultado obtenido. Pero, en vista de que la señora Rudbeck se ríe, él también lo hace. Le encanta que la esposa de su jefe esté de tan buen humor.

Celia, temiendo haber herido los sentimientos del empleado, le pone una mano en el brazo y lo mira muy seria.

—Muchas gracias, míster Johnson. Es un hermoso retrete.

—Creo que a usted le gusta... muy suave. —Y vuelve a acariciar su palo favorito.

—Desde luego. Será muy cómodo... ¡Oh, qué canción tan agradable! ¿Qué están cantando?

Celia sale para ver cómo trabajan en la carretera. Procura aprenderse de memoria la melodía que cantan los negros, quiere que le enseñen a tocar el *tam-tam*, le toma el peso a un azadón de Fada e intenta manejar un hacha.

Los pocos hachazos que da le forman ampollas en ambas manos. Se las enseña orgullosa a Johnson y a Rudbeck. Este último se mantiene siempre apartado, con su eterna pipa apagada entre los dientes. No se atreve a sacarse la pipa de la boca por temor a hacer alguna mueca o a exteriorizar de algún otro modo el contento que le producen las brillantes cualidades, de corazón y de espíritu, de su mujer. En cuanto se dirigen a desayunar, da unos pasos inseguros y dice:

—Está muy bien por tu parte que trates amablemente a Johnson.

—Es que es tan simpático... eso salta a la vista.

—Sí, pero es que tú eres estupenda para tratar a la gente.

—No, querido, no es mérito mío.

Celia no está muy segura de ser tan buena. A veces lo cree así; otras, piensa que está fingiendo como una mala actriz y que en toda su vida no ha hecho más que fingir. Sin embargo, está decidida a no fallar como esposa de Rudbeck. Le será útil, será para él un estímulo y una inspiración constante. Se propone disfrutar de África, admirar a los amigos de su marido y a los que trabajan con él, y comprender su trabajo. Sobre todo no quiere serle un estorbo. Por eso, cuando Celia quiere ver cómo van las obras, insiste en que su esposo no deje ni un momento a sus trabajadores; Johnson la acompañará. Al día siguiente, el empleado la lleva a un poblado para ver una asamblea local. Todos los días organiza Johnson nuevas excursiones: para contemplar a las mujeres que fabrican tinajas de barro sin emplear rueda, para ver cómo se construye una cabaña o cómo tejen el algodón en un telar indígena.

En todas partes manifiesta Celia su curiosidad atenta y el encanto que le producen las escenas y las gentes de la vida africana; y por la noche le cuenta a Rudbeck cuánto se ha divertido y qué maravillosa es África.

Rudbeck está ocupadísimo. Mientras que Johnson acompaña a Celia, él tiene que atender al trabajo de la oficina y escribir las cartas oficiales. Pero este trabajo ha de realizarlo en el campamento y allí resulta muy molesto, porque los archivos, guardados en una gran caja de lata, no pueden ser consultados con facilidad, y los telegramas no tienen respuesta hasta que pasan tres días, por lo menos. A la vez debe planear la parte más difícil de la carretera, el trozo que ha de pasar por lo más intrincado de la selva y superar lagos y pantanos. Los caminos sobre pantanos son muy caros y por eso tiene Rudbeck que escoger el camino más seco por muy desviado que resulte. Con

frecuencia piensa —mientras se abre paso por los pantanos a medio secar, desde el alba al anochecer, entre nubes de moscas *tse-tsé*—, que tal vez Celia lo pasa bien con Johnson visitando las cosas notables. Rudbeck adora a su joven esposa, pero, como otros muchos hombres recién casados, sigue siendo en el fondo un soltero. No sabe qué hacer con una mujer aparte de distraerse con ella.

Celia no ha notado esto mientras se dedica al turismo con el encantador Johnson, del cual —dice riéndose— está enamoradísima. Cuando se lo nombra a su marido, le llama *míster Wog*.

Rudbeck la oye reír a las seis de la mañana y le pregunta:

—¿De qué te ríes, querida?

—Es que estoy pensando en *míster Wog*.

—Es cómico, ¿verdad?

—Un tipo rarísimo.

—¿Adónde vais hoy?

—Pues no sé. *Míster Wog* ha dicho algo sobre los tejidos.

—Pero eso ya lo has visto, ¿no?

—Sí, sí; pero tenemos que verlo otra vez para que *Wog* esté contento.

La verdad es que a Johnson le resulta cada vez más difícil entretener a Celia. En lugar de las exclamaciones extáticas del principio, ahora sólo suspira, abre mucho los ojos y dice: «¡Ah!, están haciendo tinajas». O bien: «Es una trampa para coger pescado, ¿no?» Y es que ya conoce África.

Johnson no puede comprender esto. Se ha pasado toda la vida viendo fabricar vasijas de barro pero siempre le interesa escuchar la historia de cada cacharro, dar su opinión sobre su forma y resistencia, discutir con el alfarero sobre la calidad del producto o sobre la situación general del negocio de alfarería en aquellos momentos. Para él, África es una experiencia continua, excitante, divertida, alarmante o deliciosa, que penetra en él a través de sus cinco sentidos a la vez y que vuelve a salir en forma de reflexiones, comentarios, canciones, o chistes, todo ello en la forma más johnsoniana posible. Como un caballo o un rosal, puede convertir la forma más elemental y cruda de abono en belleza y vigor propios, personales.

En cambio, para Celia, África es solamente una cierta cantidad de acontecimientos desconectados que carecen en absoluto de sentido para ella. Por ejemplo, contempla al alfarero sin notar que tiene una pierna más corta que la otra, que padece ya la primera fase de lepra o que su cántaro está deformado por un lado. No ve en realidad a un hombre ni a una mujer, ni siquiera una vasija, sino sólo una escena pintoresca africana. Incluso *míster*

Wog es para ella una estampa típica de África y nada más. Por eso, cuando una mañana le propone Johnson ir a ver la pesca en un remanso del río, bosteza en su cara, sin darse cuenta de su grosería, a pesar de que es una de las mujeres más amables y consideradas.

Ahora empieza a notar que Rudbeck no busca su compañía en el campamento de la carretera. No sabe exactamente si esta actitud es despectiva o natural y si no será lo más de esperar para una esposa sensata, y, en cambio, lo que resiente a una chica tonta. Por lo pronto, no se queja; pero a veces está un poco tiesa y falta de interés cuando Rudbeck sube a su cama por las noches. Empieza a criticar sus uñas rotas, su cabello demasiado largo, sus escasos afeitados, su manera de andar balanceándose como un marino, su cargazón de espaldas y la afectada rudeza de sus palabras. Recuerda que su marido prefiere Edgar Wallace a Jane Austen y no sabe distinguir entre «Dios salve al rey» y «Las bodas de Fígaro». Piensa fríamente que su marido es un poco tonto, terco, zafio y ansioso. Por primera vez desde que se casaron, lo ve como una persona real, a distancia, y puede examinarlo con juicio crítico. Lo que más le asombra es la susceptibilidad de Rudbeck.

Un día se atreve a decirle que no debía gruñir y echarle el humo a la cara cuando ella le hace una pregunta correcta. Rudbeck se saca la pipa, se pone muy colorado y exclama:

—Crees que soy un orangután, ¿verdad? Pues lo siento, mujer. Parece que nos hemos equivocado.

Celia, asombrada y furiosa, responde:

—Si es así como tomas una sencilla observación, está claro que nos hemos equivocado.

—No es lo que dices, sino lo que piensas.

—Si quieres acusarme, ¿por qué no eliges algo que sea más verosímil?

—Llevas unas seis semanas pensando que soy un cerdo... y siempre me has creído un idiota.

—¿Tienes costumbre de leer pensamientos que no existen?

—No te estoy culpando de nada... Sé que soy muy cerrado de mollera y que ni veo ni entiendo. Ojalá tuviera más luces. Todo el mundo se pregunta cómo es posible que te casaras conmigo y, la verdad, también a mí me sorprendió bastante. Era demasiado bueno para ser verdad. En fin, ya pasó. ¡Qué se le va a hacer!

—Si es así como piensas de mí, desde luego...

—Gracias a Dios que no tenemos niños... Podemos separarnos sin perjuicio para nadie.

—En cuanto quieras... No me divierto tanto en este agujero olvidado de Dios para querer seguir aguantando esta pesadez.

—Te ruego que disculpes lo del agujero, por la parte que me corresponde.

—Y yo debo disculparme por haberte estorbado tanto.

Durante las veinticuatro horas siguientes se ven sólo a las horas de comer y no hablan más que en presencia de la servidumbre y siempre con extraordinaria cortesía. Pero sienten tal odio el uno por el otro que cuantos se hallan en el campamento lo perciben, y míster Johnson se conduce de modo tan parecido a como lo haría un perfecto imbécil, cada vez que uno de los esposos le habla, que Rudbeck le maldice a cada momento y Celia sospecha que le roba algo de su bolso. Ha echado de menos dinero y Johnson no puede mirarla a la cara, pero no por lo del bolso, sino por la irritación y el odio que adivina en esta mujer.

Al mismo tiempo, cada uno de los cónyuges está obsesionado por el otro. Rudbeck odia a Celia con pasión tan continua que no puede atender a su trabajo, escribe cartas al buen tuntún y deja que la carretera avance tres kilómetros en una dirección disparatada hasta meterse en un callejón sin salida. Celia, por su parte, no puede leer, comer, dormir, ni estarse sentada, de puro despecho. Pierde peso, se le quedan las mejillas entre calizas y azuladas, y los ojos rojizos y hundidos. Parece una juerguista, una Mesalina después de una larga y frenética orgía.

A la tercera noche, cuando entre los dos se ha creado —partiendo de una observación casual— una romántica epopeya de desesperación y venganza, se encuentra Rudbeck a la una de la madrugada, y casi inconscientemente, moviendo el mosquitero de Celia.

—¿Qué es eso? ¿Qui... ién anda ahí? —dice la mujer con voz temblona por el asombro—. ¡Vete de aquí!

—Querida, perdóname, querida...

—¡Oh, Harry! ¡Qué animal he sido!

—Tuve que estar loco para decirte...

—Siempre dijimos que la luna de miel sería difícil... Gracias a Dios, ha pasado ya.

—Queridísima...

Al día siguiente están comiendo en silencio, incluso en presencia de los criados, pero emana de ellos una tranquila felicidad.

Los criados están alegres y se gritan unos a otros. Míster Johnson, cuando llega con el correo, saluda a Rudbeck con una sonrisa franca y confiada y le dice:

—Creo esos del Tesoro piden a usted explicaciones de cuentas carretera.

Rudbeck aspira unas bocanadas de su pipa, le echa el humo a la cara a su empleado y dice entre bostezos:

—Creo que usted, míster Johnson, puede entendérselas con todos los tesoros del mundo. Dígales que deben alegrarse si por casualidad reciben algún comprobante... Esos hijos de perra...

Johnson se ríe a carcajadas y redacta varias cartas fantásticas dirigidas al departamento del Tesoro. Después lleva a Celia para ver una pesca típica, y, después de contemplar durante dos horas los hombres y niños que se arrojan a las charcas y gritan con gran entusiasmo, le dice ella con voz de sonámbula:

—Míster Johnson, ¿la gente de aquí quiere a míster Rudbeck?

—Oh, sí, señora, están muchísimo de acuerdo con él. Él demasiado amable.

—Está haciendo una gran obra para todos ustedes.

—Demasiado buena obra... Él, maravilloso hombre para trabajo.

Sin embargo, tres días después, Celia y Rudbeck, sin que ninguno de ellos sepa el motivo, empiezan a odiarse otra vez tan violentamente que Celia se pone a hacer su equipaje con la intención de refugiarse junto a la esposa del Residente que le caiga más cerca.

La reconciliación es aún más violenta.

Ahora le aburre tanto la vida del campamento de la carretera que apenas sale de la cabaña. Lee, bosteza, escribe cartas todo el día. Se alegra mucho cuando en febrero se traslada la oficina a Fada para poder escribir los informes. Examina detenidamente los despachos, el viejo fuerte, el mercado, y toma el té con las mujeres del Emir.

Le presentan a míster Benjamín. Johnson se pone su mejor traje y la lleva a ver su casa.

—Yo creo que usted saluda a mi esposa, señora. Ella gusta ver a usted. Es la muchacha más lista. Tiene serebro muy bueno.

—Me encantará conocerla... Preséntemela, por favor.

—Sí, señora, quiero que usted la conosca. Demasiado sola con todas estas mujeres salvajes en este sitio. Ella demasiado sivilisada.

—Es preciso que me la traiga usted con frecuencia.

—Claro, señora, yo la traigo. Ella la bendice a usted. Está impasiente por ver una dama de la sivilisación en Fada.

—¿Vino también de la misión con usted?

—Viene poco, poquito de la misión... sólo una pisca. Ella no habla inglés demasiado bien. Pero siempre lo hace todo como muchacha educada. Tiene

serebro listo. Siempre se viste como propia dama del gobierno. No está de acuerdo con muchachas salvajes de Fada.

—¡Claro, pobrecilla! Debe de sentirse muy sola.

—Sí, señora, demasiado sola. Ella no era para vivir en este sitio salvaje, pero me quiere demasiado. Corasón demasiado tierno. La muchacha más inteligente de Fada. Ya llegamos, señora; usted espera aquí poco, poquito, para yo desirle usted aquí.

Johnson, sudando de pura excitación, entra como una flecha en su recinto y deja a Celia en medio de las tres cabañas decrepitas rodeadas por una cerca de paja medio podrida. Mira con interés los tejados negros, que parecen a punto de derrumbarse, uno de los cuales tiene un inmenso agujero, y piensa: «¡Qué pintoresco!»

Reprime un bostezo y vuelve la vista hacia otra parte en busca de nuevas emociones turísticas. Sus ojos están llenos de una curiosidad que ella fomenta sistemáticamente, pero estos ojos son ciegos para la realidad que hay ante ellos. Sólo ven chozas indígenas, «selva africana» en vez de habitaciones humanas, el hogar de Johnson y árboles vivos.

Oye la voz del empleado, que suplica, protesta e insulta. En realidad, Johnson se viene preparando para esta visita desde hace una semana. Bamú, después de varias discusiones violentas y de la intervención de su hermano, ha accedido por fin a ponerse su vestido de muselina, las medias y los zapatos, pero ahora se la encuentra Johnson envuelta en el peor y más sucio de sus trapos, barriendo las cabañas.

Le grita, en *hausa*:

—¡Me prometiste ponerte el vestido de dama!

Y Bamú le contesta:

—No me entra.

—¿Qué quieres decir con que no te entra?

—He probado, pero no me entra.

Johnson coge bruscamente el vestido y se precipita sobre Bamú:

—Pues yo te lo pondré.

Bamú se retira unos pasos y grita:

—¡No quiero... no quiero... me escaparé... me iré a mi casa!

Está enfadadísima, mucho más indignada que en otras ocasiones.

—Pero, ¿por qué, grandísima tonta? La dama del gobierno está esperando ahí fuera. No querrás que te crea una muchacha salvaje de la selva.

—No me importa lo que piense.

—¿Cómo, cómo? Estás diciendo las mayores estupideces.

Bamu sale de la choza con el famoso vestido enrollado al cuerpo, y dice malhumorada:

—Estoy dispuesta.

—Pero, ¿no comprendes que así pareces una salvaje?

—Tú no entiendes de vestidos de mujer —dice Bamu.

—Se reirá de ti. Me dejas en ridículo —exclama Johnson, dándose golpes en la frente—. Eres la más estúpida e ignorante de las mujeres.

—Yo también me río de ella —replica Bamu.

En ese instante, Celia, que se ha cansado de esperar, se asoma a la entrada de la cerca y pregunta:

—¿Puedo pasar?

Antes de que Johnson pueda responderle, entra, ve a Bamu y exclama:

—¡Ah!, ¿es usted la señora Johnson?

Le estrecha afectuosamente las manos y le dice a Johnson:

—Creo que ha sido usted muy listo casándose con una mujer tan bonita.

Bamu la mira con inmenso desprecio y no dice ni una palabra.

—Ella lleva esta mañana un vestido sólo para limpiar la casa —explica Johnson.

—Pero, ¡si le sienta admirablemente! Espero que no dejará nunca de ponerse los trajes nativos. ¡Son tan bonitos...! Qué diferencia con esos horribles vestidos que suelen dar las misiones.

Celia está encantada de haber encontrado algo sensato que decir y de creer sinceramente lo que está diciendo.

—Verdad, señora, esos vestidos misiones malísimos para mujeres.

—Es que no les sientan en absoluto.

Johnson dirige a Bamu una ancha sonrisa. La está admirando con su atavío indígena.

—Claro, claro, señora; están horribles.

—La señora Johnson es demasiado bonita para llevar esos horribles vestidos. Tiene que traerla a tomar el té conmigo, Johnson. Dígale que quiero que venga a casa a tomar el té.

Celia está encantada con Bamu por darle ocasión para decir algo razonable y concreto.

Johnson, que otra vez está contentísimo, le comunica a Bamu la invitación, añadiendo por su cuenta en *hausa*:

—Dice que le gustas muchísimo porque eres la más bonita que ha visto.

Bamu mira a Celia y dice:

—No me gusta el té. ¿Se va a marchar ya?

Johnson se vuelve sonriente a Celia.

—Dise que gracias, gracias para usted, señora. Ella orgullosa de ser amiga de usted.

—¡Cómo me alegro! La encuentro encantadora.

Celia vuelve a estrechar la mano a Bamu. Ha agotado ya el tema. Dirigiéndose a Johnson, le dice:

—¿Qué más tenemos que hacer esta mañana? ¡Ah, sí; la cárcel! ¿Nos queda tiempo para ver la cárcel?

—Señora, creo que no tiempo ahora antes del desayuno y demasiado caliente para usted después del desayuno.

—A mí no me importa el calor si es hoy el día. —Celia habla como si se tratara de un deber—. Iremos después del desayuno.

Y se marcha virtuosamente a desayunar. Johnson recoge el vestido de muselina, las bragas, las medias y los zapatos, y se lo lleva todo al almacén.

—¡Ah, míster Ajali! Yo creo usted cambia estos vestidos para mí.

—¡Cómo! ¿Usted tira vestidos de *missus* Johnson?

—*Missus* Johnson no quiere vestidos de éstos —dice Johnson con aire orgulloso—. No estoy de acuerdo nunca con mujeres indígenas. Llevan idiotas vestidos de éstos. Siempre digo *missus* Johnson usted demasiado lista, hermosa muchacha, para estropearse con esos repugnantes vestidos.

Ajali mira asombrado a Johnson.

—¿Qué dice usted?

—Ande, deme un «pareo»... un buen «pareo» indígena. *Missus* Rudbeck invita a *missus* Johnson a tomar té y creo necesita nuevo «pareo».

El aire envarado de Johnson desaparece de pronto y sonríe maliciosamente, exclamando:

—¡Oh, Ajali! Ella viene hoy a ver a *missus* Johnson. Y *missus* Johnson dise: «¿Cómo está usted, *missus* Rudbeck? Yo doy bienvenida a usted a mi casa.» *Missus* Rudbeck dise: «¡Ah, *missus* Johnson! Oigo hablar mucho de usted, y ahora creo usted es muchacha más lista y hermosa que yo veo nunca; ahora hago a usted mi amiga para siempre.» Entonses *missus* Johnson va y dise: «¡Oh, *missus* Rudbeck! Ahora mi corasón está tan felís, no puedo evitar reírme porque la quiero a usted mejor que a mi madre, porque usted es mi única amiga fiel. Somos las únicas damas del gobierno en este lugar salvaje.» Entonses *missus* Rudbeck va y dise: «Usted debe venir y tomar té conmigo ahora mismo, inmediatamente, si no yo estoy demasiado sola y triste.» Sí, Ajali; ella quiere a Bamu mucho, muchísimo.

Ajali escucha todo esto con los ojos espantados, y dice por fin:

—¿Bamu habla así?

—Mucho más, Ajali.

—¿Cómo habla inglés?

—¿Cómo habla? ¡Qué importa cómo habla! Yo no me preocupo de eso. Deme usted el paño, míster Ajali, porque *missus* Rudbeck me espera.

Escoge un trozo de paño a cambio de los vestidos. En el cambio pierde las nueve décimas partes del valor de éstos y se lleva su nueva adquisición en un paquete debajo del brazo, dirigiéndose en busca de Celia.

Ésta, que anda rápida bajo el sol incendiario, con gesto decidido y tez pálida, no presta atención al paquete. Johnson tiene que decirle sonriente:

—Usted ve este paquete, señora.

—¡Ah, sí, Johnson! Supongo que será algo para los pobres presos.

—No, señora, yo compro nuevo vestido nativo para Bamu. Creo está más hermosa con pareo indígena. Se lo pone así, por las caderas.

—¿Está muy lejos la cárcel?

—No demasiado lejos, señora.

Johnson, con su paquete, henchido de su nueva idea de que a Bamu le sientan mucho mejor los atavíos indígenas, está impaciente por verla con el nuevo paño, y no nota la distancia. En cambio, Celia, sudorosa y agotada, va al mismo paso rápido que él, sólo porque tiene la impresión de que se está sacrificando por algún buen propósito, y, cuando llega a la cárcel, mira con detenimiento todos los rincones como si todo aquello le interesara extraordinariamente. Estrecha la mano al primer carcelero y dice:

—Qué hermosa cárcel tienen ustedes. Es mejor que las de Inglaterra.

Cuando Johnson traduce esto, el carcelero se muestra tan sorprendido y agradecido como el empleado. Mirando en torno suyo aquella pocilga, repite al carcelero:

—Mejor que las de Inglaterra.

Johnson quiere confirmar la estupenda noticia.

—¿Dise usted, señora, mejor que las cárceles de Inglaterra?

—¡Claro que sí, mucho mejor! —exclama Celia sin saber lo que dice. Nunca ha visto una cárcel inglesa.

—Mucho mejor —repite decidida, sin preguntarse si esto puede ser verdad. Todas las cuestiones referentes a política, el gobierno, organismos estatales, etc., no tienen para Celia nada que ver con la verdad, sino sólo con una serie de ideas hechas.

Volviéndose a Johnson, le pregunta:

—¿Adónde tenemos que ir ahora? ¿A la Audiencia?

En los dos días siguientes, visitan la Audiencia indígena, los pozos de los tintes, la Tesorería, la carnicería, el *zungo* a medio hacer, y se asoman a la mezquita.

Celia lo admira todo y dice siempre: «¡Qué encanto, qué pintoresco, qué interesante!»

Fada es el poblado corriente en Nigeria. No tiene belleza alguna, ni comodidades, ni buenas condiciones higiénicas. Es un lugar habitable que se halla entre la madriguera de los conejos y la de los tejones, y no tan limpio como esta última. Existe desde hace quinientos o seiscientos años; es uno de los primeros puestos coloniales de los pioneros construido sobre montones de basura, sin encanto alguno, ni siquiera el de la antigüedad. Su sordidez y sus malos olores son siempre nuevos. Los recintos más antiguos, excepto la casucha del Emir, llamada el «Palacio», no tienen más de veinte años. El sol y la lluvia destruyen continuamente las frágiles edificaciones e incluso suprimen la fetidez. Pero tampoco tiene la frescura de lo nuevo. Sus muros de barro están carcomidos como por la polilla, y la mitad de las esteras y de las cercas de paja están siempre medio podridas. La pobreza y la ignorancia y los gobernantes indígenas, furiosamente conservadores, como sólo pueden serlo los salvajes, han mantenido celosamente al poblado al margen de la civilización. Sus habitantes no se darían cuenta si el tiempo diera un salto atrás de cincuenta mil años. Viven como ratones bajo el suelo de un palacio; toda la maravilla y variedad de las artes, las ideas, la erudición y las luchas de las civilizaciones pasan sobre sus cabezas y ni siquiera pueden imaginárselas.

Fada no ha sido capaz de perfeccionar las artes indígenas ni de poner de relieve la belleza típica del país. No tiene flores ni jardines, ni paredes pintadas, ni adornos moldeados, aunque sea muy toscamente.

Los muchachos, llenos al principio de curiosidad y emprendedores, envejecen en seguida, se convierten en hombres preocupados y se contentan con seguir vegetando. Se les ha proporcionado la paz pero no una vida interesante; se les ha dado una elemental administración de justicia pero no una mentalidad de hombres libres. Un niño inglés que estuviera en Fada, con mirada capaz de percibir todavía la realidad, se espantaría al ver tanta suciedad, las llagas en los cuerpos desnudos, los miembros torcidos, los nenes con sus enormes barrigas hinchadas y sus hernias. Todo el poblado, aplastado sobre la tierra como la costra de una herida, le parecería un término medio entre una cárcel y un primitivo hospital. Para Celia, no es más que una típica aldea indígena. Antes de llegar a ella, centenares de fotografías aparecidas en las revistas, le han dado la imagen que no podrá quitarse de encima. Por eso

Celia no ve en absoluto la realidad de Fada. No ve su auténtica vida sino el pintoresquismo tópico. Es, para ella, el lugar donde viven los inocentes primitivos, un refugio de virtudes sencillas y sanas.

Pero como eso no es más que una idea sin profundidad ni novedad, acaba aburriéndola muy pronto. A los siete días, esta mujer no puede soportar el aspecto de Fada, ni siquiera de lejos. Ha obtenido todas las fotos posibles para su álbum. ¿Qué más puede hacer? Para evitar los horribles olores, pasea por la selva, y cuando los *tam-tam* la despiertan por la noche, lanza improperios entre dientes y pide que los manden callar.

También insiste en que han pasado dieciocho meses desde que Rudbeck salió de Inglaterra y debe disfrutar de un permiso. Rudbeck replica que nadie se toma los permisos exactamente cuando le corresponden, y que a él no le conviene dejar el trabajo ahora. Quiere terminar el primer tramo de la carretera del Norte antes de que vengan las lluvias. ¿No le parece a Celia que es preferible terminar esa parte de la carretera y marcharse en mayo o en junio, para coger el verano inglés, o incluso esperar hasta agosto?

Celia se muestra conforme y declara que el trabajo de Rudbeck es lo primero. Luego empieza a inquietarse por la salud de él. Adelgaza demasiado. Está muy bien que el trabajo sea primero que la diversión, pero no que la salud de su marido. Rudbeck jura que se encuentra perfectamente; ella jura que se está agotando lamentablemente. A esta diversidad de opiniones sigue una riña que lo deja a él deshecho y a ella mucho más nerviosa, más obstinada; y, por decirlo así, más falsificada. O sea, que Celia se siente irritada, no sólo por África y su marido sino por cuanto ella misma hace y dice. Como en el fondo es una mujer sensata, no puede aprobar las tonterías que dice esta Celia, su manía de fingir en toda ocasión un interés que no siente, su facilidad para irritarse y gritar, su tendencia a hacerse la mártir y a fastidiar a los demás; pero no lo puede remediar. Por lo pronto, no dispone de otra Celia más tratable. La antigua, la hija mayor, consuelo de mamá y admiración de papá, se ha perdido, se ha quedado en Inglaterra. Y la misma Celia no puede reconocer a la que era la chifladura de Rudbeck. «¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy yo de verdad?», se pregunta esta mujer.

Lo mismo que otras mujeres cuyo matrimonio no ha significado un paso rápido de una condición a otra, ambas bien aseguradas con vínculos locales, sino una especie de explosión que la traslada de una vida de niña mimada a un vacío absoluto, se encuentra perdida. Lo único sincero que encuentra en sí misma son los nervios y por eso abusa de ellos. Con gran sorpresa suya, e incluso repugnancia, empieza a tener ataques de llanto y entonces dice que

Rudbeck no la quiere, que la está matando, etc. Si él es tan terco que no quiere cuidar su salud, allá él; pero es un gran egoísmo por su parte no pensar en la salud de ella.

Para probar lo enferma que está, se mete en la cama y en seguida tiene fiebre. Y se pone mala de verdad, no come y desea morir. La causa de que el desequilibrio nervioso de Celia sea auténtico es el desprecio que siente por sí misma. Rudbeck, asustado y con remordimientos, la lleva a la capital de la provincia, Dorua, donde la hospitalizan. El simpático Residente insiste en que la joven pareja no debe separarse. Rudbeck queda colocado provisionalmente en la oficina provincial. A los quince días le permiten marcharse con su mujer en el primer barco.

El joven Tring, ayudante del Residente en el Gobierno de la provincia, es enviado a Fada para sustituir a Rudbeck.

Tring es un joven que se ha hecho muy popular. Es delgado y bajo, guapo, con mejillas muy suaves y ojos azules. Lleva cada día una camisa limpia, sus *shorts* están siempre bien planchados por los lados para que produzcan el efecto de un faldellín de soldado griego. Es trabajador listo, de carácter igual, amigo de hacer favores y toda la gente dice de él: «Tring llegará. Tiene madera de jefe.»

Es más joven y de categoría inferior que Rudbeck, el cual le traspasa el cargo con detenidas explicaciones. Pero, como de costumbre en todos los traspasos de funciones, salen a luz inesperadas deficiencias. Resulta que los guardias carecen de municiones, los botiquines casi han desaparecido, en dos bolsas de chelines selladas por un jefe del distrito seis años antes faltan tres libras, y el despacho de míster Benjamín se encuentra en una inexplicable confusión. Faltan sellos y las cuentas no se han llevado desde hace varias semanas. Es más, el grave y sensato Benjamín no da explicaciones de ninguna clase. Se limita a decir con su voz melancólica:

—Señor, creo que he gastado el dinero. Quizá usted me despedirá, señor.

—No, no. No hay que complicar las cosas. Pero no puedo entenderlo, eso es todo.

A Rudbeck, esto le sienta muy mal porque ha estado alabándole Benjamín a Tring.

—¿Es posible que no tenga usted hechas las cuentas? Nunca las ha tenido usted retrasadas.

Y lo curioso es que el propio Benjamín está un poco asombrado. Por fin, dice:

—Es un lapsus, por lo visto, señor. De modo que llamará usted a la policía.

—Por Dios, qué tonterías. Se trata sólo de unos chelines. Si usted no puede reponer ese dinero, lo haré yo.

Ningún superior le ha dicho nunca a Rudbeck que no conviene suplir los fallos en las cuentas de los sellos o de cosas semejantes y como nadie pronuncia la palabra anticipo, le entrega alegremente a Benjamín diecisiete chelines para que equilibre sus cuentas. Pero el incidente le deprime. Repite preocupado:

—Es curioso que Benjamín... Parecía muy de fiar.

—Hay que tener mucho cuidado con ellos —dice Tring con su voz suave — especialmente en la selva.

—Benjamín es como el Banco de Inglaterra. Es sorprendente que hable así de la cárcel, con toda naturalidad. Me pregunto qué estará pensando. — Rudbeck reflexiona sobre esto un rato y por fin reacciona con un carraspeo que sobresalta a Tring.

—Bah, será una de esas frases que se dicen sin pensar. Hombre, ¿no ha visto usted el almacén, verdad? —Rudbeck vuelve a animarse cuando abre la puerta del almacén y enseña un montón de palas y picos que acaban de llegar. Confía en que estas herramientas le dejarán bien ante el joven Tring.

—Las acabamos de recibir de Birmingham.

—¿Cuántas debe haber?

Rudbeck, un poco sorprendido, llama a un muchacho para que compruebe el número de herramientas. Johnson acude en seguida para tomar parte en la gloria que pueda irradiar de los brillantes picos y palas.

Rudbeck, inquieto de nuevo por temor de que falte alguna herramienta, exclama:

—Ah, aquí viene míster Johnson. Tring, éste es mi hombre de confianza.

Tring estrecha la mano de Johnson y dice:

—He oído hablar mucho de su labor en la carretera.

—Ah, señó, yo hago nada; es todo míster Rudbeck que hace carretera.

—Tiene usted que enseñarme esas famosas obras.

A Johnson le es simpático Tring desde el primer momento, como le ocurre con cualquier persona que le dé el más pequeño motivo. Cuando sale de allí, se tercia el sombrero, ahueca la espalda y pone en movimiento sus piernas en una especie de paso del ganso que hace sonreír a Tring, que lo está observando desde la ventana. Rudbeck, al verlo sonreír, le dice:

—Sí, resulta cómico, pero es un buen muchacho.

—¿Cómo lo llamó su esposa?

—Míster Wog.

—Pues fue un acierto.

Y Rudbeck, que respeta mucho la inteligencia de Tring, mira a Johnson con leve preocupación tratando de descubrir qué profunda verdad sobre Johnson ha descubierto su lista mujer para que el no menos listo Tring, la comprendiera con esa sencilla y absurda palabra «Wog».

Mientras tanto, Johnson, lleno de noble orgullo y de buena voluntad, sonríe a todos los transeúntes y les grita en *hausa* los más cordiales saludos: «Que Dios te acompañe... que tengas salud... que vivas muchos años.» Mientras más se bambolea más le encantan todas las personas tan simpáticas de este simpático mundo; y también los simpáticos árboles y el cielo y el sol, tan simpáticos. La misma posición de su sombrero, ladeado hasta tocar una oreja, es un gesto de apreciación universal. Está lleno de gratitud por el mundo entero. Se asoma a la oficina de Correos y dice:

—Usted viene esta noche, míster Benjamín, yo doy a ustedes una fiesta... Tengo una botella de verdadera ginebra inglesa directamente de la patria... dos botellas.

Saluda al cocinero de Rudbeck y a Jamesu, que vienen del pueblo. Grita:

—¡Cuku, Jamesu... doy gran fiesta... tres botellas ginebra... río de servesa... hay tambores... Ustedes vienen esta noche!

El cocinero y Jamesu lo miran estupefactos y disgustados. Johnson ni siquiera recuerda que Jamesu es su enemigo y no percibe la frialdad de sus miradas. Cuando llega ante la tienda entra en ella.

Ajali está sirviendo lánguida y despectivamente a un pagano que quiere sal. La carretera ha traído ya muchos clientes nuevos a la tienda, bárbaros que no saben qué comprar ni cuánto deben pagar por cada cosa. A Ajali le fastidia extraordinariamente tener que servirlos.

—Anda, date prisa. ¿Quieres la sal o no la quieres?

Y a Johnson le dice en un tono diferente y en inglés:

—Perdóneme, míster Johnson, pero estos monos de selva me dan mucho trabajo; no saben de nada.

El forastero examina ahora una tela blanca muy mala llena de manchas de barro y lanza ojeadas de soslayo a los dos hombres de la «ciudad».

Ajali, que no ha visto a Johnson desde el día anterior, le tiende la mano al cabo de un rato:

—¿Cómo está usted, míster Johnson?

—¿Cómo está usted, míster Ajali? ¿Ha recibido usted alguna tela nueva bonita para *missus* Johnson? Creo que compro la mejor tela de aquí.

—Pero, míster Johnson, usted compra este mes tres telas nuevas para *missus* Johnson. Creo cuenta de usted demasiado grande.

—No se preocupe por esa vieja cuenta, Ajali. Yo la pago. ¿Tiene usted tersiopelo... un buen tersiopelo rojo? Quiero ver *missus* Johnson con el mejor pareo nativo. Quiero tersiopelo rojo con rayas doradas.

—Tengo tersiopelo rojo con puntitos dorados, pero muy caro paño, míster Johnson. Dos libras.

—Lo tomo, Ajali. Quiero dar a *missus* Johnson el mejor paño de Fada porque ella la mejor esposa de Fada.

Ajali saca una pieza de *plush* escarlata y la tira sobre el mostrador. El cliente salvaje la mira con el rabillo del ojo, atónito. Johnson, sin darle importancia al género, dice:

—Me gustan más puntos dorados... ¿No tiene usted uno con diamantitos?

—Tengo sinta de diamantes; usted la cose.

—Quiero poner todo sobre el paño. Todo de diamantes. Muy bien, me llevo sinta.

Ajali desenrolla una tira bordada de diamantes y la extiende sobre la tela. El pagano vuelve la cabeza como un perro deslumbrado por un reflector. Luego, lentamente, mira otra vez. Estas maravillas le tienen trastornado. La nueva vida que les ha abierto la carretera a los hombres le resulta inconcebiblemente ampliada y no puede creer todavía lo que ve.

—Llevo dos metros para arriba y dos metros para abajo —dice Johnson—; y dos metros para hacer una banda por la mitad del cuerpo. ¿O cree usted mejor dos bandas en la cintura?

—Sí, sí, míster Johnson.

—Mejor tres... Y dies metros de tira de diamantes. Creo a *missus* Johnson le gusta eso.

Johnson, a pesar de su dignidad de funcionario del Gobierno y de amigo de Tring, no puede evitar una ancha sonrisa al pensar en la alegría que va a llevarse Bamu.

—Creo ella tiene los mejores vestidos de Fada.

—Es verdad... Son cuatro libras y sinco chelines, míster Johnson, ¿usted paga ahora?

—Ponga en mi cuenta, Ajali.

—Le digo su cuenta ya demasiado grande, míster Johnson... Ya, siete libras.

—¿Demasiado grande? Yo pago a usted onse libras la última vez.

—Pero quizá Waziri no conforme.

—Waziri... ¿Qué quiere usted desir, Ajali? Waziri, amigo mío.

—Waziri no gusta de carretera... Emir no gusta tampoco de carretera... Disen camino trae toda clase granujas a Fada y estropea gente selva.

—Tonterías, Ajali... Ese Emir, viejo salvaje.

—Yo creo tener él rasón... Estos salvajes vienen aquí todos los días... Me vuelven loco con sus estúpidas cabezas y después dos horas y nunca compran nada. Son monos selva como este hombre... Usté lo mira.

Ajali mira al pagano, que está observando con expresión de pánico y de fascinación el paño de terciopelo y la tira bordada tan reluciente. Su mirada tropieza con las de Johnson y Ajali fijas en él, la de Ajali despectiva y la de Johnson, divertida y condescendiente. Al instante, sus cejas se contraen, lanza un gruñido y retuerce su labio superior como un perro salvaje a punto de morder.

—Estos salvajes, inútiles y peligrosos —dice Ajali—. Mejor se queda en la selva como los monos. Creo Emir y Waziri tienen rasón.

—Creo usté es niño tonto, Ajali. El Rey dise él: «Yo quiero mucha carretera nueva en todas partes y así mi gente puede ir andando para ver el mundo». Todos funcionarios del Gobierno deben haser lo que el Rey quiera. Tienen que abrir carretera. El Rey quiere lo mejor para la gente. Para eso está nombrado. Mister Rudbeck y yo estamos de acuerdo con el Rey. Desimos «Dios salve al Rey». Y nosotros le abrimos esta carretera de Fada. Y así hasemos, míster Ajali. Míster Tring acaba de hablarme que oye nombrar mucho la carretera.

—¿Míster Tring? ¿Quién él?

—Míster Tring, el de ofisina del Residente. Él, el hombre más listo de Nigeria. ¿Es posible usté no oye hablar nunca de míster Tring, mi gran amigo?

—¿Él, amigo de usté?

—Él, mi amigo... muy viejo amigo... mi espesial amigo. Cuando me ve, me coge de la mano, me mira a los ojos y habla: «Míster Johnson, oigo todo lo de esta famosa obra que usté hase para míster Rudbeck... Admiro a usté. Creo usté el mejor empleado del Gobierno en toda la provinsia.» Y me estrecha la mano con fuerza y dise: «Dios le bendiga a usté, míster Johnson.»

—Pero, míster Johnson, ¿ha dicho «Dios le bendiga a usté»?

—¿Usté dise yo miento, míster Ajali?

Johnson está enfadado porque tiene la impresión de que su relato es aún más verídico que las palabras efectivamente pronunciadas por Tring. Que las frases de éste, repetidas en frío, no podrían comunicarle a una tercera persona, y mucho menos a un estúpido y suspicaz como Ajali, el verdadero efecto producido en el corazón de Johnson —lleno todavía de orgullo y gratitud— por esta notable experiencia.

—Lo que deseo meterle en cabeza, míster Ajali, es que sólo digo a usté una pequeña, pequeñita parte de la verdad porque sé que usté no puede resistir más que un poco sin sufrir. La gran verdad entera no está bien para susios lagartos de pequeñas chozas como usté. Si yo digo a usté toda cosa que míster Tring dise para mí, usté se hincha como un chivo muerto y estalla y se rompe en tres pedasos.

Johnson recoge la tela, pone encima la tira bordada, hace un paquete dejando por fuera el lado de algodón, y se lo mete debajo del brazo. Ajali contempla toda esta operación con expresión nerviosa y de despecho. Como de costumbre, se halla anonadado por la elocuencia de Johnson así como por lo inesperado de sus salidas, pero está furioso consigo mismo por sentirse débil ante él.

—Buenas tardes —dice Johnson con su tono más grandioso.

A pesar del paquete que lleva debajo del brazo, tiene un aire majestuoso. Todavía tiene que decirle algo a Ajali:

—Usté me llama embustero y yo digo a usté: Si, yo soy embustero, yo no le digo la verdad porque no le digo cuánto está de acuerdo míster Tring conmigo, porque usté es tan pequeña, pequeñita cosa como un asqueroso escarabajo. ¿Es que alguien le habla a un escarabajo de la gloria de Dios para que luego se ponga a apestarlo todo y se le estropee a uno el estómago?

La indignación de Johnson va creciendo a medida que entra más en situación. Pero ya se ha marchado de la tienda y, ahora murmura para sí mismo en su lengua nativa: «Le enseña uno un diamante y cree que es un pedazo de botella rota. Le enseña uno un hermoso caballo y dice que es un conejo. Se le da una bolsa de oro y cree es cabeza de serpiente llena de veneno amarillo... Se arrastra sobre su vientre por encima de todas las cosas como un lagarto de las casas y dice que todo está hecho de porquería.»

A la entrada de su recinto ve que Sozy sale de entre unos arbustos y se le acerca. Seguramente lo ha estado esperando. Johnson oye voces de mujeres en su patio y en seguida desaparecen de su mente los insultos de Ajali. Piensa en la sorpresa que va a darle a Bamú. En su anticipado entusiasmo, incluso se fija en Sozy y, con un gesto señorial, extiende ante ella el terciopelo.

—Mira esto, Sozy —le dice con el orgullo de un artista que enseña su obra maestra—; el mejor paño de Fada.

Sozy mira deslumbrada el paño y luego la cara de Johnson; por fin, logra ver concretamente el tejido, da palmadas, mueve la cabeza, dobla las rodillas y dice:

—*Da dadi.*

—Muy bueno; y tiene que serlo, porque la primera mujer del Emir no tiene una tela como ésta. Claro que Bamu es más importante que la mujer del Emir. Es una esposa del Gobierno.

Sozy, esforzándose por apreciar mejor el paño, se dobla casi por la mitad, bate palmas alocadamente, mueve la cabeza como un mandarín de juguete y cacarea:

—Oh, *da dadi, da dadi*.

Johnson se ríe y entra con la vieja siguiéndole los pasos. Ésta tiene ahora una expresión de susto y atontamiento. Parpadea continuamente y gime. Se da cuenta de que no ha empleado la palabra exacta para expresar su admiración por el paño, pero no sabe ninguna otra. Comprende que le ha fallado a Johnson y ha perdido una gran oportunidad. Pero no se da por vencida y espera que se le presentará otra ocasión de ganarse la estimación del muchacho.

Johnson entra en el recinto de las mujeres, donde encuentra a Bamu y a su media hermana Falla moliendo mijo en un gran mortero de madera.

Falla es mayor que Bamu y tiene tres niños, incluyendo a un bebé de tres meses que lleva a la espalda. Ha estado viviendo en casa de Bamu un mes porque mientras da el pecho a su niño tiene que aislarse. Falla y Bamu charlan todo el día y, siempre que Johnson se acerca a ellas, lo miran ambas con la misma expresión, como si fuera un perro desconocido o una fiera nunca vista y seguramente peligrosa. Ahora también lo miran con esa expresión y con ojos brillantes y duros como ágatas. Johnson esconde el paquete a su espalda y le dice a Bamu:

—Tengo buenas noticias para ti, mi querida esposa. He visto al nuevo juez y me ha dicho las palabras más honorables. Me estrechó las manos varias veces y me aseguró que yo soy el hombre mejor de Fada. Me dijo: «Míster Johnson, espero que me ayudará usted en este Gobierno, porque sé cuánta sabiduría hay en usted y conozco su gran amor por nuestro noble Rey, que es el rey más grande del mundo.»

Bamu se aprieta la nariz y le pregunta a Falla con voz nerviosa:

—¿Qué está diciendo?

Falla levanta el almirez, dispuesta a empezar de nuevo su trabajo, y dice:

—No lo he oído.

—Sí me has oído —grita Johnson. Falla le es muy antipática—. Le he dicho a Bamu que el juez me habló del modo más honorable y que ella es la esposa de un hombre distinguidísimo.

Bamu tuerce la cabeza como si acabara de sentarse sobre una espina y dice con disgusto:

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé.

—Mira, Bamu —dice Johnson riéndose, y descubriendo de pronto el paño que ocultaba, lo extiende ante las dos mujeres—: ¿Qué os parece?

Falla y Bamu dejan caer a la vez sus almireces para coger la tela. Bamu dice indignada:

—Lo estás arrastrando por el polvo.

—Ponlo en el *bokkis* —le recomienda Falla—. Ten mucho cuidado.

—Tendré cuidado.

Bamu se lleva la tela doblándola cuidadosamente. Falla, después de pensarlo un poco, la sigue, le coge la tela y la vuelve a doblar por los mismos pliegues. Mientras maneja el terciopelo de imitación, se le anima la cara y Bamu lo mira como una madre inquieta mientras alguien admira a un recién nacido. Desaparecen ambas murmurando advertencias y consejos. Después de cinco minutos, vuelven con rostros virtuosos, como si acabaran de realizar una buena acción, y emprenden de nuevo su tarea.

Johnson, contento por la reaparición, sonríe y les dice con tono afectuoso:

—Bueno, ¿qué os ha parecido?

—Estabas estropeándolo.

—Pero, Bamu, ¿no te alegras de que te haya regalado un paño tan bueno?

—Es demasiado caro —dice Falla.

—Es demasiado bueno —añade Bamu—. Sólo podría llevarlo la mujer de un jefe.

—Pero si tú eres la mujer de un jefe... mucho más que la mujer de ningún jefe, porque eres la esposa de un hombre del Gobierno. Ya no eres una de esas muchachas salvajes de la selva. Puedes ponerte al lado de cualquier mujer blanca. Por esto te regalo una tela propia de una esposa del Gobierno.

—¿Qué está diciendo? —pregunta Bamu, aunque su marido, siempre que habla con ella lo hace, por supuesto, en *hausa*.

Falla sigue majando en el mortero.

—No sé; algo sobre el jefe.

Bamu la acompaña inmediatamente con rítmicos golpes en su mortero. Continúan su tarea sin prisa y sin pausa. Johnson levanta los brazos en un gesto de desesperación, se echa el sombrero hacia atrás de un manotazo y entra en su choza dando traspiés. Su manera de andar es por sí sola una dramática expresión de su desesperado estado de ánimo. Se sienta en el cajón

que le sirve de silla y estira las piernas para que Sozy le quite los zapatos. Mientras, oye el canturreo de la charla de las mujeres en rítmicas frases que acompañan al majado: «Pues Niji... tuvo gemelos... desde luego... algún demonio... se ha metido... en su vientre... mientras dormía... en el campo... pero ella sabía... la gente la maltrataría... por eso escondió... a un niño en su casa... detrás del montón de batatas... y le decía a la gente... me voy a coger batatas... y lo que iba a hacer... era darle el pecho al crío.»

Johnson lanza un gruñido cuando Sozy empieza a frotarle los pies:

—Malditas mujeres, siempre estáis contando chismes. No tenéis en la cabeza más que esas estupideces sobre las brujas y los diablos y los hechizos y los gemelos.

De fuera le siguen llegando las espasmódicas frases: «Y luego el esposo... que estaba enfermo... empezó a morirse... y fue al *juju*... y el *juju* le dijo... en tu casa hay demonios... y volvió para descubrirlos... y encontró al crío escondido... y todo ha sido obra... de un demonio muy malo... y todos salieron corriendo... después de quemar la casa... pero Niji regresó... y dio un gran grito... y entró en la casa... pero ella también se quemó del todo...»

Johnson sale furioso y grita:

—¿Qué tonterías estáis diciendo, par de salvajes? No hay bebés que sean demonios. Y los gemelos no son obra del diablo. ¿Cómo te atreves, siendo mi esposa, a decir tantas mentiras?

Las dos mujeres cortan en seco la conversación y miran a Johnson con expresión de sonámbulas a las que un ruido accidental acaba de despertar.

—¿Cómo te atreves, Falla, mujer idiota, a asustar a mi esposa para que se le estropee el niño que lleva dentro?

Bamu tuerce el gesto y dice resentida:

—¿De qué está hablando ahora?

—Pues no sé —dice Falla con un gesto idiotizado.

—Siempre está diciendo cosas raras —dice Bamu—. ¿Qué quiere decir con todo eso?

—Es forastero —explica Falla— y por eso no entiende las cosas de nuestro país.

—Entonces, ¿por qué habla así?

—No puede remediarlo.

—Oh, Dios, ¿qué hase uno con mujeres salvajes como éstas? —dice Johnson en inglés. Vuelve a entrar en su cabaña y se arroja en la cama donde, con gran terror de Sozy, permanece gimiendo durante media hora como si se estuviera muriendo.

Sin embargo, a la hora siguiente está de nuevo en el paraíso, es decir, recibiendo y entreteniendo a sus invitados. Y contribuye grandemente a su alegría ver a Bamú, que va de un lado a otro con su aire desdeñoso y envuelta en su nuevo pareo, sacando mucho su redondeado vientre y contestando a los saludos y cumplidos de los chicos del puesto oficial. A todos los mira con mirada inexpresiva y superior. Por supuesto, no lleva su nuevo atavío ni adopta tan imponente actitud para que la admiren estos animales extraños sino por el placer que le producen las nuevas sensaciones. Johnson también contribuye a ello. En cambio, para éste, el placer consiste en admirar y crear felicidad.

Al día siguiente, se levanta, como les ocurre a todos los indígenas tras un baile celebrado después de la cacería, con un terrible dolor de cabeza. Pero sigue siendo feliz. Sus lamentos (mientras Sozy le vierte agua fría sobre el cráneo y le frota suavemente las sienes y el cuello), más parecen expresiones de placer que de dolor. En el fondo, cree que sólo con un gran dolor de cabeza se puede rematar una fiesta que ha obtenido tan buen éxito.

—Que Alá te condene, viejo pellejo; me estás matando.

—*Ojey... Ojey...*

—Véte, véte de aquí. Ya está bien.

Se levanta de un salto y escapa de ella andando bajo el sol, vacilante, mientras se sujeta la cabeza con las manos.

—*Ojey, ojey.*

La vieja, que corre detrás de él, da manotazos al aire en señal de compasión.

—Te digo que basta, vieja con dedos de madera; no puedo soportarlos más.

Se pone el sombrero y se dirige hacia la oficina con paso de buey cansado. Pero, en cuanto ve a Tring, que cruza el claro, cambia de actitud, anda con rapidez y viveza, se olvida de su dolor de cabeza, se estira la chaqueta y llega a la terraza de entrada con el digno paso de un sargento mayor.

—Buenos días, míster Tring. Reso a Dios para que usted duerme como niño de pecho.

—Buenos días, míster Johnson, creo que llega usted con un poco de retraso.

—Oh, señó, creo reloj de la oficina demasiado adelante.

—Resulta que el reloj de la oficina se ha parado hace varias semanas. Hay un nido de hormigas entre las ruedas.

—Ah, sí, señó. Pero cuando se paró estaba muy adelantado. Lo dise míster Rudbeck.

—Ahora nos regiremos por mi reloj y por la trompeta del fuerte. Espero que llegue usted a la oficina todos los días al toque de diana.

—Sí, señó. Quiero estar aquí antes del primer toque para no desperdiciar el tiempo del Rey después del último toque.

—Muy bien, míster Johnson. Ahora tiene usted que sacar las copias de las cuentas. Hoy mismo tienen que salir las cuentas mensuales.

—Yo lo hago, señó.

Johnson trae la copia escrita con hermosa letra, sobre todo la certificación de la cabecera: «Certifico que esto es copia auténtica del libro de Caja, etc., etc.» Sólo falta una línea de números, cosa que Tring descubre al instante. El nuevo juez hace la suma y la encuentra totalmente equivocada. Se limita a decir:

—¿Un pequeño deslíz, míster Johnson?

—Sí, señó, ya saber yo que hay un pequeño error.

—Entonces, ¿por qué no lo corrigió usted?

Johnson sonríe afectuosamente al amigo que él ha adoptado y dice:

—Yo sé todo el tiempo que está ahí, señó, pero nunca sé dónde está exactamente.

—¿Dónde está el libro? ¿Y los comprobantes?

Tring comprueba todos los recibos y facturas y observa que míster Suli ha recibido una gran cantidad de pagos en muy pocos días. Johnson ríe alegremente del viejo chiste, y dice:

—Ah, ese míster Suli tiene mano muy cansada de tanto haser garabatos para firmar.

—Supongo que esta persona existe efectivamente, ¿no?

—Oh, sí, señó —dice Johnson riéndose—. Hombre muy rico.

—¿Dónde está Ma-aji, el tesorero indígena?

En ese preciso instante aparece el tesorero, jadeante, en la oficina. Le acompaña su ayudante. Es un viejo con una fina barba blanca; se dice que no sabe leer ni escribir. Mientras saluda al nuevo juez con reverencias reumáticas, su ayudante entrega el libro de Caja. Tring lo comprueba y se queja de que los números resultan ilegibles y que algunas partidas han sido borradas. El anciano, consternado, empieza a decir a gritos que él ha servido al Estado durante cuarenta años. Tring lo tranquiliza:

—No se preocupe, viejo, no le censuro por esto, pero me parece que debía usted aprender mejor su oficio. Venga usted mañana y le enseñaré a su

empleado cómo tiene que hacer las cuentas. ¿Quién es éste?

Audu, el cajero de la carretera, ha entrado en la oficina seguido por Johnson, que no puede perder esta oportunidad de lucir sus grandes conocimientos. Audu, vestido con una bata blanca limpia y un turbante comprado especialmente para esta ocasión, no deja de sonreír y de hacer muecas para manifestar su buena voluntad. Trae su cuaderno de cuentas enrollado y envuelto en una piel de macho cabrío, bajo el brazo, y su tintero con la pluma en la mano derecha. No deja de hacer reverencias ante Tring y de sonreír confiado. La verdad es que se halla turbadísimo.

—¿Quién es usted? —le pregunta Tring.

—Cajero de la carretera, *Zaki*.

—Señó, es el cajero de la carretera —explica Johnson.

—¿Qué quiere decir «cajero de la carretera»? En mi vida he oído hablar de semejante cargo.

Audu sonríe aún más y sus reverencias se acentúan.

Johnson explica que «el cajero de la carretera» es el encargado de guardar el dinero destinado a la construcción de la carretera.

—¿Y qué dinero es ése?

—Pues, señó, el dinero para hacer camino.

Tring coge el libro de Audu, lo abre y ve filas de bien ordenadas partidas, pagos de hachas y otros utensilios, de innumerables cuadrillas pequeñas y grandes, de cuerdas y madera, regalos a los jefes de la tribu, etc. El nombre de Suli no aparece por ninguna parte.

Tring está asombrado. Su mirada va del libro a Audu y de Audu a Johnson. Por fin, se echa atrás en la silla y dice con voz afectada:

—Sigo sin entender, míster Johnson, qué dinero es éste. ¿De dónde ha salido? ¿Quién ha autorizado estos pagos? ¿Son del Tesoro oficial o del indígena?

—Oh, señó, de los dos tesoros... es el dinero de carretera.

—La consignación para caminos correspondiente al año pasado terminó automáticamente el mes pasado y la nueva consignación la hemos recibido hace una semana. ¿Debo entender acaso que esta enorme masa de transacciones ha ocurrido en una sola semana? Pero, no, no; ya veo que las partidas empezaron en octubre pasado.

—Está en el libro.

—¿Pero esos pagos, se han hecho de verdad?

—Sí, señó. Audu aquí muy buen hombre y honrado.

Audu empieza de nuevo las reverencias y las sonrisas. Pero su frente se cubre de sudor. No tiene idea de que nada pueda estar mal, pero esta importante entrevista, de la que depende su carrera y el sustento de su mujer y toda su familia, le resulta una terrible experiencia.

—Por favor, míster Johnson, déjeme ver otra vez su libro de Caja.

Johnson trae el libro alargado y Tring lo examina. Después dice:

—Veo que la consignación del año pasado estaba agotada en septiembre. ¿O es que este libro también es un fraude?

—No, señó, todos los pagos se han hecho. Llevo el libro yo mismo.

—Pero, ¿de dónde ha salido el dinero de esta Caja de la carretera o como le llamen ustedes?

—Del dinero recaudado, señó.

Tring se pone colorado de indignación. Le cuesta trabajo creer lo que oye.

—¿Quiere usted decir que ha sido utilizado, así por las buenas, el dinero destinado al Estado, míster Johnson?

—Sí, señó, lo usamos para carretera... Todo honrado. Todos los peniques sin faltar uno van a la carretera. Míster Rudbeck es muy espesial para sus cosas y no quiere líos. Él escoger a Audu, porque es el hombre más honrado que encuentra en ninguna parte.

—¿Y entonces falsificaron ustedes el libro de Caja, el libro de Caja del Real Tesoro, entre ustedes dos?

—No, señó, no, no. —Johnson ríe a carcajadas con aire triunfal—. Todo está bien, señó, la consignación llegó la semana pasada. Míster Rudbeck y yo escribimos todos los gastos para ponerlos bien con el nuevo presupuesto. No hay nada falso, todos los gastos con dinero que existe de verdad, cobrado de los impuestos y Audu tiene todavía en la Caja de la carretera cuarenta y siete libras, sinco chelines, seis peniques y cuatro aninís.

Tring ha recobrado la calma —quemada ya toda su indignación— como una persona que, después de oír las más espantosas revelaciones sobre los vicios, no puede ya sorprenderse de nada.

—¿De modo que también tienen ustedes una Caja para la carretera...?

—Sí, señó, es para el dinero que se recoge y guardar lo que sobra.

—¿De manera que les ha sobrado dinero?

—Ya le digo: cuarenta y siete libras, sinco...

—¿Se da usted cuenta, míster Johnson, que ha cometido usted malversación de fondos y falsificación?

Johnson dice tranquilo y sonriente:

—No, señó, porque hemos escrito todos los comprobantes para el Tesoro (como si quisiera decir que no puede ser falsificación ni malversación estafar a un tesorero).

—Muy bien, míster Johnson. Creo que empiezo a entender la situación. Dígale a este hombre que traiga su libro de Caja ilegal para que pueda ser devuelto el dinero robado. Mientras tanto, pensaré si debo detenerlos. En cuanto a usted, míster Johnson, queda usted suspendido en su empleo. No puedo decir ahora mismo cuánta responsabilidad le corresponde en este extraordinario fraude cometido contra el Estado, pero temo que no lo pase muy bien, porque las altas esferas no son muy compasivas en estos casos. Puede usted volver a su casa y estarse allí hasta que le avisen. Prefiero que no aparezca usted por aquí mientras examino sus papeles.

—Pero, señó, si todo es por la carretera... la carretera de míster Rudbeck, la mejor del mundo. Yo le enseño a usted. Míster Rudbeck nos dice a Audu y a mí pagar hasta el último penique a los hombres y todo lo ponemos en libro.

—Un libro ilegal es un libro ilegal y no hay que darle vueltas, míster Johnson, se use para lo que se use, ¿está claro? Por favor, salga de la oficina.

Audu, sin entender nada de lo que ocurre, multiplica sus reverencias y sonrisas. Un guardia lo coge del brazo y le explica que está detenido. Johnson, horrorizado, corre hacia su casa, repitiendo con espanto: «Es que no entiende... Míster Tring, se lo estoy diciendo, todo el dinero gastado en carretera. Audu y yo, no ladrones ni de un penique pequeñito.»

Tring reintegra el dinero sobrante en la caja como «sobrante de dinero malversado, descrito como *dinero de carretera*». Entonces envía un informe oficial sobre los dos libros de Caja al Residente, el viejo Bulteel.

Bulteel está asombrado y alarmado. Como todos los funcionarios veteranos de todas las partes del mundo, le teme a un lío y a un escándalo más que a un incendio. Se dice a sí mismo, estupefacto: «Es curioso que un hombre tan sensato como Tring haga esto. ¿Por qué no me habrá enviado una nota privada para ponerme al corriente de la situación? Claro que no tiene mucha experiencia.»

Marcha en auto a Fada lo más rápidamente que puede, le agradece a Tring su informe, mira las cuentas de Audu, las comprueba y dice con alivio:

—Bien, bien, bien; de modo que usted dice que el balance estaba en regla. Así que todo está bien y no se ha causado daño ninguno. Desde luego, tenía la seguridad de que el pobre Ruddy no había cogido nada —esto desde luego—, pero me preocupaba que las cuentas no estuvieran bien, porque no es un gran

matemático que digamos. Hemos tenido muchas reclamaciones sobre los comprobantes de Fada, eso es verdad.

—Desde luego, señor, no he tenido ningún deseo de fastidiar a Rudbeck.

—Por Dios, claro que no. Ya lo sé.

Bulteel, un hombrecillo gordo y calvo con una cabeza muy colorada y un bigotito blanco, la propia imagen de un hombre bueno y astuto a la vez, extiende una de sus gordezuelas manos y mueve enérgicamente la cabeza:

—Claro que no, eso lo entiendo perfectamente. Hizo usted muy bien en ponerme al tanto... por el propio bien de Ruddy. Le contaré todo esto para que esté prevenido, pero no tiene usted por qué preocuparse; esto no pasará a mayores. Confíe en mí. —Y, echándose atrás en la silla, sonríe como un buen papá. Cuando sonríe, se le cierran casi por completo sus ojillos.

—Pero las normas se habían vulnerado de un modo tan evidente...

—Claro, claro... aunque, desde luego, se podría decir que las normas se han hecho para ser vulneradas. Por supuesto —añade al sorprender la mirada inquisitiva de Tring— todos hemos de tener mucho cuidado. Lo que he intentado decir es que todas estas ordenanzas que exigen llevar cuentas hasta del último penique gastado, resultan un poco anómalas. Si uno quiere estafar al Estado en grande, le resulta bastante fácil. En cambio, los hombres honrados se encuentran a las famosas normas como un obstáculo ante ellos cada vez que intentan realizar una labor útil y honrada, como le ha pasado al pobre Ruddy con su carretera.

Tring mira impasible a su jefe como un alumno desde su pupitre, y Bulteel, muy animado, se mete los dedos pulgares en la tirilla de sus pantalones y cierra los ojos pensativo.

—Después de todo, creo que se debía tener confianza en nosotros. Para eso nos conceden condiciones especiales a los funcionarios coloniales; y, verdaderamente, Tring, si no confían en nosotros, todo se vendrá abajo. Si nos hubiésemos atendido estrictamente a lo ordenado ni siquiera tendríamos la carretera de Dorua.

—Sentiría haber obrado precipitadamente.

—No, no, en absoluto. Usted ha cumplido con su deber. Y puede usted tener la seguridad de que la cosa no se complicará más. Gracias a Dios, no hay nada más que pueda alarmar al Tesoro.

—Excepto el sobrante. Me he apresurado a ponerlo en la cuenta.

Bulteel enrojece y exclama asombrado:

—¡Lo ha puesto en la cuenta! —Va a explotar de indignación cuando sorprende de nuevo la mirada suave de los ojos azules de Tring y empieza a

dudar de haber juzgado acertadamente a este muchacho. «¿Es tan simple como parece?», se pregunta Bulteel; «siempre he dicho que llegaría lejos en su carrera y quizá sea éste el camino que va a emplear. No puedo juzgarlo. Veo que nunca llegaré a gobernador.»

Por eso, reflexiona unos momentos antes de decir tranquilamente:

—Naturalmente, eso ya es distinto. La cosa se complica.

—No había ninguna otra solución.

—Yo creí que usted iba a encontrar un arreglo.

—No puedo hacerme cargo de un puesto y hacer la vista gorda ante las cuentas falsas.

—No, no, no; aunque ya sabemos que con los comprobantes ocurren muchas cosas raras. Una vez fueron a parar todos los míos al río Níger arrastrados por un vendaval, pero la Hacienda no quiso aceptar la explicación. Pidieron todos los recibos y, por supuesto, tuve que enviarlos.

Tring lo escucha con su expresión cortés y seria. Luego le dice:

—¿Quiere usted decir que las normas de la Hacienda no deben ser tomadas en serio?

—Hombre, después de todo... —Pero notando otra vez la fija mirada del muchacho, tiene Bulteel otro momento de duda sobre él y esta vez es una duda más profunda. Piensa: «Maldita sea, debo tener cuidado. Quizá sea uno de esos arrivistas. Bien pudiera ser yo el siguiente que denunciara.» Por eso, dice gravemente al cabo de unos momentos—: Por supuesto, no deben ser nunca tomadas a la ligera. Sin embargo, a veces son demasiado rígidas y creo que el verdadero propósito de Rudbeck era construir la carretera para el tráfico motorizado; y debemos reconocer que hasta ahora nadie había conseguido adelantar...

—Rudbeck ha tenido buena intención, pero no me gustaría hacer las cosas a su estilo. Además, lo primero es el deber —añade mirando al Residente con intención.

—Desde luego, desde luego. Usted ha hecho lo que debía. En fin, pobre Rudbeck. Esto va a levantar una polvareda.

Pero gracias a una nota particular enviada al Comisario y a que la esposa de Bulteel tiene un primo hermano en las altas esferas, el informe de Tring, después de haber dormido y cambiado durante dos meses en las oficinas de la capital de la provincia y otro en el Ministerio, queda finalmente reducido a un insignificante informe en el que las palabras «malversación» y «falsificación» han sido traducidas por: «sobrepasar la consignación» y «relación no reglamentaria de los gastos». Rudbeck, que pasa su nueva luna de miel en

Devonshire, hallándose en una crisis durante la cual no ha hablado a Celia en tres días y estando dispuesto a asesinar y suicidarse, recibe una fuerte reprimenda y una advertencia mientras que a Tring le agradecen oficialmente su celoso cumplimiento del deber. Johnson y Audu son despedidos. Pero hay que decir —como le advierte Tring a Johnson—, que a éste no lo habrían despedido de no haber sido por los malísimos informes que habían dado de él sus jefes.

—Tanto míster Blore como míster Rudbeck dieron informes muy desfavorables sobre usted y por eso no me extraña, míster Johnson, que el Departamento no quiera utilizar más sus servicios.

Y las obras de la carretera, una vez que el dinero dedicado a ella ha vuelto al Tesoro como un sobrante injustificado, se han detenido en seco. Las cuadrillas de obreros son dispersadas; el capataz, Tasuki, es detenido por el Emir, castigado a latigazos y encarcelado y el Waziri recibe la advertencia de su señor de que si se oye hablar algo más sobre carreteras, también será apaleado.

El Waziri no protesta. Odia las carreteras tanto como su amo, pero sabe que su deber como Waziri es sufrir las consecuencias del mal humor que otras personas le causan al Emir.

Johnson no lleva en secreto su desgracia. Les cuenta a todos, incluso a las mujeres del mercado, a los mercaderes de paso y a los obreros sin trabajo, que lo han despedido.

Se detiene frente a cada persona y grita:

—¿Has oído, amigo? «Me han despedido... a mí, el principal empleado de Fada y amigo de míster Rudbeck. ¿Oyeron ustedes alguna vez algo semejante? Y todo ha sido una gran equivocación. Y no ha sido culpa de míster Tring. Es necesario que no lo olviden ustedes. Él ha estado muy amable conmigo. Todo es obra del tesorero. Ma-aji Gumna. Os digo que ese hombre está vendido al diablo. Es el enemigo mortal de míster Rudbeck. Desde luego, míster Rudbeck conoce los trucos de ese hombre... Rudbeck y yo somos enemigos peligrosos para el tesorero. Pero míster Tring es demasiado blando... demasiado confiado... y lo ha engañado ese astuto granuja de Lagos. Se cree todas las mentiras de Gumna y por eso me ha echado... a mí, Johnson, el empleado principal...», y así sucesivamente; hasta que, cuando llega por fin a su casa, la historia se ha convertido en una leyenda y las mujeres que acompañan a Bamú en su recinto oyen la voz de Johnson al otro lado de la cerca explicándole a la vieja Sozy que él, el gran Johnson, principal empleado de la provincia y de la carretera norte, amigo de Rudbeck,

de Tring, del Waziri y del Rey de Inglaterra, ha sido vilmente desprestigiado por los líos de un malvado demonio de Lagos que ha logrado expulsar a Rudbeck del país robándole cuarenta y siete libras, cinco chelines y seis peniques, y lanzar un hechizo contra Tring para que sus oídos sean sordos a la verdad y sus ojos ciegos para la justicia.

—*Ojey, ojey* —repite Sozy.

—¿Qué opinas de esto, Sozy?

—*Ojey*, tus pobres pies.

—Oh, Dios te bendiga, Sozy, maldita idiota que nunca entiendes nada. Bamu, Bamu.

Johnson entra gritando en el patio de las mujeres. Bamu al oírlo se ciñe más su «pareo» en torno a las caderas y sigue pelando patatas. Está ya casi fuera de cuenta.

—¿Has oído, Bamu? —dice Falla en el tono típico de una esposa que le habla a otra sobre su marido—. Ya no tiene nada que hacer. Está acabado.

—Sí, eso parece —asiente Bamu secando el cuchillo con el dedo pulgar.

—Ahora lo meterán en la cárcel.

—Me lo figuro.

—Siempre lo he esperado.

—Y yo también.

—Es mejor que te vayas en seguida.

—Lo estaba pensando.

—Sí; antes de que intente vender todas tus cosas.

—No me extrañaría que quisiera hacerlo.

—Entonces, vete ahora mismo. Prepara tu cajón ahí detrás y yo le diré que estás mala.

Bamu mueve la cabeza.

—¿Por qué no quieres, tonta?

—Tengo que preguntárselo a mi hermano.

—Él dirá que te vayas.

Bamu está tranquila e indiferente. Repite:

—Tengo que preguntárselo a él primero.

—Iré yo misma a decirle que venga.

—Sí, pero él vendrá de todos modos.

Falla sale corriendo. Cuando, una hora después, está Johnson contándole todavía a su mujer la historia de sus desventuras, las maquinaciones del perverso tesorero indígena y la inocencia de Tring, se presenta el viejo Brimah con Falla y, sin el menor comentario, empieza a meter las cosas de

Bamu en el cajón que le sirve de baúl. Bamu le ayuda. Johnson protesta, chilla, amenaza; nadie le presta la menor atención. Le asegura a Bamu que pronto será más rico que nunca; será un gran mercader y la hará la mujer más rica de Fada. A la mitad de este discurso, Bamu se vuelve hacia Falla y le dice:

—La jarra grande es también mía.

—Yo te quiero, Bamu, y tú también me quieres. Hemos sido felises... piensa en lo felises que hemos sido... cantábamos todos los días, jugábamos juntos. Luego te ponías tus hermosas vestiduras y andabas por el mercado y todos decían: «Ahí va Bamu, la esposa de Johnson. Es una mujer feliz porque su marido sería capaz de morir por ella.» —Y, rompiendo a reír de pronto, exclama—: Pero, Bamu, ¿es posible que hayas creído que estoy arruinado? ¿Crees que por no ser ya un empleado del Gobierno no puedo regalarte buenas cosas? Pues bien, ahora voy a ser el mercader más importante de Fada. Tendrás vestidos tan buenos como los de la Reina de Inglaterra. Tendrás pulseras de plata, todas las que quieras. Tendrás *kohl* para tus ojos, tan negro y brillante como el ébano. Tendrás un millar de cigarrillos cada día... cigarrillos de la patria, con boquilla de oro. Tendrás pintura roja para tus uñas y un barril de perfume.

Bamu, que sigue doblando tranquilamente sus prendas, le dice a Falla:

—Me debe seis peniques de batatas. ¿Qué debo hacer?

—Debe pagarte.

—Sí, que pague —dice el viejo Brimah— y además nos debe dos libras como indemnización.

Johnson grita que ya ha pagado catorce libras. Discuten sobre esto y el suegro dice que el precio fijado era diecisiete libras y que al perder una muchacha tan buena como Bamu, tan fuerte, sensata, virtuosa y cariñosa, hija y hermana perfecta, han perdido el equivalente de veinte libras.

En este momento llega el hermano Aliu con Waziri y el joven Saleh. Waziri ha venido a toda prisa y llega jadeante. Pero saluda a Johnson con una reverencia y le estrecha la mano.

Esta cortesía los deja a todos petrificados.

—¿Cómo va tu salud, míster Johnson?

—Mi salud es buena, Waziri.

—Esto me llena de alegría, ¿qué ocurre aquí? Espero que no te dejarás intimidar por estas tonterías.

—Quieren quitarme a Bamu.

Waziri levanta los brazos y ríe:

—Ah, estos salvajes, ¡qué hatajo de pillos! Debes tener cuidado con ellos.
—Y, moviendo una mano hacia Brimah le dice sin mirarle—: Tú, fuera de aquí.

El viejo recoge su bastón y su cantimplora y se marcha con toda calma.

Falla protesta a gritos, pero nadie le hace caso. Waziri habla en voz baja con Aliu y luego le dice a Bamu:

—Tienes que quedarte con tu marido, Bamu. Es un buen hombre y tu deber es cuidarlo.

Bamu empieza a desempaquetar. Falla gruñe por toda la casa.

Johnson le agradece a Waziri su ayuda con profundas reverencias y muchos apretones de mano. Saleh se rasca la cara pensativo y mira suspicaz los fragmentos de pintura seca que saca de ella, como si fuera una traición de la naturaleza.

Waziri y Saleh se marchan. Falla se presenta entonces y le grita al hermano:

—Pero, ¿por qué ha cambiado todo? No comprendo.

Aliu, cogiendo su bastón y su cantimplora, contesta con el gesto abatido de un particular que ha entrado en conflicto con la sutileza oficial:

—Esto es asunto de Waziri.

—¿Por qué le haces caso?

—Dice que el hombre blanco, míster Rudbeck, quizá vuelva.

—¿Cómo va a volver? Lo han aplastado.

—Nunca se sabe. —Y con otro encogimiento de hombros, añade—: En fin, eso es lo que dice Waziri. Y cuando él lo dice, por algo será. Es el oficio de esa gente.

Y se marcha muy mohíno.

Johnson queda contentísimo, le agradece a Bamu mil veces su amor y su bondad por él y le dice una vez más que es la mujer más hermosa, inteligente, leal y cariñosa de Fada.

Bamu y Falla lo escuchan con el gesto aburrido de los enfermeros del manicomio. Saben perfectamente lo que valen y su posición en el mundo. Pero Johnson, como se cree sus propias palabras en cuanto las inventa, se pone más cariñoso y feliz a cada momento que pasa.

Manda a buscar una botella de ginebra en el almacén e invita a Ajali para que venga a celebrar con él su feliz matrimonio. Ajali se niega a entregar la botella de ginebra, pero lleno de curiosidad, va con Benjamín a la casa. Benjamín se siente atraído por la fascinación que Johnson ha ejercido siempre sobre él y, desde su tropiezo en la oficina de Correos, se esfuerza aún más en

ser correcto y en vestir con toda pulcritud. Pero cada vez se asombra más de todo lo que ve. Le dice a Johnson:

—Es muy injusto que ha perdido usted su empleo, pero quizá es buena suerte. Si mira usted a un campesino, verá que disfruta de la vida. No se preocupa de la mala situación de este mundo. El secreto de la felicidad es no tener que preocuparse de nada. Quizá crea usted que perdería el tiempo si se dedicara a campesino. A mí me ocurre igual. Nosotros no disfrutamos sin esta vida.

—Sí, yo perder el tiempo en ofisina. Es gran lástima. Ahora yo haser mucho dinero.

—¿Cómo es posible, Johnson? —le pregunta Ajali condescendiente. Suprime el *míster* y su rostro amarillento refleja esa inconfundible alegría de la gente resentida ante la desgracia ajena; una mezcla de satisfacción y de crueldad instintiva.

—Me dedico al negosio de las nuses de cola.

Ajali se ríe:

—¡Cómo! ¿Usté mercader? Usté no tiene dinero. ¿Cuánto dinero tiene para comprar nuses, Johnson?

—Yo pido a usté, míster Ajali. Quizá usté se une a mí para comersiar juntos. Yo voy al Sur y compro nuses.

A Ajali le produce esto una gran hilaridad:

—¡De modo que yo doy todo el dinero y usté haser todo el negosio!

—Creo que es buena idea —dice Benjamín—. Así puede ver el país y conocer mucha gente. Sí, eso mismo haría yo si perdiera mi empleo. Sí, desde luego.

Benjamín se siente muy animado. Sabe Dios qué sentimientos aventureros se agitan en él.

—Yo digo a usté, Johnson, lo que hase: usté trabaja como segundo dependiente en el almacén del sargento Gollup.

—Pero, míster Ajali, ¿cómo voy a ser un insignificante dependiente? ¿Cómo vivir con cuatro chelines por semana? Tengo que ganar dinero.

Ajali se ríe. Le encanta la idea:

—Sí, usté viene a la tienda y yo lo pido al sargento Gollup. Quizá le manda barrer el suelo o lavar la ropa de su mujé y él paga seis chelines por semana.

Johnson tiene de pronto un alud de nuevas ideas. Se ve a sí mismo de dependiente, de principal dependiente y socio de la tienda de Fada. Dice:

—Gracias, míster Ajali, es una buena idea. Si sargento Gollup me paga sinco libras al mes yo puedo ser su dependiente.

—¿Dependiente? —exclama Ajali—. No quiere otro dependiente. Quiere un chico para limpieza y recados.

Pero cuando Johnson se ofrece al día siguiente como dependiente, Gollup acepta en seguida sus servicios a dos libras por mes. El negocio del almacén ha aumentado mucho en los últimos tiempos gracias a la nueva carretera y Gollup tiene muchas veces que servir en el mostrador, tarea que considera indigna de un blanco y se alegra de poder emplear a Johnson con el sueldo de un cocinero y deduciéndole una cantidad cada semana hasta que su deuda esté saldada.

De modo que Johnson vende todos los días paño, cuchillos, sal, cigarrillos, té, nafta, azúcar, relojes y cascabeles a los paganos de Fada o compra al peso los cueros que le traen. Su obligación incluye además barrer la tienda, halagar a Ajali y escuchar las historias de Gollup. También ha de sobornar a la mujer de Gollup, Matumbi, pues si no —como le tiene advertido Ajali—, lo acusará a Gollup de querer seducirla.

—El último dependiente, dice ella: «¡Ay, me pellisca!» y el sargento sale con un martillo de madera y le rompe la cabeza; luego le da patadas en las costillas, le rompe cuatro dientes y lo tira al río y cada vez que sale flotando, le dispara con un fusil para que se hunda otra vez.

Johnson abre mucho los ojos:

—¿Cuánto le da usted a Matumbi?

—Si pide un chelín, le doy seis peniques. Si pide lata grande mermelada, le doy lata pequeña sardinas.

—¿Cuántas veces pide a usted?

—Tres, cuatro veces semana.

—Pero, ¿cómo puedo dar tanto, Ajali, con dos libras al mes?

Ajali, con gesto de superioridad, contesta:

—No sé, Johnson, como usted hace. Yo hago así. —Y dirigiéndose hacia el cajón del dinero —excepto los billetes— que está debajo del mostrador, lo abre con una llave, saca un chelín y lo voltea en el aire—. Yo hago así, Johnson.

—¿Usted roba Caja pequeña? —exclama Johnson riéndose y poniendo muy pequeños los ojos.

—Yo robo Caja pequeña.

—¿Y no teme usted... no teme al sargento Gollup?

—No me importa el sargento.

—¿Es que él no cuenta ese dinero?

—Lo cuenta todos los sábados. Pero como todo lo paga de esa Caja: servesa, batatas, el cocinero... pues cree recordar cuánto ha gastado. Y cuando le parece que falta un chelín o dos, cree que ha contado mal.

A Johnson no le sorprende. Ha visto que muchos jefes del servicio colonial hacen sus cuentas por el mismo método; es decir, pagan sus cuentas del dinero que hay en la caja, hacen su balance cada semana y lo que falta lo ponen de su dinero personal.

—Pero, ¿y la llave, Ajali?

Ajali sonríe altanero, con los ojos medio cerrados y saca un pedazo de alambre aplastado y doblado por los extremos en ángulo recto, con un pequeño lazo soldado en uno de los ángulos. Es una llave indígena.

Johnson se ríe con grandes carcajadas:

—Míster Ajali, yo creo usted demasiado listo para ese Gollup.

—Eso creo, Johnson.

A Johnson, que admira en este momento a Ajali, le parece mucho más alto. El efecto óptico se produce en parte porque echa la cabeza hacia atrás para poder mirar con superioridad a su ayudante.

—Creo que yo logro llave como ésa, Ajali.

—Mejor que usted es cuidadoso, Johnson. Si sargento lo coge, lo mata seguro.

Johnson comprende su error y vuelve a emplear el halago:

—Nunca creo que usted se atreve a robar sargento, Ajali.

—No me importa ese Gollup.

Pero en ese preciso instante se oye cerca la voz del sargento y los dos dependientes se apresuran a colocarse en sus respectivos sitios detrás del mostrador.

El sargento Gollup es un hombrecillo de cara pálida e hinchada, con un bigote negro encerado por las puntas y ojos azules redondos. Es un soldado veterano. Se peina su cabello negro con raya en medio, se afeita cuidadosamente y lleva todos los días ropa limpia pero no siempre viste de un modo muy correcto. Por ejemplo, inspecciona su almacén con calzoncillos de algodón, una camiseta impecable, una chaqueta blanca de hilo, calcetines azul pálido con ligas verdes a la vista y zapatos de lona blancos. Duerme en calzoncillos y se pasea con un pijama rojo y verde o se presenta en el muelle llevando sólo unos estupendos pantalones blancos perfectamente planchados.

Su almacén y su casa están siempre tan limpios como él. En los senderos de acceso, marcados con piedras blanqueadas, nunca puede faltar ni una

piedra sin que él lo note y se enfade. En cambio, Gollup, como muchos veteranos del ejército británico, no es nada rígido de ideas. Le gusta el orden, pero con tal de que sea su propio orden. Es un comerciante de primera clase, pero comercia por procedimientos personalísimos. Por ejemplo, cuando ofrece regalos a una aldea con la que desea entrar en relaciones comerciales, no le entrega un regalo importante al jefe, como es la costumbre, sino que obsequia con chucherías a todos los habitantes del poblado. Y dice que ha duplicado sus ingresos muchas veces con unas cuantas bolsas de pipermint.

Gollup se ha edificado un buen almacén y tiene en marcha un excelente negocio. Anda por el pueblo como un pequeño rey y, cuando mira su bien cuidado recinto, expresa su satisfacción levantando las dos puntas de su bigote, que parecen presentar armas; y cuando avanza el pie izquierdo, ahueca la espalda como un soldado de la guardia real.

Gollup es condescendiente y amable con todo el mundo y, así como por su carácter y por la importancia de su graduación militar, desprecia los convencionalismos de los comerciantes y sastres corrientes, así también se niega a rendirse al sol africano. Odia todos los sombreros —*topis*, *terais*, etc. — y lleva siempre, cuando no va destocado, un sombrero gris perla de fieltro que siempre parece nuevo: —A la porra todos esos sombreros especiales para el sol fuerte —suele decir—. Hablan muchas tonterías sobre esto. La verdad es que un veterano se ríe del sol y no somos nosotros los que llenamos los hospitales.

Gollup, en verdad, ha sufrido sólo tres insolaciones y ninguna de ellas ha llegado a matarlo del todo. Pero le queda una tendencia a dispararse inesperadamente y del modo más violento y a desarrollar una fiebre elevadísima con los motivos más inocentes. Es correcto en su trato con empleados, campesinos y criados, pero se impacienta y se irrita con los lentos. La estupidez lo saca de quicio y contra ella está siempre dispuesto a emplear los puños, los pies o cualquier arma que tenga a mano. A Johnson le sorprendió el primer día ver que el caballeresco Ajali recibía un tremendo puntapié en el trasero por no haber comprendido que la expresión «Allí a la derecha, estúpido hijo de perra», significaba, naturalmente, «A la izquierda, cuatro estantes empezando por debajo».

Ya no tuvo ocasión de ver más golpes porque Gollup, después de soltar aquél con inesperada potencia y una destreza que hizo elevarse a Ajali en el aire y dar un penetrante alarido, se volvió de pronto hacia Johnson y le dijo:

—Tú no has visto nada, ¿verdad?

—¿Qué, señó?

—Digo que no has visto nada de lo que acaba de pasarle... a los pantalones de Ajali. Porque si lo viste es mejor que no lo hayas visto. ¿Comprendes?, a no ser que desees que también les ocurra algo a tus pantalones, aunque todavía más que a él.

—Ah, sí, señó, ya veo, ya.

—No, grandísimo imbécil... no lo has visto, ¿eh?

—No, no lo he visto, míster Gollup.

—Eso es. No ves nada y te cuidarás mucho de seguir sin ver nunca nada. Conozco la ley igual que tú, míster Mono.

—Ah, si señó... yo veo, señó.

Gollup le grita furioso:

—Así, ¿te empeñas en ver lo que ha pasado? Muy bien. —Y le pone el puño delante de los ojos.

—No, señó, no veo nada.

—Bien, ahora ya ves que no tienes que ver. Ahora está bien.

Gollup, encantado con su chiste, sonrío, se acaricia el bigote y, abriendo la boca, muestra inesperadamente unos dientes rotos y ennegrecidos mientras se ríe extrañamente:

—¡Jo, jo, jo!

Johnson, que comprende el chiste, se ríe de todo corazón y ambos se pasan un buen rato riendo juntos. Gollup coge entonces a Johnson por los hombros y le dice:

—Lo que veo es que eres un chico listo y que trabajarás bien conmigo, de lo cual debes alegrarte porque soy un buen amo con los que se portan bien. Si te portas bien conmigo, yo te corresponderé.

Sin embargo, media hora después, hallándose Johnson en plena fantasía fraguando un plan para enriquecerse y comprarle a Bamu un reloj adornado con diamantes verdaderos anunciado en un catálogo del almacén, compra un cuero agujereado por los gusanos al precio de uno en buenas condiciones. Gollup pone el grito en el cielo, se lanza contra él y le da un puñetazo en la nariz que lo envía rodando al suelo.

Unos momentos después, Johnson, con la cabeza dándole vueltas y la nariz sangrando ve cómo le miran furiosos los ojos azules de Gollup, el cual le dice:

—No te he tocado, ¿verdad?

—No, señó.

—No me he acercado a ti, ¿verdad?

—No, señó.

—Yo estaba en la habitación de al lado cuando ocurrió esto, ¿no es cierto?

—Sí, señor, en la habitación de al lado.

—Entonces, ¿qué te ha ocurrido?

—No sé, señor.

—Sí, ¿qué sucedió? Dilo de una vez.

—Pues mi cara tuvo un golpe.

—¿Cómo? —ruge el otro levantando el puño de nuevo.

—No, señor, un golpe no. No sé lo que fue.

—Un accidente, ¿comprendes? Te ocurrió un accidente en la nariz...

—Ah, sí, señor: un asidente.

—Muy bien y que no se te olvide; si no... tendrás de verdad un accidente tan horrible que le servirás a tu mujer tan poco como una bola de billar.

Pero la misma tarde le regala a Johnson media botella de ginebra ligeramente aguada y una camisa vieja. En realidad le resulta Johnson simpático y a Johnson también le gusta Gollup porque se da cuenta de esa simpatía. Desde luego, inmediatamente después de un puñetazo o de una patada, está furioso y capaz de asesinar pero a la media hora olvida las ofensas recibidas porque su imaginación, que no descansa, ha tomado otro camino e inventado nuevas cosas. Gollup, por su parte, nunca vuelve a recordarle esas escenas molestas. Y es que Gollup, una vez pasado el arrebato, tampoco lo recuerda. A los cinco minutos de haber golpeado al muchacho vuelve de magnífico humor a decirle:

—Johnson, tráeme un jarro de ginebra... Matumbi quiere tomar algo caliente... Como si dijéramos: lo caliente para lo caliente.

Johnson, sangrando todavía, se sube por los estantes para coger la ginebra y Gollup, al acercarse a él, le da las gracias y le dice:

—Caray, ya veo que a tu nariz le ha sucedido una verdadera desgracia. ¡Qué mala suerte has tenido! Si fuera tú, la metería en un cubo de agua fría o emplearía el *bafu* si el cubo no es suficiente.

—Lo malo que me pasa a mí —le dice Gollup a Johnson una tarde— es que me precipito demasiado y que pego demasiado bien, porque me enseñó a luchar el gitano Joe cuando yo era niño. Creo que si algún día me enfadase demasiado sería capaz de abrir un boquete en una sartén de un solo puñetazo. Por eso, muchacho, lo mejor es que cuando me veas venir la próxima vez, quites de en medio tu sartén; no quiero matarte, me eres muy simpático. Para ser negro, eres muy buena persona; y yo entiendo de esto. He conocido negros a montones, negros de todas clases, y siempre digo que no son la mitad de negros de lo que parecen si se les sabe tratar. Y tampoco son los peores los

más feos como tú, los verdaderos wogs. En cambio, ese amarillento Ajali... sólo estoy seguro de él mientras le pego. El cobarde me tiene miedo. No puede mirar a un hombre a la cara. Un tipo puede ser negro... al fin y al cabo así los hizo Dios, como ha hecho otros animales... y no puede remediarlo; pero lo que depende de él es portarse como un hombre. Lo que me gusta de ti, Wog, es que no me temes.

—No, señó —exclama Johnson alegremente—. No le tengo miedo a nadie.

—No, no, déjate de bravatas; eso es lo malo que tenéis los negros... os falta juicio. Mira, yo nunca diría eso; sería estúpido, porque piensa, Johnson, que si dices que no temes a nadie y viene uno y te deja para el arrastre, harás el ridículo. Si por casualidad tienes buen puño, como yo, y le partes la cabeza a él, quedarás como los grandes después de haberte callado sobre tus fuerzas. Pero si no le haces nada y no has dicho que no le temes a nadie, quedarás bien. ¿Comprendes? Es un buen truco.

Gollup cree en la eficacia de la rutina. Es muy puntual; a las seis está en la tienda; a las siete, desayuna; a las ocho, en la tienda otra vez; a las doce almuerza; de dos a cuatro, siesta; de cuatro a cinco paseo; a las seis, bebidas; a las siete, la cena; entre ocho y nueve, más bebidas; a las diez, a la cama y Matumbi a su lado en la estera. En los días laborables, sólo está medio borracho a la hora de acostarse y si le pega a Matumbi, sólo emplea para ello los pies o los puños. El domingo, también por rutina, está borracho como una cuba a las seis, casi loco a las siete, con tendencia al asesinato a las ocho y como una piedra a medianoche. En estos días, apalea a Matumbi con un bastón unas veces, le sacude con una silla otras veces hasta que la negra yace en el suelo sangrando y los aterrados chicos de la servidumbre esperan encontrársela muerta. En verdad, en los domingos de cuatro años sólo ha sufrido la rotura de un brazo, una oreja desgarrada y unas cuantas heridas que le han dejado profundas cicatrices. Matumbi, como Johnson, siente un gran afecto por Gollup. Es una mujerona grasienta, blanducha y pesada. Su cara es tan fea que los campesinos dicen: «Alguna vaca debe de haberle pasado por encima». Tiene la nariz tan ancha como su enorme boca y las aletas vueltas hacia arriba como dos bocazas. Uno de sus ojos está casi cerrado. Cuando anda, se balancea hacia atrás y sus rodillas salientes y largos tobillos recuerdan las patas de una gallina.

Matumbi es infinitamente ansiosa y perezosa, ni siquiera se rasca si tiene cerca a uno de los chicos. Su virtud es el buen humor.

Es capaz de pasarse sentada horas enteras sin que parezca estar pensando en nada, con una sonrisa de tan buena persona que nadie puede verla sin sentirse contento. Sólo Ajali detesta la sonrisa de Matumbi y dice.

—¿Por qué tiene que sonreírse así? Tanta sonrisa y el domingo que viene la dejará el sargento hecha un guiñapo. Pronto será demasiado vieja y el sargento la tirará como una basura. Entonces, ¿por qué sonríe? Creo hienas se la comen cuando el sargento la tira, lo mismo que se comen las basuras de otras viejas.

Ajali ve con disgusto que Matumbi no se da cuenta de lo que se le avecina y ni siquiera comprende que la trata su hombre como a una bestia. En el fondo, a Ajali le sucede lo mismo que a tantas otras personas que, vagamente descontentas de sí mismas, odian a todo el que parece feliz o resignado en sus mismas circunstancias. Por eso, los pobres odian a otros pobres con más frecuencia que a los ricos, pues dicen: «Es una vergüenza que Fulano sea capaz de aguantarse, ¿cómo puede vivir así?». En efecto, la gente que a todo aplica el sentido de la justicia, se hace resentida y desgraciada. Incluso cuando no parecen desgraciados, como en el caso de Ajali, es porque no saben cuánto los ha minado el aburrimiento, la soledad y el egoísmo hasta que se han convertido en criaturas diferentes, una especie de infrahumanidad capaz de sonreír, comer y vivir a un nivel de corrupción que mataría a un ser humano normal en un par de días.

Ajali odia a Matumbi por su felicidad, pero siempre la trata cortésmente. Es una mujer vengativa. No es prudente negarle nada de lo que pide. Como otras personas ansiosas y perezosas poco acostumbradas a pensar, es implacable cuando se enfada. No le importa meditar las mayores mentiras con tal de castigar a quien le causa la menor molestia. Sin embargo, es generosa; todos los mendigos la explotan e incluso es capaz de andar unos pasos para interceder por una amiga.

Gollup sale a pasear bajo el sol de la tarde ataviado con unos calzoncillos limpios de algodón, una chaqueta, el sombrero gris perla y en zapatillas. Se está unos momentos cerca de la casa, dándose golpes en el pecho, haciendo flexiones de rodillas y de brazos y admirando su propia energía. Luego se da una vuelta por entre las cabañas con este primer estado de ánimo dominical, el del buen humor y la truculencia. Por ejemplo, le da una palmada a un labrador en la espalda, produciendo un ruido semejante a un disparo. Ríe cuando el hombre salta asustado y le dice. «Hola, viejo Hagi» o «¿Qué tal, joven Ali?», con tan buena intención que el hombre, una vez repuesto del susto, suele sonreír y hacer una reverencia. Si se enfada, Gollup se divierte

aún más y piensa. «Lo he herido en sus sentimiento; qué orgullosa es hoy la gente».

Luego se lleva a Matumbi, a Johnson y, con frecuencia a un par de capataces de sus tierras, al *bungalow* y los obsequia a todos con ginebra. A medida que va bebiendo, se pone poético y sentimental.

Se sienta a Matumbi en las rodillas, donde la mujer se instala sonriente, orgullosa y alegre, rodeando a su hombre con un enorme brazo. Su expresión, con su ancha sonrisa y los ojillos entornados, es exactamente la de una niña gorda encantada con su cariñoso papá.

Mientras, Gollup le habla a Johnson de su vida, de su hogar en Inglaterra, de su mujer y sus hijos. Al principio lo dice todo en tono de gran dignidad. Describe su casa, situada en un suburbio de Londres; la belleza del cuarto de baño y del jardín, los adornos e incluso las alfombras.

—Pagué catorce libras por la alfombra de la sala. Pero claro, Johnson, tú ni siquiera sabes lo que es una sala.

—¡Oh, sí, sargento! Es, en patria inglesa, donde usted sienta cuando termina tienda.

—¡Patria! ¡Oh, oh, oh!, perdóname, Wog. Siempre me río cuando oigo a un negro hablar de Inglaterra como de su patria.

—Pero, señó, yo soy verdadero inglés de corasón.

—Tienes razón, Wog. Y no te importe lo que digan. Aunque te falte el físico, tienes los redaños. ¡Ale, a beber!... Así olvidarás tu cara. De todos modos, no puedes vértela.

Pero después, Gollup va perdiendo dignidad. Describe lo feliz que fue casándose con Gladys, que era la hija de un sastre de gran categoría. Era una muchacha guapa y buena que le perdonó cuando se emborrachó en plena luna de miel.

—¡Sí, señó! —exclama Johnson—. Mi mujer también la más amable y cariñosa mujer del mundo entero. Cuando yo pierdo mi colocación ofisial, ella sólo dise: «Yo estoy contigo ahora para haserte felís.»

Johnson se siente impulsado no sólo por la amistad sino por algo que nota en el aire, el excitante y simpático espíritu de la reunión, que es como una de las fiestas que él da a sus amigos, una fiesta con tambores. Desde luego, este ambiente es lo que encanta a Matumbi y Johnson en los domingos de Gollup. Cuando empieza a emborracharse, se convierte en uno de ellos: deja de calcular y de razonar; quiere cantar, amar, charlar y contar historias; y, sobre todo, crear una situación especial, entre romántica y excitante, en la que pueda vivir y sentir con mayor intensidad. Todos los borrachos llegan, en

cierta etapa de su borrachera, a sentir este deseo de crear en los demás una impresión extraordinaria. Pierden su miedo al ridículo y a la crítica. Sueltan sus pensamientos secretos y se revelan inocentemente como filósofos, soñadores, santos y poetas. En cierto punto de su borrachera, Gollup parece pertenecer a estas cuatro categorías a la vez. En aquella excitante atmósfera de ginebra y simpatía poética, que sólo pertenece al mundo de los artistas y a las reuniones en que se bebe, Gollup y Johnson suelen lanzarse paralelamente a sus fantasías.

—¡Oh, cuando yo pienso en mi querida buena mujer Bamu!... Cómo dise ella, yo tu mujer, míster Johnson, yo voy contigo siempre, rico o pobre...

—Un ángel en mi casa; eso ha sido ella, un verdadero ángel. La luz del hogar, de la que salen pequeños cielos... Con esto, ¿quién va a tener ganas de las asquerosas ramerías?

—En la enfermedad y en la salud, hasta que la muerte nos separe.

—Un corazón de mujer no tiene rival —sentencia Gollup.

Matumbi, percibiendo el entusiasmo de Gollup, le sonríe afectuosamente y le coloca su enorme mejilla sobre su rasposa cabeza. Él no le presta atención y continúa desarrollando su creación poética.

—Y no es que sea una de esas beatas... Es que le sale de dentro; su naturaleza es así.

—No, mi Bamu también se ríe de iglesias y dise: «Esta pequeña casa mi iglesia, este bebé para yo cantarle y aquí, en mi pecho, tengo el buen vino para que él beba».

—Desde luego, es el oficio de las mujeres. Para eso las ha hecho Dios. Pero mi Glad sabe hacerlo de maravilla.

—Yo creo todas ellas mujeres tienen demasiado buenos corasones cristianos... Ellas nasidas cristianas. —Johnson se queda con la vista perdida en el vacío, sonriendo extasiado a su visión de la mujer perfecta.

—Mi pequeño Bobby, que es el mayor, tiene ocho años. Y parece un príncipe.

—Yo creo que será príncipe algún día.

—¿Un príncipe? Es mejor que todos los príncipes y más listo. —Gollup empieza a contar una historia sobre su hijo—: Aquel problema de geometría que resolvió y que el maestro no sabía resolver; y eso que era un profesor de Oxford.

—Señó, estoy seguro que será juez.

—A la porra los jueces. Gladys y yo decimos siempre que Bobby será oficial. Eso es lo bueno, el ejército. Es la mejor ocupación del hombre cuando

vale.

—¡Oh, señó! Yo creo que es un general con espada de oro; creo que es un duque lo mismo que príncipe, sentado junto al Rey en Palamento y se casa con prinsesa.

Pero Gollup, que no le escucha, va diciendo a la vez con voz cantarina.

—Al infierno los sombreros de copa. Bobby será fiel a su regimiento o le ajustaré las cuentas. Ésa es la verdadera vida. Prefiero verlo muerto que viviendo a costa de los millonarios y dependiendo de lo que digan los periódicos. Ya estamos hartos de esa morralla. Esto es lo malo que le pasa a la vieja Inglaterra. No se pueden tener riñones y dinero al mismo tiempo; no caben en la misma bolsa.

Gollup siente el odio habitual del viejo soldado por los ricos y sus mujeres y por todos aquellos que viven sin preocupaciones, sin arriesgarse ni tener responsabilidad alguna, ese odio que ha motivado tantas revoluciones violentas en los países que tienen reclutamiento forzoso. Gollup considera a los ricos, por no se sabe qué misteriosas razones, como parásitos de los soldados y, sobre todo, de los oficiales, de los cuales habla con la más profunda simpatía.

—Un pobre coronel retirado con media paga, metido en cualquier agujero, con seis peniques a la semana para poder costearle los estudios a un nieto que será soldado a su tiempo; después de ofrecer su vida a su patria. ¿Qué hace la patria por él?

—El pobre míster Rudbeck les ha hecho gran carretera... la más grande carretera de África, y ese cajero, que tiene millones de oro...

—Te digo, Wog, que mi coronel era el hombre más bueno y valiente de Inglaterra y sigue siéndolo. El mejor y más grande. El coronel de un regimiento de primera clase no sale en los periódicos de la gente *snob*. De esos hombres depende nuestro Imperio y no cambiaría yo uno de ellos por cuarenta lores idiotas con todos sus trajes, ni por cien millonarios. Si Dios quiere, Bobby será coronel de un buen regimiento y, fíjate en lo que te digo, Dios no le daría ese cargo a ninguno de sus arzobispos. Dios escoge sus coroneles con mucho cuidado porque sabe cuántas cosas dependen de ellos. Fíjate en las mayores batallas que hemos ganado, desde Talavera hasta el Somme, no hay ningún país del mundo donde no hayamos dejado vidas nuestras para salvar el Imperio, y eso lo hemos hecho también por ti, Wog, por la libertad... el Imperio de los hombres libres donde el sol de la justicia nunca se pone. Y lo haremos siempre que se nos necesite.

—Creo algún día nosotros ingleses haser libertad para todo el mundo... haser nuevas carreteras para auto, buenas escuelas para toda la gente y todos leer en libro, y aprender a estar de acuerdo y haser mucho negocio en tiendas.

—¿Qué nos importan las escuelas si los chicos no saben lo que es el peligro? ¡Pobrecillos, no conocen la vida verdadera!

—Yo creo nosotros haremos a todos ricos y demasiado contentos juntos, que cantan todo el día y juegan...

Media hora después, Gollup está ya melancólico.

—Esto es el exilio; vosotros no sabéis lo que nos cuesta el Imperio.

—Sí, señó, millones y millones de oro.

—No me estoy quejando; es un deber que nos ha impuesto Dios... pero la Paz Británica hay que cuidarla estando la mitad del mundo llena de salvajes y la otra mitad fastidiando todo lo que puede.

Diez minutos después está Gollup asombrado de cuánto sufre.

—Tú no sabes lo que es dejar allí a los hijos... Esto es una agonía.

—¡Oh, señó!, yo demasiado triste por usted.

Gollup tuerce el gesto como un chico a quien le han dado una medicina muy amarga y hace un ruido extraño con la nariz. Es su manera de sollozar.

—¡Jiu... jiu...!, esto es peor que el infierno.

—¡Oh, señó!, yo también cuando me voy lejos de mi niño... siento mi corasón estalla y digo, yo morir pronto. Pero si yo muero, ¿qué pasa a mi pobre Bamu y mi hijito?

—Esto no es vida, es un cochino sacrificio. No me estoy quejando. Pero vosotros los negros no sabéis lo que nos cuesta ponerlos bien las cosas. No lo podéis comprender porque no tenéis los mismos sentimientos.

—¡Oh, sí, señó!, yo siento también... yo demasiado triste por usted.

—¿De qué caray te estás burlando tú? —esto se lo dice a Matumbi, que ha ido sonriéndose con las sonrisas de Gollup, y simpatizando su entusiasmo y ahora mueve la cabeza y expresa con visajes el reflejo de la pena de su hombre. Al oírle gritar de pronto, se queda atontada.

Es curioso que Matumbi no aprenda nunca que ese estado de ánimo de Gollup en las tardes de domingo va empeorando de un modo inevitable. Todos los domingos, sin excepción, se prepara la negra para un día de fiesta sin recordar, por lo visto que, de cuatro domingos dos terminan en una monumental paliza para ella.

—¿Qué? —dice Matumbi mirando a Gollup espantada—. ¿Qué pasa?

Gollup saca la mandíbula y las puntas de sus bigotes se levantan como bayonetas. Lentamente, le dice.

—Eres una cochina...

Matumbi, más alarmada a cada momento, sonríe con su estúpido gesto de inocencia y recibe instantáneamente un tremendo puñetazo en la cara que la arroja rodando por el suelo.

Entonces empieza a salir de ella un ruido como de tres o cuatro mujeres y de varios hombres —bajo, barítono, falsete— insultando a Gollup, pidiéndole misericordia, quejándose y disculpándose a la vez con alaridos, gemidos, gruñidos y súbitos gritos penetrantes, mientras Gollup la apalea y la muele a puntapiés.

Mientras tanto, Johnson intenta evitar que mate a la mujer y le prepara a ésta la huida. En el transcurso de seis o siete luchas de éstas, le ha quitado a Gollup de las manos las más diversas armas —botellas, jarras, porras, sillas— y ha recibido docenas de golpes que se proponían aplastar el cráneo o la cara de Matumbi. Pero esos golpes son accidentales. Gollup, incluso en pleno ataque de ira, nunca se vuelve contra Johnson. Su idea fija es matar a Matumbi.

Al día siguiente, por supuesto, se halla de nuevo en perfectas relaciones con la mujer, que pide como indemnización el derecho a coger lo que más le guste. Además, el sargento no le guarda ningún rencor a Johnson por haber oído sus confesiones y haberle visto borracho. A la mañana siguiente, lo saluda como de costumbre.

—¿Qué tal le va esta mañana, Johnson?

—Muy bien, señó, gracias. Yo siento perfectamente.

—Ése es el camino. —Gollup, a pesar de sus mejillas verdosas y de sus ojos hundidos con ojeras, está animado—. No te dejes abatir. Hay que estar en forma.

Tiene el aspecto de uno que hubiera derrotado a un peligroso enemigo. En realidad, Gollup parece siempre un veterano luchando en país enemigo: vigilante, suspicaz, emprendedor, siempre alerta, siempre dispuesto a luchar, no demasiado exigente con los detalles y enemigo de los convencionalismos; pero, a pesar de sus buenos deseos, feroz y dispuesto en cualquier momento a toda clase de violencia.

Aunque Gollup tiene su juerga privada las tardes del domingo, no permite que se beba ni haya jaleo en su casa. Se opone a toda falta de decoro en el sagrado recinto de la tienda. Por otra parte, le parece muy bien que la gente se emborrache. Suele decir: —«Todos necesitan un buen trago una vez a la semana, lo mismo que necesitan ejercicio. Lo malo que tienen esos puritanos es que les engorda el cerebro». Muchas veces les da a sus trabajadores y al

personal de la tienda diez chelines para que se diviertan en el pueblo. En los aniversarios religiosos y patrióticos, como el cumpleaños del Rey, Pascua, el día del Imperio, el Derby y Navidad, llega a darles una libra y les ordena que se gasten en bebidas hasta el último penique de ella. Por una libra dan en Fada unos cuatrocientos cincuenta litros de cerveza fuerte. Repartida esa cantidad entre cuarenta hombres, basta para una juerga de dos días y un dolor de cabeza que dure una semana. No es sorprendente que Gollup tenga siempre trabajadores a su disposición y que pueda formar la mejor cuadrilla del río.

Johnson, antes de conocer la costumbre de Gollup, organiza su fiesta en la tienda el día de cobro, lo cual le vale un ojo negro y la nariz partida, y varios de sus invitados más distinguidos son expulsados a patadas.

La fiesta siguiente la da Johnson en el poblado e invita a los labradores así como a gente del pueblo. Quiere hacer olvidar la vergüenza de su primer fracaso. Convince a Waziri para que vaya mediante un regalo al joven Saleh, un espejo de mano que le ha robado a Gollup en sus mismas narices.

Johnson alquila tambores, instrumentos de cuerda y dos gramófonos. Todos tocarán a la vez. Dispone de ginebra para los principales invitados, y del mejor cantante de improvisaciones, que a la vez es el mejor narrador de cuentos en Fada.

La fiesta es un gran éxito. Hacia la una de la madrugada, cuando muchos de los invitados se han quitado ya la ropa, empieza a venir más gente sin que nadie la llame, con los ojos brillantes y anchas sonrisas que revelan lo que esperan divertirse. Esto ocurre siempre en África cuando se difunde por un pueblo la noticia de que hay alguna buena fiesta. Estos visitantes, aunque no han bebido todavía ni una gota, se conducen desde que llegan con más atrevimiento que los propios invitados. En cuanto llegan, empiezan a gritar, bailar, cantar y rugir. Son como gente rica de nacimiento que siempre han estado acostumbrados a divertirse en grande. A las dos, el escándalo de la reunión se oye a tres kilómetros de distancia.

Johnson anda por entre los grupos de invitados con su mejor traje blanco, sus zapatos nuevos y un sombrero de fieltro gris perla, exactamente como el de Gollup, muy ladeado en la cabeza. Le brilla la cara con el sudor y tiene la boca en una mueca fija, una sonrisa enorme, estereotipada. A cada momento grita alguna broma, saluda a alguien, acompaña unos pasos a los bailarines, caricaturiza sus saltos, le arroja una pelota al malabarista o actúa también él cantando una pequeña canción o bailando para expresar un impulso de delicia, orgullo o de afecto hospitalario por la Humanidad.

Ajali y Benjamín lo siguen por todas partes. Ajali va pegado a él, poniéndole su larga barbilla sobre un hombro; y Benjamín, con su cuello duro de los días de fiesta y unos puños muy largos, guarda más compostura. Nunca se mueve a la vez que Johnson. Cuando éste gatea por el suelo entre los frenéticos bailarines para saludar a algún amigo recién llegado, permanece Benjamín en su habitual actitud distraída y meditabunda, con la cabeza levantada y los ojos medio cerrados. Pero un momento después, como si se le hubiera ocurrido hacer algo por su cuenta, se dirige en la misma dirección que Johnson y se queda a uno o dos metros de él. Este movimiento de Benjamín es inconsciente. No tiene idea de que su espíritu está subordinado al de Johnson. Por el contrario, piensa en su amigo con amable condescendencia.

—Gente muy salvaje —le dice a Johnson señalando a los bailarines—. Pero creo esta gente se divierte grandemente.

Johnson se pone en cuclillas como los danzarines, se retuerce y concentra sus energías en esa posición; luego, de repente, da un salto de un metro en el aire, se ladea hasta quedar casi en ángulo recto dando a la vez un chillido casi más penetrante que el de las viejas que se asustan al verlo.

—¿Cómo puede hacer usted eso, míster Johnson? Resulta usted tan raro con su ropa inglesa.

Johnson se ríe y canta con los bailarines, improvisando:

*Qué temes mujercita, que te escondes en la selva
No tengo palo ni cuchillo...*

Ajali mira a Johnson muy de cerca, con sus ojos de cangrejo. Ríe a carcajadas y dice.

—Usté da gran fiesta, Johnson.

—Sí, creo esta fiesta bastante buena.

—¿Cuánto paga usté por esta reunión, Johnson?

—¡Oh, no sé!... quisá sinco libras.

—¿Sinco libras?

Ajali se retuerce de risa y sus ojos relampaguean de envidia e indignación.

—¿Tiene usté sinco libras?

—Sí, las tengo —dice Johnson sonriente y, en seguida, da otro salto después de estar agachado un instante—. *Tengo una chiquita redondita como el mundo...*

—¿Usté cree poder robar sinco libras de míster Gollup?

—Sí, tengo dinero... *Ella suave como el agua y brilla como el sielo.*

—Míster Gollup es un hombre ilegal —dice Benjamín con gran seriedad—. Le aconsejo que tenga cuidado con él, míster Johnson.

—¿Cómo sienta su narís, Johnson? —grita Ajali.

*Llenita como el trigo, huele como hierba nueva
Baila como el árbol, se mueve como las hojas nuevas.*

Ajali se vuelve y riéndose y más embriagado con su envidia que con la bebida, vocifera en *hausa*.

—¡Míster Gollup le ha aporreado a Johnson la nariz!

—Es un hombre ilegal, muy ilegal —suspira Benjamín—. Pero claro, no es un caballero.

—*Es caliente como la tierra* —sigue cantando Johnson agachándose para tocar la tierra, que, efectivamente, está caliente—. *Ella es profunda como la selva* —Y entonces, se dispara en el salto.

—¿Usté no amigo de míster Gollup, Johnson? —le dice Ajali poniéndole la cara encima.

—*Te estoy viendo, pequeña Bamu, que te escondes allí.*

—Johnson dice es el amigo de míster Gollup —grita Ajali dirigiéndose a los presentes—. Míster Gollup le da puñetazos en la nariz y patadas en el trasero todos los días.

—*Allí te voy a coger, muchachita mía.*

—¿No le tiene usted miedo a míster Gollup, Johnson?

Johnson engalla la cabeza, adelanta una pierna en una gran pose y dice.

—No tengo miedo de él, míster Ajali. No tengo miedo de nada en absoluto.

Benjamín mira pensativo a su amigo.

—Pero suponga usted que le da un puñetazo en un ojo o le parte el estómago; ¿qué va a sacar usted con eso, Johnson? A él no le importa hacerlo porque no tiene educación. Creo que usted mejor tener cuidado con un hombre como míster Gollup. Es sencillamente estúpido e insensato que un salvaje como ése pueda estropear la buena salud de usted. Porque en este caso no servirá usted para nada.

—¡Oh, no, no!, Johnson no tiene miedo de nada —exclama Ajali burlón. Se vuelve a la concurrencia y grita.

—Johnson no teme a nadie en el mundo.

—No, a nadie ni a nada.

Johnson mueve la cabeza al compás de la música y dobla las rodillas.

—Johnson tiene el mayor corazón. No teme nada.

Entonces saltando y extendiendo los brazos.

*El corazón de Johnson es fuerte como un motor
Late, late en su pecho el tambor de guerra: pum, pum.*

Agachándose, levantándose y volviéndose a agachar para saltar de nuevo, a la vez que agita sus largos brazos como un boxeador, baila por todo el recinto, fingiendo que boxea con enemigos imaginarios.

*¿Qué idiota es el que se pone en camino de Johnson;
qué idiota éste, en el camino de Johnson?
Quítate de en medio, criatura loca; cuando Johnson va de paseo
el mundo entero le abre paso, y también leones de la selva;
todo el mar se seca para él como para aquel rey Moisés de Egipto;
todo el cielo da luz para él como el fuego para Moisés;
toda la selva se inclina ante él como para camino de mister Rudbeck.
Quítate de en medio, criatura loca, si no quieres morir,
mis ojos te queman para sacrificarte.
Mi huracán te arroja volando por los aires,
mis pies te pisan muerto como los de un elefante.
¿Cómo! ¿Quién osa decir mister Johnson cobarde?
Johnson dise ¿qué significa esa palabra miedo?
¿Qué significa eso? ¿Miedo? ¿Sirve para comer?
¿Es la pierna de un hombre cuando la arrancó de un bocado?
¿Es buena para beber? ¿Es como la sangre de un hombre?
Cuando yo me la bebo.
¿Qué quieres decir con miedo? Enséñame algún miedo,
porque nunca lo he visto. Debe ser palabra salvaje.*

Esta canción se hace más popular incluso que la canción de Bamu. La repiten con nuevas variantes en muchas «fiestas de cerveza». No debe olvidarse que los hombres de Fada, como la mayoría de los primitivos, consideran la composición de verso libre como una parte de la conversación corriente y, lo mismo que los hombres de la época isabelina inglesa o que un irlandés, emplean las expresiones más poéticas en medio de la charla más vulgar. Por eso, las canciones surgen continuamente en Fada creadas por la gente más diversa desde dos a ochenta años y nadie se preocupa de recogerlas cuidadosamente. Cuando en una reunión le piden a Johnson la «canción de Bamu» o la «canción de los *tam-tam*», no esperan oír las mismas palabras, sino solamente una improvisación sobre el mismo tema. Es más, casi todos los que oyen la canción empiezan en seguida a improvisar variaciones por su cuenta y las aplican a otras circunstancias. El ritmo del tambor, que es lo más sugestivo, se hace parte de la imaginación popular. Johnson, al escuchar una canción de guerrero, ni siquiera recuerda que es autor de la idea y se une al coro sin el menor sentido de celos artísticos.

*Corazón grande tiene un tambor de guerra en el pecho pum, pum
cuando llama a sus hombres para la guerra.*

Johnson asiste a muchas reuniones por esta época, porque no sólo es un famoso cantante sino un hombre muy rico. Ha perfeccionado sus métodos

comerciales. Compra cueros para sí mismo a los que van a llevárselos a su casa y se los vuelve a vender también a él mismo, en la tienda, por medio de un chico que está a su servicio. Por estas pieles paga siempre precios muy elevados. Un par de veces ha protestado Gollup contra estos precios y ha procurado rebajarlos a puñetazos y patadas; pero como Gollup, por su parte, gana el cincuenta por ciento en esas operaciones, tampoco extrema la exigencia. Además, se aficiona cada vez más a Johnson. Ahora, en las noches de domingo, cuando empieza a ponerse sentimental exclama, por ejemplo:

—Me llevo bien contigo, Johnson. Eres el mejor negrito que he conocido en mi vida. Esto no es decir mucho, pero soy sincero al decirlo. Me eres simpático por tu honradez y porque sabes ponerte en tu sitio y también porque no me tienes miedo. Ésa es la verdad, negro Wog: aunque tu cara sea una equivocación y no se pueda tener contigo una conversación interesante y tu nariz no me guste, pero tienes riñones. Eso te lo concedo. ¿De verdad no me temes?

—No, señó, no le temo.

—¿Y no me has tenido nunca miedo, ni siquiera al principio?

—No, señó, nunca. Yo tengo grande corasón.

—Sí, es verdad; todavía me acuerdo del primer «beso» que te di en el «oledor», cuando acababas de llegar aquí... Me salió muy bien. Fue uno de mis mejores puñetazos. No sé cómo no te rompí el cuello.

—Sí, señó, él fue gran golpe... Muy bueno. Pero a mí no importar nunca. Sólo reírme de usted.

—Desde luego, te reíste... Digo yo —añadió el sargento mirando a Johnson con sus ojos azules— eres demasiado bueno para ser negro. Es una lástima. Debías haber pertenecido a una de las razas superiores, para tener también la inteligencia. Ahora tienes la naturaleza de los buenos, pero te falta la inteligencia.

—No temo nada del mundo.

—Ya sé, hombre, ya sé. Te subiría el sueldo si la Compañía lo resistiera.

A la noche siguiente, tiene Gollup que ausentarse. Va de caza con Tring. Quieren encontrar un león. Desde hace algún tiempo, Tring, enterado de que Gollup ha cazado ya varios leones en Fada, le ha estado pidiendo que organice una cacería de leones. El nuevo juez está impaciente por cazar un león en esta su primera estancia en la selva, por temor a no tener luego otra ocasión. Es como si el joven funcionario, al comienzo de su carrera colonial, esperase no residir más en un puesto lindante con la selva. Por lo pronto,

quiere sacarle a la selva todo el jugo que ésta puede darle a un joven ambicioso, incluyendo un león.

A Gollup no le gustan los funcionarios coloniales, a pesar de su faceta militarizada, porque los considera como enemigos naturales de todos los soldados y de todo gobierno racional; pero no le ha sido posible rechazar la cortés invitación de Tring. A las cinco de la mañana sale con su viejo rifle del ejército, su maleta, una cesta de comida y acompañado por un cazador indígena. Se dirigen a una aldea donde un león se ha comido recientemente a una mujer. Sus últimas palabras a Johnson han sido.

—Sabe Dios cuándo estaré de vuelta; el joven míster *Tringaling* se ha empeñado en tener su piel de gato aunque me cueste media semana de marcha y seis semanas de lumbago. Estos niños de sus mamás son muy tercos cuando se trata de ser héroes. En fin, que si no estoy aquí mañana no olvides ponerle la leche a la gata... Quiero decir, que le des a Matumbi su botellita de licor... y no andes jugando con ella... Si baja a fastidiar por la tienda, dale un buen empujón. Por supuesto, no se te ocurra hacer de las tuyas —¿comprendes, negrito?— que ya conozco tus trucos. Te prohíbo terminantemente que te aproveches de mis *barassa* (bebidas) porque te daría una tunda que saldrías rodando por los aires. Y nada de fiestas en mi casa, porque si me entero que has traído aquí a tus amigos te sacaré las tripas y te las ataré al cuello, ¿te enteras, negrito? Ya tú me conoces y sabes que yo también te conozco a ti. Hemos sido todos muy felices aquí; de modo que sigamos siéndolo o me veré obligado a alterar tu vida doméstica porque tendrán que alimentarte con una bomba de bicicleta de estropeada que va a quedársete la cara.

Johnson sonríe encantado y dice.

—¡Oh, sargento, yo tengo cuidado de todo demasiado bien!

Y, al instante, coge una escoba y empieza a barrer el suelo. Incluso cuando el sargento se ha marchado ya, sigue Johnson dando muestras de responsabilidad y de celo. Comprueba el dinero que hay en la caja y, abriendo el cajón del cambio con su «llave» particular, cuenta el dinero que hay en él y, al ver que faltan tres chelines, sólo coge tres más para gastos menudos.

Entonces invita a Benjamín para pasar un rato charlando tranquilamente en la tienda. Después, le sorprende caer en la cuenta de que no ha dado una fiesta desde hace mucho tiempo; por lo menos cuatro días. Invita a dos policías, cinco o seis jóvenes de la ciudad, un sólo tambor y a Matumbi. Una hora después, por acuerdo general, manda llamar a dos tambores más, pide más cerveza e invita más mujeres. Matumbi llama a unas cuantas compañeras; una docena de muchachas cuarteleras que empiezan a relinchar

como caballos y a maldecir como carreteros desde un kilómetro antes de llegar al almacén. A las siete y media, cuando hay quizá cincuenta personas en el recinto del almacén armando una terrible algarabía, se levanta un fuerte vendaval. Empiezan los truenos, que hacen temblar la tierra, y caen chispas por allí cerca. La lluvia arrecia como si se hubieran roto los diques del cielo. Los bailarines y los cantantes, que estaban en los patios del recinto, se refugian en el edificio de la tienda y Johnson, comprendiendo que la reunión necesita ánimos, manda traer ginebra abundante. En efecto, ha sido una idea muy sensata porque todos se reaniman como por encanto y el ruido aumenta en proporciones alarmantes. Es imposible decir si lo que hace vibrar el edificio de la tienda son los truenos o la danza. Imposible saber si el *crescendo*, que produce en los cráneos la sensación de que van a saltar hechos pedazos, lo causa el martilleo de la lluvia en los tejados de hojalata o el espantoso redoble de los tambores o del *tam-tam* debajo del mostrador; si la demoníaca aparición de los bailarines desnudos, que chillan y hacen los más horribles visajes y cuyas caras parecen inhumanas a fuerza de dislocarse sus facciones, si este efecto se debe a los relámpagos reflejados por el río a través de las ventanas, o a pura escenografía de la fiesta. Para Johnson, todo esto es un gran éxito. Está en medio del torbellino humano, debajo de la lámpara especial contra huracanes, vestido con su mejor traje blanco y su sombrero gris pálido y tiene una expresión seria. Suda a chorros como si se estuviera disolviendo en el propio calor de su cordialidad y abre la boca de vez en cuando para lanzar un potente alarido de la misma calidad y casi de la misma fuerza y duración que una sirena antiaérea. Ha acabado de lanzar una de esas prolongadas ululaciones victoriosas y su rostro vuelve a recobrar su aspecto tranquilo y contento, cuando la puerta trasera del recinto se abre de pronto, y Gollup, con su traje de la selva empapado, entra como una flecha. Viene silencioso como una bomba. Utilizando como trampolín la mesa escritorio, da un salto de dos metros hacia el interior de la habitación y tumba de un puñetazo al primer hombre que encuentra, un enorme barquero, a quién envía contra uno de los tambores. Luego ve a Johnson debajo de la lámpara y embiste contra él como un toro de la selva. Johnson no tiene tiempo ni de cambiar de expresión antes de que el puño de Gollup le dé en la nariz y le envíe rodando al suelo con los talones por encima de la cabeza.

Hay un instante en que los presentes ven a Johnson apoyado sólo en la nuca y con sus largas y delgadas piernas ondeando horizontalmente por encima de su cara. Los que se hallan cerca, manchados de la sangre sacada de

la nariz de Johnson por ese único golpe, se limpian las mejillas mientras se retiran lentamente.

Johnson, que se ha quedado como de piedra, va recobrándose poco a poco, se levanta lentamente y apenas ha recobrado el equilibrio cuando recibe otro golpe en la nariz que le hace dar otro salto mortal. Esto le enfada mucho y cuando consigue ponerse a cuatro patas, echando sangre por la nariz como por un grifo, exclama:

—¡Yo no tengo miedo a usted, sargento Gollup!

—Levántate, cochino, hijo de perra, levántate y deja que te dé uno de verdad.

—Yo no temo a usted, sargento Gollup. Usted no sirve de golpearme a mí; usted se va ahora.

—Ajajá, ¿conque yo no sirvo para pegarte, eh? Levántate y ahora lo verás.

Johnson salta de pronto sobre Gollup con los brazos girando como un molino y los pies en frenético movimiento. Gollup, asombrado, da un furioso puñetazo en el aire, pero la movilidad de Johnson impide que le toque. La rodilla del negro le alcanza en pleno estómago mientras que el molinete de su puño le da en el ángulo de la mandíbula y le hace caer, flojo como un saco vacío. Sus ojos azules miran al cielo, inmóviles y con el mismo asombro reflejados en ellos, mientras que su puño derecho se abre y se cierra aún varias veces como en un débil entrenamiento de una serie de *knockouts*. Las puntas de su bigote se levantan muy despacio, rígidas como las antenas de un insecto moribundo. Por fin, la mano se relaja y se queda abierta e inmóvil.

Johnson, que se ha caído hacia atrás por la violencia de su esfuerzo, está otra vez a cuatro patas mirando con horror e incredulidad el cuerpo yacente de su amo. Hay en el local un silencio absoluto. Entonces, repentinamente, empiezan todos a gritar aterrorizados y todos a la vez se precipitan hacia la puerta. El almacén tiembla, la madera se resquebraja por algunos sitios, una mujer chilla, y por fin los pasos se pierden en todas direcciones. En la tienda no quedan más que Johnson y el cuerpo de su amo. Waziri llega en seguida galopando.

Tring, muy disgustado por el fracaso de la caza y por el escándalo del almacén, se presenta en pijama de seda azul pálido con pintas rojas.

—¿Qué diablos pasa aquí, Waziri?

—El empleado Johnson ha matado al comerciante Gollup.

Tring toca su silbato inmediatamente; llama al sargento, va a vestirse adecuadamente y vuelve a la tienda. Todavía está iluminada. Se oyen voces dentro. Tring, con el revólver en la mano, empuja la puerta y ve a Gollup

sentado muy derecho en el suelo y a Johnson también sentado en la misma postura frente a él. Gollup se sostiene la mandíbula con una mano y levanta la otra con un gesto profético. Ambos miran sorprendidos al ver a Tring. Gollup se levanta, se limpia el polvo de las rodillas y dice:

—Perdone usted, míster Tring.

—Entonces, ¿no lo han asesinado a usted? ¿Le atacó Johnson? ¿Quiere usted presentar la demanda?

—No, míster Tring. De ningún modo. Ha sido un leve accidente... nada más.

—Pero, ¿no necesita usted nuestra ayuda?

—No, señor.

Gollup rechaza esta intervención con fría dignidad.

Tring se retira. Gollup se vuelve a Johnson y le dice:

—No me gusta lavar en público los trapos sucios de la Compañía y tampoco sería justo contigo, Johnson. Sé que ha sido un accidente porque tú no lo habrías hecho nunca queriendo. Pero comprenderás que no puedo permitir estas juergas en mi casa. Si no mantuviera aquí la disciplina, ¿adónde iríamos a parar? Desde luego, esto ha sido un escándalo delante de tanta gente, y, lo siento, pero tendrás que estarte un mes sin aparecer por aquí. Sintiéndolo mucho, Johnson, sintiéndolo de verdad, debes creermelo, no podría permitir que siguiera en mi casa una persona que falta a la disciplina aunque sea por accidente. Te tengo mucho afecto, Johnson, pero he de pensar en mi responsabilidad para que las cosas marchen como deben. ¿Cuánto te debo? Tres libras, seis chelines y ocho peniques, menos cinco chelines como multa.

Gollup abre la caja de caudales, le paga a Johnson, que le firma un recibo, y le ordena salir de su casa antes de las seis de la mañana.

—Lo siento, amigo Wog, lo siento de verdad. Eres el mejor negro que he conocido y nunca me tuviste miedo.

—No —dice Johnson, muy triste—. Nunca le tuve miedo, míster Gollup.

Se separan con un apretón de manos y Johnson, cogiendo su linterna y dirigiéndose hacia su casa, se repite a sí mismo: «No le tenía miedo.» Entra en la choza de Bamu y la encuentra profundamente dormida. La despierta y ella se le queda mirando extrañada.

Johnson se estira todo lo que puede para darse mayor importancia y dice:

—¿Me ves bien, Bamu? Pues yo he tumbado a míster Gollup, que parecía muerto. Y vino el juez con la policía.

Bamu, en vista de que sólo se trataba de eso, vuelve a cerrar los ojos. La vieja Sozy acude para calentar los queridos pies de su amo.

—¿Oyes, Sozy? Yo mato a hombre blanco.

—¡Oh!, *da dadi*.

—Ven, Bamu querida. Tenemos que hacer el equipaje.

Bamu dice con voz soñolienta:

—¿Adónde vamos?

—Vamos al Sur, donde está el buen comercio. Seremos ricos, querida mía. Tendremos un auto y serás tan importante como una gran señora de Lagos.

Bamu no hace el menor comentario. Se levanta y empieza a preparar sus cosas en el gran cajón. Sozy se alarma y la mira. Murmura un par de veces: «*Da dadi*».

—Ven, Sozy, recoge todas las cosas de la cocina.

Sozy se siente ya aliviada. Sabe que todavía la necesitan. Reúne las ollas, los platos, las cantimploras, los recipientes llenos de harina, pimienta, sal y azúcar, la botella de aceite de nuez, la nafta, dos pollos y el paquete de astillas secas.

Al amanecer no quedan rastros de Johnson y de su familia. Sólo se sabe que han pasado en dirección sur por la vieja carretera.

Tring no tiene vacaciones hasta diciembre. Termina su investigación de la oficina de Fada en agosto y está escribiendo un informe especial sobre «La organización de un puesto colonial en la selva» cuando algunos de los periódicos ingleses, durante la temporada en que no ocurren otras cosas dignas de mención, piden una reforma penitenciaria. En las tres semanas siguientes se dedica Tring a reconstruir la cárcel de Fada con celdas aparte para los condenados, saca fotografías de ellas con algunos presos cuidadosamente lavados y envía un informe especial sobre «La organización de las prisiones indígenas», por J. S. Tring. Este informe es citado poco después por el Gobernador en el suyo anual y se discute en los medios oficiales de Inglaterra, donde el asunto de la reforma penitenciaria ocupa aún mucho espacio en la Prensa y en la opinión.

Nadie, ni siquiera Bulteel, llama a Tring un farsante, porque, en realidad, es un funcionario muy competente. Cumple con su deber tan bien como el que más. Su prisión es modelo. Pero no cabe duda de que es una de esas personas que por una habilidad congénita e inconsciente, sabe aprovechar las ocasiones y ocuparse de lo que, en cada momento, interesa más a la gente que a él le interesa. Cuando pide permiso antes de tiempo, en octubre, para resolver asuntos privados de carácter urgente, se lo conceden en seguida y se marcha en el primer barco disponible para asistir a un curso de criminología y

para dar una serie de conferencias sobre el tema «Una nueva vida para el delincuente africano».

Tring deja irás él la certeza —incluso en las mentes indígenas— de que nunca volverá a un sitio tan salvaje como Fada. Incluso ha conseguido llevarse su piel de león. A Blore le han concedido el retiro y no queda nadie disponible para Fada excepto Rudbeck, el cual, de regreso de su permiso, en noviembre, vuelve a ser destinado a su antiguo distrito con una severa advertencia que le hace Bulteel para que lleve bien las cuentas.

—Sí, no puedo exponerme a más historias —le dice Rudbeck.

—Es verdad, como padre de familia... porque me han dicho... el oficial médico de aquí, me contó algo... —Bulteel parece un benévolo médico de cabecera.

—Bueno, todavía es un poco prematuro.

Rudbeck ha superado sus primeras timideces de hombre casado. Habla del embarazo de Celia con toda naturalidad.

—Todavía le faltan siete meses, pero ella está completamente segura.

—Querido Rudbeck, me alegro muchísimo.

—Sí, no es mal asunto. Veo que tiene usted ahí el mismo árbol de *kuka*. Creí que iba usted a mandarlo quitar.

Rudbeck mira por la ventana. El tono de su voz expresa verdadera alegría al reconocer el decrepito *kuka* frente a la residencia de Dorua.

—Sí, todavía sigue ahí. ¿Se alegra de haber regresado?

—Sí, bastante.

Y Rudbeck, al decirlo, parece extrañado.

—Muy bien, pues me alegro mucho de volverle a ver. Ya vio usted lo que dijeron de su carretera. Su Excelencia le ha concedido mención especial.

—Sí, pero ese arrivista de Tring ha congelado todos los fondos.

—Es una desgracia —Bulteel frunce sus labios gruesos y pequeños y de pronto exclama—: Este asunto ha tenido el efecto más sorprendente sobre los ingresos provinciales... Sí, de lo más sorprendente.

Su voz revela una gran satisfacción. Bulteel ha leído media docena de informes de Rudbeck insistiendo en que la carretera debe ser terminada para mejorar el comercio de la región, y en todos ellos ha escrito al margen: «El punto de vista de míster Rudbeck merece ser considerado con toda atención en cuanto el estado del Tesoro permita ampliar la construcción de carreteras. De la terminación de ésta hay que esperar un gran aumento del comercio local.»

Pero le deja asombrado ver que con menos de cincuenta kilómetros de carretera, sin más enlaces, se haya producido efectivamente ese gran aumento del comercio. Como todos los demás funcionarios antiguos que, después de escribir un millar de informes, se maravillan de que uno de ellos haya producido efectos prácticos, le parece como si el papel de sus despachos empezara a tomar vida.

—Desde luego, me ha producido una gran sorpresa —continúa, levantando las cejas—. Incluso nuestro mercado casi se ha duplicado, lo cual ha sido estupendo en el informe anual. —Y se ríe con una risita que le arrebola el rostro, y mira a Rudbeck—: Incluso nos han felicitado, por primera vez en muchos años. —Y moviendo la cabeza con pesadumbre, añade—: Es una verdadera lástima que no podamos seguir con ella.

—El comercio ha estado siempre allí —dice Rudbeck, dirigiéndose hacia la otra ventana y haciendo resonar el suelo con sus pesadas botas de selva. Está inquieto como un hombre cansado de las vacaciones y deseoso de volver a emplear sus energías—. El más tonto podía haberlo visto. —Entonces enrojece y frunce el entrecejo. Tiene la sensación de haber dicho alguna impertinencia pero no sabe qué es. Bulteel le sonríe y le vuelven a desaparecer los ojos. No se siente ofendido porque sabe que lo que Rudbeck ha querido decir no es «usted era tonto al no darse cuenta», sino «no me atribuyo el mérito de haberlo visto antes que nadie».

—Si usted, Bulteel, consiguiera el dinero para terminarla, transformaríamos la provincia.

—¡Ah!, sería estupendo... sería una gran ventaja para todos. —Se ríe—. Yo sería el primero en salir ganando. Me considerarían un hombre extraordinario.

—Lo harían a usted gobernador, señor.

—Mientras tenga algo de qué informar, creo que me irá muy bien en Dorua. Después de todo, disponemos de un magnífico campo de golf.

Y se ríe entre dientes hasta ponerse otra vez colorado, y Rudbeck sonríe y frunce el entrecejo al mismo tiempo. De pronto, Bulteel se pone serio y dice:

—De todos modos, es una lástima.

Evidentemente, comprende que el desarrollo de los transportes sería más interesante que el golf.

—Pero, ¿de dónde va a salir el dinero?

Se miran unos momentos y luego dice Bulteel:

—No puede usted volver a arriesgarse.

Después, una pausa y Bulteel pregunta con repentina animación:

—¿Cómo van las cosas por allá?

—El mismo lío de siempre.

—Ah, sí, claro, eso no tiene remedio. —Mueve la cabeza y parece abatido. Nadie sabe cómo pueden arreglarse las cosas.

—Parece que todo se va a ir a la porra.

—Sí, la civilización lleva mal camino.

Ambos reflexionan unos instantes.

—Y es que todo va demasiado deprisa —dice Bulteel, moviendo la cabeza y frunciendo los labios.

—O demasiado despacio.

—Sí, también pudiera ser.

Entonces Bulteel sonrío de nuevo, contento de ver allí otra vez a Rudbeck y de poder discutir con él sobre el buen éxito de la carretera y el informe anual.

Rudbeck dice con voz preocupada:

—Lo único cierto es que habrá que pagar las consecuencias de todo esto antes o después.

Al mirar a Bulteel, lo ve sonreír intencionadamente.

—Desde luego, hay aquí una parte de la consignación que no se ha empleado —dice Bulteel.

Rudbeck recobra en seguida los ánimos. Ya se ha cumplido el imprescindible rito del sacrificio al espíritu de los tiempos.

—Si yo pudiera disponer de un centenar... Me bastaría con cincuenta libras para empezar.

—Creo que hay bastante más en la provincia, pero no debe usted tener líos con la Hacienda, Ruddy, nunca me lo perdonaría.

—Lo comprendo, señor. Tendré mucho cuidado. Haré trabajar a Suli de acumulador.

—¿Suli? ¿Quién es Suli?

—«A Suli por confeccionar doce uniformes *dogarai* poniendo el paño y los materiales.»

—¡Ah!, sí, sí. —Bulteel levanta las cejas y luego rompe a reír ruidosamente—. Vaya, vaya, vaya. Suli es un miembro muy valioso de la Administración.

—No sé cómo andaría este país si no lo tuviéramos a él.

—Bueno, pensándolo bien, este Suli no está muy complicado.

—No; hasta ahora se ha mantenido al margen como un hombre invisible.

—Sí, sí. ¡Ja, ja, ja! Pero, Ruddy, tiene usted que ser muy prudente y no sólo por usted mismo. Como hombre casado, no puede permitirse...

—Seré prudente, señor —Rudbeck está un poco impaciente—. ¿De cuánto cree usted que puedo disponer?

—Recuerde que ningún departamento administrativo puede exponerse a que las normas sean vulneradas.

—Ya lo sé; ya me cuidaré de que no suceda nada de eso, ¿Cree usted que podré disponer de cien libras?

—Creo que sí..., si contamos también con la Administración indígena de Dorua. Al Emir no le importará. Acabo de conseguirle un aumento de sueldo. Disponemos de algún dinero en la sección de obras imprevistas y una consignación especial para el nuevo Tribunal indígena. Además, el jardinero del puesto ha fallecido hace poco. Podríamos utilizar su sueldo para uno de los capataces de la carretera... o quizá diera para dos.

—Dos Sulis.

—¿Dos qué? ¡Ah!, sí, sí. Pero la verdad es que se llamaba José. Tendremos que seguir empleando su nombre para que no haya dificultades. No quiero perder mi jardinero.

—¡Estupendo! Será un alivio poder cambiar de nombre en los recibos. José nos vendrá muy bien. Pero, ¿cómo se las va a arreglar usted, señor, para cultivar el jardín y la huerta?

—No se preocupe. Dedicaré a esa tarea uno de los presos indígenas o a algunos de ellos, y el sargento de policía los vigilará.

—Gracias, señor.

—¡Ah!, tendremos que matar a José antes de que yo me vaya de permiso.

—Estoy seguro de que Suli estará dispuesto a substituirle. Entrará en funciones otra vez.

—¿Qué Suli? ¡Ah!, ya sé. Bueno, pero tenga usted mucho cuidado, Rudbeck. No merece la pena arriesgar su porvenir. Aténgase a los reglamentos lo más que pueda. Ésa es la manera de seguir en el escalafón, querido amigo, y ahora lo necesita usted como padre de familia.

Una semana después los campesinos que llegan a Fada preguntan: «¿Qué ha ocurrido aquí?» Y les explican: «El Juez Serpiente se ha marchado y el juez Cuello de Cerdo ha regresado.»

—El mercado está atestado de gente.

—Sí, y el Emir ha mandado azotar al jefe de la cárcel.

—¿Por qué?

—Pues porque era gran amigo del juez Serpiente. Se ha quedado hecho polvo. Si quieres conseguir algo ahora tienes que dirigirte a Audu o a Tasuki.

—¿Es posible? ¿Tasuki, el de la carretera?

—Sí, el mismo. Cuello de Cerdo lo sacó de la cárcel el primer día.

Los Estados indígenas de Nigeria están acostumbrados a los repentinos cambios de poder y de *tempo*. Cada nuevo jefe blanco tiene sus propios gustos y sus sistemas personales. Lo importante para los ministros nativos es conocer de antemano en qué consisten esos gustos. ¿Le gustan las ceremonias? Entonces hay que salir a recibirlos con camellos, tambores y saludos reales. ¿Prefieren pasear por las fincas y ocuparse de las cosechas? Entonces, hay que poner a su disposición en seguida unos cuantos labradores de confianza para que les cuenten lo que más convenga. ¿Oodian las sinecuras? Pues un Consejo indígena decidirá cuál de los antiguos pensionados del Emir debe ser sacrificado.

Tring ha resultado una desagradable sorpresa. Los agentes de Waziri lo han descrito como un juez *mallam*, es decir, preocupado exclusivamente por el trabajo del despacho; un tipo que sólo quiere estar sentado y escribiendo. Esta especie de jueces es la más inofensiva, la menos temida. Nunca descubre nada. Escribe toda la mañana, practica algún juego a última hora de la tarde, bebe con otros blancos y charla con ellos sobre lo que ocurre en Inglaterra. Estos jueces se creen todo lo que dicen los informes oficiales, porque ellos no hacen más que escribir informes de esa clase. Son el sueño dorado de las Administraciones indígenas, de todos los emires y *waziris*, de todos los granujas y caciques.

Pero Tring ha constituido una excepción dentro de esa clase de jueces, ya que, siendo un burócrata perfecto, se ha dedicado desde la primera semana a hacer visitas sorpresa al Tesoro indígena y a la prisión, y en seguida ha puesto en la calle a doce empleados. Por culpa de él ha estado a punto de morir Waziri, porque el Emir, después de su primera entrevista con el juez, ha vuelto a su casa en tal estado de irritación que ha condenado a Waziri a un centenar de latigazos con el látigo grande de las ejecuciones. Luego lo indultó

al recordar que Waziri, por ser el único funcionario inteligente de que disponía, le era indispensable para burlar a Tring.

Tring atacó a la Administración indígena por sorpresa, y cuando el nuevo empleado, míster Montagu —que substituye a Johnson— anuncia que Rudbeck vuelve, todos se alegran de conocer ya los gustos de Rudbeck. Esta vez no habrá sorpresas. Todos los constructores de puentes, capataces de la carretera, tambores, obreros sin trabajo, etc., acuden a toda prisa al poblado de Fada. Los establecimientos de bebidas están bien provistos de cerveza, y las prostitutas de ínfima clase —especializadas en soldados y policías— se compran nuevos vestidos. En un solo día los prisioneros de la cárcel pierden la mitad de sus raciones, robadas por el nuevo jefe de la cárcel, y sus celdas separadas no se utilizan porque constituyen un fastidio para los guardias.

Es mala época. Los precios han bajado mucho porque en Europa y en América los comerciantes en papel han comprado demasiada cantidad de madera y luego la han vuelto a vender en seguida. Los niños se mueren de hambre en Fada, en los pueblos de la selva y en los suburbios de Londres y Nueva York exactamente por las mismas razones. Por tanto, hay centenares de obreros sin trabajo que quieren formar parte de las cuadrillas de Rudbeck. Y aunque éste no los acepta a todos, toma muchos más que antes. Algunos dicen, pero nadie lo cree, que Rudbeck se propone unir Fada mediante su carretera con Kano y Sokoto.

Lo cierto es que ahora hay media docena de campamentos para el trazado de la carretera en vez de uno, como antes; que se construyen a la vez seis puentes y que a Rudbeck no se le ve casi nunca en su despacho. Le llevan el correo a la selva; los telegramas se los envían por bicicleta o por mensajeros, que van corriendo. El pobre empleado, Montagu, gasta tanta suela yendo y viniendo entre Fada y el campamento de turno, que acaba perdiendo la dignidad y va descalzo. Algunos arrivistas, como Audu, andan como reyes y tienen bajo su mando centenares de obreros.

Audu está despachando con Rudbeck una mañana en su despacho del campamento —que consiste sólo en una estera colgada entre cuatro palos retorcidos—, cuando el mensajero Adamu, que incluso en la selva es un rutinario implacable, insulta a uno de los hombres que esperan en la cola en busca de trabajo.

—¡Sinvergüenza, ladrón! —grita Adamu—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí?

El sinvergüenza es un desmañado joven vestido con unos pantalones hechos ya unos guiñapos y que cubre su cabeza con sólo el ala de un

sombrero de cuero. Va acompañado por una mujer joven, también en harapos, que lleva un niño a la espalda.

Al volver Rudbeck la cabeza para ver qué ocurre en la cola, el solicitante se quita el ala del sombrero y grita:

—¿Cómo está usted, señó? Dios le bendiga, míster Rudbeck.

—Cállate, basura —chilla Adamu.

—Pero si es Wog... quiero decir Johnson —dice Rudbeck, y recorriendo la cola llega adonde está Johnson y le estrecha la mano:

—¿Qué diablo ha estado usted haciendo, Johnson? ¿Domando leones?

—No, señó —Johnson se ríe—. He estado en negocio.

—No sabía que fuera usted sastre.

—¿Sastre, señó? No, señó. Hago negocio.

—¿Qué clase de negocios?

—De toda clase, señó. Hago todos negocios. Pero cuando oigo usted de regreso en la carretera, pienso que vengo a verlo.

—Muy bien, Johnson, no tengo colocaciones a no ser de picapedrero a seis o nueve peniques por día.

—Eso me gusta muchísimo, señó.

—¿Pero cómo va usted a arreglárselas con nueve peniques al día?

—Sí, señó. A veces trabajo por nada al día.

En ese momento sale Celia Rudbeck de su choza con un cuaderno de dibujo en una mano y una silla plegable en la otra. Está cambiada, no de aspecto sino de carácter. Antes parecía una persona que no había estado nunca en ninguna parte; ahora parece una viajera tan experimentada como si hubiera estado siempre en todas partes. Ve a Johnson, vacila, luego se le acerca sonriente y le dice:

—Ah, míster Johnson, ¡qué sorpresa tan agradable!

Le estrecha la mano mirándole con ese afecto natural que se siente por un criado fiel y dice:

—Somos viejos amigos.

—Oh, sí, señora —dice Johnson. Y de pronto empieza a llorar. Las lágrimas le corren por las mejillas—. Yo creo usted mi amiga. Dios la bendiga, *missus* Rudbeck.

Celia lo mira extrañada y, luego, notando sus harapos, dice:

—Pobre míster Johnson, está usted sin trabajo, ¿verdad?

—Sí, *missus*. Tuve demasiados malos informes.

—¿Quién dio malos informes de usted?

La mirada de Johnson tropieza con la de Rudbeck y dice:

—Todo el mundo, señora. Yo no buen empleado.

Rudbeck sonríe y le da una palmada en la espalda:

—Sus energías se desperdiciaban en la oficina, Johnson. Éste es el sitio adecuado para los que trabajan de verdad.

Johnson es nombrado secretario de un Tribunal indígena con un sueldo de dos libras al mes, y puesto al frente de una cuadrilla de trabajadores. Cuando sus hombres realizan doble trabajo que las demás cuadrillas, Rudbeck va a verlo y lo encuentra paseando con un sombrero nuevo de paja, seguido por un chiquillo que le lleva el taburete y tres tambores que tocan el *tam-tam* con todas sus fuerzas. A cada pocos segundos, Johnson lanza un grito penetrante que corean sus trabajadores.

—Está usted sacando mucho rendimiento de su cuadrilla, Johnson.

—Ellos, buenos hombres... muy buena cuadrilla. Ellos quieren haser carretera.

Johnson no tiene idea de porqué sus hombres trabajan mucho más que los otros. Rudbeck lo asciende a capataz de todas las cuadrillas, excepto los especialistas de construcción de puentes, que siguen bajo el mando de Tasuki. Johnson llama en seguida a otros veinte tambores, no porque piense que con esto aumentará el ritmo del trabajo sino sólo porque la cosa le divierte. Como le dice a Rudbeck:

—Me gusta oír esos tambores cuando trabajamos. Los hombres gustan muchísimo cantar.

Se compra una nueva silla plegable, un casco blanco y un par de zapatos de cuero. Los zapatos los lleva sólo el domingo; los demás días va descalzo, seguido por el chico que lleva el sombrero y la silla como si fueran los distintivos de su mando. Nunca se le ha visto sentado en la silla. Cuando pasa revista a una cuadrilla, coloca el sombrero sobre la silla como una corona real sobre un trono. Pero, una vez bien establecidos los símbolos de su rango, se mezcla con los trabajadores, cuenta chistes, divierte a los tambores o improvisa un coro. A veces coge un hacha o un machete, pero aunque hace con ellos los gestos más tremendos, nunca da un golpe efectivo. Se limita a ilustrar y expresar m micamente la acción de cavar o la de talar de modo que los obreros se ríen y convierten su trabajo, tan duro, en una especie de poesía y ríen mientras cantan con él:

*Ag chate, rey del algodonal,
pon tus verdes manos en el polvo;
saluda a los hombres del camino,
a los del camino de m ster Rudbeck.*

Y, sin embargo, al mismo tiempo, manejan sus herramientas como los guerreros sus armas, prorrumpen en bárbaros gritos bélicos y lanzan terribles insultos a los tremendos árboles que les obstruyen el camino.

Cuando Johnson describe la riqueza y la gloria que la carretera traerá a Fada los jornaleros le gritan:

—Sí, mucha historia y sólo seis peniques al día para venir —pero cuando canta:

*Aquí vienen los motores, fut fut, guang guang
llenos de servesa y de sal.*

todos se contagian y se unen a él:

*Apártate, éste es el camino real.
Por donde va, los gigantes árboles caen.
Y el sol y la luna, andan, andan,
por la carretera grande de Fada.*

Por todas partes, en la carretera, los obreros se burlan de Johnson, le llaman «explotador de esclavos», «el de los trucos», «cancioncitas», «el ladrón empleado» y cosas por el estilo. Saben perfectamente por qué están trabajando para él más que para ningún otro capataz y, sin embargo, siguen realizando el mismo esfuerzo para poder cantar y gritar con sincera apreciación de la obra en que están colaborando:

—¡Alá, vaya carretera!

Un día llega Bulteel con Rudbeck para inspeccionar las primeras cincuenta millas realizadas. Felicita a Rudbeck, el cual señala con la cabeza a Johnson, que está, muy tieso, un poco más allá desempeñando su papel de ayudante.

—Éste es el tipo que lo hace todo.

Johnson se ríe con el chiste y mueve la cabeza.

—Es el hombre de las ideas —insiste Rudbeck. Luego, mirando a Johnson bajo el largo mechón que le cae siempre sobre el ojo derecho, añade agradecido:

—En realidad, si no fuera por él y Tasuki, no habría llegado aquí la carretera.

Bulteel dice cortésmente con una risita:

—Sí, he oído hablar de su excelente trabajo, míster... ah... Johnson.

En el fondo él no cree que nadie realice un trabajo excelente. Pero Rudbeck, que pronunció aquellas palabras inconscientemente, está sorprendido por lo que ha dicho. Mira a Johnson pensativo como si quisiera

verlo bien por primera vez. Luego rompe a reír, lo cual significa que se ha contentado con seguir pensando lo mismo de él y dice:

—Nos tiene a todos animosos y alegres.

—Muy bien, Johnson. He de llevármelo a usted, si me lo deja míster Rudbeck, para algunas de mis obras en Dorua. Y a propósito, Ruddy, tenemos que hablar sobre la circular... —y se alejan para tratar de asuntos importantes. Johnson se dirige presuroso al campamento para anunciarle a Celia que ha llegado el Residente.

—Gracias, Wog, piensa usted en todo, ¿cómo supo usted que yo quería que me avisaran? Sería usted un marido ideal.

—Soy un marido, señora —dice Johnson encantado.

—Ya lo sé, hombre. ¿Cuántas esposas tiene usted?

—Sólo una, señora... y usted la conoce. Usted dise ella muy hermosa y agradable.

—Claro que la conozco —dice Celia.

En estos últimos tiempos está siempre abstraída y no se fija en lo que dicen ni en lo que sucede en torno suyo. Ya no se preocupa de África, nunca va de paseo a ver las cosas típicas y a veces se queja del polvo, del calor y de los ruidos nocturnos. No va de un lado a otro todo el día como si hubiera comprado un *ticket* de fin de semana para visitar Fada y sus alrededores y se viera obligada a aprovechar hasta el último penique de «vistas»; se ocupa muchísimo de los asuntos domésticos; como cualquier ama de casa en Europa, dispone las comidas de cada día, manda a buscar las provisiones que faltan, se preocupa de los pollitos, del estado de salud de sus criados, de remendar un roto en los pantalones de Rudbeck, de hacer punto y coser, de leer novelas... Fuma o se limita a estarse tumbada en un sillón contemplando a su marido con la expresión ausente del que mira por una ventana entre dos luces y no puede distinguir con claridad el paisaje.

Está engordando y su aspecto es más ordinario. O sea, que la cara delicada y bonita que parecía recién salida de un salón de belleza se está convirtiendo en un nuevo rostro con prominentes pómulos y mandíbula más cuadrada. Rudbeck, que nota su cambio, le dice de vez en cuando:

—Querida, ¿te encuentras bien?

—Absolutamente llena de bien, como diría Wog.

—Quiero decir si no tienes algo que te preocupe.

—No, por Dios, me parece que ya no tengo nada en la cabeza. La tengo muerta.

Pero a Johnson le parece tan hermosa que no puede reprimir una sonrisa cuando la ve o la recuerda.

A Celia no le desconcierta la admiración de Johnson. No presta mayor atención a Johnson que a los demás que la rodean. Es capaz de sostener conversaciones con Rudbeck o con Johnson sin enterarse de nada de lo que han dicho ellos. Esto no le molesta a Johnson, el cual entiende perfectamente que para Celia constituye él una parte de su casa, algo así como un objeto familiar; pero a Rudbeck le irrita tener que decir las cosas dos veces.

—Temo que las obras de la carretera sean un fastidio para ti.

—Por Dios, querido, me interesan muchísimo...

—No; ¿por qué iban a interesarte? A todos les fastidian. Lo siento.

Celia no hace ningún comentario. Evidentemente, le parece que este asunto no merece una riña. Tiene el aire ausente de una persona con serias ocupaciones que es molestada por una criatura. Sin duda, esto es lo que ella siente. Pero, aunque el trabajo de Rudbeck la aburre bastante, le interesa su manera de ser, que, por lo visto, la intriga ahora muchísimo.

Un día, en la piscina que han hecho en la parte baja del campamento, ve que han instalado una valla de esteras nuevas a lo largo del trozo de carretera que pasa por arriba. Mientras nada perezosamente, no deja de mirar esa valla.

Ya es después de las seis y hace frío. Johnson, desde la orilla y después de haberse bañado, está temblando. Junto a él se halla el chiquillo que le sirve de criado; Rudbeck flota de espaldas en medio de la piscina levantando una alta fuente de agua con sus velludas piernas. Rebosa de impaciente energía. También los pájaros, en los enormes árboles de la orilla, revolotean presurosos y trinan sólo por ocuparse en algo.

El cajero Audu se acerca, con su turbante blanco, su bata blanca y su inseparable libro de cuentas debajo del brazo. Como de costumbre, sonríe, encantado de sí mismo y de su trabajo. Ha sido tan feliz en estos últimos meses que, sin duda, tiene ya una idea muy diferente del mundo y de sus posibilidades. Permanece parado en la orilla sonriendo tímidamente hasta que Rudbeck viene hacia él y le da instrucciones para el trabajo del día.

Rudbeck tiene la piel roja y malva de tanto frío como hace. Se frota las piernas y silba tiritando.

—Sssssss... ¿Cómo va el puente número 3? ¿Qué le pasa que no avanza? ¿Quién está a cargo de él? ¿Es que se ha muerto de viruelas o sólo que está pidiendo una buena paliza? Sssssss... Y el trozo que va por el pantano... ¿cómo va?... Pregúntele a míster Johnson... Ssss.

El cuerpo de Rudbeck presenta ahora rayas púrpuras, verdiazules y salmón, cubiertas por una capa de oscuro vello en el pecho, en el vientre y en las piernas, lo cual le causa a Audu una sensación molesta. Procura tener la cara vuelta sin dejar por eso su nerviosa sonrisa, como si hubiera tenido que enfrentarse con las repugnantes llagas expuestas por un inocente.

Celia nada lánguidamente hasta la playa y se está de pie, en su bañador rojo, mirando pensativa la valla. Johnson y el chiquillo se apresuran a darle una toalla de baño y un albornoz. Le pregunta a su marido:

—¿Por qué han puesto eso ahí, Harry?

Rudbeck tiene ya la camisa puesta y se está poniendo los *shorts* de soldado y el cinturón.

—Es para que no miren los negros.

—Pero, hombre, la carretera es un camino público.

—Demasiado público. No se vaya usted, Audu. Quiero ver cómo van las cuentas. Ahora mismo iré al despacho.

Sube la pendiente como si el asunto que le plantea Celia quedase resuelto. Pero ella no le deja.

—¿De verdad te importa?

—¡Naturalmente! ¿A ti no?

—Pues... no. Me siento muy vestida en estas tierras.

Ya están en la carretera, junto a Johnson, que va cargado de esteras y toallas y los sigue como un perro fiel. Aunque, también como a un perro fiel, no le hacen el menor caso.

—¿Acaso te importaría que me vieran en bañador en Bournemouth o en Brighton? —pregunta Celia en tono divertido.

Rudbeck no contesta. Cree que ha hecho el ridículo pero aún no está muy seguro de ello. Quisiera saber a qué atenerse y siente un vago resentimiento como si alguien le debiera haber dicho lo que debía pensar.

—No tendrás celos, ¿verdad?

—Por Dios, claro que no. ¿Cómo voy a tener celos de una manada de monos como éstos?

—¿Y si fueran de verdad monos?

—Mira, Celia, vamos a dejarlo. ¿Por qué has de analizar todo lo que hago?

Celia, con voz triste y reflexiva, dice que nunca se le ha ocurrido analizar. Él contesta, de un modo muy cortés pero en tono irritado, que entonces muy bien; y ambos se quedan bastante deprimidos durante veinte minutos. Hace diez meses que Rudbeck y Celia no han tenido una discusión violenta pero sí

sus pequeñas diferencias casi dos veces al día y entonces en tales ocasiones se quedan muy abatidos. El resto del tiempo evitan con gran cuidado los choques, escogiendo las palabras y los tonos más apropiados a la comprensión y a los gustos del otro. Así, les parece que su vida en común, aparte de la rutinaria satisfacción de varios apetitos, se ha convertido en una serie de leves depresiones y engaños. No tienen idea de que están construyendo una relación tan completa y deliciosa que, dentro de un par de años, cada uno de ellos será indispensable para el otro y que, cuando pasen veinte años, sus amigos dirán de ellos dos: «Qué pareja tan feliz. Parecen nacidos el uno para el otro.»

Pasado febrero, resulta que la carretera no podrá terminarse antes de las lluvias. Falta dinero y los nuevos poblados que encuentran, en su avance por la selva septentrional de Fada, no envían trabajadores. Rudbeck está desengañado de los poblados que encuentra a lo largo de la carretera. No se interesan por las obras y le mandan muy pocos «reclutas». Los discursos pronunciados por los capataces —Johnson entre ellos— no han conseguido más que una docena de hombres aquí y otra allá, sobre todo en los pueblos de mayor población y más ricos, o sea, los ya provistos de mercado. Parece ser que los más pobres no quieren carreteras y les falta la energía e imaginación necesarias para librarse de su pobreza.

Ahora que la carretera atraviesa esta zona primitiva donde las aldeas, perdidas en la selva, se pasan a veces todo un año sin recibir la visita de un forastero, no hay manera de encontrar mano de obra. Sólo siguen trabajando las cuadrillas profesionales a razón de nueve peniques por día y por hombre. Incluso resulta difícil encontrar víveres para ellos. Rudbeck decide gastar lo que le resta de su consignación en los puentes. Ese dinero procede del arreglo a que ha llegado con Bulteel y de otras combinaciones hechas por él en Fada. La carretera sólo podrá terminarse en la próxima estación seca, después de que se haya hecho el trabajo campesino.

Tasuki y Audu están muy abatidos por esto, tanto que Rudbeck, olvidando su propio disgusto, se divierte de esa desesperación. Y le dice a Tasuki:

—Pero si debía alegrarse usted; su trabajo durará así otro año.

Tasuki mueve la cabeza y parece sorprendido. No ha pensado en su propio futuro. Incluso los obreros están decepcionados. Durante dos meses, han cantado:

Aquí vienen los motores, fut fut, guang guang.

El ritmo del trabajo empieza a disminuir. Una carretera que ha de terminarse al año siguiente es una idea demasiado confusa para la imaginación de esta gente. Ninguno de ellos puede figurárselo siquiera.

A Johnson no le gusta esta depresión y recorre las filas de cavadores diciéndoles:

—Terminamos ahora, pronto... terminamos este año.

Pero los hombres le contestan con miradas de resentimiento y a veces le arrojan un terrón del suelo, duro como un ladrillo.

Johnson se asombra enormemente de esta actitud y grita muy enfadado:

—Es culpa vuestra, que sois todos una basura. Vosotros sois los culpables de que no termine el camino.

Y a Rudbeck le dice:

—Creo terminamos este año.

—Ya hemos decidido que no... No es posible.

Al día siguiente repite Johnson muy contento:

—Creo terminamos este año.

Y Rudbeck le replica airado:

—Por amor de Dios, no diga usted más estupideces, Johnson. No tenemos dinero ni hombres.

—Oh, señó. Yo creo ellos, hombres de pueblos, vienen y pronto terminamos.

—No vendrían aunque los pagáramos. Son todos unos borrachos y unos vagos.

—Entonces, quisá vienen por servesa, señó... Hasemos buena fiesta... y terminamos este año.

Rudbeck trata ahora a Johnson con gran confianza:

—Mi querido testarudo, la cerveza cuesta dinero. Una cerveza lo bastante fuerte para interesar a estos malditos paganos cuesta a tres peniques la calabaza.

—Sí, señó; pero tenemos mucho dinero para *sungo*.

—¿Qué quieres decir?

—Es que, señó, este mes tenemos más dinero... Vienen más mercaderes.

Los *zungos* han estado pagando, en efecto, quince libras al mes a las dos tesorerías y el departamento de Hacienda ha enviado varios telegramas para saber por qué han disminuído los ingresos durante el último mes.

—¿Qué quieres decir?

—Quisá si ganamos más dinero con *sungo*, el tesorero no dise nada si el dinero es el mismo que mes pasado.

—Ya, ya. Quieres que robe el dinero del *zungo* para emborrachar a los paganos.

Rudbeck se pone furioso y acaba riéndose.

—Verdaderamente, Johnson, no les haces honor a los misioneros que te educaron.

—Pero, señó, si es dinero de carretera.

—Maldita sea, ¿no comprendes la diferencia que hay entre utilizar el dinero del Gobierno para obras que son también del Gobierno y apoderarse de los derechos del *zungo* para emborrachar a unos salvajes que llevan el trasero al aire?

—Oh, sí, señó.

—Espero que lo comprendas.

—Bueno, señó, pero yo creo terminamos carretera.

—Déjalo ya, Johnson, por lo que más quieras.

—¿Y si viene gente aldeas?

—Sí, sí, sí; pero como no van a venir...

Al día siguiente, Johnson y Audu se presentan en un pueblo situado bastante cerca del extremo de las obras y pronuncian los habituales discursos para el reclutamiento.

La asamblea del pueblo escucha en silencio. Ha terminado la cosecha anual; están de vacaciones. Hace más calor. Las mujeres preparan la cerveza del año. Todas las semanas hay una cacería; incendian la hierba para levantar a los corzos. Los hombres yacen en espera de su paso y, terminada la caza, hay una gran fiesta. Bailan y cantan y los tambores suenan toda la noche. El pueblo entero se emborracha. Son los días más felices del año, la época en que después de muchos meses de trabajo duro, puede el hombre vivir noche y día disfrutando de la amistad y de las mujeres con el corazón alegre. El joven caza, y su padre, sus tíos y hermanos pequeños admiran sus proezas o le compadecen en sus fallos. Por la noche cantan muy juntos unos de otros. El joven baila con el coro de los jóvenes y las muchachas saltan y giran en torno a ellos. Los conoce a todos, ha jugado con ellos desde su infancia, se tratan como hermanos y hermanas; son como parte de un mismo ser y en estos días cada uno de ellos enloquece del mismo frenesí y se ríe con las mismas bromas y siente en su cuerpo idéntico dolor. Sus cuerpos reaccionan de la misma manera y, mientras brincan y danzan, rompen a reír al verse tan raros y al notar el contraste entre sus disparatadas ocurrencias y sus caras, de una seriedad espantosa.

Por la mañana, nadie se levanta hasta que el sol está muy alto. Todos tienen los ojos cargados, los pies hinchados, dolor de cabeza y la mayoría presentan serios arañazos y cortes en toda su piel. Alguno tiene la oreja rota y no sabe dónde se la ha partido. Otro, un mordisco en la mejilla pero no sabría decir qué mujer le ha mordido ni por qué. Los hombres descansan en la sombra en grupos de amigos, malhumorados y lánguidos. Algunos de ellos se han atado cuerdas a la cabeza para aliviar el dolor. Las muchachas pasean en grupos cogidas de la cintura. También ellas se quejan, se llevan la mano a la cabeza y se enseñan sus cortes y arañazos. Pero no parecen tan lánguidas como los hombres. Se ríen mucho y alguna de ellas, mientras cuenta lo que le ha sucedido la noche anterior, marca unos pasos de baile. No han bebido tanto como los hombres y el amor no las ha dejado tan cansadas.

Cuando todos los habitantes del poblado se reúnen para escuchar a «Audu-Dinero-carretera» y «Johnson-Empleado», los jóvenes se instalan en las primeras filas apoyándose unos en otros. Los niños se tumban entre las piernas de sus madres y hermanas o gatean entre los grupos. Los mayores se sientan en medio, junto a los jefes; las mujeres de toda edad se arraciman al fondo; y los viejos desaparecen, escondiéndose entre los matorrales o en las cabañas.

Audu habla primero de la importancia del gran camino que los enriquecerá a todos y que les traerá todos los días comerciantes que pagarán a los hombres por su alojamiento y les comprarán alimento a las mujeres. A lo largo del gran camino llegarán «motores» que permitirán a los habitantes de esta aldea trasladarse con sus productos a otros mercados. Pero es necesario que todos trabajen si quieren tener la carretera; no mucho, sólo un poquito.

Las primeras lluvias —el comienzo del trabajo— se encuentran todavía a dos meses de distancia, tan lejos que no pueden ni imaginarlo. Las mujeres y las muchachitas saben que el discurso nada tiene que ver con ellas. Ellas harán lo que les digan. Clavan la soñolienta mirada en el orador y dejan que prosiga el fluir habitual de sus sentimientos.

Johnson sólo lleva encima unos pantalones sucios y una chaqueta blanca igualmente sucia y sin botones que se le abre cada vez que agita los brazos. En este momento blande un machete. Habla sobre el trabajo de la carretera. Es como un juego. Expresa a su manera Johnson lo que significa uno de los inmensos árboles que pretenden cerrar el avance de la carretera, y canta, mejor dicho, salmodia la canción de la carretera:

*Nos dice a los del camino: ¡Marchaos, hormigas; quietos, monos!
Soy Rimi, el rey de los árboles, estoy aquí hace cien años;*

*todo el cielo es mi palacio y ese chiquito sol es mi lumbre,
aquella lunita pende del techo porque es mi lámpara.
El trueno quiere asustarme con su trompeta,
pero mi caballo de batalla es la fuerte y sólida tierra
y el rayo quiere tumbarme inútilmente;
me empuja con su gran pecho pero no me muevo.
Con mi cabeza erguida, permanezco en silencio.
Todos los árboles de la selva se inclinan ante mí y murmuran:
«Agaisheka, rey Rimi, que Dios te prolongue.
¡Vete, hombre! Si no, mi caballo te aplastará.»*

Johnson declama estos versos libres con voz majestuosa levantando los brazos como si fueran ramas. De pronto, empieza a dar machetazos en el aire:

*Quítate de mi camino, rey Rimi, que avanza la carretera
y no hay rey que la pare, la carretera del chico juez Rudbeck.
Quítate de mi camino, rey Rimi, aquí están los hombres del juez
para abatirte, para cortarte por tus pies,
para hacerte astillas pequeñas, pequeñitas.
Inclínate ante los hombres del camino, rey Rimi,
saluda con toda tu largura a los hombres del camino.
Pon tus manos en el suelo,
y clava tu cara en el polvo.*

Los jóvenes de la aldea siguen dibujando en el polvo y gozan con sus perezosos dolores de cabeza; una muchacha situada en la primera fila de las mujeres, se halla inmovilizada, con los brazos cogidos por dos amigas y tiene que rascarse la nariz en los cascabeles que adornan el cuello de una de ellas. El cacique de la aldea levanta las cejas y casi cierra los ojos. Está impaciente por saber lo que Johnson y Audu van a pedir.

Es un jefe inteligente. Posee una buena finca. Es rico. No le gustan los cambios. Odia a los automóviles y, sobre todo, a los conductores. Ha oído decir que cuando los autos llegan a un poblado, sus habitantes empiezan a inquietarse, a viajar y a decirles desvergüenzas a sus jefes. Como el Emir, detesta especialmente la carretera Norte porque traerá muchos forasteros a Fada.

Johnson termina su discurso con una dramática descripción de los autos que bajan por la carretera llenos de ricos mercaderes dispuestos a pagar mucho dinero por las batatas. Y luego pide a los hombres presentes que cojan sus hachas y machetes y vayan con él a «jugar» en la carretera. Porque se trata de un juego, de una fiesta.

Nadie se mueve y los jóvenes siguen haciendo figuritas en el polvo con un dedo.

Cuando Johnson repite su patética llamada, algunos vuelven la cabeza como niños a quienes la niñera hace una señal para volver a casa. La

muchacha a la que pica la nariz intenta ahora rascársela con su propio hombro pero desiste de su empeño y mira otra vez a Johnson con ojos adormilados como los de un gato por la mañana. Audu y Johnson solicitan del jefe una entrevista privada y le dicen que hay un premio de cinco libras para el pueblo que gane el juego de la carretera.

—¿Qué juego? —pregunta el jefe.

—Talar los árboles y quitar todos los obstáculos. El pueblo que deje más suelo limpio cada semana ganará el premio.

—Pero, ¿quién cobra ese premio?

—Se le paga al jefe.

—Cinco libras —medita el cacique.

—Sí, al jefe; y se harán regalos a todos los pueblos que talen, según el trabajo que realicen.

—Al pueblo, ¿eh?

—El dinero se les pagará a los jefes para que ellos lo distribuyan. ¿Crees que tu pueblo tomará parte en el juego?

—Es posible.

—¿Cuándo?

—Quizá la semana que viene.

—Desde luego, mientras antes empiecen, más trabajo podrán hacer. Les convendría empezar hoy mismo. ¿Crees que se decidirán a empezar hoy?

—Es posible.

—Si empiezan ahora mismo el juego de la carretera, les daremos cerveza esta noche.

—Cerveza para los que trabajen —reflexiona el cacique.

—Mucha cerveza fuerte. Eso es parte del juego.

El jefe sonríe:

—Vosotros lo llamáis juego. Pero nosotros lo llamamos trabajo.

—Es un juego de aldea: los hombres sacan cerveza y el jefe un premio. Cinco libras para el mejor pueblo.

—Eso es. ¿Vas a pedírselo a tu gente? No olvides que hay cerveza.

—Quizá se lo diga a mi gente.

Media hora después sesenta o setenta jóvenes se dirigen hacia la carretera con hachas y machetes. Sus miradas son inexpresivas y van de mal humor. Les han hablado de la cerveza, pero no creen que sea verdad. Ni siquiera la desean. En cuanto al juego de la carretera, es una novedad, y, como a todo lo nuevo, lo detestan ya sin conocerlo. De pronto oyen el *tam-tam* y las «gaitas»

indígenas, sonidos que se mezclan con los que producen el golpear de las hachas y de los cuchillos y la súbita caída de ramas y árboles.

Llegan al extremo de la carretera, que está ahora en lo más intrincado de la selva, cerca del río Fada. Acaban de abatir un gran árbol y lo hacen rodar lo más lejos posible; grandes montones de astillas arden en fogatas y envían muy lejos largas salchichas de humo azul. Bajo la hojarasca donde se está abriendo paso la carretera, veinte hombres provistos de hachas, trabajan y cantan; detrás de ellos, otros cuarenta individuos inclinados hasta el suelo, andan de espaldas moviendo sus enormes hoces de dos asas a compás de la banda de *tam-tam*, para cortar las raíces y despejar el suelo.

Estos hombres de las hoces, sudando copiosamente, tienen los vidriados ojos y la expresión alocada de las personas que realizan movimientos automáticos cuando están hipnotizadas.

Los lánguidos aldeanos contemplan la escena con asombro y repugnancia. Los han dividido en dos cuadrillas: unos de machetes y otros de hoces. Los macheteros son conducidos a la verde cueva que se va abriendo en el espesor de la selva y les encargan cortar la maleza que queda en torno a los grandes árboles. Los otros trabajadores los reciben con burlas y gritos de saludo.

—Os han cazado, ¿verdad?

—Parece que lo estáis pasando muy bien.

—¿Creíais que era una cacería?

—Aquí no trabajamos, esto es un juego.

Los aldeanos, mohínos, contestan con gruñidos y miran alrededor de ellos.

—No os paréis, condenados.

—¿Ya estáis cansados?

—¡Bah! Todo el mundo sabe que son unos flojos. No sirven para nada.

Todos los demás les lanzan puyas. Dos o tres de los recién llegados empiezan a cortar maleza con lánguidos movimientos. No les queda otro remedio a los que forman la cuadrilla de macheteros. Entre tanto, la cuadrilla de las hoces permanece detrás de las filas hasta que uno de los trabajadores grita:

—¡A ver, vosotros, es por aquí... por si no lo sabéis!

—Son idiotas... No saben nada.

—Más vale que no les pidan que empleen las hoces, porque lo primero que harán será cortarse los pies.

Uno de los nuevos se irrita al oír esto y hace una demostración con su hoz. Efectivamente, está a punto de segarse un pie. Todos se ríen de este fracaso.

Cuando se presenta Rudbeck al cabo de media hora al frente de la cuadrilla que perfecciona la labor realizada por las otras, encuentra a los nuevos macheteros trabajando intensamente; todos ellos demuestran sus habilidades con golpes laterales y gran variedad de floreos, pero el trabajo realizado no deja por eso de ser muy eficaz. No hay manera de distinguir a los antiguos de los recientes. Tanto los unos como los otros siegan y talan como leñadores automáticos; por sus espaldas corren riachuelos de sudor. Sus grandes hoces, que pesan seis libras, cortan raíces y lianas y cada vez que las afiladas hojas se clavan entre sus pies, gritan a coro estos hombres: «¡Jau... uuuúch!»

Los «gaiteros» y tambores los acompañan en su trabajo, a medida que van retrocediendo paso a paso, y Johnson, llevando el compás con un machete, dirige la canción:

Oh, rey de los árboles, de cien pies de altura (¡Jau... uuuúch!)

Por la noche, cansadísimos, con los pies llenos de ampollas, los nuevos reclutas siguen siendo los más ruidosos del campamento. Y son precisamente estos salvajes que nunca han salido de su poblado los más deseosos de exhibir sus proezas en la danza acrobática y de beber más cerveza que los otros. Han bastado cinco horas para que olviden el temor y el odio que les inspiraban los forasteros y su decisión de conservar el aislamiento en que vivían. Una sola tarde ha sido suficiente para que den el paso esencial fuera de la tribu y dentro del mundo de los demás hombres. Los alaridos y el *tam-tam* del campamento sorprenden a Rudbeck siempre que los oye, incluso después de dos meses de estancia en la selva más primitiva. Quiere disculparse ante Celia, que está despierta.

—Estos aldeanos se suelen emborrachar tres veces a la semana por esta época.

Celia contesta pensativa:

—Me parece haber sentido algo hace poco.

—¿Sentido algo?

—Sí, algo que se mueve aquí dentro.

—Pero todavía es demasiado pronto, ¿no?

—Sí, es verdad. Dame un cigarrillo, querido. Me parece que la fiesta de Wog es más ruidosa esta noche que de costumbre.

Ahora vienen todos los días los indígenas de los pueblos vecinos, unos a limpiar sólo unos cuantos metros de suelo y otros a trabajar duramente muchos días, según se les antoja. Nadie los obliga a quedarse sino a empezar

el trabajo. Un jefe africano puede persuadir a los jóvenes de su tribu para que empiecen un trabajo pero muy difícilmente podrá conseguir que continúen realizándolo. Pero muchas de las cuadrillas que trabajan en la carretera de Fada procedentes de poblados —que nunca han visto un auto y creen que el gran camino en construcción va a ser un sendero sólo para peatones y animales— se interesan mucho por las obras y, por la noche, terminado el trabajo, charlan sobre la carretera y llegan a creerse que están contribuyendo a una empresa gloriosa.

Dos o tres semanas después de la llegada de las cuadrillas aldeanas, los primeros pioneros enlazan con la carretera principal que pasa al Norte. Empiezan a construirse los últimos tres puentes. Rudbeck recorre a caballo o a pie toda la distancia marcando las zanjas laterales en el trazado. Ahora, con la certeza de que la carretera estará terminada muy pronto, se convierte el trabajo en una especie de jolgorio, algo que oscila entre una fiesta y una batalla. Los tambores marcan su *tam-tam* el día entero, hasta que sangran los dedos de los hombres que los tocan; los leñadores abaten árboles con furia salvaje y gritan sus canciones como maldiciones o rompen a reír en un estruendo de carcajadas. Todas las canciones y chistes son más brutales y afilados. Es una exuberancia salvaje y hasta los capataces manejan hachas con entusiasmo. Rudbeck, desnudo hasta la cintura, está ya tan tostado de sol y tan sucio por el polvo que no resulta su piel más clara que la de Tasuki; Johnson, con sus pantalones rotos y su gran sombrero de paja, maneja la hoz, maldiciendo o cantando, improvisando y lanzando discursos para animar a los hombres. Esta actividad frenética se desarrolla desde antes del amanecer hasta mucho después del anochecer. Johnson está siempre sucio, cubierto de varias capas de sudor y de polvo en las que el nuevo sudor se abre paso en minúsculos riachuelos como el agua en un bote recién barnizado, dejando en la costrosa piel pequeños cauces negros y brillantes. Sus mejillas están ahuecadas por el cansancio y tiene los ojos inflamados por el humo de las fogatas. Pero su voz sigue comunicando una poderosa energía a sus hombres, y sus piernas, sus brazos y todo su cuerpo, cambian a cada momento, pasando de una postura expresiva a otra que aún lo es más, en movimientos que armonizan perfectamente con los cambios de voz. Es como un médico brujo poseído por los demonios. En verdad, Johnson no tiene idea de que está cansado. No siente más que la música, el ruido, el movimiento del trabajo, la aprobación y la proximidad de Rudbeck así como el triunfo de éste que para Johnson es como suyo. Vive inmerso en esta gloria, expresada en cada uno de sus alaridos, en cada chiste obsceno, en sus brincos inesperados y en los

espectaculares floreos del machete. No necesita pensar que «la carretera de Rudbeck, la gran maravilla del mundo, la gloria de todos los tiempos, está a punto de terminarse y yo he ayudado a terminarla». Lo sabe con todo su cuerpo. Cada uno de sus músculos se lo dice. Esta idea se halla presente en la música, en los gritos, en los relucientes torsos sudorosos y en la rítmica musculatura de los hombres, en las canciones vibrantes, en los triunfantes y contagiosos *tam-tam*, en el humo azul de las fogatas, en los árboles que van cayendo y dan contra el suelo con estrépito, en el cielo que, de pronto, libre de obstáculos, aparece en toda su brillantez. Es como la estera que tiene bajo sus pies cuando se despierta por la noche y el suelo firme que pisa durante el día; no necesita pensar en él para saber que está allí, y canta como en desafío a la selva:

*Inclinaos, viejos señores del mundo,
poned vuestras verdes cabezas en el polvo.
Saludad a los camineros hijos del cielo;
venid, el sol y la luna, que ya podéis caminar por el bosque oscuro.
Caminad por la senda de Rudbeck con vuestros pies largos y brillantes.*

Rudbeck dice ya con frecuencia, «cuando inauguraremos esta carretera». Y Tasuki, Johnson y Audu dicen entre ellos «Ah, cuando se inaugure la carretera» en el tono de los profetas que piensan en la próxima apertura del paraíso porque ya les llega el sonido de las angélicas trompetas.

Desde luego, los viajeros a pie y los pequeños comerciantes con caballerías están pasando ya por la carretera. Sobre todo, *hausas* que son capaces de meterse por cualquier resquicio abierto en la selva lo mismo que el agua de un depósito aprovecha para salir la más pequeña rendija. Desde que se abrió la primera vereda que serviría de guía para la carretera en su primer trozo, empezaron a transitar por él. Y este hilo de agua se ha ido convirtiendo en un río. En los cuatro meses últimos, caravanas de comerciantes en sal, rebaños que se dirigen hacia el Sur, a los grandes mercados de Oye y Yoruba, familias que llevan sacos de nueces de *kola* a los pueblos del Norte y mujeres cargadas de mantequilla de *shea* para el almacén de Fada, han estado pasando continuamente por entre las cuadrillas de trabajadores, que están ya tan acostumbrados a verlos que han dejado de insultarlos y se limitan a tratarlos con moderado desprecio.

No se sabe por qué, todas las cuadrillas de la carretera, incluso los salvajes, en cuanto llevan una hora trabajando en ella sienten un gran desprecio por los mercaderes y los consideran como una raza inferior. Las personas que no construyen carreteras sino que solamente las usan les parecen seres incapaces de apreciar una obra tan inmensa, seres sin imaginación. Y la

verdad es que no sólo en la carretera les ocurre esto a los traficantes que están enriqueciendo a Fada, ya que en todas partes los reciben con animosidad. En los poblados pequeños los maldicen a cada momento y les sacan todo lo que pueden. Pero están muy contentos de disponer de los *zungos* construídos en tres puntos de la carretera además de en el mismo Fada, y los derechos cobrados por estas posadas suben rápidamente a veinte y veinticinco libras al mes.

Pero la carretera todavía no se ha inaugurado.

Sin embargo, un día trabaja un grupo con hoces hacia las diez de la mañana cerca del pueblo donde todos ellos viven. Tienen que acabar cincuenta metros de zanja y trabajan con furia. De vez en cuando, uno de ellos se endereza un momento para que descansa la espalda y no se le acumule el sudor en el cuello; mira a un lado y a otro y repite la fórmula consagrada «¡Alá, vaya carretera!» Entonces, todos sus compañeros se yerguen también y corean: «Esto sí que es una carretera», o, «Una carretera, amigo sí, una carretera», con una voz aguda que expresa su admiración, su pasmo.

En este lugar, el camino es sólo una larga y estrecha banda de fango duro cubierta de astillas a medio quemar y que se pierde de vista en ambas direcciones entre la selva primitiva y familiar a todos ellos. A cada lado, las enormes columnas de los árboles se elevan inmóviles y polvorientas, como de piedra bajo el sombrío tejado del follaje. La estrecha rendija abierta en ese tejado, que deja pasar una raya de luz cenital sobre la morena banda de la carretera, es como un corte de cuchillo, no más, y ya empieza a cerrarse. Las ramas se cruzan por encima en muchos puntos y, a cierta distancia, parecen unidas totalmente las copas de los árboles.

El pequeño grupo de camineros, con sus cuerpos desnudos brillantes de sudor, están, como quien dice, en su casa bajo estas enormes bóvedas iluminadas. Sonríen mirando la carretera, porque la han hecho y la han cantado, pero no tienen idea de dónde empieza ni dónde termina. Son como hombres criados en una isla olvidada, muy lejos de todas las rutas marítimas y para quienes el resto del mundo es un gran misterio, una cueva infinitamente grande habitada por monstruos, como lo era para sus antepasados de la Edad de Piedra. Ni siquiera pueden imaginárselo. De pronto, en el inmenso silencio de la mañana, tan familiar para ellos como la penumbra de la selva —ese silencio, que parece ser la sustancia de aquel mundo—, oyen un extraño ruido, una mezcla de redoble de tambor y disparos, ruido que aumenta rápidamente. Dos de los salvajes se lanzan como flechas entre el matorral y

desaparecen en el silencio. Los demás permanecen rígidos. Parecen absolutamente inmóviles, pero todos sus músculos están tensos, dispuestos a dispararse; con los ojos abiertos, muy abiertos, miran a lo lejos con fijeza y aprensión.

Un camión surge estrepitosamente, jadeante, de entre las sombras y en seguida comprenden todos ellos de qué se trata. Dos o tres voces exclaman a la vez:

—¡Motor!

Todos hacen muecas de asombro y delicia. Levantan las voces y corren hacia el vehículo saludando. El conductor del camión, un *yoruba* alto con mono azul y una colilla pegada al labio inferior, no les presta ninguna atención. Pasa entre ellos con gran estruendo y desaparece a lo lejos. Ni siquiera sabe que es el primer hombre que ha conducido un auto sobre la carretera de Fada. Pasada la primera emoción, toda la pandilla rompe a hablar con excitación. Uno baila y los demás lanzan agudos chillidos. Rudbeck se acerca por la carretera. Llega junto a ellos en su caballito castaño y les pregunta:

—¿Vieron ustedes un auto?

—Sí, amo, un motor... un gran motor. —Y le rodean riendo, gritando, agitando los brazos—. Era motor del Norte y pasó *puf, puf, puf*.

Rudbeck dice:

—Supongo que esto significa que el último puente está ya terminado. ¿Habéis visto a Tasuki?

—No, no hemos visto a Tasuki, pero hemos visto un gran motor.

Rudbeck, con una expresión preocupada, vuelve atrás en busca de Tasuki. Lo ocurrido le ha desconcertado. Quizá no ha pensado nunca que la carretera se inauguraría espontáneamente.

Pero al día siguiente los indígenas de los poblados, excepto unos pocos cavadores, regresan a sus casas. Tasuki ha despedido la última cuadrilla de los puentes. Todavía quedan rescoldos de los fuegos encendidos en los claros pero no suenan las hachas ni los tambores. En el campamento, Johnson, Tasuki y Audu cuentan las herramientas y pagan a los capataces. Rudbeck contesta cartas atrasadas y ejerce sus funciones de juez. Le sorprende cuánto ha aumentado su trabajo judicial en los tres últimos meses, no sólo en casos relacionados con la nueva carretera (tales como fraudes, robos en despoblado y abusos cometidos por indígenas que asumen indebidamente autoridad), sino en otros puramente locales, como robos en las cabañas, peleas entre los

pueblos, disputas entre los caciques y su gente y reclamaciones de toda clase, incluso por malos tratos a las mujeres por sus maridos, raptos y divorcios.

Hay una ola de crimen en Fada y cada vez que Waziri presenta una denuncia ante Rudbeck, alude a la nueva situación y dice con aparente ingenuidad:

—Es muy extraño, pero todos los ladrones y matones del país se han venido a Fada, especialmente del Norte. Nunca ha sido la gente de Fada tan insolente. Se están estropeando.

—¿No pretenderá usted que es por culpa de los autos? Sólo ha llegado uno, un camión.

—Oh, no, *Zaki*, nada tiene que ver eso con tu carretera. Todos damos gracias a Dios por este progreso. No, lo que ocurre es que en los últimos seis meses han venido a Fada muchísimos forasteros. No sé por qué. Es gente maleante, pequeños mercachifles y granujas de toda clase procedentes del Norte. Estos tipos siempre causan trastornos. Sublevan a los de aquí. Temo que las alteraciones del orden exijan más policías.

Rudbeck autoriza cuatro policías más para el Emir y previene a Waziri contra su prejuicio de que las carreteras y los autos traen trastornos.

—Cuando empiece el tráfico motorizado por nuestra carretera, ya verás las ventajas que proporciona a este pueblo. El mercado de Fada se duplicará y toda vuestra gente venderá sus productos a mejor precio. Las carreteras son una gran cosa, Waziri. El propio Gobernador las autoriza y manda hacerlas. Los funcionarios indígenas e incluso los emires que se oponen a ellas difundiendo falsas noticias sobre los supuestos daños que acarrearán, caen en desgracia con el Gobernador. Y en este caso pueden perder su sueldo.

Waziri se inclina hasta el suelo y exclama:

—¡Amo, señor! El Emir admira sobre todas las cosas las carreteras para autos... y yo también. Rezamos por ellas y por ti. Rogamos a Dios que haga todavía más carreteras y que vengan muchísimos autos a Fada.

—Muy bien, Waziri. Saludo al Emir. Adiós.

—Que Dios esté contigo, señor, creador de carreteras, benefactor de Fada.

Waziri regresa a su casa temblando de miedo y al día siguiente, no sólo él, sino el cajero, el «maestre del caballo» y el primer juez recorren quince kilómetros por la carretera hasta el campamento donde se halla Rudbeck para felicitarle por su gran obra y asegurarle que la nueva carretera es una bendición para todos ellos.

Rudbeck está muy amable con las autoridades indígenas y les promete una Edad de Oro para Fada. Pero cuando se marchan, se queda preocupado y con

una sensación de fracaso. Sabe que algo no marcha bien, pero no puede concretar qué es. Sospecha que lo han engañado y que él también ha engañado a otros, pero no sabe cómo, cuándo ni dónde. Súbitamente airado, le grita a un capataz que arrastra un haz de mangos de hacha por el campamento:

—No levantes tanto polvo. ¿Acaso no tenemos ya bastante?

Se siente a disgusto en el campamento. El lugar donde ha pasado algunas de las horas más felices de su vida y del que le ha gustado hasta el resplandor de las fogatas cuando lo veía a gran distancia, se ha convertido en un montón de basuras. Por todas partes hay montones de suciedad, herramientas rotas, esteras podridas, calabazas partidas, chozas medio derruidas, restos de hogueras, latas mohosas... Todos los árboles del contorno están astillados, con las ramas rotas y las hojas secas. Huele mal —un olor en que él no había reparado antes—, a podredumbre y letrinas mal tapadas.

La carretera de Fada está terminada, la gran idea ha sido realizada, pero de pronto Rudbeck ha sentido como si la vida no pudiera ofrecerle ya nada más. Desde luego, le espera mucho trabajo: el nuevo censo, un cuestionario sobre la mortalidad infantil, unos proyectos de construcciones urbanas y atrasos en la oficina y en su administración de justicia. Pero todo esto es para él tan sólo tarea rutinaria, números, papeleo.

—Más quejas sobre la higiene —le dice a su mujer, arrojando una circular azul sobre la mesa, mientras desayuna.

—Pobrecito mío.

Celia tiene ya para su marido un cariño maternal y también la maternal costumbre de abstraerse.

—Como si pudieras construir pueblos sin contar con dinero. Y en Fada no nos sobrará ni un céntimo hasta que empiece en serio el comercio.

—Sí, querido, puedes hacer más carreteras.

Rudbeck la mira todavía más abatido.

—No es posible. Ya he sacado todo lo que se podía para esta carretera Norte-Sur. Ahora sólo nos queda esperar a que los otros distritos hagan algo... y el Gobierno central.

—¿No podrías hacer aunque no fuera más que una carreterita muy pequeña?

Rudbeck la mira y dice:

—¿Para que el niño se divierta, verdad?

Pero Celia no le responde. Está contando los puntos de su labor. Probablemente, no ha oído las palabras de Rudbeck. Éste sigue mirándola un

momento y luego rompe a reír. Celia lo mira cariñosamente y dice:

—Han pasado esta mañana tres camiones más y uno de ellos iba cargado.

—¿Pero es que te interesan ahora las carreteras?

—Querido, te has hecho otro agujero en la camisa.

—No, es sólo una manchita.

Rudbeck entra en la cabaña y gruñe un poco. Es su única protesta contra el despiste maternal.

Ya hay que regresar a Fada. Después del desayuno, comienza Celia a preparar el equipaje. Su rostro no expresa disgusto ni agrado. Parece más bien como esos viajeros que llevan con ellos todos sus bienes y son capaces de instalar su hogar completo —y si es una mujer no faltará la bolsa de las labores de punto— aunque sea en los trenes o en las paradas de los tranvías. Lo empaqueta todo con gran cuidado y una vez que los baúles han sido limpiados, forrados de papel por dentro y llenos de ropa cuidadosamente doblada, contempla su obra con satisfacción.

A Rudbeck le molesta extraordinariamente hacer maletas, más aún que llenar formularios oficiales. Se pasea por el campamento con la pipa en la boca y se pregunta asombrado por qué se sentirá tan aburrido y desgraciado. Es una sensación como si hubiera vuelto, después de tres meses de juerga continua, a la vida normal y la hubiera encontrado más estúpida y absurda que antes.

Ni siquiera la carretera le causa ya ninguna alegría. Mira huraño y lleno de dudas el gran corte que se aleja por la selva hasta perderse de vista convirtiéndose en un puntito en el horizonte, como la boca de un cañón de fusil vista por el otro extremo. Sí, un trabajo admirable. Mucho mayor e importante de lo que él había creído posible. Pero, ¿qué consecuencias tendría para Fada? ¿Dónde estaban los buenos resultados que se esperaban? ¿Sería posible que unos salvajes sucios y viejos como el Emir y Waziri tuvieran razón al odiar las carreteras para tráfico motorizado? ¿Sería verdad que estos modernos caminos trastornan el orden, trayendo con ellos la revolución y el caos? ¿Y acaso no había ya bastante confusión en el mundo? ¿No se estaba quejando todo el mundo de que la misma civilización desaparecería?

Estas ideas —o más bien sentimientos que no pueden tomar forma de idea por falta de una definición clara— son tan frecuentes en Rudbeck como en todo aquel que lee los periódicos y no puede distinguir entre la sensatez y la insensatez que se codean en éstos. En mil ocasiones, comiendo con amigos o reunido con éstos junto al fuego en los campamentos, ha discutido con ellos sobre tales asuntos y ha jugado con las palabras «confusión» «caos» «ocaso

de la civilización», sin llegar a una solución. Lo único de que Rudbeck está seguro es de que ciertas conclusiones no les gustan a sus jefes. Así, un día le dijo a Bulteel:

—Pero, señor, si la civilización indígena se hunde, va a armarse un tremendo lío el día menos pensado.

Bulteel se quita el sombrero, levantándolo hasta ponerlo en línea recta con el sol y luego se lo vuelve a poner. Están dando un paseo, como todas las tardes, por el camino que avanza por la orilla del río, en Dorua.

—Ah, ése es un gran tema.

A Bulteel le molesta mucho hablar de asuntos relacionados con su profesión fuera de las horas de despacho.

—Evidentemente, estamos haciendo pedazos la antigua organización indígena de las tribus o quizá sea que ella misma se está desmoronando. A ellos les aburre ya.

—Sí, sí, no me sorprende —dice Bulteel.

A Rudbeck le sorprende mucho esto.

—¿No cree usted en la civilización indígena?

—Y usted, ¿qué cree? —Bulteel le sonrío mirándole de soslayo. Parece que ha guiñado un ojo.

—Entonces, ¿usted opina que desaparecerá?

—Sí, desde luego, y es posible que ya haya desaparecido.

—Pero, entonces, ¿qué va a ocurrir? ¿Vamos a darles una civilización nueva o nos limitaremos a cruzarnos de brazos y dejarlos rodar por la pendiente?

—No tengo idea —dice Bulteel cordialmente.

Vuelve a quitarse el sombrero pero se lo coloca de nuevo en seguida porque le resulta molesto mantenerlo con el brazo extendido sobre su calva.

—Supongo que no estará bien visto que uno proponga un plan —dice Rudbeck.

—No, no, no. Le tomarían a usted por un bolchevique.

—Pero de todos modos conviene tener una idea. Algunas gentes saben cómo debería ser la vida; por ejemplo, los católicos y los misioneros y supongo que también sabía a qué atenerse el viejo Arnold.

—Ah, sí, Arnold el de Rugby.

—No quiero decir que sus ideas convengan ahora, sino que sería posible tener una idea general, algo que defender y convertir en realidad.

—Bueno, pero ¿qué idea?

—Ése es el problema.

—Sí, ahí está la dificultad.

Después de una breve pausa, Rudbeck, al ver que Bulteel no va a proponerle nada, añade:

—Pero este problema no se les puede plantear a los departamentos de las altas esferas.

—No, no, no. De ningún modo.

Bulteel se detiene un momento. Le molestan estas conversaciones que, como él dice, no conducen a ninguna parte. Sin embargo, después de unos instantes, su afecto por Rudbeck puede más que su deseo de no estropear su paseo de la tarde y dice con toda seriedad:

—Pero no crea usted que es culpa del Ministerio. Mucha gente cree que no se han hecho las cosas por culpa del Ministerio y, en realidad, las han impedido las mismas condiciones del Servicio colonial.

Rudbeck entiende perfectamente esta frase. La acepta como una explicación razonable del hecho de que surjan tantos obstáculos en todo plan constructivo. Comprende que los individuos mismos, aunque llenos de buena voluntad y sentido común, pueden formar, al constituir una organización, una masa obstructora que paralice toda energía creadora; y no es que hagan esto con propósitos turbios ni por envidia sino sólo por la naturaleza de las normas oficiales y de la rutina. Más animado, le dice a Bulteel:

—Es decir, por las condiciones en que nos hallamos aquí.

—Exactamente. Es inútil querer arreglarlo —y deteniéndose en el jardín de la Residencia, dice Bulteel en el mismo tono risueño, demasiado alegre para ser cínico—. ¿Qué le parecen a usted mis zinnias? Espero que no despreciará usted las zinnias. Como flores tienen un mérito muy grande: siempre están derechas.

Rudbeck ha dejado de preocuparse por el problema. Y, en realidad, hacía ya un año que no pensaba en él. Estaba demasiado ocupado.

Pero ahora, una vez terminado el trabajo de la carretera, le vuelve esa preocupación y le parece tan trascendental y de tanta urgencia que se extraña de haberla olvidado.

La carretera parece humanizarse y hablarle: «Estoy aplastando a la antigua Fada. Cambiaré todo lo que hay en ella. Me dispongo a suprimir las antiguas costumbres, las viejas ideas, la ley antigua; traigo conmigo riqueza y oportunidades para el bien y para el vicio, nuevos poderes para los hombres y, por tanto, conflictos nuevos. Soy la revolución. Ya os estoy dando mucho que hacer a los gobernadores y a los jueces y aún os daré mucho más. Destruyo y

creo. ¿Qué vas a hacer contra mí? Soy idea tuya. Tú me hiciste; así que, supongo, sabrás a qué atenerte.»

Rudbeck, mirando a la carretera, siente más que comprende esta cuestión y vuelve a creerse fracasado. Le parece, por una vaga intuición, que le han utilizado —no sabe quién— como un instrumento ciego y esto le deja una impresión muy desagradable. Durante unos minutos permanece fumando con expresión de disgusto y da un gruñido tan alto que un capataz que pasa cerca de él en este momento se detiene, hace una profunda reverencia y le dice como disculpándose:

—*Zaki*.

Los capataces, con su aire habitual de desgana y cansancio, reúnen sus cosas para volver a Fada. Pero no están deprimidos, en el fondo. Han olvidado su entusiasmo por la gran carretera de Fada. Para ellos, el nuevo camino forma parte ya de Fada, es una parte más de su suelo e incluso del aire. Johnson tampoco está desanimado y le grita a Tasuki por encima de unos montones de basura:

—Tasuki, barba de mono.

—*Naam*, empleado.

—¿Qué me dices de la jarra que te prestó Waziri?

—Se la devolví.

—Me refiero a la otra, a la que no se salía.

—Se rompió cuando la cuadrilla número tres tuvo aquella pelea.

—¡Cómo! ¿Otra jarra rota?

—Por Alá, empleado, no ha sido culpa mía.

Rudbeck se dirige hacia su cabaña. Desde hace dos horas la rodean litigantes y pedigüenos. El juez da un suspiro, golpea su pipa con el dedo pulgar y se dispone, pesaroso, a emprender su fastidiosa tarea. Se balancea al andar y su ancha espalda se inclina como si todas sus preocupaciones se le hubieran convertido en una carga efectiva que pesara sobre ella.

A Rudbeck le parece su despacho provisional aún más caldeado y sucio que el campamento de fuera. El viejo Adamu, impecable y austero, espera sentado junto a la mesa plegable que sirvió a las seis para el afeitado del juez y a las siete para el desayuno. Rudbeck se sienta cansado sobre un cajón y dice con tono de mártir:

—Muy bien, Adamu. Empecemos con los casos del tribunal indígena.

Un escribiente nativo entra, saluda con una inclinación de cabeza, tímido e inquieto, se sienta y empieza a canturrear una lista de casos:

—Alagi, varón de cuarenta años de edad, que vive al norte de Fada, detenido por negarse repetidas veces a reconstruir la cerca de su casa que amenaza peligrosamente la carretera. También por insultar a mi señor el *Alkalin* de Fada, cuando le reprendió. Multa de dos libras.

—¿Apela?

—Sí, señor. Está aquí esperando.

—¿En qué basa su recurso?

—Dice que estaba fuera dedicado a sus negocios y que sus hijos descuidaron la cerca.

—Me ocuparé de esto luego. Siga. —Rudbeck suspira de puro cansancio.

—Marimi, mujer casada, de veintidós años, pide el divorcio. Motivo: su esposo le pega. El marido declara que ella se ha gastado en telas nuevas el dinero que tenía preparado para pagar los impuestos. Concedido el divorcio. Son musulmanes.

—¿Apela el marido?

—Sí, señor, porque quiere que le devuelvan el precio pagado por la novia.

—Resolveré esto con el primer juez.

—¿En Fada, o vendrá aquí el *Alkalin*?

—Creo que debe ser en Fada. —Otro suspiro—. El siguiente, por favor.

—Amadu de Bauchi, mercader, detenido por ataque a la policía y por emplear palabras violentas contra el *Waziri* de Fada.

Rudbeck vuelve a suspirar. Fuera se oye la voz de Johnson gritando en *hausa*:

—Pero, Tasuki, necesitaremos todas las calabazas.

Tasuki parlotea a lo lejos como un mono subido a un árbol muy alto.

—Por Alá, no queda ninguna utilizable.

—¿Quién se las ha llevado?

—¿Cómo voy a saberlo? Estos hijos de perra, los trabajadores, son capaces hasta de quitarle el olor a un macho cabrío.

—A ti desde luego no podrían quitártelo, barba de mono.

Johnson y Tasuki se ríen a la vez y Tasuki añade:

—Cállate, que tu madre era una *eso*.

Rudbeck sigue suspirando profundamente. El *Mallam* va por la mitad de otro caso:... y declaró que ya había pagado los derechos del *zungo*. Golpeó al otro en la cabeza con un zapato. Diez chelines de multa.

—¿Hay apelación?

—Sí, señor. Sostiene que ha pagado los dos impuestos.

—¿Dos impuestos? ¿Dos *zungos* distintos?

—No, señor. Los dos en el *zungo* de Fada.

—Ah, es que tenía ganado, ¿no?

—No. Me refiero a lo que se paga como alojamiento y a los derechos de carretera.

—¿Qué diablos son los «derechos de carretera»? —Rudbeck está muy escamado.

—Los derechos que se pagan para utilizar la carretera, señor, en vez de los derechos del transbordador.

Ahora hay alarma general. El *mallam*, un muchacho cortés procedente de una escuela central, vacila y tartamudea. Comprende que algo está mal pero no sabe hasta qué punto. Los otros empleados de la justicia indígena, de más edad y con más experiencia, comprenden al instante que ha habido abuso de autoridad.

Todos se miran de soslayo, como diciendo: «Vaya lío que se ha armado.»

—¿Qué son «derechos de carretera»? —preguntó Rudbeck.

—Eso dijo él *Zaki*. Dijo: «derechos de carretera».

—¿Dónde está ese hombre?

En ese momento un enorme *yoruba* que había estado escuchando con gran atención todo esto, rompe a gritar:

—Pagué un penique por el ganado y un penique por mi mujer y un macho cabrío, o sea, medio penique por cada uno y además pagué un penique para la carretera. Y entonces va y me pide otra vez todo el dinero.

—Pero, ¿quién te cobró ese dinero?

—El muchacho de la carretera, naturalmente —vocifera el *yoruba*.

—Y, ¿quién diablos es el muchacho de la carretera?

—El que cobra el dinero para que uno pase por la carretera.

—Esperad aquí todos.

Rudbeck entra a ver a Celia y le dice con sombría ferocidad:

—Ya están todos robando otra vez... ahora es en el *zungo*. Tengo que ir yo personalmente.

Saca el coche, se dirige hacia Fada lo más rápidamente que puede y no para hasta llegar al *zungo*. Efectivamente, a la puerta de la posada está un chico cobrándole un penique a cada comerciante por el derecho a utilizar la nueva carretera.

Rudbeck manda detener al muchacho, el cual dice que el empleado Johnson lo ha nombrado «muchacho de carretera». Esto lo confirma el policía del *zungo*. Parece ser que, un mes antes, el empleado Johnson encargó a este chico de cobrar ese impuesto, que viene produciendo por término medio diez

chelines al día. Estas cantidades han sido pagadas directamente a Johnson después de deducir un diez por ciento para el recaudador y otro diez por ciento para Waziri.

Rudbeck, furioso, llega otra vez al campamento, lleno de polvo, sediento y cansado por el incómodo viaje. Llama a gritos a Johnson, que no aparece por ninguna parte y luego a Audu, que también ha desaparecido. Celia, asombrada de ver a su marido tan rabioso que ni siquiera toma el té, le pregunta qué ocurre.

—Si te parece poco... ¡Otra estafa! Esta vez, Johnson y Waziri.

—No es posible que sea Wog.

—¿Por qué no? Todos ellos roban. No se puede uno fiar de ninguno en ninguna ocasión ni en sitio alguno.

Un ordenanza encuentra a Audu, que se acerca temblando con su libro de Caja en la mano, arrojándose al suelo de cara.

—Señor, yo no me he quedado con nada. Se lo di todo a Johnson.

—¿Qué le has dado a Johnson?

—El dinero del *zungo*.

—Bueno, pero el dinero del *zungo* está registrado en tu libro.

—Quiero decir lo que no pusimos en Caja.

—Ah, ¿de modo que no lo poníais todo en el libro de Caja? Pero, ¿qué diablos tenéis que ver vosotros con el dinero del *zungo*?

—El policía del *zungo* se lo daba a Johnson y a Ma-aji.

—¿Y ellos se quedaban con una buena tajada?

—Señor, ellos han entregado cada semana más dinero.

—Pero no todo.

—Señor, es que la semana pasada sólo se han quedado con tres libras.

—Ya veo, ya. La semana pasada no tuvieron tantos gastos. Supongo que míster Johnson no tendría que comprar tanta ginebra.

—No, señor. No era licor, sino la cuenta de la tienda. Míster Ajali dijo que tenía que pagarle la silla nueva que había comprado y entonces míster Johnson me dijo: «Está semana tomaré un poco de dinero prestado, sólo prestado».

Los ojos de Audu, aunque siguen fijos en la cara de Rudbeck, están como vidriados. Se le ponen así siempre que inventa. Rudbeck dice secamente.

—Bien, el dinero del *zungo* para la cuenta de la tienda, pero, ¿qué hay de los peniques de la carretera?

—Eso es otro asunto, desde luego. El chico era tonto y quería divertirse. Y por eso...

—Dame el libro. Vosotros, vigilad a Audu. Quizá haya que meterlo en la cárcel.

Rudbeck se pasea con el entrecejo fruncido. Celia empieza a temer que este asunto va a fastidiarlos a ambos. Ahora se preocupa mucho de la tranquilidad de su marido y de la suya propia.

Dice con tono acariciante:

—No te preocupes, querido. Todos ellos roban.

—Es que yo me fié de este sinvergüenza.

—Estoy segura de que el pobrecito Wog no ha tenido mala intención.

—Entonces, ¿qué se proponía? Es él quién urdió todo el fraude. Este pobre diablo, Audu, no sabía lo que hacía y el viejo Ma-aji es un idiota que nunca comprende nada. Todo lo ha fraguado tu amigo Johnson.

Se acerca a la puerta y le grita al ordenanza:

—¿Lo has pescado ya?

—No, *Zaki*.

—Pues tráemelo en seguida —y le dice a Celia.

—Creyó que podía tomarme el pelo. —Y al oír sus propias palabras, se enfurece más aún. La sensación de fracaso que bullía en él desde dos días antes estalla en una rabia al rojo vivo.

—Sí, cree que me puede poner una venda en los ojos. Y además, así lo ha hecho.

—Pero, querido ¿cómo puedes creer que Johnson...?

—Blore me advirtió que era un granuja y ¡vaya si llevaba razón! Imagínate, estafando a la gente ante mis narices y yo sin saber una palabra.

Celia se inquieta con todo esto y sabe que no le conviene alterarse. El médico le ha ordenado severamente que no se inquiete por nada y que duerma bien y ella le obedece al pie de la letra. Como joven moderna que es, tiene gran fe en los especialistas y, además, le gusta quedar bien en todo lo que emprende, ya sea el matrimonio o tener un niño. Por eso abandona la defensa de Johnson y se apresura a darle la razón a su marido. Por lo menos, así se sentirá éste apoyado.

—Desde luego, parece extraño.

—No hay ninguna duda. ¿Te das cuenta de que se ha probado todo? Acabo de venir...

—Claro, claro, querido, me doy perfecta cuenta. Sólo quise decir que resultaba raro en Wog...

—¿Raro? Es exactamente lo que me advirtió Blore.

—Sí, temo que el pobre Wog haya sido siempre una mala cabeza. Pero como parecía tan honrado...

—Claro que lo parecía. Lleva muchos años fingiéndolo.

Por fin encuentran a Johnson aquella noche en su choza del campamento. Está acostándose cuando el joven Jamesu oye las voces del matrimonio y se asoma. Luego avisa a Rudbeck. Éste entra rápidamente con una linterna en la mano y grita.

—¡Johnson!

—Sí, señó —Johnson, que tiene puestos los pantalones del pijama —de brillante color rojo— se adelanta y recibe de lleno la luz de la ventana. Sonríe inocentemente y dice.

—¿Cómo está usted, señó? Buenas noches.

—¿Has estado robando el dinero del *zungo*?

—¡Oh, no, señó! ¿Cómo hago yo tal cosa?

—¿No te dio Ma-aji tres libras?

—Me olvido, señó... quizá yo presto dos, tres chelines de Ma-aji, quizá él lo toma del dinero del *zungo*.

—Entonces, ¿por qué dices que no has robado ese dinero?

—Yo nunca robar nada, señó. Yo presto para mí, poco poquito.

—¿Y nada más?

—No comprendo, señó.

—Digo que si has pedido prestado algo más de algún otro sitio. Digo que si aparte del *zungo* has sacado dinero de otro sitio.

—¡Oh, no, señó! ¿Cómo hago yo nunca semejante cosa? —Johnson abre los ojos desmesuradamente en prueba de inocencia—. Yo nunca pienso en tan mala cosa.

—¿Quién es ese chico que les ha sacado a los viajeros el «dinero de carretera» en los *zungos*?

—¡Ah, sí, señó! Ya lo recuerdo —Johnson ríe—. Es un niño de mi casa... el pobre quiere hacer colesión pequeña pequeñita... para comprar servesa para trabajadores.

—¿De modo que una colección, eh? Y amenazaba a todos los viajeros con echarlos fuera del pueblo si no pagaban. La semana pasada sacó cuatro libras.

—Sí, señó. Es que la servesa está muy cara... tiene que ser muy fuerte para esos salvajes.

—¿Te das cuenta de que has cometido malversación de fondos y, además, *sojan gwona*?

Un *sojan gwona* —es decir, «soldado de la finca»—, es el hombre que recauda dinero fingiéndose funcionario del Gobierno. A estos delincuentes se les castiga muy duramente en Nigeria.

—Pero, señó, si yo pongo todo en libro —Johnson busca en el interior de la cabaña donde él duerme y sale con un pequeño cuaderno que le presenta a Rudbeck. Es un cuadernito de un penique, con cubierta de hule negro vuelta por los picos; un objeto despreciable. Nadie respetaría semejante libro de cuentas.

—Mire usted, señó. Mi libro de Caja de la servesa. Yo pongo todo aquí dentro... Dinero del *zungo*, dinero para servesa y dinero para jefes nativos. Todo como en el libro de la Tesorería.

—Audu dice que le sacaste tres libras al tesorero indígena; en cambio, tú dices dos o tres chelines.

—¡Ah, señó! Yo olvido... quisá es una libra. Pero yo no tomo un penique pequeñito para mí. Yo pongo todo en libro de Caja lo mismo que en libro de la carretera.

—¿Cómo pagaste tu última cuenta de la tienda?

—La pago con mi sueldo, señó.

—¿Y la nueva silla?

—¡Ah!, señó —dice Johnson riéndose— es verdad, quizá yo presto poco poquito de Ma-aji para pagarla a ella, la silla.

—¿Por qué dices tantas mentiras, Johnson? No puedo creer ni una palabra de lo que dices.

—Por amor de Dios, señó. Yo nunca nunca digo a usted mentira. ¡Oh señó!, usted mi padre y mi madre. Usted mi buen amigo, yo nunca digo a usted una mentira pequeña pequeñita.

—Pues es lo único que haces, decir mentiras de todos los tamaños. Mira, Johnson, has estado robando al Tesoro durante muchas semanas y sabes que debería meterte en la cárcel. Pero has realizado aquí una buena labor y no quiero castigarte. De modo que lárgate pronto.

—Pero, señó, quizá Ma-aji me deja veinte chelines... Usted mira aquí, señó, en mi libro.

Rudbeck pierde de pronto el freno y grita.

—Te digo que te marches inmediatamente. ¿No puedes comprender que esto no tiene remedio?

Y se aleja sin pronunciar ni una palabra más. Johnson corre tras él gritando desesperado.

—Quisás yo tomo dos libras, no recuerdo bien.

El ordenanza lo sujeta y le ordena empaquetar sus cosas y marcharse de allí. Tasuki y media docena de capataces lo rodean y le dan prisa. Le explican que Rudbeck está furioso.

Johnson ha acabado enfadándose. Grita lo bastante alto para que Rudbeck pueda oír desde su cabaña que no es delito haber pedido prestadas dos libras y tres chelines —o quizá fueran cuatro— al cajero y explica que todo ese dinero fue gastado en cerveza para obsequiar a los trabajadores.

—Excepto las nuevas pulseras de plata que le has comprado a Bamu —le dice el ordenanza.

Johnson ha olvidado por completo las pulseras. Nunca puede recordar cómo gasta el dinero; no sólo el que saca del *zungo* y de la carretera sino el que recogía como derechos de paso por cada uno de los puentes cada vez que tenía ocasión y no había peligro de que Rudbeck lo sorprendiera en sus viajes de inspección. Las nuevas pulseras de Bamu, los trajes nuevos y pijamas que se ha comprado él, la silla, la cama nueva, un hermoso par de zapatos y varios regalos hechos a sus amistades, han sido pagados sin duda con su salario o con el dinero que se desliza continuamente entre sus dedos pero no sabe cómo ni cuándo. Y además, hay mucho sin pagar. Nunca se ha preocupado de las cuestiones de dinero, tiene cosas mucho más interesantes en qué pensar. Pero de lo que está seguro es de haber entregado toda su devoción a Rudbeck y lo que pueda haber gastado en algunas pequeñas fruslerías, según él, no es nada comparado con lo que ha pagado para la carretera de Rudbeck.

—Todo apuntado en mi libro —grita en dirección a la casa de Rudbeck, oculta bajo los oscuros árboles. Sólo se ve el hueco de la puerta brillantemente iluminado por una lámpara contra el viento colgada del techo de paja. La mitad de la lámpara aparece por debajo del dintel de la puerta y esa luz proyecta sobre el suelo fangoso que rodea a la casa la sombra alargada de las piernas de Rudbeck. Probablemente, estará leyendo el suplemento semanal del *Times* con sólo quince días de retraso. Celia, seguramente, se habrá acostado ya. Las piernas de Rudbeck, enfundadas en los pantalones caqui desteñidos, y la llamita de la lámpara, están inmóviles. Ni siquiera se mueve la sombra que arroja el almacén de la lámpara sobre los desiguales montones de polvo del campamento y que llega casi a los pies de Johnson. El enrejado parece una extraña marca en el suelo.

—En el libro de Caja de la servesa —grita Johnson dirigiéndose a la lámpara y a las piernas—. Pero yo nunca ladrón... yo pongo todo en libro... el libro de servesa. ¿Por qué míster Rudbeck no lo mira? ¿Por qué no mira el libro?

—De prisa, de prisa.

—Ahora mismo me voy —grita Johnson—. Me voy ahora mismo y ustedes no dicen nada a míster Rudbeck porque yo no propio ya para quedarme. No pedirme que no me vaya. Me llama ladrón. Yo no propio quedarme más con míster Rudbeck. Nunca, no más. Yo voy ahora, ordenansa. —Johnson se detiene y mira a las piernas. Pero siguen inmóviles. La llama parece, de tan quieta, que ha sido pintada en una brillante miniatura que represente un interior doméstico.

—Voy ahora, ordenansa —vocifera Johnson usando todas las fuerzas de sus pulmones—. Espero que míster Rudbeck no saber nunca nada que yo marchó. No desirle nada. No desirle yo nunca propio para volver con él.

El ordenansa le da un empujón.

—Mira, empleado, que te la vas a ganar.

Johnson entra en su choza y mira a Bamú, que está empaquetando su baúl de hojalata. Y le dice.

—Muy bien, Bamú, empaquétalo todo ligera. Míster Rudbeck me ha insultado y no quiero quedarme con él ni un minuto más.

Luego sale de nuevo y grita que todo el dinero está registrado en su libreta. La abre para enseñar lo bien anotados que están los números. Tiene abierto el cuadernillo hacia la cabaña de Rudbeck como si las piernas pudieran leerlo.

—Lo mismo que en Tesoro; pero no desirle a míster Rudbeck. Yo no estar de acuerdo con míster Rudbeck desde ahora.

Sigue así durante una hora y de vez en cuando entra para darle prisa a Bamú, consejo que ella —que está empaquetando sus cosas desde que Audu descubrió la estafa— no toma en cuenta. Ella cree que las maletas, los baúles y los paquetes de toda clase sólo quedan bien preparados si se toma el tiempo necesario. Por ejemplo, no piensa estropear su paño de terciopelo colocándolo entre cosas de mucho peso ni doblándolo demasiado. Pero Johnson no repara en la indiferencia de Bamú. Rebosa desesperación, ira y compasión por sí mismo. Ha llegado a convencerse por completo de su inocencia. Está seguro de que ha sido honrado y cuidadoso en grado extremo. Cuando levanta la libreta abierta, por cuarta o quinta vez, hacia las piernas inmóviles y ordena al criado de Rudbeck —con una voz que puede oírse a medio kilómetro— que no le digan nada a míster Rudbeck de que Johnson ha apuntado todo el dinero en su libro de Caja especial para la cerveza, se cree a sí mismo el hombre más insultado del mundo. Cada vez se siente más inocente, más injustamente tratado, más víctima y más altanero.

Por fin, después de las diez sale Bamu de la choza y ata el paquete que contiene los utensilios de la cocina a la gran silla de alto respaldo. El ordenanza la ayuda a poner todo esto sobre la cabeza de Sozy y luego la ayuda a ella a ponerse el baúl de hojalata sobre su cabeza. El bebé, que está profundamente dormido, va colgado y balanceándose en la espalda de la madre. Bamu le dice a Johnson.

—Estamos dispuestas, empleado.

Johnson, que todavía lleva su pijama rojo, se ha plantado con los brazos cruzados ante la cabaña iluminada y la mira fijamente. Han desaparecido las piernas, pero la lámpara sigue luciendo.

El ordenanza lo empuja.

—Anda, márchate en seguida —Johnson anda de espaldas, y el otro, al descubrir este procedimiento de alejarlo, sigue empujándolo por el pecho. Johnson se retira despacio, a saltos, carretera abajo. Las dos mujeres lo siguen.

En un alarido final emplea Johnson todas las fuerzas de sus pulmones.

—Me voy, pero no desirle a míster Rudbeck. Él no propio para volverme ahora. No digo adiós a míster Rudbeck. Yo no lo bendigo nada, nada.

Entonces se vuelve, toma el bastón y la linterna que le tiende Bamu y se coloca detrás de ellas para alumbrarles el camino por el inmenso cañón de la nueva carretera. De vez en cuando repite.

—Yo no bendigo a usted, míster Rudbeck. No digo adiós y no le bendigo ahora. Mi corasón no es amable para usted ahora.

Johnson pasa aquella noche en un poblado y no llega a Fada hasta la tarde siguiente. Toda la región conoce ya su caída. Ha sido el primer ministro de Rudbeck durante tres meses y, en este país, los primeros ministros son más importantes que los reyes. Cuando pasa por el mercado de Fada, las mujeres, los antiguos capataces y todos los que antes lo alababan, se apartan ante él. En Nigeria, un jefe caído en desgracia resulta peligroso para sus amigos. Esta desgracia es más contagiosa que la lepra y mucho más fatal.

Pero Johnson se pavonea por las calles, sonriendo a los curiosos y burlándose de las miradas tímidas como una persona todavía llena de grandeza y consciente de su poder.

Bamu, que lo sigue con la pesada caja sobre su cabeza y el nene dormido a su espalda, tiene su expresión habitual de seguridad en sí misma. No se muestra humilde ni jactanciosa. Es sencillamente una esposa que cumple con su deber y que no espera la atención de los demás ni la desafía. La vieja Sozy, que lleva la monumental silla, varias calabazas y dos pollos, va unos pasos

detrás de Bamu, jadeante. Probablemente, no se da cuenta de nada pero necesita seguir con los suyos y no perder este último lugar en el mundo.

Johnson, naturalmente, no tiene dinero. Vende su reloj nuevo por un chelín y entra en el *zungo*.

Son ahora las cuatro de la tarde, hora en que la posada vuelve a animarse después de unas horas soñolientas. Los comerciantes que se han pasado en el mercado toda la mañana y los recién llegados por la carretera, que ya vienen muy tarde para el mercado de este día, entran en gran número por el estrecho arco de la caseta del guardia con intención de encontrar alojamiento para la noche. El pueblo se sumerge en la profunda y cálida tranquilidad de la tarde africana pero el gran cuadrilátero del *zungo* se agita en un torbellino de actividad. Es como una enorme sartén cuyo aceite hierve al intenso calor de la tórrida plaza de Fada. Allí dentro, el movimiento de los clientes es continuo. Todos van de uno a otro cubículo, pues aunque son exactamente iguales, les molestan los cuartos vacíos y siempre quieren uno que ha sido ya ocupado. Discuten casi una hora, llaman al guardia, son expulsados por sus vecinos, hartos ya de oírles discutir, y siguen buscando frenéticamente otro compartimiento.

En medio de este torbellino, hay una masa de cabezas rizadas y de bultos: carneros, ganado de toda clase, borricos. En algunos de éstos, algún rico mercader ya viejo o alguna mujer velada siguen montados tranquilamente en espera de que sus criados les arreglen el alojamiento. Incluso hay dos camellos que elevan sus jorobas sobre la bullidora multitud con orgullosas miradas de repugnancia. El ruido de varios centenares de voces en veinte lenguas diferentes y el arrastrar de tantos pies, es como el ruido que pueden producir cien calderas puestas a hervir. De todo ello se levanta, como vapor, una delgada columna de fino polvillo que alcanza cuarenta pies de altura al sol de la tarde.

Johnson, que hizo este *zungo*, no toma interés por la escena ni siente ningún orgullo por su creación. Sólo nota que está atestado y se para en el primer cuartucho junto a la puerta.

Esta habitación es la más impopular de todas, porque se halla bajo las narices del guardia. Además, cualquiera que entre o salga del patio puede mirar en ella e incluso desde fuera puede meter la cabeza por encima del muro bajo de la fachada. Siempre es la última que se ocupa.

Una familia *hausa* está examinándola. Es decir, la mujer, con la nariz por encima del muro, la está oliendo, dos niños pequeños se persiguen por fuera y el hombre, que ha colocado sobre el muro un extremo de su pesada carga,

acaba de retirar su cabeza. Está sudando a chorros como si todo su cuerpo se le derritiera en grasa. Sus pulmones se abren y se cierran como la boca de un pez que acaba de ser pescado. Tiene los ojos vidriados de cansancio. Probablemente, la carga que lleva encima pesa sesenta kilos y ha recorrido con ella treinta kilómetros.

—¿Vas a quedarte con ella? —le dice Johnson.

El forastero lo mira con asombro. No puede entenderlo. Quizá no funcione su cerebro.

—¿Quieres esta habitación? —repite Johnson.

La mujer retira el cuello, mira al guardia que está con su lanza en mano detrás de Johnson y hace una mueca. Como a todas las mujeres, no le gusta estar cerca de la autoridad. Le grita a Johnson.

—No, que apesta. —Después le hace una señal a su hombre—. Vámonos. Esto apesta y además trae mala suerte.

—Sí. —El hombre la mira inexpresivamente.

La mujer se agacha y se dispone a cargar con todo su hogar, un inmenso paquete de calabazas y latas encerradas en una red.

—Cárgame.

El hombre se inclina y entre los dos colocan en la cabeza de ella el gran peso.

—Vámonos.

—Sí.

—Te digo que trae mala suerte. Es un sitio malo.

La mujer hace un enérgico gesto como si tuviera que levantar otra carga. El hombre parece que empieza a despejarse y vocifera indignado. Empieza a comprenderla. Pero sin dejar de protestar, dobla las rodillas, se coloca debajo del fardo que está sobre el muro y saca la barbilla. Da un profundo gemido, coge el bastón e, irguiéndose, se carga. Cuando por fin comprende del todo lo que está ocurriendo, exclama muy enfadado.

—¡Cómo! A mí me parece muy bien esta habitación.

Pero la mujer está ya examinando el cubículo de al lado. El *hausa* se vuelve con gran cuidado para que el peso no le parta el cuello y dice para sí mismo: —Maldita sea... Alá, Alá —y sigue despacio a su mujer. Los dos niños corren en torno a ellos.

—Bueno, ya estamos aquí —dice Johnson—. Ésta es la mejor habitación de todas. ¡Qué suerte hemos tenido! Además, es domingo, el día de más movimiento en el mercado. Ya ves, amor mío, que soy el hombre de la suerte.

Bamu mira rápidamente al cuartucho y sigue adelante. Johnson le grita.

—Pero si ya hemos llegado. —Pero Bamu ha examinado y rechazado ya la habitación siguiente. Y, después de dar una vuelta completa a todo el *zungo*, vuelve media hora después al primer compartimiento y encuentra a dos salvajes de la selva que observan el interior expresando su satisfacción con muecas. Tanto Johnson como Bamu les gritan inmediatamente.

—Marchaos de aquí, ¿qué estáis haciendo en nuestra casa?

Los paganos, asustados, se marchan al instante. Johnson descarga triunfante a Bamu, abre la silla plegable, desenrolla dos esteras en el suelo, cuelga los mosquiteros y se pone los zapatos.

Sozy coge unas astillas que lleva preparadas y desaparece en busca de leña y de agua. A la media hora, tiene ya un buen fuego, y tres ollas diferentes están puestas a hervir sobre las ascuas.

Son más de las cinco; el sol de la tarde arroja su brillante sombra azul por todo el patio hasta el pie de las habitaciones situadas al Este. Todas están ocupadas y en muchas de ellas hay dos familias. Algunos viajeros retrasados dan vueltas todavía buscando un sitio. El patio es un inmenso vivaque. Muchas familias se hallan instaladas en torno a las fogatas, entre su ganado. Los animales tienden los cuellos hacia el humo y contemplan la llama con ojos asustados. El humo forma un centenar de columnitas azules en el aire parado, que parece sostener un palio azul y oro, de gran brillantez sobre los tejados del *zungo*.

Estos centenares de personas charlan animadamente. Todas las voces reflejan la alegría de hallarse juntos e instalados y de vez en cuando alguien rompe a reír a carcajadas. Por todas partes se oyen llamadas y saludos.

Los pocos que se mueven de un lado a otro —tres o cuatro muchachos, un criado que lleva un cubo, una vieja con un bastón— se abren paso por esta confusión con la misma tranquilidad que si marcharan por unas calles. En realidad, lo que a primera vista parece un caos, resulta luego tan ordenado como una colmena. Cada familia o caravana es una unidad agrupada en torno a sus hogueras y cacharros y el espacio entre los grupos, aunque estrecho, está delimitado tan claramente como una calle. Así, los transeúntes pueden andar con toda confianza sin molestar a nadie por lo que parece una sólida masa de cuerpos.

Nada es más encantador que las voces de la gente que descansa en los campamentos después de un día entero de caminar. Entre ellos se establece una corriente de amistad y de olvido de sí mismos. Están contentos y nadie los oye sin experimentar una sensación de seguridad y paz. Es como si hubieran olvidado, durante el duro trabajo y las preocupaciones del día, que,

bajo todos los conflictos y las dificultades de la vida, hay una inmensa felicidad común y una paz compartida por todas las criaturas en cuanto se dejan llevar por sus sentimientos más sencillos.

Johnson, cuya sensibilidad le permite captar lo más sutil de este ambiente, se siente muy feliz. Está sentado junto al fuego con su nuevo sombrero blanco echado hacia atrás de la cabeza. A ratos mueve el contenido de una olla o mira a su mujer, que está dándole de mamar al niño, sentada sobre un haz de leña.

Sólo la vieja Sozy está inquieta. Cambia de sitio las calabazas y murmura. Tiene la sensación de haber olvidado algo que es necesario para la cena pero no sabe lo que es. En verdad, lo que se le ha olvidado a Sozy es el modo de ser feliz. Siempre está a la defensiva.

Johnson, como los demás, charla sin cesar y dice lo mismo muchas veces con idéntica sonrisa, seguro de que sus palabras serán apreciadas.

—Sí, tengo suerte... soy un chico de suerte... esto me ha venido muy bien, Bamu. Llevaba demasiado tiempo en la carretera. Alá, ¿para qué sirven las carreteras? ¿Qué es un capataz de caminos? Nadie. Desde luego, míster Rudbeck me necesitaba y no podía dejarlo solo. Le prometí terminar las obras y he cumplido mi promesa. Pero te digo, querida, que es una suerte que se hayan terminado. Además, es una suerte que míster Rudbeck y yo hayamos tenido esa pequeña discusión, porque así me ha dado pie para poder dejarlo. Sí, amor mío —y al decir esto arroja Johnson otra rama al fuego de Sozy— tenía mucho miedo de que míster Rudbeck se empeñara en conservarme de capataz y ya sabes que soy demasiado amable y no habría sido capaz de darle un disgusto marchándome. Yo soy así. Tengo muy buen corazón. Le tomo cariño a la gente como una mujer y luego se aprovechan de mí. Sí, me han robado y han abusado de mí, tesoro mío. Por eso has tenido tú que pasar malos ratos. Pero ahora todo va a cambiar. Empezaré a negociar en serio y me haré rico. Quizá, queridísima, creas que esto es hablar por hablar, pero yo no soy de esos hombres que no hacen más que hablar. Cuando digo las cosas, las hago. Acuérdate de aquellas llaves que cogí; todo el mundo sabe que realicé aquella hazaña. Fue de una audacia maravillosa. Pues de ese mismo modo, con la misma decisión, comerciaré. Empezaré mañana mismo. Además, tengo una gran ventaja: soy un hombre muy importante en el país y el mejor amigo de Waziri.

Johnson contempla a Bamu un momento y sonríe.

—No creas que he olvidado el gramófono ni el auto. Querida mía, regalo de Dios, he estado esperando a terminar con la carretera para poderte

convertir en una mujer de verdadera importancia en nuestro país. Porque, ¡qué mujer tan buena has sido para mí! ¡Qué bien te portaste conmigo cuando tuve que dimitir mi cargo en casa del sargento Gollup! Sí, eres una mujer buena y fiel que nunca me has dicho una palabra de censura. Que Dios te bendiga y que tu leche salga tan dulce como tú misma.

Bamu le dice a Sozy.

—Echa más sal ahí.

Sozy se levanta, corre de aquí para allá y mira en varias latas.

—Ahí —dice Bamu, y arroja en una de las ollas un puñado de sal gris del desierto.

Johnson mueve la sal en la olla y sonríe a su mujer, admirándola. Desde luego es muy hermosa y merece su fama, pero Johnson la ve aún más bella, en proporción con la intensidad de sus sentimientos. La mira maravillado y sonríe al recrearse en sus hombros pulidos, su nariz, brillante como el bronce pintado de aceite, los labios curvados y suaves, las aletas de la nariz, que parecen lindas conchas, la frente redondeada y pequeña, los ojos rodeados de sus gruesos y firmes párpados, como si los hubiera tallado un escultor hábil y enérgico.

—Sí, eres una mujer buena y hermosa, Bamu... te quiero muchísimo, te quiero con más fuerza que la del árbol cuando crece... te quiero más de lo que el sol llena el aire.

—Más agua, Sozy.

Sozy se precipita a coger más astillas. Bamu, cogiendo al niño por el vientre, se levanta para traer el agua, que echa cuidadosamente en el guiso. El pecho se le escapa al niño de la boca. El crío patalea en el aire. El pequeño encoge su cráneo calvo hacia su gordo cuello pareciendo una tortuga y da un chillido como el de un globo pinchado. Bamu vuelve a sentarse y le da de nuevo el pecho. Johnson añade agua fría al asado y tararea la canción del carretero cantándola a trozos con claridad y volviendo luego a tararear.

*Ahora veo lejos, muy lejos, el humo de un pueblo.
Como una mujer, se inclina hacia mí y me hace señas.
Y me dice: Aquí hay descanso, aquí se bebe y se come.
Capataz, apaga tu pipa que estamos ya cerca.
¡Oh, labradores, vuestros muslos tiemblan como los de un caballo!
Vuestros cuellos van a romperse con el dolor de la carga.
¡Oh!, ciegos que corréis con los ojos bajos,
no podéis respirar ya y la nariz os sangra.
Escuchad, oigo voces de mujeres a lo lejos.
Capataz, apaga tu pipa porque llegamos.
Llegamos, labradores, y corremos porque estamos cansados,
corremos para no caer antes de llegar.*

*Sopla, sopla, capataz y que suene tu flauta;
decidles a todos que llegamos, campesinos,
¡oh!, mujeres de la casa, os damos gracias de antemano,
os saludamos ahora, arrepentidos, nosotros los labradores,
confiamos en vosotras, ¡oh!, amables mujeres de todo el mundo.
Nuestra madre, nuestra hermana, nuestra hija, nuestra esposa.
Sopla, sopla, capataz nuestro...*

Bamu quita el pezón de la boca a su bebé y envuelve a éste en un paño. El niño berrea; Bamu se levanta y se asoma a la puerta del *zungo*. Su hermano Aliu acaba de llegar. Bamu lo saluda con una reverencia y él, levantando la palma de la mano, murmura una salutación pagana.

Johnson corre hacia ellos.

—¡Eh!, ¿qué quieres?

—Nada, empleado.

Se vuelve a Bamu.

—¿No te irás con él, verdad?

—¿Cómo?

—¿No irás a marcharte con él?

Bamu no contesta. Su hermano le dice.

—He oído decir que ha ocurrido algo.

—Sí, nos hemos venido aquí.

Una breve pausa. El bebé se retuerce en su envoltorio y lanza terribles chillidos de rabia. Bamu, meditando, mira a lo lejos, entre Aliu y la lanza del portero; Aliu mira sobre el hombro de ella hacia el sol poniente.

—¿Qué sucedió? —pregunta Aliu.

—No sé.

Otra pausa. El bebé deja de pronto de llorar y descansa un poco con la nariz apoyada en el borde del trapo que lo envuelve.

—Es un asunto de blancos.

—Sí, cosas de extranjeros.

Bamu levanta un poco las cejas y mira a la vieja Sozy, que está avivando el fuego. Mientras, la mirada de Aliu se pierde entre las chozas del pueblo y frunce el entrecejo. El bebé se ha dormido.

—La cena está lista —dice Johnson alegremente. Anda en torno a ellos como un perro excluido de una reunión. Si tuviera una cola la movería de vez en cuando. Dice:

—¿No tienes hambre, amor mío? Aliu, ¿quieres cenar con nosotros?

Ninguno de los dos le responde ni le mira. Johnson vuelve junto a Sozy, remueve en las ollas, anima el fuego y tararea la música de «Veo el humo de un pueblo lejos, muy lejos». Pero está deprimido y pensativo. De pronto

recuerda que es domingo. Se queda un momento quieto, tuerce el gesto, se levanta y sale muy serio del *zungo*. A los diez minutos se halla detrás del recinto de la tienda. De dentro le llegan los gritos de Matumbi y los fríos insultos de Gollup. En su borrachera, Gollup ha llegado a la etapa moral, a la del sermoneo. Johnson se desliza descalzo como una sombra por entre las cercas, pasa ante la choza de la servidumbre y entra por la puerta falsa del almacén. La puerta del dormitorio de Gollup está abierta. Johnson mira por una rendija y espera hasta que Gollup, después de haber tumbado a Matumbi en el suelo, se inclina sobre ella para golpearla en la cara a placer. Entonces, Johnson se desliza hasta la tienda. Todavía tiene la llave del cajón de las monedas. Lo abre, mete la mano y saca un puñado de monedas de plata. Se llena el bolsillo, cierra, vuelve a hacer funcionar la cerradura del cajón con su alambre y sale. Ve a Gollup, que salta sobre el cuerpo de Matumbi con ambos pies y cuando ya baja los escalones, le oye decir en una voz tranquila, seria y nada amenazadora.

—Hoy voy a hacerlo bien, perra.

Johnson corre hacia el *zungo*. Bamu sigue ocupada en la improvisada cocina; su hermano mece al nene en la silla plegable. Forman un encantador grupo familiar.

Johnson se detiene jadeante junto a Bamu y le echa encima una ducha de chelines y monedas de seis peniques. Llama a gritos a sus vecinos de hospedaje que cenan en torno a sus lumbres.

—Venid, hay una fiesta.

A la media hora se han reunido muchos tambores y bailarines y corre la cerveza en abundancia. Johnson bailotea y canta.

Tengo una muchachita redondita como el mundo

La luna se levanta sobre los muros del *zungo* lanzando un rayo —como el foco de un teatro— sobre los bailarines y el grupo arracimado en la puerta. Bamu mira pensativa a la luna y luego al crío, que duerme en los brazos de Aliu.

Bamu le quita el niño y se lo sujeta firmemente a la cadera con su mismo pareo. El hermano se levanta y se arregla su bata. Johnson da un salto hacia ellos y grita:

—¿Adónde vais?

El hermano clava su lanza en el suelo y dice.

—Viene a casa.

—No se puede ir a vuestra casa. Es mi mujer.

—Tiene derecho —dice Aliu.

—¿Cuánto tiempo se quedará allí?

—Todo el tiempo que quiera —dice Aliu.

—Bamu, ¿verdad que no quieres irte?

—Sí, me voy ahora mismo.

—Pero, Bamu, estoy a punto de enriquecerte.

—No quiero ser rica. Quiero irme a casa.

—Pero, Bamu, ¿no me quieres?

—No, no te quiero.

—¿No he trabajado para ti?

—Sí.

—¿Entonces, qué quieres?

—Estás loco.

—Quiere decir que estás loco —explica Aliu.

Johnson se lanza de pronto hacia la puerta y grita.

—No los dejéis salir. Este hombre quiere robarme mi mujer.

El *dogarai* que está de guardia, un tipo estúpido y de aspecto truculento, lo mira y dice.

—¿Qué pasa?

—Soy el empleado Johnson y si los dejas salir se lo digo a Waziri.

—¡Oh, oh, Waziri! ¿Y dices que ésta es tu mujer?

Bamu intenta pasar y este movimiento despierta en seguida una idea en la dormida mente del guardia. Está siempre dispuesto a evitar que la gente haga cosas. Cruza la lanza en la puerta y dice.

—Oye, mujer, tienes que esperar un poquito.

—Eso es; tenla ahí hasta que yo vuelva.

Johnson corre a toda velocidad hacia la casa de Waziri.

No dejan entrar a Johnson en el porche de la casa de Waziri. Un viejo adormilado le dice que es demasiado tarde para visitas. Pero Johnson se cuela por un hueco que hay en la valla trasera. Sabe ese camino porque lo ha utilizado en otras visitas secretas que ha hecho a Waziri y se dirige a la habitación de éste.

La cabaña está brillantemente iluminada. Un joven del Sur, de piel cobriza, con miembros redondos y fofos, se está poniendo una bata azul. Se inmoviliza con ambas manos en las mangas de la bata y mira a Johnson con interés y arrogancia infantil.

—¿Qué quieres, forastero?

—Quiero ver a Saleh.

—¿Quién es Saleh?

—El amigo del Waziri.

—Nunca oí hablar de él.

—Sí, Saleh el del cuello largo.

—¡Ah! ¿Te refieres a aquel Saleh...? —El chico hace una mueca entre sonrisa y expresión de asco—. No, no es amigo de Waziri. Trató a Waziri muy mal. Fue muy desagradecido.

—Pero, ¿dónde está? Tengo que verlo.

—¡Te digo que no está aquí! Era muy malo y lo echaron. Le estuvo bien empleado.

—¡Ah! —Johnson comprende de repente. Su mirada de asombro se convierte en otra de inquietud y cortesía—. Pero quizá sepas tú dónde está Waziri.

El chico niega con la cabeza.

—Ahora mismo no lo sé. —Y luego, con aire de coquetería—: Pero dentro de un ratito quizá pueda saberlo.

—¿Es amigo tuyo?

—Yo soy amigo suyo. —Y con una mirada altanera—: Me quiere muchísimo.

Johnson saca una moneda de dos chelines y se la enseña al muchacho, el cual se ríe, la coge y, acercándose a una caja de lata que hay en un rincón, la esconde en un montón de ropa, cuerdas y esteras y luego le dice a Johnson.

—Puedes esperar, si quieres.

Johnson espera un cuarto de hora, mordiéndose las uñas y haciendo girar los dedos gordos de los pies mientras el chico le habla del extraordinario afecto y respeto que le tiene Waziri.

—Me lo cuenta todo.

Por fin, se oye la respiración asmática y el arrastrar de pies de Waziri en la dura tierra de fuera. Johnson corre hacia la puerta y lo saluda.

—Waziri... perdóname, excúsame... Soy Johnson.

—¿Cóo-mo? —el viejo retrocede con pánico sujetándose la bata como si quisiera esconderse en ella una serpiente.

—Soy tu amigo Johnson, Waziri. Ya conoces a mi mujer, Bamu, que tú me la diste.

—¡Oh! —Waziri suelta su bata y mira intranquilo a Johnson.

A la luz de la luna, parece su cara como barro seco y resquebrajado. Sus arrugas parecen grietas.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Tenía que venir, Waziri; es urgente. Mi mujer Bamu ha declarado de pronto que vuelve con su familia.

—Pero oye, dicen que el Juez Rudbeck te ha echado.

—Es falso. Es que he dejado mi trabajo de la carretera.

—¿Tú abandonaste al juez Rudbeck?

—Es que como la carretera se había terminado, ya comprendes... pero perdóname, Waziri, el asunto de mi mujer es muy urgente. Está empaquetando sus cosas.

—No me importa lo que haga tu mujer. ¿Cómo se te ocurre, basura, venir con semejantes tonterías en plena noche? ¿Cómo te atreves?

Waziri pierde pronto el freno y grita con todas sus fuerzas:

—¡Ladrones!

Media docena de esclavos y criados de la casa que probablemente han estado escuchando la conversación se presentan con palos y lanzas.

—¡Cogedlo! —chilla Waziri—. ¡Cómo te atreves a entrar en mi recinto privado! Apaleadlo, sacadle los ojos, partidle la cara, haced pedazos sus tripas.

Johnson es derribado al suelo y patalea y se defiende como un loco. Oye a uno de los criados que dice:

—¿Amo, lo llevamos a la cárcel?

—No, no —grita Waziri—. Sólo una buena paliza... y arrojadlo de aquí, pero sin matarlo, no seáis idiotas... sólo hay que baldarlo.

Johnson, llorando, escupiendo, profiriendo improperios, es arrastrado por los pies y molido a palos y patadas hasta que el cuerpo se le hace insensible. Queda allí fuera y por la mañana se despierta medio desnudo, lleno de sangre y arañazos, con todo el cuerpo magullado, en una zanja y cubierto de basura. Se arrastra y, en vista de que ha terminado ya su visita de ceremonia, se quita

los zapatos de cuero y se los cuelga al cuello con los cordones unidos. Siente un gran alivio al comprobar que a los zapatos no les ha ocurrido nada grave. Vuelve cojeando al *zungo*, donde encuentra su cuchitril completamente vacío. Bamu y su familia se han llevado hasta la jarra de agua; incluso a Sozy. Mientras que Johnson contempla con sorpresa esta soledad, se le acerca el guardia y le dice:

—Qué, ¿ya estás de vuelta?

—Sí, listo. ¿Por qué los dejaste marchar?

—Han dicho esta mañana que los hombres de Waziri te han pegado y que casi te mataron.

—Lo intentaron —dijo Johnson riéndose—. Pero, ya ves que no lo consiguieron. No. —Empieza a animarse de nuevo—. Conmigo no pueden.

—Me debes un penique y medio.

—Y ¿qué me dices de mis bienes, encomendados a tu custodia? ¿Eres el guardia o no?

El guardia se alarma y dice.

—Es que yo no sabía...

—¿Y si voy ahora en busca del juez, eh, del juez Rudbeck?

—Waziri ha presentado ya una demanda contra ti.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Dice que asaltaste su casa esta noche... y que has querido seducir al chico... Quiere meterte en la cárcel.

—¿Ah, sí? —exclama Johnson—. Pues que ande con cuidado ese viejo traidor. Sé demasiadas cosas de él. Que tenga mucho cuidado. Esto es lo único que digo. —Y Johnson se pasea irritado—. No le tengo miedo a nadie... No le tuve miedo al sargento Gollup y no me va a asustar un salvaje como Waziri. Le pegaré... Lo mismo que les pegué a sus hombres anoche. Ninguno de ellos me importa un comino... ni tú tampoco. —Johnson hace un gesto violento que impulsa al guardia a sacar la espada. Johnson se ríe de esto y mira en torno suyo en busca de un público. Se pone a gritar:

—Vengan, amigos, miren... el valiente soldado tiene miedo... Johnson lo espanta. ¡Se le ha soltado el vientre!

Una multitud de mendigos, de labradores ociosos y de chiquillos y cargadores que se encuentran sin nada que hacer mientras sus padres o amos están en el mercado, acuden de todas partes y escuchan divertidos la discusión violenta entre el ofendido guardia y Johnson. El primero amenaza con quejarse al Emir, con llevar a la cárcel a Johnson y darle una buena tunda de latigazos. Johnson, despectivo, se ríe de él.

—Rey de los guardias, emperador del *zungo*, señor de las cloacas y de las pulgas, me arrepiento postrado a tus pies. Tú eres mi padre y mi madre y yo soy un burro.

Por fin se retira el guardia, bizco de pura rabia, a su garita; Johnson, seguido por la multitud de sus admiradores, pasea por el *zungo* contándoles a todos los acontecimientos sensacionales de la noche anterior, la traición de Waziri, el ataque de los asesinos a sueldo suyo y de cómo logró una aplastante victoria contra ellos, así como, finalmente, su triunfo contra el guardia.

Imita por turno al chico de Waziri, al viejo resoplando y arrastrando los pies, a la luz de la luna, camino de su habitación; el terror de éste al oír la voz de Johnson, la carrera de sus hombres para salvarlo y el pánico de todos ellos al darse cuenta de que habían de entenderse con Johnson. Y, por último, la espantosa derrota y humillación de los criados.

—Te rompieron un poco la ropa —observa uno.

—Sí. —Johnson se mira sus andrajos—. Pues es verdad, qué granujas. Eso os demuestra qué clase de lucha fue. Mirad, mirad, mis pantalones.

—Y tu ojo.

—Sí, mi ojo también. Amigos míos, ¡qué lucha! Rugían como leones y, efectivamente, creí al principio que eran leones los que me atacaban. Me dije, no pueden ser hombres... son demasiado feroces... y, además, olían a leones.

Johnson husmea el aire, abre desmesuradamente los ojos y extiende las manos como para dar un zarpazo. En seguida, los del público —tanto los jóvenes como los viejos— se contagian, abren también los ojos, arrugan la nariz como husmeando y agarrotan los dedos. Johnson se los ha ganado. Una hora más tarde, sigue describiendo todavía su victoria, que se ha convertido ya en un poema épico. Dentro de seis meses, de un año, quizá de cinco o de seis años, los cargadores y mercaderes de sitios tan lejanos como Trípoli, Khartum, La Meca, Lagos, etc., contarán la historia del empleado Johnson y el Waziri de Fada. Por lo pronto, Johnson puede escoger la silla, los fuegos y las comidas que prefiera en el *zungo*. Es ahora uno de los invitados mejor recibidos y más festejados, como lo son en toda África, los hombres imaginativos, los narradores de historias, los poetas.

Por la noche, cuando Ajali y Benjamín vienen a buscarlo al *zungo*, lo encuentran presidiendo la mayor fiesta de *tam-tam* que se ha visto nunca. No es como las reuniones del pueblo, con su rutina de siempre y sus danzas archisabidas; es como una noche de brujas donde caben todas las naciones. Hay a la vez veinte danzas diferentes. Una pandilla de paganos montañeses

que vinieron a trabajar en la pista de los desfiles, bailan en un rincón; un grupo de *hausas* representa una especie de pantomima en otro; varias personas sueltas inventan sus propios pasos y se acompañan con melodías de su invención; cerca de la puerta, un *phatan* tuerto cuya documentación consiste en un pedacito de papel que le ha dado un oficial de Cachemira y una orden de transporte firmada por un comisario del Sudán Oriental, bate palmas para dos muchachas *yorubas* altas y gruesas que bailan juntas un *foxtrot* americano. Detrás, en medio del patio, entre pequeñas hogueras cuyas llamas no son mayores que las de unas bujías, unas cuantas reuniones familiares independientes están todavía cenando y charlando bajito. Cerca de ellas, media docena de cargadores, que han llegado tarde con sus pesados sacos y no pueden encontrar alojamiento, duermen amontonados como cadáveres, uno apoyando la cabeza en las piernas de otro, el segundo con la cara contra el suelo, el tercero de espaldas, etc. Y, rodeándolos, varios animales, entre ellos una vaca que mira con ojos enrojecidos a los bailarines y parece dispuesta a lanzarse contra ellos de un momento a otro; pero de pronto se asusta y huye dando patadas.

Johnson, todavía cubierto de andrajos pero con el gastado casco blanco que le regaló un comerciante, anda entre los grupos riéndose, animándolos, bailando con cada uno y luego imitando y bordando los pasos; o, sintiendo un súbito impulso, levanta los brazos y se lanza en el torbellino de una danza inventada en el mismísimo instante; o bien representa con su mímica algunas de sus propias hazañas; o canta con voz aguda, en inglés:

Empleado Johnson no teme nadie, nada, nada.
Empleado Johnson corasón fuerte, todo lo consigue.
Empleado Johnson, tiene corasón como un motor, prompety, fut, fut.
Se basta a sí mismo y nadie lo para.
Está lleno de fuego, lleno de calor, lleno de fuersa.
No quiere a nadie, ni jues, ni Waziri,
él se basta y se sobra, a nadie nesesita.
Él no nesesita amigos, no, le basta su fuersa.
Pero a todos se hase amigo para alegrar su corasón.
Él no teme a nadie, nada nada.
Tiene corasón de león, que late en su pecho, krong, krong.
Lucha contra todos, caballo que se encabrita.

Johnson se pone de puntillas, boxea contra el aire como un semental, patalea y le da una sacudida a su cola.

—Buenas noches —Ajali acerca su cara a la de Johnson—. ¿Cómo estás ahora?

—Muy bien, míster Ajali. ¿Tiene usted servesa fuerte?

—Me dicen que Waziri te apalea.

—Usted oye mal, Ajali, yo pego ese Waziri, yo haserle desear estar muerto.

Benjamín mira a Johnson con intensa curiosidad y le dice.

—¿Es posible que haya dejado usted su colocación con míster Rudbeck?

—Lo he abandonado.

—¿Y ahora que hace usted?

—Yo, míster Benjamín, voy andando todas partes del mundo. Haser mi fortuna.

—Me parece un buen plan. Sí, desde luego —Benjamín sigue mirando fijamente a Johnson—. ¿Y adónde irá usted?

—Voy a donde yo quiero, míster Benjamín. Quisá yo ir con este caballero... hombre riquísimo.

Agita las manos en dirección al grupo que le rodea siempre admirándole o esperando su próximo chiste, su nueva canción; y les dice en *hausa*.

—Yo ahora soy uno de vosotros y me marcharé con vosotros.

Un viejo mercader, que lleva la cabeza cubierta con un sucio turbante de gran tamaño, se ríe con cascada risita. Y una vez más fija sus ojillos de pájaro en Johnson, esperando una nueva diversión. Es un hombre famoso «de la carretera», uno de los más ricos. Hacia la frontera Sur posee una enorme finca con mucha servidumbre, autos, muchas mujeres. Es un hombrecillo con una carita muy arrugada.

—Me marcharé con Alhaji, ese viejo sinvergüenza que está ahí, y le robaré unas cuantas mujeres.

El anciano se ríe otra vez y dice con una voz chillona.

—El comercio no es para todos... es una vida especial.

—Sí, una magnífica vida.

—Quizá sea la verdadera vida —dice Benjamín en inglés, pensativo—. ¿Qué le parece a usted, míster Johnson? Si yo pierdo mi colocación ¿quizá también voy?

—Mírate a ti mismo, Alhaji, viejo granuja, que tienes una chica nueva cada mes y las eliges bien jóvenes. ¿Acaso estás hecho de plata para ser tan duro con ellas?

La multitud acoge el chiste con una carcajada general. El viejo meneaba su cabeza y ríe con su risita cascada hasta que el turbante se le cae sobre los ojos. Salmodia:

—Es la voluntad de Dios... tengo mucha suerte, mucha...

—No, el hombre de más suerte soy yo. El empleado Johnson es el hombre de más suerte en todo el mundo.

—Entonces, ¿dónde está tu mujer? —le pregunta Ajali con una mueca—. ¿Dónde está *missus* Johnson?

—¿*Missus* Johnson? —Johnson está sorprendido. Ha olvidado a Bamu.

—Bamu —le insta Ajali—. Sé que te dejó porque no tienes dinero.

—¡Ah!, esa pobre salvaje... le dejé que se fuera a casa de su familia hasta que me instale de nuevo.

—¿Dónde instalas tu nueva casa, Johnson?

—Creo que haré derribar la casa del Emir y la volveré a construir de un modo conveniente para caballero y su familia.

Benjamín mira a su amigo y mueve la cabeza con disgusto por esta frivolidad. Murmura:

—Es mejor que se marche usted de este lugar. Aquí no hay nada... ni siquiera casas civilizadas.

Ajali rompe a reír y dice.

—¿Cómo harás tu nueva casa? ¿Acaso con tus pantalones?

Johnson se mira sus andrajos, sonrío y contesta en inglés:

—La hago con dinero; las columnas todas de dólares, tejados con chelines y el relleno de calderilla. Hago mi cama de oro con patas de plata y mosquitero con hilos finos y chiquititos de plata todos juntos como encaje.

—Estuve a punto de perder una vez mi empleo —dice Benjamín—. Si pierdo otra vez, creo vengo con usted, míster Johnson. Sí, yo creo esto sería muy prudente para mí.

—Usté viene entonces, míster Benjamín... vamos ser muy ricos. Vamos a la patria de Inglaterra, vemos al Rey y Palamento.

Empieza a cantar: —«Inglaterra es mi patria, el Rey de Inglaterra es mi rey» y baila con sus pasos peculiares —suelos, sin hueso, flojos— que expresan su sentimiento patriótico.

El viejo mercader se ríe, bate palmas e incluso mueve los pies. Los demás acompañan la canción a coro, unos con la nariz y otros tarareando. Benjamín sigue hablando de la posible pérdida de su empleo y de que entonces tendría que marcharse del pueblo. Explica con todo detalle que ha robado los sellos de la oficina de correos y que míster Rudbeck debía haberlo despedido. Se excita sin perder su seriedad de siempre, bebe cerveza y la gente se ríe al ver cómo sigue hablando a Johnson, explicando y argumentando.

Sólo Johnson no se extraña de esta conducta de Benjamín. A ratos le dice.

—Si, míster Benjamín, usté viene conmigo; los dos andamos por todas partes, andando andando.

—Sí, es necesario para mí —dice Benjamín—. Estoy demasiado sólo aquí. Sí, es la soledad. Aquí no están bastante civilizados. Desde luego, estoy borracho ahora. Pero sé que hablo con muchísima sensatez.

Poco después, Benjamín aparece sin la corbata, bailando con los paganos. Éstos y Ajali se ríen pero él sigue serio y su dignidad le resulta muy divertida a todos pues, aunque baila, lo hace majestuosamente, con dignidad. Lo único que ha perdido es cierta rigidez, una actitud pomposa, que resulta extranjera. Su nueva dignidad es graciosa, segura y fuerte, como todo gran arte. Ese aire, por alguna razón, va muy bien con el rostro melancólico del bailarín. Sus párpados inferiores parecen más bajos y sus largas mejillas se le ahuecan. Se está espiritualizando.

—¡Miren el empleado borracho! —grita la multitud.

Benjamín no les presta atención. Canta y suspira por la nariz la canción: «Se basta a sí mismo y nadie puede pararlo».

Johnson interviene en el estribillo:

*Tiene un corazón como un motor, prompety fut, fut.
Está lleno de fuego, lleno de calor, lleno de fuerza.*

A las nueve, una de las vendedoras de cerveza, una vieja del pueblo, viene a reclamar su dinero. Johnson le asegura que le pagará, pero ella empieza a gritar.

—No seas tonta, ya sabes que tengo montones de dinero —le dice Johnson.

Ajali se ríe maliciosamente.

—¿De dónde has sacado el dinero, Johnson?, ¿del bolsillo de tu pantalón?

Johnson saca una llave de alambre que lleva colgada al cuello.

—Mucho dinero, míster Ajali... un cajón lleno.

Los ojos de cangrejo de Ajali parecen salirse de las órbitas.

—¿Qué llave es ésta?

Johnson tira la llave al aire y la vuelve a coger.

—¿Cuánto dinero en mi tienda hoy?

—¿Tu tienda, Johnson?

—¿Trabajar usted mucho en mi tienda hoy, míster Ajali?

—¿Pero qué significa esto, Johnson? ¿Para qué es esta llave?

—La llave para sacar el dinero de mi tienda —dice Johnson—. ¿Qué hora es, míster Benjamín?... La luna todavía no ha salido. No, yo creo que quizá voy coger algún dinero para usted y yo.

—¿Para mí, míster Johnson? Pero, ¿de dónde saca usted ese dinero? —Benjamín mira a su amigo con tranquila extrañeza.

—Va a robar el cajón de las monedas del sargento Gollup —grita Ajali bullendo de alegría y de excitación. Le tiemblan los labios de pura emoción—. Él va en este minuto.

—Pero usted no puede hacer eso, Johnson —le dice Benjamín levantando las cejas—. Robar dinero así... no es lo mismo que coger llaves de míster Rudbeck... es mala clase de robo.

—Es mi dinero —replica Johnson riéndose—. Es mi tienda, míster Benjamín... porque yo tener la llave.

—Pero, Johnson, si toda la gente hace así... habría robo a cada momento y todo sería grandes trastornos. No habría civilización posible.

—¿Vendió usted hoy mucha tela, míster Ajali? ¿Me compró usted algunas buenas pieles curtidas? ¿Reunió usted mucho dinero para mí? Voy a ver ahora. Quizá, si no vive en cajón dinero, yo doy a usted despedida.

Johnson, sin dejar de sonreír y de jugar con la llave, se marcha. A la media hora, regresa tan sonriente como antes y se acerca a Ajali y Benjamín, que siguen bebiendo cerveza con unos vendedores de ganado.

Ajali continúa en efervescencia moviéndose como un azogado en su asiento, pero Benjamín está serio y triste. Su tristeza es ahora más juiciosa y resignada. Sigue sin corbata, pero se ha abrochado el cuello de la camisa.

Johnson se presenta ante ellos y extiende los brazos. Con cada mano sostiene una botella de ginebra. Los dos amigos lo miran y Ajali da un grito de entusiasmo.

—¡La ginebra del sargento!... ¡Oh, Dios mío...! propia ginebra del sargento. ¿De dónde has sacado esa ginebra, Johnson?

—La cogí de mi tienda. Tengo almacén primera clase. Beba, míster Ajali. Beba usted, míster Benjamín. Me sobra ginebra en mi almacén. Ginebra de la patria. Ginebra inglesa. ¿Qué más quieren ustedes? Nueces de *kola*, cigarrillos... —Johnson saca del bolsillo una moneda de dos chelines y se la tira a un labrador que pasa cerca.

—Trae cigarrillos. —Y le tira otra a un chico—: Busca al vendedor de *kola* y tráeme nueces. —Y otra a una mujer—: Dásela a los tambores y que toquen la canción del Rey.

La multitud lo rodea ahora riendo y agitando los brazos. Nadie se asombra de la súbita riqueza excepto Ajali, Benjamín y el rico mercader Alhaji. Los pobres no se sorprenden de nada que el dinero pueda hacer; no se maravillan si un manantial de plata brota en la mano de otro pobre. Ha tenido suerte; el dinero lo ha favorecido.

Ajali y Benjamín se levantan de un salto. Sus ojos siguen la trayectoria de las monedas volantes. Ajali grita como si le pinchara algo.

—Él lo descubre, seguro... cuenta su dinero.

—Los domingos cuenta dinero.

—Sí, el domingo. Seis días adelante sabe que alguien robar dinero. —Johnson se ríe de los gestos espantados de Ajali.

—Seis días... eso mucho tiempo. Usté, míster Ajali, gana para mí mucho dinero en seis días.

Ajali lo mira como idiotizado.

—¿Y cómo hases esto, Johnson? ¿Cómo sargento no te ve? Él no borracho hoy y ginebra vive bajo su cama.

Johnson se ríe, encantado del asombro de Ajali.

—Yo soy almasén... miro... espero detrás de la puerta... me muevo en puntillas... y veo sargento ensender cigarrillo y con luz del fósforo le brillan los ojos... —Y, con su mímica, cierra los ojos como si le molestara la luz—. Me agacho. —Johnson se pone de pronto en cuclillas—. Paso ligero ligero. —Se mueve por el suelo agachado con paso de gato, con admirable sigilo—. Entro en el almasén, cojo mi dinero. Pero mi cabeza tropesar contra estantes... todas latas caen *plank, plank, plankety*. Sargento grita: —¿Quién viene en mi tienda? —Yo me agacho. —E imita los movimientos poniéndose las manos sobre la cabeza—... debajo del mostrador. Sargento mira tienda... y está muy oscura... Salgo. Veo habitación sargento vasía y ginebra debajo la cama... y pienso que Ajali y Benjamín quieren alguna servesa.

—¡Cómo! ¿Coges ginebra debajo de la cama cuando él estar en tienda?

—Así hago, míster Ajali.

—Por amor de Dios, ¿qué te pasa si él vuelve entonses, niño loco?

—Yo lo tumbo otra ves.

Benjamín, que ha seguido a Johnson en sus ambulantes explicaciones con creciente asombro, exclama:

—Pero Johnson, ése es mal camino para seguir. Es imposible.

—Ahora seguro lo ensierran en la cárcel —exclama Ajali.

—Ellos no meten Johnson en la cárcel. —Johnson, al oír la palabra cárcel se ha asustado y se ha puesto de mal humor. Grita como si estuviera rodeado de enemigos invisibles—. Cárcel, no. Llevarse lejos esa cárcel. Yo no propio para cárcel.

Ajali saca su larga barbilla de cocodrilo.

—¿Cómo te van a pagar, niño malo, si no te ensierran?

Johnson blande su cuchillo de cocina y lo hace brillar a la luz de las llamas.

—No me cogen.

Ajali salta un metro atrás. Benjamín, más agitado a cada momento, emprende un largo discurso. Le asegura a Johnson su amistad y admiración pero insiste en que los crímenes de robo y violencia son peligrosos para la civilización y que están muy mal. Además, le causarían remordimiento.

—Creo que usted lo sentiría, míster Johnson. Siempre es peligroso para un cristiano hacer crímenes serios.

Johnson, sonriente y sin escucharle, sigue blandiendo su gran cuchillo y grita:

—Llevarse la vieja cárcel... nadie propio guardar en cárcel al empleado Johnson.

—Pero, Johnson, ¿tú creer eres rey de este país de Fada?

—Yo, rey de este país de Fada.

—Entonces, llevarte a cárcel de Kaduna.

—Yo rey de ellos en Kaduna. Yo rey de todo el país. Digo a todos policías: ¡Abrir cárcel para salir empleado Johnson!

—Johnson, hablas tonterías.

—No, no ser tonterías, Ajali. Me llevan cárcel, yo cojo la llave. —Y agita el cuchillo frente a los ojos de Ajali—: Yo rey de toda cárcel del mundo.

Se ríe de ellos, vuelve a colocar el cuchillo en su cinturón y anda entre la masa de invitados arrojándoles monedas de chelín y de seis peniques y gritando:

—Somos felises ahora... somos felises, amigos.

Y todos corean:

—Somos felices.

Y tienden las manos para coger las monedas que vuelan por la luz amarillenta de las hogueras mezclada con la luz blanquecina de la luna nueva. Brillan el oro y la plata un momento para perderse luego en zonas de negrura.

Ajali y Benjamín lo siguen de cerca. Benjamín mira al dinero volante moviendo la cabeza como si dijera, «esto está muy mal hecho». Ajali, maravillado, excitado, sudando con el asombro que le producen las hazañas de Johnson, quiere aparecer benévolo con él. Pero sus gestos expresan la indecisión. Sus ojos saltones y las cejas levantadas contradicen su actitud condescendiente. Le espanta el triunfo de Johnson. Les parece que la audacia de Johnson desafía las leyes fundamentales de la vida y que, sin embargo,

consigue no ser castigado. Esto es lo más injusto del mundo. De vez en cuando se vuelve a Benjamín y grita:

—Esta vez, seguro que lo cogen.

Benjamín meneaba la cabeza con pena.

—Es muy listo, pero temo que no será bueno para él llegar a viejo y decirse «¿qué he hecho de mi vida?»

—¿Johnson listo? Él perfecto niño idiota. Esta vez cogerlo de seguro.

Al día siguiente, cuando Ajali va al almacén, está muy preocupado. Al entrar Gollup en la tienda, le dice:

—Divertida cosa, señor... este cajón de dinero tiene arañazo alrededor serradura.

—Lo habrás arañado tú, manazas.

El sargento mira el cajón, que lleva muchos años con arañazos de todas clases, y dice:

—Es verdad. ¿Y quién ha sido?

—Creo nosotros no ponemos ya más dinero en cajón, señó. No seguro.

—Quizá te parezca mejor que dejemos el dinero fuera del cajón, para que puedas robarlo. No será mientras yo viva, míster Poldidudel.

Abre el cajón, cuenta el dinero, hace un balance con varias cuentas y llega a la conclusión de que le faltan una o dos libras. El sargento no entiende mucho de cuentas. Odia la aritmética y se pasa muy bien un mes sin hacer el balance de la moneda suelta. No está seguro de si realmente faltan una o dos libras o si el regalo que le dio a Matumbi, el domingo por la mañana era de dos o tres libras en vez de una. Pero no quiere arriesgarse. Deja una nota en el cajón con la cantidad total y encarga a Ajali que haga el balance todas las tardes.

El miércoles por la mañana, hay un déficit de quince chelines. Matumbi jura que alguien ha entrado por la puerta falsa a las tres o a las cuatro de la madrugada. Ha oído crujir el suelo de madera. Gollup piensa: «Alguno de estos salvajes me ha copiado la llave.» Y, armado con un fusil de dos cañones, se apostaba bajo el pupitre de la tienda. Hasta las dos no ocurre nada. Entonces se duerme. Y a las seis se despierta dando un alarido y apuntando con el fusil a un traje que cuelga de un estante. El cajón no ha sido tocado.

El viernes por la noche acaba de sentarse en su escondrijo, hacia las once de la noche, y los labradores de la vecindad charlan todavía en sus chozas cuando la puerta de la tienda, que había dejado entreabierta, se va cerrando despacio. Aunque no se ve a nadie, a Gollup se le ponen los cabellos de punta. Entonces oye el «clip clip» de algo que hurga en la cerradura y el ruido

metálico del dinero. Se lanza a la puerta y de espaldas a ella apunta con el fusil al cajón y grita:

—¡Ya te he cogido! ¡Manos arriba!

En ese instante, algo que resulta largo y sombrío con un brillante destello por delante salta del suelo al pecho de Gollup. Éste dispara a la vez que siente un golpe sordo en su pecho desnudo. Le ceden las piernas y dice con voz débil y asombrada:

—Pero, oye, ¿qué broma es ésta?

Ha muerto.

El asesinato se sabe en el puesto a los diez minutos. Matumbi presenta el cuchillo de cocina encontrado en el suelo. Ajali, temblando y sudoroso, dice que Johnson tenía ese cuchillo. No encuentran a Johnson en el *zungo*. Pero se sabe que ha estado tirando el dinero toda la semana pasada.

Rudbeck pone en movimiento a la policía indígena, no porque espere coger a nadie sino como un acto oficial necesario, igual que el de ponerse de uniforme de gala el día del cumpleaños del rey. Sabe que si pescan al asesino, serán los de la Administración indígena. Por lo cual envía un mensaje al Emir diciéndole que ha sido asesinado un hombre blanco y que es imprescindible que sea encontrado el criminal. Además, le gustaría hablar con míster Johnson. El Emir manda llamar al Waziri y le ordena que proporcione un asesino, sea Johnson o cualquier otro, en el plazo de doce horas o que se atenga a las consecuencias, que serán muy severas, ya que la víctima es un blanco. El Waziri envía sus jinetes, que galopan por la selva. Antes del alba todos los caciques de la región de Fada, así como los barqueros de los transbordadores están dispuestos a detener al primer forastero que se presente. Ningún criminal se le ha escapado nunca al Waziri, porque ninguno de ellos puede dormir en la selva. Hay demasiados leopardos. De modo que los fugitivos de la justicia tienen que escoger entre dejarse detener en el primer poblado o ser comidos vivos. Sin embargo, pasan cuatro días. Gollup está enterrado pero ningún asesino, ningún Johnson, aparece por ninguna parte. Al quinto día, poco antes del amanecer, Bamu y la vieja Sozy bajan al río en Jirige para coger agua. Bamu lleva una jarra y Sozy da vueltas en torno suyo procurando en vano serle útil. A esa hora tan temprana, ambas tiritan de frío y van calladas. Bamu mete la jarra en el río y prueba el agua. Luego le dice a la vieja:

—Trae unas hojas, Sozy.

La vieja corretea y por último viene a hacerse cargo de la jarra. Bamu se la entrega pacientemente y va en busca de las hojas. La barca de su padre está

allí cerca, boca abajo. Mientras Bamu rompe una rama ve que la barca se mueve. Antes de poder gritar, se levanta la embarcación por uno de sus extremos y sale por debajo una cara delgada cubierta de polvo y la voz de Johnson dice:

—Bamu.

—¿Eres tú?

—Sí, es Johnson.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Me escondo, pero es un mal sitio.

—Sí, es malo.

—¿Puedes esconderme en tu casa un poco?

—No sé, ¿es mejor eso?

—Tengo hambre, Bamu. No he comido nada desde anteayer.

—Tienes hambre, ¿verdad? ¿Qué te gustaría comer?

Bamu sabe que su deber es alimentar al marido.

—¿Te traigo aquí algo de comer?

—Llévame primero a tu casa. ¿Hay alguien?

—No sé.

Johnson, que está casi desnudo, se arrastra. Sus pantalones casi han desaparecido y la chaqueta ha perdido la espalda. Consiste sólo en dos mangas unidas por el cuello. Pero sus zapatos de cuero siguen colgados de su cuello. Sozy, que avanza tambaleándose con la jarra llena, ve a Johnson y está a punto de dejar caer la vasija. Cree que ha resucitado de entre los muertos. Se le acentúan las profundas arrugas de su frente y murmura con inseguridad:

—*Da dadi*. —Pero no acaba de creerle.

Bamu le coge la jarra, le pone encima las hojas para que no se derrame y le dice a Sozy:

—Cárgame.

Entonces le dice a Johnson:

—Muy bien, antiguo marido, ven a la casa. Afortunadamente, tengo carne, buena carne.

Y se dirige por la pendiente arriba. Johnson se desliza con su peculiar paso de gato hasta detrás del recinto y entra en la choza de Bamu por la parte trasera.

Se sienta allí tembloroso y abatido mirando hacia la puerta. Sozy se asoma para salir corriendo en seguida. No puede comprender lo que ha sucedido y esto la tiene terriblemente agitada. Su experiencia le enseña que todas las cosas raras que ocurren acaban perjudicando a los viejos.

Bamu enciende con rapidez la lumbre, mezcla harina de batata, agua caliente, sal, pimienta y unos puñados de carne en polvo. Lo pone todo ello en una calabaza limpia y se lo trae a Johnson.

—¿Te gusta esto?

—Sí, es magnífico. Es lo mejor que he comido en mi vida. Que buena eres, Bamu. Me has salvado la vida.

—¿Un poco más de sal?

—No, gracias, querida. Es perfecto.

Bamu busca a su hermano y le pregunta:

—¿Qué debo hacer? El empleado está aquí. Quiero decir, mi marido.

Y el hermano le dice:

—¿Hacia dónde está mirando?

—Hacia la puerta.

—Entonces, has que se vuelva.

—Pero, ¿qué vas a hacer?

—Éstas no son cosas de mujeres. Es cosa de hombres.

Bamu va a donde está Johnson y le dice:

—Pero, ¿por qué te sientas así en el suelo? Utiliza mi silla —le acerca la silla, poniéndosela de espaldas a la puerta, y Johnson, emocionado por esta atención, se sienta. En ese instante, el hermano entra por la puerta con un mazo y le asesta un tremendo golpe en la cabeza. Johnson se derrumba como un árbol. Bamu y su hermano lo atan con una cuerda de esparto y mandan a buscar a la policía. Johnson se despierta a tiempo de ver cuatro policías indígenas que entran en el recinto con cuerdas, cadenas, lanzas y espadas. Lo encadenan por los tobillos y las muñecas, le atan luego las manos al cuello y lo conducen a empujones fuera de allí.

Sozy corre desconcertada atrás y adelante entre Johnson y el pueblo. No puede comprender lo que le ha sucedido a su familia ni de qué parte ha de ponerse. Pero de pronto oye a Bamu que le grita:

—Trae madera, Sozy.

La cara de la vieja expresa alivio. Ha resuelto su problema. Vuelve deprisa al recinto murmurando:

—*Da dadi.*

Pero en seguida empieza otra vez a inquietarse. Se está preguntando: —¿En qué consiste este deber tan difícil? ¿Podré quedar bien?

Johnson está muy deprimido. Apenas puede andar. El cuello le duele mucho. Pero cuando por fin se acerca al pueblo y al camino central, ve que los transeúntes se alejan de él. Esto le hace comprender que es un hombre

notable; solamente los criminales más peligrosos llevan una escolta de cuatro policías. Entonces, se sienta en el suelo y dice:

—Esperad.

Los *dogarai* indígenas, que siempre son brutales con los prisioneros, le amenazan con las conteras de sus lanzas.

—Levántate —le gritan a coro.

Johnson les grita:

—Es que tengo que ponerme los zapatos.

—Levántate, hijo de perra.

Johnson vocifera furioso:

—No soy un hijo de perra, sino un caballero inglés. Si todos vosotros no fuérais una basura, no intentaríais llevar descalzo a un *gentleman* por vuestro repugnante poblado.

Los *dogarai* se dejan convencer. Y el poder de sugestión que ejerce Johnson sobre ellos es tan grande que uno de ellos incluso se arrodilla para atarle los cordones, pero no puede conseguirlo porque una de sus manos está ocupada con su lanza. Una vez calzado, Johnson se pone en pie de un salto, muy reanimado. Yergue la espalda, se contonea y, al pasar por la plaza del mercado, se las arregla para saludar con una mano a los curiosos, que lo miran estupefactos. Disfruta de este último triunfo.

Lo encierran en la celda común de la cárcel, que ha vuelto a usarse en cuanto se marchó Tring. Es una habitación alargada y en penumbra, con paredes de barro y con ventanas de seis pulgadas cuadradas. Aquí hay amontonados treinta presos encadenados por parejas y sentados en el suelo apoyados unos sobre otros, con los andrajos sobre la cabeza. Parecen idiotizados a fuerza de aburrirse.

Pocos de ellos miran a Johnson y ninguno demuestra ningún interés ni curiosidad por él. Se sienta en un rincón y admira sus zapatos volviendo los pies a un lado y a otro para que la luz haga brillar el betún. Se frota los tobillos, doloridos por el roce de las cadenas. Una de las parejas avanza hacia él arrastrando los pies. Son un pequeño salvaje con las piernas vendadas y otro joven alto y desgarbado con las articulaciones hinchadas y el estómago hundido.

El joven le coge la mano y exclama:

—Míster Johnson.

—¡Saleh, qué extraño encontrarte! ¿De modo que ambos somos prisioneros?

—Yo he sufrido terriblemente. No podría describir cuánto he padecido. Ya me he enterado de tu desgracia.

—No puedes hacerte una idea.

Saleh sacude la cadena y hace un gesto imperioso; su compañero sonríe y dobla las piernas para que Saleh pueda sentarse. Luego, el salvaje se acurruca junto a él.

—He venido a decirte que le hables a Rudbeck; que hables, si es preciso, con el Gobernador. Debes saludarlo.

—Pobre muchacho, veo que lo has pasado muy mal.

—No, imposible, no podrías creer lo que he sufrido —dice Saleh llorando—. Una injusticia terrible... No he hecho nada. Waziri dice que soy un ladrón, pero es una gran mentira. La culpa de todo la tiene ese chico *yoruba* que se ha traído de Bororro. Lo ha comprado.

—Dicen que lo ha adoptado.

—Bueno, adoptado; pero, ¿qué diferencia hay? Me quitaron todo lo que tenía, mi bata nueva, mis anillos y mi baúl y todo mi dinero y me pegaron mucho y luego me encerraron aquí. ¿Cómo puede permitir Dios una cosa así? Es increíble, Johnson, nunca sabe uno lo que puede pasar en este mundo.

El muchacho sigue gimiendo y lamentándose de su suerte. Mientras, el pequeño salvaje continúa pacientemente sentado y sin decir ni una palabra. A veces se estira, a ratos se examina con curiosidad el ombligo o mira a Johnson mucho tiempo con sus brillantes ojos de montañés, sonriendo como un sordomudo en el teatro, u observa intrigado a Saleh, como preguntándose: «¿Por qué habrán atado a éste conmigo? ¿Qué clase de muchacho será?»

—Me moriré —dice Saleh—. No puedo soportarlo.

—Pero si lo tuyo es sólo por seis meses.

—¿Me salvarás, Johnson? ¿Le hablarás a Rudbeck?

—Yo no soy más que un preso como tú.

—Sí, pero sé que te llevarán hoy mismo ante Rudbeck.

—¿Hoy?

Johnson está cada vez más deprimido.

—Eso es rápido... demasiado pronto.

—Sí, hoy mismo. Y le contarás mis sufrimientos, ¿verdad? Le dirás cómo han abusado de mí y que ese chico *yoruba* le ha robado.

—Haré lo que pueda.

—Por favor, debes hacerlo. Es muy necesario. Además, Johnson, fíjate en mis pies, los tengo destrozados con este suelo tan duro. Dame tus zapatos.

—Pero, Saleh, necesito mis zapatos.

—¿Que los necesitas? ¿Para qué van a servirte? Dentro de dos días te colgarán. Oh, Johnson, no seas tan cruel. Casi no soy más que un niño y ya tan desgraciado. No puedo resistir esta clase de vida. No puedo andar sobre un suelo tan duro y, si tropiezo, me apalean. ¿Me darás tus zapatos ahora?

Johnson está asombradísimo. Empieza a argumentar con Saleh:

—Pero, Saleh, comprende que son zapatos especiales... los mejores zapatos de Inglaterra.

—¡Ay, qué egoísta eres! Eres un bruto.

Johnson se conmueve con esto.

—Pero, Saleh...

—Sí, un corazón de piedra. Me ves sufrir y te quedas tan tranquilo.

—Mira, Saleh, si te animas no te parecerá tan mala tu situación. Anda, levanta el corazón.

—Ay, qué cruel eres, Johnson. No sabes lo que es sufrir. No sabes lo cruel que puede ser la gente. Te dicen que te quieren, te llenan de atenciones y de pronto dejan de preocuparse por ti en absoluto. Y tú eres tan malo como los demás. Estás viendo cómo me muero aquí de frío y de pena, sin un amigo...

Los ojos de Johnson se llenan de lágrimas.

—Pero, Saleh, yo soy tu amigo. De verdad, siento muchísimo lo que te ocurre. Ten, aquí tienes mi chaqueta. Puede servirte de almohada —y se quita la chaqueta.

—Sí, ya veo que quieres desembarazarte de mí con unos andrajos y unas mentiras, como todos los otros. Eres cruel conmigo... Y qué egoísta. ¿Quieres decirme para qué van a servirte esos zapatos cuando te cuelguen mañana? Porque será mañana, estoy seguro.

—En fin, maldita sea, Saleh; aquí los tienes; anda ya.

Y Johnson se quita los zapatos, que Saleh coge con ansia entregándoselos al salvaje, el cual, sonriente, los envuelve con los andrajos de la chaqueta y se los mete debajo del brazo. Aunque actúa como esclavo de Saleh, su expresión refleja el entusiasmo del que disfruta de una nueva experiencia. Saleh da otra sacudida a la cadena y dice con sequedad:

—Levántate, pagano.

El pagano se levanta rápidamente teniendo cuidado de no tirar de los grilletes de su amo y la pareja vuelve a su rincón en seguida. Allí guardan su botín cuidadosamente enrollándolo en una estera.

Johnson permanece un rato mirando sus pies desnudos, como sorprendido. Luego le dice a su vecino en un tono de voz que invita a la charla:

—Qué casualidad encontrarme aquí a ese chico Saleh.

Los presos que forman la pareja vecina, sentados contra la pared y con los brazos colgándoles sobre las rodillas, se limitan a mover los ojos. Son un par de *fulani*, escuálidos y taciturnos hasta un punto que sólo pueden alcanzar los *fulani*.

—Un caso muy notable, amigos —dice Johnson maravillado—. Ese muchacho fue persona muy influyente... El mejor amigo de Waziri... tenía gran poder y ahora ya véis cómo está el pobrecito. Estas cosas le hasen a uno pensar.

Los *fulani*, ladrones de vacas, ni siquiera mueven los ojos ya.

—Le hasen a uno pensar que lo primero debe ser preocuparse por uno mismo... Sí, hay que tener mucho cuidado.

Un *dogarai* abre la puerta y da una orden. Los presos que han estado reposando después del primer turno de trabajo, se levantan y salen en parejas a realizar su tarea de limpiar el mercado y vaciar las letrinas públicas.

Entran dos guardias. Han venido a llevarse a Johnson al cuarto de guardia. Lo conocen mucho y lo saludan con esa indiferencia de todos los policías del mundo para con los criminales conocidos, esa profesional *sans-gêne* que significa «nos comprendemos tú y yo. Todo esto forma parte del juego».

Johnson está feliz en el cuarto de guardia. Le han quitado las cadenas, y los policías le miran sin horror. Se conducen como siempre, jugando con sus botones, mascando nueces y escupiendo por la puerta al sol y diciendo de cuando en cuando esas observaciones inconexas que sólo se oyen entre los soldados, los policías y las familias numerosas en privado. Por ejemplo, uno que es veterano de dos guerras y que lleva una larga fila de condecoraciones, está apoyado contra la pared, escupe y dice:

—Ese Moma...

El sargento de la guardia se ríe un poco y replica:

—Pero, ¿qué esperabas, Nariz de Perro?

Un tercero, mientras saca brillo a sus botones o se rasca pensativo la espalda con un palo, dice:

—¡Vaya muchacha!

Todos se ríen y el veterano Nariz de Perro, acercándose una pierna para examinar el dedo gordo, murmura:

—Cualquier día me dará un chelín.

—Sí, sí, y algo más —añade el centinela que oye por fuera la conversación.

Todos se ríen de estas palabras excepto Nariz de Perro, que gira sus ojos inyectados de sangre bajo su frente pequeña y arrugada y gruñe:

—Muy divertido, ¿verdad?

Johnson, que ya forma parte de la reunión, se ríe con los que ríen y se pone serio con el viejo soldado ofendido. Luego pregunta:

—¿Se trata de esa chica de Moma?

—Sí, ¿la conoces? —le dice el joven y elegante sargento mirándolo fijamente.

—No, no la conosco.

El que se rasca la espalda dice con voz pensativa:

—Verás, empleado, Moma vino aquí y le dio una patada a la muchacha.

Este soldado también es viejo y de cara arrugada. Tiene voz de bajo profundo.

—Lo que me preocupa es qué puede haber ocurrido con la cerveza.

El centinela, un hombrecillo muy vivo con dentadura saliente, vuelve a asomar la cabeza por la puerta y dice:

—Pregúntale al cabo.

—Cállate, Dientes de Pescado. Ya sabes que el cabo es amigo mío.

—¿Es que se bebió la servesa de Moma? —exclama Johnson.

—Eso es, empleado.

El soldado que se rasca la espalda y se pule los botones, a quien llaman Soapy, rompe de pronto a cantar o más bien a tararear con la nariz:

*Adiós, pueblo mío, adiós, madre querida,
que me voy a la guerra del hombre blanco.*

Otras dos voces comienzan la canción en voz baja:

Adiós, hermana mía, no llores más...

La pequeña habitación de barro amarillento está llena de resplandor. El sol de la tarde entra por el hueco de la puerta. Y también entra una fresca brisa, pero las paredes están recalentadas como las de una estufa. Los hombres disfrutan tanto del calor como del airecillo, al modo desinteresado de los viejos soldados y policías, que no cuentan las horas ni se fijan mucho en el momento que pasa. Fuera, el centinela salmodia al sol:

*A-juu-dios, mi ca-jii-sita, mi querida hermani-jii-ta;
tienen que llevarme a la guerra del hombre blanco.*

Y añade, imitando un cuerno de caza:

Tuu-juu-tel.

Todas las voces forman el coro y Johnson canta con ellos:

A-juu-dios, mi ca-jii-sita...

La indolente cadencia, las actitudes lánguidas de los cantantes en el agobiante calor e incluso el denso olor de carne humana, de betún, de jabón para el correa, de aceite para engrasar los fusiles y de tierra caliente, hacen que Johnson olvide su propio destino. Se le quitan las inquietudes como si se las llevaran las canciones y las voces de los soldados y las difuminaran en el aire. Se contagia por el ambiente de eterno campamento, de peregrinación:

*Adiós, madre mía. Como yo era grande y fuerte,
como yo era tu hijo favorito,
me llevaron a la guerra del hombre blanco,
tu-juu-tel...*

Al callar las voces, Soapy dice:

—Cuello de Cerdo no nos pasa revista todos los días. No hay que preocuparse, amigos: *Tu-juu-tel*.

Sigue un largo silencio y de pronto Hocico de Perro empieza a rebuznar con una ronca voz nasal:

*Aquel campo de espigas, lejos, muy lejos.
Ya no puedo verte...*

Ésta es otra de las canciones de los soldados, todas ellas llenas de adioses y recuerdos. Como siempre, cantan en tono indiferente, sin ningún sentimentalismo. Cuando Hocico de Perro arrastra su *lejooooos* hasta convertirlo en un lamento sentimental, se las arregla para darle un aire cínico.

Johnson y Soapy cantan a coro:

Ya no puedo verte...

Todos los cantantes se callan excepto el pagano que, después de empezar con entusiasmo un nuevo verso, enmudece de pronto al encontrarse solo. Se produce otro prolongado silencio en el que nadie se mueve. Johnson dice entonces, compasivo:

—Sí, mala cosa para vosotros, los viejos soldados, tener que abandonar vuestras casas.

Nadie se mueve. Es como si Johnson hubiera hablado en una lengua desconocida. Después de un buen rato, Hocico de Perro vuelve despacio hacia él sus ojos inyectados en sangre y lo mira fijamente. Luego escupe y exclama:

—¡Bah, ese Cuello de Cerdo...! Nunca mira más que las mantas o las municiones.

—Con Cuello de Cerdo todo se reduce a tener las piernas limpias, los cinturones y carabinas en buen estado.

—El juez Rudbeck es amigo mío —dice Johnson.

Dientes de Pescado canturrea alegremente al otro lado de la puerta:

Querrás decir que lo era. Tu-juu-tel.

—¿Crees que te abandonará en esta ocasión? —pregunta Soapy.

—Es amigo mío.

—Eso es lo de menos —dice Hocico de Perro—. Si has matado a un hombre, no vale la amistad.

—Ha sido bueno conmigo.

Aquel campo de espigas, lejos muy lejos...

—Es la ley. Si dice que hay que ahorcarte, pues tendremos que colgarte, ya lo comprenderás.

Que se inclinan brillantes con el viento. Tu-juu-til.

—No te apures demasiado, Johnson. No duele.

Me llevan a la guerra del hombre blanco...

—Mirad, amigos, ése tiene un piojo en el cuello, ya sabe dónde puede encontrar alimento.

El centinela le da el alto a un transeúnte:

—¿Quién va por ahí? Pasa, amigo.

Se vuelve otra vez hacia el cuarto de guardia.

—Es verdad; no duele. Yo lo vi hacer una vez en Rairai... Colgaron a uno en un pozo. Es que allí no había árboles. No dio ni un solo chillido.

—Míster Rudbeck dise yo buen amigo suyo. Dise él de acuerdo siempre conmigo demasiado.

Johnson, aun entre los soldados indígenas vuelve a hablar en inglés.

—Sí, ésas son las cosas de Cuello de Cerdo —declara Soapy.

—Cuello de Cerdo está en todo. Las piernas limpias, los cinturones y mucho decirle a uno que es su amigo.

—No creas al juez, empleado —dice Hocico de Perro—. No dejes que te engañe. Desde luego, te la has cargado. Ten, mastica de esto —y le ofrece un poco de tabaco verde.

Johnson está temblando, pero se ríe y dice:

—No me importa que me ahorquen.

—Muy bien, empleado. Eres un valiente. No dejes que te tomen el pelo.

Johnson se indigna consigo mismo por estar temblando.

—A mí no me importa nada en este mundo.

Y empieza a jactarse. Cuenta su pelea con Gollup. A la mitad de este relato triunfal, se presenta un recadero y llama al sargento.

—Que traigan al preso Johnson.

Dos guardias se ponen el correa a toda prisa y llevan a Johnson al despacho de Rudbeck. A la entrada esperan muchos testigos: Ajali, Benjamín, Aliu entre ellos. Johnson entra y se encuentra a Rudbeck de uniforme, sentado a la mesa de despacho. Abre la boca para saludarle pero, al ver la actitud judicial de Rudbeck y su aire sombrío, no cree prudente hablarle. Y se queda callado borrándose lo más posible detrás de los guardias mientras hacen los preparativos. Algunos de los testigos se asoman a curiosear y los guardias los mandan otra vez fuera. Míster Montagu, el nuevo empleado, trae una Biblia y un Corán. A Rudbeck le parece haber tenido muy mala suerte al haberle tocado juzgar a Johnson. Lleva varias semanas fastidiado desde el informe provincial que le enviaron del despacho de Bulteel.

Las líneas subrayadas que él debe responder directamente al Ministerio, dicen así: «Míster Rudbeck debe explicar por qué se han duplicado los delitos graves contra las propiedades y las personas en Fada desde que él se encargó de ese distrito cuando lo dejó el difunto míster Blore. No es plausible lo que él indica en su informe de que cierto número de maleantes han podido llegar a Fada al mejorar las comunicaciones. Analizando los datos se ve que las nueve décimas partes de la criminalidad se han producido entre nativos de Fada y otros pueblos muy lejanos.»

Una nota particular de Bulteel añadida al documento oficial, dice: «¿Qué ocurre en Fada? ¿Está usted seguro de que no preparan ahí algo? Ya sabe usted cómo empiezan estas cosas. Si las necesita usted para comprar informes le podría dejar algunas libras con cualquier pretexto. Dígame si quiere que le envíe el tipo que descubrió la pequeña conspiración del Emir de aquí cuando tuvimos aquellos incidentes en la frontera Sur. Éste hombre hace muy bien esos trabajos y anda con mucho cuidado porque sabe que puedo meterlo en la cárcel por varias cosas que sé de él. Pero, sobre todo, no deje usted pasar el tiempo sin hacer nada. Dígales en seguida algo y demuéstreles que está usted alerta. Como diría el viejo Robey: “Se paran, miran y escuchan.” Le insisto en que no se cruce de brazos. No puede usted permitirse otra amonestación oficial.»

Rudbeck ha rechazado este amable ofrecimiento en una carta que es el primer síntoma de su nueva reacción a las «condiciones del Servicio».

Comunica que a su debido tiempo dará una explicación satisfactoria.

Sin embargo, no envía explicación alguna. Hay en él un poco de resentimiento y una actitud maliciosa al negarse a que lo dirijan.

Quince días después le dice a Celia:

—No tendré más remedio que preparar alguna farsa para que los mandamás se queden tranquilos.

Celia, que se está ya redondeando por hallarse en su quinto mes, pero que se resiste con decisión contra el intento del médico de enviarla a Inglaterra, mira soñolienta a su marido y dice:

—Sí, querido, tienes razón.

—Lo único que a ellos les interesa es que se cubran las apariencias.

Celia se fija más en él y recuerda que hace algún tiempo le preocupan la conducta y las cosas que dice su marido. Trata de consolarlo.

—Pobre Harry, qué suerte tan horrible.

—¿Quién tiene mala suerte?

—El pobre Wog.

—Ah, bueno. Ya me lo advirtió Blore que terminaría mal.

—Pero es horrible para ti.

—Estas cosas ocurren de vez en cuando. No hay más remedio que acostumbrarse.

Celia vuelve a mirarlo incrédula, pero luego cambia de tema y dice:

—Debías haberme recordado que escribiera a mamá por lo de la niñera.

Rudbeck, fastidiado por la preocupación de Celia, replica:

—¿Escribirle a mamá?

—Ahora no, querido. Quiero decir, cuando le escribas. ¿Y qué otra cuestión urgente había? Ah, sí, la lana.

Rudbeck hace una mueca de impaciencia y se marcha. Sabe perfectamente cuál es la causa de su mal humor. Hay diferentes maneras, y él lo sabe muy bien, en que un hombre, enfadado con sus superiores y ofendido por ellos, puede rebelarse contra las condiciones del Servicio. Puede escribir con rudeza o sarcásticamente, o en tono de mártir, o bien puede convertirse en un *robot* que se someta humildemente y cumpla las instrucciones al pie de la letra. Rudbeck, en su correspondencia oficial de los últimos días, se ha atenido a esta última actitud.

Bulteel, que a cincuenta millas de distancia ha diagnosticado las dificultades con que tropezaría el joven, dificultades bastante corrientes entre los funcionarios que empiezan su carrera, se ha limitado a archivar esas largas y minuciosas cartas de Rudbeck, sin hacer el menor comentario. Espera que

Rudbeck se cansará pronto de esa actitud maliciosa y se pondrá como los demás a cumplir con su obligación, es decir, a llenar los formularios, a pagar las nóminas, a jugar al golf y al bridge, cuidar de su familia e instruir a su vez a sus subordinados: «Nada de grandes horizontes. La época de los grandes horizontes terminó hace veinte años... y, sobre todo, no poner demasiado celo.»

Pero Rudbeck, en ocasión del proceso, sigue todavía en su rebelde estado de ánimo. Su aire formal, mientras está sentado, tieso como Blore, en su silla oficial, es una viva protesta contra un mundo de Trings, Blores y Bulteels.

Lee la acusación en tono frío y oficial y luego hace el resumen habitual de la ley aplicable al caso y explica lo que es asesinato, homicidio, etc. Luego le dice a Johnson que se le acusa de asesinato y que puede defenderse.

—¡Oh, señó! Yo culpable... yo mato pobre sargento Gollup.

—No es culpable —dice Rudbeck con su voz mecánica. Y lo escribe—. Pondremos que no se considera culpable.

—Yo culpable, señó. Creo que evito a usted preocupaciones y molestias.

Rudbeck llama a los testigos por turno. Ajali asegura haber encontrado el cadáver de Gollup y haber visto a Johnson con la llave falsa y jactándose de que robaría el dinero.

Matumbi, con los ojos hinchados y llorosos, mira con rabia al hombre que le ha estropeado su vida cómoda. Jura que vio a Johnson apuñalando a Gollup.

Rudbeck, actuando como defensor, interroga a Matumbi y hace que se contradiga. Confiesa que ha dicho varias mentiras y, para explicarlo, dice todavía más. La manda afuera.

Otros testigos prueban que el cuchillo encontrado clavado en el pecho de Gollup era el de Johnson; que se lo había enseñado a mucha gente en el pueblo jactándose de que si lo sorprendían robando, no lo cogerían vivo.

Rudbeck le pregunta a Johnson, después de declarar cada testigo, si no tiene que hacerle algunas preguntas; y al final, si no quiere llamar a algunos testigos en su defensa.

Johnson sonríe y mueve la cabeza. Ya no se preocupa. Se siente contento y sonríe a menudo a Rudbeck o a sí mismo. El procedimiento judicial, la calva del juez, las voces bajas, todo esto tranquiliza sus nervios. Como la mayoría de los indígenas ante un tribunal, incluso cuando son acusados de los delitos más graves, no puede darse cuenta del peligro que corre, por mucho que se lo adviertan.

Rudbeck lee las pruebas contra él y dice:

—En resumen, se trata de esto: Dicen que robaste la tienda, que llevaste un cuchillo por si alguien te sorprendía en la tienda y que el sargento Gollup te sorprendió y entonces lo mataste con el cuchillo.

—¡Oh, señó!

—Espera un momento. No necesitas decir nada. Si sólo vas a estar de acuerdo con las pruebas, te aconsejo que en ese caso te calles. Pero quiero que comprendas que lo grave de este asunto es que llevabas la intención —según dicen los testigos—, de matar al sargento, que pensabas hacerlo ya cuando te dirigías hacia la tienda. Si esto es cierto, no debes decir nada. Pero si tienes la convicción de no haber querido matar al sargento, es mejor que lo declares.

Johnson responde con el mismo aire cortés y razonable, como no queriendo plantear dificultades.

—No, señó... no declaración. No quiero darle molestias, señó. Yo lo hise, eso es todo. Yo quería mucho al sargento... Nunca tenerle miedo... pero cuando él quiere cogerme yo tener miedo de cársel.

—Espera, tienes que jurar. ¿Dices que querías al sargento?

—Sí, señó. Nosotros muy buenos amigos.

—Entonces, ¿tenías la intención de matarlo?

—¡Oh, no, señó! Yo de acuerdo con él demasiado. Nunca quiero herir sargento ni un poco poquito.

—Entonces, ¿cómo te explicas los testimonios que acabamos de oír, según los cuales lo apuñalaste?

—Yo asustado, señó. Creo que me coge... y sólo doy un salto para empujarlo.

—¿Quieres decir que tu cuchillo lo hirió por accidente?

—No, señó, no es eso. Es que yo no saber lo que hasía con ese idiota cuchillo.

—Debes comprender la diferencia que hay entre decir que la muerte del sargento fue debida a un accidente o que lo mataste porque perdiste la cabeza. Aunque un ladrón mate para poder escapar sigue siendo culpable de asesinato en primer grado.

—Sí, señó. Yo lo mato. Comprendo muy bien —dice Johnson muy contento.

Está disfrutando extraordinariamente de su charla con Rudbeck. Se siente tan agradecido hacia él que quiere corresponder facilitando las cosas. Está dispuesto a decir lo que resulte más satisfactorio.

—Pero hace poco has dicho que lo mataste accidentalmente. ¿Sostienes eso o no?

—Sí, señó. Lo que usted quiere.

—No se trata de lo que yo quiera o no, sino de lo que tú desees decir. ¿Fue un accidente o no?

—¡Oh, señó! Yo olvidarme de lo que hago con ese maldito cuchillo... demasiado sorprendido. Y por eso matar al pobre sargento.

Rudbeck suspira y luego, con aire abatido y sombrío, escribe una nota.

—Ahora, Johnson, escucha esto y dime si es lo que tú quieres decir: El preso, después de serle tomado el juramento de rigor, hizo una declaración. Declara no haber tenido intención de causarle ningún daño al sargento Gollup. «Le había tratado bien y yo lo quería. Pero me cogió por sorpresa en el almacén, perdí la cabeza y me lancé contra él. Ni siquiera recuerdo haberle dado con el cuchillo, no sabía lo que estaba haciendo.»

—¡Oh, sí, sí, señó, eso es! —exclama Johnson. Nunca se le ha ocurrido esta interpretación, pero ahora le parece la única verdadera. Lloro de pura emoción. El maravilloso Rudbeck ha descubierto la verdad que ni siquiera él sabía. Pero no le conmueve tanto la sorprendente sabiduría de Rudbeck, que era de esperar en él, sino su amabilidad. Johnson cree que el juez se propone salvarlo. Ha oído hablar de la irresponsabilidad de algunos delincuentes... Sabe que algunos asesinos han salvado la vida por no haberseles considerado responsables de sus actos. Lloro y río al mismo tiempo:

—¡Oh, señó!, es verdad... es verdad... yo no lo hago a propósito... Todo ocurre sin yo saber... usted lo escribe mejor que yo puedo pensar... usted me salva ahora. Usted mi padre y mi madre en el mundo. ¡Dios le bendiga, señó!

—Muy bien, Johnson. Lo dejaremos así.

Rudbeck repasa sus notas y escribe que el Tribunal encuentra probada la acusación. Pena de muerte. Debajo redacta el habitual informe para el Gobernador, el cual debe confirmar la sentencia o indultar al culpable: «El jefe de Distrito mister Rudbeck solicita que se recomiende el indulto por consideración a la juventud del prisionero y a su desequilibrio nervioso. Su declaración puede ser aceptada como verdadera. No había premeditado el asesinato pero, como llevaba un arma para defenderse, perdió la cabeza al encontrarse acorralado.»

Rudbeck no lee en alta voz la sentencia ni su recomendación para el indulto. Se limita a decir con voz oficial y resignada:

—Muy bien, hemos acabado. Sargento, llévase al prisionero otra vez al cuarto de guardia.

—Pero, señó, ¿qué me hasen entonses? ¿Usted cree quisá que me cuelgan?

—Tendremos que esperar hasta que nos contesten. Llévase, sargento.

Como Rudbeck está de uniforme y el proceso ha sido por asesinato, le llama al sargento *sargeant* y no con el diminutivo *sargy*.

Rudbeck envía sus escritos al día siguiente. Pero las autoridades competentes no ven ningún motivo para aconsejar al Gobernador general el indulto de Johnson. Devuelven los papeles (con una nota en tinta roja al margen de una pregunta: «es preferible que ponga usted en la fórmula, ¿conoce usted al preso?» en vez de «ya conoce usted al preso, Johnson») confirmando la sentencia.

El sobre contiene la orden al *sheriff* para ahorcar a Johnson y, en hojas por duplicado para la investigación del *coroner* después de la ejecución. Rudbeck es, además de juez, el *sheriff* y el *coroner* de Fada. También le envían un papelito azul, en multicopista, donde se indica la longitud de cuerda necesaria para ahorcar a un preso de sesenta kilos, de sesenta y cinco, de setenta, etc. Mientras más pesa el condenado, menos cuerda hay que dejarle.

Rudbeck lee esto con sorpresa y repugnancia. Nunca se ha visto obligado a ahorcar a nadie. Hay un momento en que la sensación de asco parece aplastarlo. Pero en seguida reacciona, metiéndose en su nueva armadura de funcionario-máquina y dice con el mismo tono que emplearía un soldado murmurando contra su sargento: «Maldita sea, todo esto lo han pensado muy bien, pero, ¿cómo voy yo a pesar al fulano? ¡A ver si se han creído que tengo una báscula de estación en el despacho!»

Tira el papelito en la cesta y se pasa dos días sin hacer nada. Se halla en ese estado de muda resistencia que conocen tan bien todos los sargentos y oficiales.

Los jóvenes soldados que pasan por ese estado de ánimo tienen una cara especial en los desfiles, una expresión a la vez ofendida y truculenta, y suelen presentarse impecablemente arreglados pero con un fusil sucio, por ejemplo, o, en la inspección del cuartel, presentan sus cosas perfectamente limpias y sin faltar nada pero cuidadosamente dispuestas en el orden contrario al que debían tener.

Rudbeck realiza su trabajo rutinario en el despacho con una precisión exagerada. Todas las mañanas cuando visita el fuerte, pasa primero revista a la guardia y luego entra en el cuarto de guardia.

—Buenos días, Johnson. ¿Tienes alguna queja?

—¡Oh, no, señó! Ellos demasiado buenos para mí aquí... Grasia, señó. También usted muy bueno para mí al venir todos los días.

—Son las ordenanzas —dice Rudbeck de mal humor, como negándose ningún mérito—. ¿Está bien la carne?

—Sí, señó, muy buena. Vivo aquí igual que en mi casa.

—Muy bien. Si deseas algo, me lo haces saber —y se marcha con la misma expresión, a la vez de buen cumplidor y de desafío. Pero todavía no da ningún paso para llevar a cabo la ejecución.

Al cuarto día recibe un telegrama exigiéndole la inmediata ejecución y que envíe la fecha. Rudbeck se dice: —Está bien —como si se dijera: «Allá vosotros; lo habéis querido.»

A última hora de la tarde, se dirige hacia el fuerte. Oye muchas voces en el cuartel. Alguien está tocando el *tam-tam* sobre un latón de nafta. Al acercarse a las puertas, le llegan tres o cuatro voces del porche del cuarto de guardia, que cantan a coro. Luego se callan todos menos Johnson, que improvisa. Los demás ríen con grandes carcajadas. El centinela ve a Rudbeck y pide el santo y seña. Después de gritar las palabras: «—Alto, ¿quién está ahí?», sus labios vuelven a moverse, pero Rudbeck no oye lo que dice. Es que el centinela está advirtiendo al sargento. Mientras presenta armas al paso de Rudbeck, la canción de Johnson y las risotadas se interrumpen de repente y el sargento se cuadra para saludar.

Rudbeck se asoma al recalentado cuarto de guardia y ve a Johnson sentado con la espalda contra la pared, cogiendo con cada brazo a un guardia. Los tres se levantan de golpe. Rudbeck dice:

—¿Cuánto pesas, Johnson?

—¿Pesar, señó? No lo sé.

—Y no tenemos ningún peso, ¿verdad? Sargento, trae ese palo fuerte.

El sargento acerca una gran rama pelada que hay en un rincón preparada para las nuevas cabañas que van a construirse como ampliación del cuartel.

—Ponla atravesada en las vigas del porche.

Ponen en equilibrio el palo, de uno de cuyos extremos atan una silla con cuatro cuerdas, y en el otro un cajón por el mismo procedimiento. Rudbeck echa unos puñados de tierra en el cajón para equilibrar la silla. Luego le pide a Johnson que se siente en la silla y se mantenga inmóvil.

—Abre el cofre del dinero, sargento.

—¿El cofre del dinero, señó?

—Muy bien, sargento —dice Rudbeck con el tono de «ellos se lo han buscado».

El sargento retira su silla y su cama, debajo de la cual está la caja del dinero. Levanta la placa de hierro al nivel del suelo, abre dos candados que aseguran la caja y saca un gran montón de bolsas llenas de dinero. Son de

varios colores, unas van selladas con el águila de Blore y otras con la cigüeña de Rudbeck.

—Ponlas en el cajón, sargento.

El sargento va colocando las bolsitas llenas de plata en el cajón hasta que la silla se levanta y el cajón toca el suelo.

Johnson, que observa estas maniobras con gran interés, pregunta:

—¿Cuánto peso, señó?

—¿Cuánto es, sargento?

—Cuatro saquitos de dos chelines, señor, un saquito de chelín y otro de monedas de seis peniques —dice el sargento.

—Quinientas cincuenta libras de plata a razón de veinticinco libras el ciento o sea, cinco por cinco son veinticinco y cinco veces veinticinco son ciento veinticinco, más doce y media, son ciento treinta y siete y media. Digamos ciento treinta y ocho. Ahora, sargento, traéme mucha mermelada.

—¿Mermelada, señó?

—Sí, caray, mermelada. Anda a pedírsela al cocinero y que no te vea salir con ella la señora Rudbeck.

El sargento se marcha. Rudbeck sale detrás de él para gritarle:

—Además, que te den una lata de harina.

Johnson pregunta:

—¿Por qué me pesa usted, señó?

—Las ordenanzas, Johnson.

—Como muy bien, señó. Creo me pongo gordo.

El sargento vuelve con una lata de harina y siete de mermelada y Rudbeck se las va dando a Johnson una a una. Cuando ya tiene sobre las piernas la de harina y tres de mermelada, se establece el equilibrio de la balanza. Rudbeck dice con su tono irritado:

—Ahora hay que quitarle las siete libras que pesa todo esto.

—Siento treinta y una, señó —dice Johnson.

—Eso es. Muy bien, Johnson. Gracias, sargento.

Johnson vuelve al cuarto de guardia. Guardan el dinero, las latas son devueltas a la Residencia y Rudbeck se va a tomar el té. Tres minutos después, le llega un recado del fuerte. El preso quiere ver al juez.

Rudbeck ha dado orden de que cualquier preso puede enviar a buscarlo en cualquier momento. Por tanto, va al fuerte en el estricto cumplimiento de su deber y encuentra a Johnson acurrucado en un rincón oscuro.

—Perdón, señó... le pido perdón por molestarle... usted me ahorca personalmente, señó.

—¿Quién ha dicho semejante disparate?

El disgusto de Rudbeck estalla en ira.

Johnson se apresura a calmarle:

—Nadie me lo dise, señó... yo mismo adivino. Sólo que pienso es mejor usted me ahorca. Yo no creo que usted deja al sargento haserlo.

—Pero el sargento...

—¡Oh, señó! Usted mi buen amigo, mi padre y mi madre... yo rogarle que lo haga... creo quisá mejor usted me mata de un tiro.

Sólo con pensarlo se sobresalta Rudbeck de tal modo que dice en seguida:

—Pero, Johnson, eso sería imposible. Lo siento mucho, pero ya sabes que las ordenanzas...

—Sí, señó, pero yo le quiero a usted mucho, mucho, usted tan bueno siempre conmigo... Usted hase esto por mí y yo tan tranquilo. Usted puede matarme muy pronto. Como el viejo juez de Guri.

—¿Qué quieres decir?

—Aquel juez tan viejo de Guri. Mató al preso mientras dormía. Dise que él, caballero... él no propio colgar gente. Sólo propio matarlos de tiro.

—Lo siento, Johnson, pero tengo que obedecer la ley. Debo firmar un papel diciendo que he cumplido las instrucciones al pie de la letra.

Johnson retrocede un poco y dice con voz cortés, como disculpándose:

—Perdón, señó. Usted demasiado bueno para mí, yo no propio para darle a usted tantos disgustos. No sirvo para nada.

—Lo siento muchísimo, Johnson, pero verdaderamente...

Rudbeck se marcha aún más deprimido y resentido contra los misteriosos enemigos que lo cercan, ordenanzas, condiciones del Servicio y mala suerte. Y peor suerte aún es que Johnson pida algo imposible.

La ejecución está fijada para las ocho de la mañana del miércoles; es decir, cuando Celia sale a dar su paseo por los jardines del puesto. A Johnson no le dan la noticia, pero se entera por la charla que sostienen los guardias.

—Mañana habrá cerveza, sargento.

—Cállate.

—Hombre, es que al sargento le darán una libra.

—¿Sólo una? Pues al sargento Bolsa Azul le dieron dos en Rairai.

Entra el joven Pimienta, se quita el correa, lanza un largo «juuf!» de alivio y dice:

—¿Ha llegado la cuerda?

—Cállate, pagano. Cierra esa grieta que tienes en la cara.

—Si la váis a tomar conmigo...

El joven recluta se enfada.

—No le hagas caso, empleado. Es que, ¿sabes?, estaba preguntando por la cuerda para el pozo.

—No, no, gracias, no le hago caso.

—Nos resultas simpático, empleado. Eres un buen muchacho.

—Y a mí me sois también simpáticos, policías. Sois amables. ¡Dios os bendiga a todos!

Un alto *lupe*, blando y perezoso, se acerca a ellos.

—Lo sentimos. El miércoles por la mañana... es mejor no pensar en eso.

—Cállate, Hedor de Pescado.

—No sé por qué voy a callarme. Lo único que le decía al chico es que le tenemos afecto.

—Sí, sí, todos vosotros sois muy atentos conmigo. Le diré a mi amigo míster Rudbeck lo bien que os portáis conmigo.

—Bueno, Cuello de Cerdo se puede ahorcar si quiere en vez de hacerlo contigo. A nosotros no nos importaría.

Johnson vuelve a darles las gracias desde su rincón oscuro; le tiemblan las piernas, pero no se siente desgraciado. Sólo tiene una impresión extraña. Mira sorprendido a las paredes que le rodean y al sol de la tarde que entra por los huecos de las ventanas. Mira a aquellos hombres como si no los hubiera visto nunca. Se arrastra hasta la puerta y contempla el árido terreno que rodea al fuerte, las bajas murallas casi desaparecidas en treinta años de paz, el ancho agujero debajo del cuarto de guardia por el cual se puede ver parte del cuartel, algunos niños jugando con lanzas de juguete; y más allá, al otro lado del puesto, la oficina y el comienzo de la selva.

Johnson no duerme. Sentado junto al fuego charla con los soldados que están de guardia o se queda en la puerta contando su historia al centinela. Cuando empieza a clarear, se sienta en el porche, para ver salir el sol.

Un poco antes de las seis, el sargento, que duerme en su cama, se levanta, se lava la cara y enrolla su estera. Es un hombre pequeño y amarillo que acaba de ser ascendido y que siempre está lleno de inquietud. Mira preocupado el pequeño despertador colocado en un agujero del muro y grita:

—¡Las seis!

El centinela desenvaina un viejo machete mohoso y da con él golpes en un trozo de rail colgado bajo el porche. Da seis golpes contando: «*Daia... biu... oku... fudu...*»

El sargento se pone la guerrera, se sienta en su silla y vuelve a levantarse para cepillar el asiento. El *lupe* Hedor de Pescado, sale del cuarto de guardia y

se sienta al sol junto a Johnson. Dice:

—Dios bendiga al calor.

—Dios lo bendiga.

El sargento empieza a bostezar pero cierra de pronto la boca, como para restaurar la disciplina. Otros dos guardias salen llevando las mantas al hombro y se sientan en el suelo del porche para aprovechar los rayos de sol, aún débiles. Uno de los hombres es un feroz *shua* árabe, muy negro, y el otro es Soapy. El árabe guiña los ojos al sol, luego sonrío y bosteza a la vez: *Au... yau*. Es un bostezo como un ladrido. El otro mira soñador el cielo pálido y dice pensativo:

—Otra vez me duele la barriga.

Nadie le contesta.

El pequeño Pimienta, el recluta más reciente, da un salto adelante y exclama:

—¡Te saludo, día!

Se pasea inquieto por el porche, temblando de frío y sin dejar de frotarse.

—¡Qué noche tan fría! Es hoy, ¿verdad?

—Sí, hoy —dice Johnson riéndose.

El ordenanza de Rudbeck llega a las puertas del fuerte con una botella de *whisky*, que entrega a Johnson.

—¿Qué es esto?

—Me lo entregó el cocinero del juez y me dijo que era para el preso.

—¡Ah, sí! —dice Johnson.

Las piernas empiezan a temblarle de nuevo.

—Míster Rudbeck es mi amigo. Él me da muchos regalos.

Los adormilados policías, sentados en el suelo a ambos lados de él en la puerta, guiñan los ojos al sol que se levanta pero vuelven todos a la vez la cabeza y los ojos para admirar la botella.

—Es *whisky* —dice Johnson— de Inglaterra, de nuestra patria. El mejor *whisky* del mundo.

El sargento coge la botella y levantándola contra el sol lanza un silbido de entusiasmo.

—Hermoso... hermoso... como el oro.

—Esto cuesta dinero —dice el *lupe*.

—Pero, ¿por qué te manda *whisky*, empleado?

—Ya sabéis —dice el pequeño pagano frotándose los brazos— ya sabéis lo que se cuece a las ocho.

—Cállate, pagano —le dice el árabe.

—Bueno, no he dicho nada.

—Sí, es por eso —explica Johnson riéndose—. Es porque me va a ahorcar hoy. ¡Ah!, míster Rudbeck es mi gran amigo. Es el mejor hombre del mundo.

Johnson tiene la cabeza un poco ligera después de una noche sin sueño y esto, en vez de acentuarle el cansancio, le da más viveza. El temblor de las piernas le impide quedarse quieto. Balancea el cuerpo de cintura para arriba sin dejar de reír. A las ocho... todavía faltan dos horas... Hay mucho tiempo.

Los guardias lo miran muy serios y el *lupe* dice:

—Es verdad, empleado.

—Bebe un poco de *whisky*, empleado.

—No, gracias; es para vosotros, amigos míos.

Todos los guardias parecen despertarse por completo al oír esto y, sin levantarse, avanzan el torso hacia él para instarle a que beba. Pero Johnson mueve la cabeza, las manos y el cuerpo a la vez.

—No, no, no. Quiero que sea para vosotros porque sois mis amigos.

—Pero esto te alegrará, empleado.

—No, ya no lo necesito. Ya estoy contento. No me importa nada. Venga, sargento, beba a mi salud.

El sargento bebe un largo trago y los otros le gritan:

—Ya está bien, sargento.

La botella pasa de mano en mano. El árabe, sentado junto a Johnson, le da unas palmadas en la espalda y exclama:

—Chico, ¡no tenía idea de que eras tan valiente!

La botella da otra vuelta y todos menos Johnson beben de nuevo en silencio. Entonces, el árabe empieza a canturrear con la nariz y luego a cantar con voz de falsete, como una gaita rota:

—*Por la mañana, cuando el sol es nuevo...*

Soapy, rascándose la espalda en la pared y mirando al cielo con expresión romántica, forma el acompañamiento tarareando desde el fondo de su garganta:

—*Jum... Uum... aaa.* —Y añade en seguida—: Sí, me duele mucho.

El pequeño Pimienta, en medio de uno de sus paseos por el porche, da un súbito brinco en el aire que lo deja vuelto en dirección contraria. El *lupe* le dice:

—Sigue, Pimienta. Enséñanos cómo hacen los devoradores de niños.

El árabe bosteza otra vez y pregunta con repentina animación:

—¿Cuánto te darán, sargento?, ¿dos libras?

—Míster Rudbeck es muy generoso... es amigo mío —dice Johnson.

—Y nosotros también.

—Sí, todos vosotros sois amigos míos.

No sólo le tiemblan las piernas sino todo el cuerpo. Balancea el torso y sus pies marcan el compás a que baila Pimienta. Después, se une al canturreo del que se rasca en la pared:

Uum... um... ah...

El *lupe* coge a Johnson del brazo y se balancea con él; ambos cantan con el Rascador:

*Por la mañana, cuando sale el sol,
le digo a los árboles,
vosotras sois mis bellas hermanas.*

El Rascador coge a Johnson por el otro brazo y los tres se balancean al compás: «*Vosotras, bellas hermanas mías*», salmodian las voces. El sargento bate palmas para marcar el ritmo y canta con una voz de tenor aguda y dulce, llena de sentimiento:

*Os oigo llamarme con vuestras suaves voces,
veo vuestros pechos que tiemblan cuando reís juntas.*

—*Uum... um aah...* —entona el Rascador.

De pronto se interrumpe la canción como obedeciendo a una señal; pero no ha habido tal señal y nadie se sorprende del súbito final excepto Johnson, que tiembla y se ríe y queda con la boca abierta para el verso siguiente. El Rascador dice pensativo, después de bostezar:

—Amigos, otra vez me duele la barriga, sólo que ahora es peor.

Pero nadie le presta ni la menor atención.

—Ocho *hierros*, qué hora más curiosa para un...

—Es verdad, empleado.

—Sí, amigos, no me importa que me cuelguen.

—¡Eres el más valiente!

—Es sorprendente el valor que tiene este hombre —declara el árabe mirando a Johnson y sacando mucho la mandíbula.

—¡Hum! Es que algunos empleados no son tan malos.

—No me importa nada. Míster Rudbeck es amigo mío.

—Aquí todos somos amigos, empleado. Te admiramos. Casi podrías ser un soldado.

—Sentiremos tener que despedirnos de ti.

—Y yo también, amigos. ¿Tenéis más *whisky*? Me da igual que me ahorquen, pero no quiero despedirme.

—*Uum um... ah* —canturrea el Rascador.

*Le dije adiós a mi casita,
adiós, casita mía, adiós perrito mío.*

Hedor de Pescado, Johnson y el Rascador llevan juntos el ritmo que marca el oboe nasal del Rascador y el suave batir de palmas del sargento. Luego intervienen Pimienta y Hedor de Pescado:

*Adiós, padrecito mío, adiós madrecita.
Me voy a la guerra del hombre blanco.*

A Johnson le tiemblan todos sus músculos mientras se balancea cantando. El temblor parece aligerar a su cuerpo y descoyuntarlo. Todo él es como un gran nervio tembloroso o una cuerda que vibra con la melodía, con las palmas del sargento y la triste canción de sus amigos los guardias, todos los cuales se mueven lentamente al compás.

—*Uum, um aah* —canturrean juntos.

Adiós, mi río chiquito, mi pueblecito.

—*Adiós* —canta Johnson mirando al sol, que le da ahora de frente en la cara y mete la sombra de la silla del sargento al interior del cuarto de guardia, detrás de ellos.

—*Adiós, sol mío* —canta Johnson en inglés.

*Uum... um... aah.
Dame fuego aunque no tengo leña,
dame lus aunque no tengo nafta,
ven a pasear conmigo, que no tengo amigos, pobre de mí,
ponme la mano en el pecho, que somos hermanos todos,
caliéntame el corasón, que hase frío esta mañana
y no pidas nada para ti, nunca pidas nada.
Uum... um... aah.*

Johnson ríe y tiembla. No sabe si está borracho de miedo o de felicidad.

—*Adiós* —dicen los hombres, en inglés; y el sargento y el árabe dan una octava más alta—: *Aaaa-diós*.

—*Adiós, viento mío* —Johnson coge de nuevo el ritmo:

*Eres tan bella como diamante.
Abanícame que tengo calor y echa las moscas.
Quita el mal oló de mi casa
y seca mis trajes, que se han mojado,
pero no digas que te dé, no pidas nunca nada.*

Uum... um... aah.

Y Pimienta improvisa una floritura con su larga nariz imitando al contrabajo:

*Adiós, mis ríos, lavadme, con vuestras manos suaves,
jugar conmigo toda la mañana
y haserme cosquillas en la barriga,
frotarme los pies, y haserme reír, que soy pobre.*

Y continúa en su lengua nativa:

*Reid conmigo con vuestros labios brillantes.
Pero no pidáis nunca nada para vosotros.
Uum... um... ooh. Trumpety.
Adiós, mundo mío, adiós, padre mundo.
Llévame en tu cabeza y dame carne.
Cuando este niño tonto te oye respirar en lo oscuro
ya no tiene miedo, porque estás con él.
Te huelo como la cerveza melosa en la noche oscura.
Veo cómo brillan tus pechos con la luna,
siento tus músculos que me sujetan y no caigo.
Adiós, padre mío, todo lo haces para mí
y nunca pides nada para ti.
Uum... um... aah. Trompety.
Adiós, madre del cielo, rodéame con tus brazos,
no me quites tus ojos de encima, no duermas.
Dame tu pecho cuando tengo sed; y nunca pides nada
uum... um... trompety pom.
Adiós, noche mía, mi noche-mujer,
ténme en tus brazos diez mil veces.*

En ese instante el centinela de la puerta de entrada al fuerte grita:

—¡Ya viene, sargento!

El sargento se apresura a ponerse la gorra y a apretarse el correa. Los hombres se levantan de un salto, se ponen las guerreras, cogen sus carabinas.

—¡A formar! —grita el sargento, nervioso.

Todos corren a la puerta y presentan armas. Rudbeck, sin sombrero, se acerca. Como no trae sombrero no devuelve el saludo. Pero viste un uniforme impecable y se ha peinado con especial cuidado.

El sargento va a su lado mientras se dirige al cuarto de guardia.

—Todo bien, señor.

—¿Está todo listo?

—Sí, señor. Todo listo, señor. He puesto unos postes en el viejo cementerio, como dijo usted, señor. Nadie ve nada... Hay tumba cavada y cuerda colgando, señor.

—Gracias, sargento.

Johnson, que está de pie a la entrada del cuarto de guardia, dice, riéndose y con visible temblor.

—Buenos días, míster Rudbeck. Dios bendice a usted... Me gusta verle.

—Siento todo esto, Johnson.

—Sí, señó, ya comprendo, todo esto mucho trastorno para usted, señó.

—El alto mando dice que no quiere hacer nada.

—Señó, usted hase lo mejor que puede.

—Te portas muy bien, Johnson, tienes muchísimo valor. Oye, ¿no querías mandar algún mensaje a alguien?

—Creo eso muy buena idea, señó.

Rudbeck le hace entrar en el cuarto de guardia, que está vacío, se sienta en la silla del sargento, junto a la puerta y saca su carnet de notas.

Johnson se sienta en el suelo y dicta una carta a Bulteel agradeciéndole todas sus bondades. Termina así: «Bendigo a usted y al juez Rudbeck por mi vida tan feliz en este mundo.»

Rudbeck mira intrigado al muchacho pero ve que habla en serio. Está demasiado nervioso y excitado para ser hipócrita. Suda por todo su cuerpo, las rodillas le tiemblan violentamente y su expresión cambia a cada momento. De repente sonríe, luego se pone serio y se pasa la lengua por los labios, levanta las cejas como recordando algo y vuelve a sonreír como si lo recordado tuviera mucha gracia.

—¿Algo más, Johnson?

—¡Ah!, sí señó. Creo que escribo a mi mujer Bamu.

Y dicta una larga carta a Bamu, agradeciéndole haber sido una esposa tan buena para él y aconsejándole que eduque al niño como un buen caballero cristiano «lo mismo que el juez Rudbeck».

Rudbeck queda en silencio un momento y da un ligero gruñido de emoción. Luego dice:

—¿Más cartas, Johnson?

—No, señó. No creo que tengo más gente. —Otro breve silencio. Luego pregunta Johnson—. ¿Es la hora, señó?

—No te preocupes del tiempo.

—Yo creo quizá me gusta esperar un poco poquito. Acabo recordar algo.

—¿Otro mensaje?

—¡Oh, no, señó! Sólo algo que olvido... Era cuando yo estaba en Guta con míster Jones.

—¿Tiene eso algo que ver con lo que te ha pasado aquí?

—No, señó... pero recuerdo pasarlo muy bien con él. Y casi lo olvido.

Johnson habla como si hubiera cometido una terrible falta o hubiera estado a punto de cometerla porque estuvo a punto de caer en ingratitud con los que le hicieron pasar buenos ratos en Guta.

—Y el cumpleaños de míster Ajali, bendita sea mi alma, por poco se me olvida también.

Rudbeck, sombrío y silencioso, dice al cabo de un rato.

—Oye, Johnson, ¿te acuerdas de aquel anticipo que me pediste?

—¡Oh, sí, señó!

—Supongo que no habrían cambiado las cosas... no te habría evitado yo dificultades si te hubiera dado entonces unas cuantas libras por anticipado.

Johnson comprende lo que Rudbeck quiere decir y se ríe.

—No, no, señó. ¡Uf, debo demasiado dinero... siempre debo! Yo tiro todo lo que usted me da.

—Ya comprendo. —Pero sigue deprimido—. Y aquel informe que di sobre ti... no sé si fui muy justo contigo.

—¡Oh, sí, señó, muy justo! —Johnson mueve la cabeza enérgicamente procurando restaurar la opinión de sí mismo de Rudbeck y también, claro está, la idea que él tiene del juez—. No, señó... yo mucho más malo entonces que usted puede pensar... yo robar cosas detrás de su espalda... robar muchas veces del cajón del dinero... mandar copia de informes secretos a Waziri. Yo demasiado malo... Soy una maldita basura que no sirvo para nada de nada.

—Y cuando te quité tu empleo en las obras de la carretera...

—Pero, señó. Yo nunca pienso quedarme en la carretera, sino creer más dinero en el negocio.

—¡Ah!, entonces ¿tenías ya idea de otro trabajo?

—Sí, señó, porque trabajo carretera no terminar nunca yo pienso gano mucho más dinero y por eso voy sargento Gollup y robo dinero.

—Entonces, ¿ya entonces pensabas en robar?

Johnson no recuerda en absoluto lo que pensaba hacer entonces, pero su imaginación nunca le ha fallado en los momentos difíciles, ya sea para magnificar una historia, sus propias hazañas o la opinión que un amigo tenga de sí mismo.

—Sí, señó —insiste—, yo siempre digo, voy sargento Gollup y le robo dinero... Si me coge... lo mato con cuchillo. ¡Oh, míster Rudbeck!, su informe completamente verdad. Yo soy hombre malísimo.

—Entonces ¿no piensas que esto que te ocurre ahora pueda ser en parte por culpa mía?

—¿Culpa de usted, señó? Pero, si usted no es tan buen amigo de este Johnson, él roba todos los sitios de Fada, asesina gran cantidad de personas de todas las clases; él ser entonses el hombre más malo de peor corasón que se puede ver nunca. Si yo digo a usted cómo pienso yo todas las noches «voy robar», «voy matar» usted convencido que yo demasiado malo.

Rudbeck está hundido en su silla. Las explicaciones de Johnson no acaban de satisfacerle pues sabe que Johnson es efectivamente ladrón y asesino pero, a pesar de todo se siente cada vez más fastidiado y oprimido, como un hombre que avanza por un subterráneo muy estrecho y oscuro en un mundo desconocido y ese pasadizo se le va haciendo cada vez más tenebroso y estrecho mientras no puede decidir si va bien en aquella dirección o no.

Johnson, que nota esa depresión del juez, trata de animarlo.

—No preocuparse por este ahorcamiento, señó. A mí no importarme ni un poco poquito. Pero —y se ríe con un aire de sorpresa, como si acabara de ocurrírsele una gran idea—, si no voy a enterarme nada... es tan rápido. Pero, señó, yo creo que usted me ahorca si no puede matarme con tiro. No quiero que lo hase sargento. Él no amigo mío pero usted mi gran amigo. Usted mi padre y mi madre. Usted me ahorca, señó, con sus propias manos.

Se miran el uno al otro, Johnson sonriente y lleno de confianza, Rudbeck perplejo y disgustado. Mueve la cabeza como diciendo: «En eso sí que no vacilo. Es imposible.»

Un fuerte golpe en el hierro del porche los sobresalta a ambos. El sargento ha hecho sonar la primera campanada de las ocho en el trozo de rail. Los dos se sientan, callados, hasta que suenan los ocho golpes. Luego dice Johnson con voz incierta.

—¿Es ya la hora, señó? Creo usted me da un poco de tiempo para hacer poquito de rezo.

—Toma el tiempo que quieras.

—Creo cosa propia resar ahora.

Johnson se arrodilla junto a la silla de Rudbeck, junta las palmas de sus manos frente a la nariz y cierra los ojos. No está rezando. Trata de buscar palabras que pueda haber usado en otras ocasiones, palabras inglesas que expresen con más fuerza su indiferencia ante la fatalidad y la devoción que siente por Rudbeck. Mira a éste por entre sus dedos de las manos unidas. Lo ve sentado en la silla, con las piernas cruzadas y un codo apoyado en la rodilla y la barbilla en la mano, con un aspecto más deprimido y sombrío que nunca. Johnson se esfuerza desesperadamente por encontrar la manera de consolarlo y darle ánimo. Se le ocurren un par de frases, pero las examina

primero con espíritu crítico. Se halla en ese estado de ánimo que podemos notar en las personas que van a sufrir una peligrosa operación. La aprensión, cuando llega a un cierto punto de intensidad, como una olla hirviendo, se convierte en calma, pero todos los poderes del alma prosiguen su tarea favorita con exaltación.

Johnson siente una extraordinaria alegría. Su imaginación sigue trabajando con toda su energía. Quiere hacer o decir algo notable, expresar su afecto por todo y por todos, realizar algún acto nunca visto de simpatía y amor, algo que, como las últimas palabras de un político famoso, produzcan un gran efecto en el mundo entero.

Pero, al mismo tiempo, físicamente, está pegado al suelo. Sus piernas, su cuerpo, no son heroicos. Sus miembros tienen tal languidez con el miedo que parecen ya muertos. Sus nervios agotados parecen decir: «Hacednos lo que queráis pero no nos pidáis que hagamos nada.»

Oye crujir la silla de Rudbeck y, mirando por entre los dedos, lo ve levantarse despacio. Se dice a sí mismo: «No tengo miedo de nada. Johnson no miedo de nada en el mundo.» Pero se encoge aún más. Está a punto de desmayarse.

Pero Rudbeck ha dicho: «Es la hora.» Se desliza sigiloso fuera de la cabaña. Un momento después Johnson lo ve volver por el porche soleado, con la carabina del centinela en la mano. Se detiene en el porche, para mirar al cuarto.

Johnson sabe entonces que no tendrá ya que levantarse. Siento un gran alivio y le da mentalmente las gracias a Rudbeck. Es el triunfo de la grandeza, la bondad y la audaz inventiva de Rudbeck, un triunfo que es también el suyo, el de Johnson. Toda la fuerza de su espíritu se concentra en su gratitud y en su devoción triunfante. Está llamando a todo el mundo para hacerle reconocer que no hay un dios como su dios. Y exclama con voz potente.

—¡Oh, Dios, te doy las gracias por mi amigo míster Rudbeck... el corasón más grande del mundo...!

Rudbeck se apoya en el quicio de la puerta, apunta con la carabina a la espalda del muchacho y le salta los sesos. Entonces, se vuelve y entrega el arma al centinela.

Está sorprendido de su propio acto, pero no siente ninguna reacción violenta, no lo aplasta el horror. Por el contrario, experimenta una sensación de alivio y de haberse escapado de lo peor, como un hombre que después de un grave ataque de bilis, resulta que ha tenido un trastorno pasajero en el estómago.

Le extraña un poco notar el gesto nervioso del centinela al hacerse cargo otra vez de la carabina, que casi deja caer al suelo y de oír la voz del sargento, que da una orden incomprensible.

El inquieto sargento ha perdido la cabeza. No sabe qué pensar ni qué hacer y manda a los hombres formar otra vez. Es una reacción instintiva de terror y de respeto. Los soldados, sorprendidos y alarmados, forman filas muy juntos y presentan armas. Ahuecan tanto las espaldas que parecen descoyuntados. Puede vérselos los ombligos; pero sus ojos no miran de frente; están fijos en Rudbeck. El pequeño sargento, al saludar, mira como enloquecido a Rudbeck. Tiene los dientes fuera y sus ojos, con un gran cerco blanco, parecen los de un toro. Más allá del sargento, toda la población del puesto colonial, de los cuarteles, las prostitutas, las mujeres del mercado se arraciman como un solo animal, inmóviles. No se mueve ni un harapo. Pero todos los ojos miran a Rudbeck con la misma expresión de tremendo interés.

Cuando Rudbeck avanza hacia ellos, van retirándose llenos de pánico. Una mujer chilla y el sargento masculla maldiciones.

Rudbeck no les presta atención. Entra en su oficina con su paso de siempre. Se está convenciendo a sí mismo, con todas las fuerzas de su obstinado carácter, de que no ha hecho nada anormal sino que ha seguido el camino más razonable.

El empleado Montagu se presenta ante él impecablemente vestido y correcto en todo. Es un excelente empleado que nunca comete una falta. También él enseña los dientes; sus labios se encogen como con miedo. Murmura algo incomprensible y con una rápida y nerviosa inclinación coloca dos papeles frente a Rudbeck.

Rudbeck está ahora un poco irritado. Mira a su empleado con una expresión inquisitiva aunque cortés, como diciéndole: «Y a usted qué le pasa ahora.» Míster Montagu se indina otra vez, nervioso, y de pronto sale corriendo del despacho.

Rudbeck lee los papeles. Son las hojas para la investigación del *coroner*, número 5, por duplicado; una para él, como *sheriff*, y otra para el Gobierno.

«Protectorado de Nigeria.

En el Tribunal del *Coroner* del distrito de Fada, investigación realizada en Fada el día... de... de 19... ante el *coroner*, sobre el cadáver de... que yace muerto allí. Teniendo que informar cómo, cuándo y por qué medios encontró la muerte dicha persona, se comprueba que la muerte de dicho... fue causada en Fada el día... de... de 19... por...»

Rudbeck vacila buscando una fórmula legal y por fin escribe: «en la horca por la ejecución realizada de acuerdo con la ley.» Y firma «J. H. Rudbeck»,

pone el nombre de Johnson y llama al ordenanza.

Se presenta Adamu, que lo saluda como todas las mañanas, con una reverencia. Adamu parece tranquilo. Para él, anticuado musulmán, los hombres son siempre responsables ante Dios y nada tiene para él de sorprendente el hecho de que Rudbeck, como gobernante, asuma esa responsabilidad de acuerdo con su conciencia.

—Buenos días, Adamu —dice Rudbeck distraído.

—*Zaki*.

Rudbeck le entrega las hojas:

—*Akow...* Para el correo... Diga que pongan la fecha.

—*Zaki* —Adamu desaparece.

Rudbeck sigue sentado sin hacer ni pensar nada. Como un convaleciente, no sólo siente el alivio de haber escapado a un peligro, sino debilidad y apatía. Suenan las nueve campanadas del fuerte. Es la hora de desayunar. Se nota cansado y hambriento y mira por el hueco de la ventana para ver si Celia vuelve de su paseo. Todavía está a una distancia de veinte metros aproximadamente y, sin duda, tiene mucho calor a pesar de su sombrilla. Avanza pesadamente pero a buen paso, con el aire resuelto de un joven soldado en una marcha de entrenamiento.

Rudbeck sale a recibirla. En cuanto lo ve le pregunta inesperadamente Celia:

—¿Todavía no han decidido lo que van a hacer con el pobre Wog?

A Rudbeck se le arruga la frente. Como de costumbre cuando piensa en algún asunto serio, tiene un aire perplejo e inquieto.

De pronto, y sin comprender cómo se ha lanzado a ello, le cuenta a su mujer todo lo ocurrido. Ella lo mira un momento con la misma cara que le había puesto el empleado, horrorizada como ante un asesino. Se le mueven los labios como si fuera a llorar.

Pero Rudbeck, aún más aliviado y satisfecho por lo que el cree ahora que se le ha ocurrido, contesta obstinado:

—¿Verdad que no podía dejar que lo hiciera ninguna otra persona?



Notas

[1] Society for Promoting Christian Knowledge (Sociedad para el Fomento del Saber Cristiano). <<

[2] El cargo se transforma en nombre propio. Equivale a Visir. En árabe *Wazir*, el consejero. <<

[3] Naturalmente, Rudbeck habla en millas. (*N. del T.*) <<